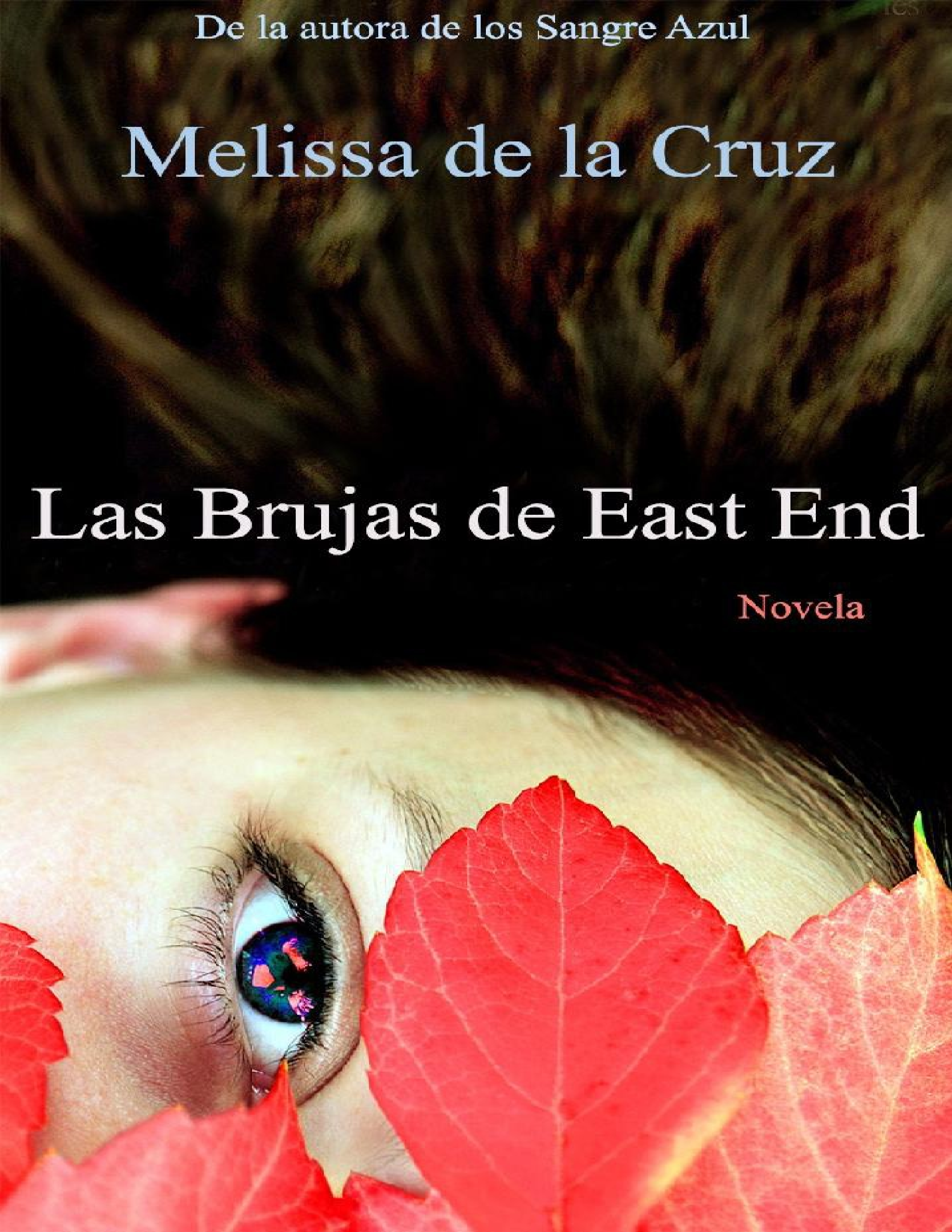

De la autora de los Sangre Azul
Melissa de la Cruz
Las Brujas de East End
Novela

Créditos

Título Original: Witches of East End

Autora: Melissa de la Cruz

Editorial: Hyperion

Traductor: Alexander Martínez Silva

Serie/Saga: La Familia Beauchamp o Las Brujas de East End

Páginas Web: Melissa-delacruz.com — Es.lasbrujasdeeastend.com

Twitter: @Melissadelacruz — @Aldernaxe

Otros Libros: El Beso de la Serpiente #2 — Vientos de Salem #3

Índice

•

Epígrafe I

¿Cuándo nos reuniremos de nuevo las tres

bajo el trueno, el relámpago o la lluvia?

Una vez que cesado haya el fragor,

perdida ya y ganada la batalla.

—Shakespeare, Macbeth

Epígrafe II

Es posible que algunas Valquirias decidieran

abandonar el Valhala y se asentaran

en varias partes del campo, donde

comenzaron una nueva existencia

como brujas.

—Enciclopedia de Cosas Que Nunca Existieron de Michael Page y Robert Ingpen

El Pueblo Al Borde de la Nada

North Hampton no existía en ningún mapa, lo que hacía que localizar a la pequeña comunidad insular en el mismísimo borde de la costa atlántica fuera una especie de enigma para los extranjeros, que eran conocidos por pasar de casualidad al pueblo y luego encontrar imposible la manera de regresar; por lo que el lugar, con sus playas de arena plateada notablemente vacías, laminados campos verdes, e imponentes haciendas, se convertía más en un sueño que medio recordaban que en un verdadero recuerdo. Como Brigadoon, que siempre estaba cubierto por niebla y rara vez podía ser visto. Perpetuamente húmedo, incluso durante sus brillantes veranos, sus habitantes son una comunidad muy unida formada por familias que han vivido ahí por generaciones. En North Hampton, a diferencia del resto de Long Island, todavía había productores de papa y pescadores que vivían de sus cosechas.

La brisa del mar salado soplaba dulcemente sobre las onduladas aguas azules, los campos estaban cargados de almejas y vieiras, y los restaurantes desvencijados servían las especialidades locales de pargo, pez globo, y sopa de pescado hecha con tomates, nunca leche. La era moderna no había causado casi ninguna impresión en los agradables entornos; no había centros comerciales feos, o cualquier indicación de empresas corporativas del siglo XXI que dañaran el pintoresco paisaje.

Al otro lado del municipio estaba la Isla Gardiner, ahora abandonada y dejada en ruinas. Hace mucho que alguien podía recordar la casa solariega, Fair Haven, que ha estado vacía y desocupada, una reliquia en el crepúsculo. Propiedad de la misma familia durante cientos de años, nadie había visto a los Gardiner durante décadas. Circularon rumores de que el alguna vez ilustre clan ya no podía costear el mantenimiento o que el linaje se había marchitado y llegado su fin con el último y definitivo heredero. Sin embargo, Fair Haven y sus tierras se mantuvieron intactas y nunca se vendieron.

Era la casa que el tiempo había olvidado, el alero por debajo del gran techo lleno de hojas, la pintura agrietada, y las columnas se fueron quebrando a medida que se hundía lentamente hacia la dilapidación. El muelle de la isla se pudrió y se hundió, las águilas pescadoras hicieron sus hogares en las playas. Los bosques alrededor de la casa crecieron gruesos y densos.

Entonces, una noche al comienzo del invierno, hubo un crujido espeluznante, un sonido terrible, como si el mundo se estuviera abriendo; el viento aullaba y el mar rugía. Bill y Maura Thatcher, un matrimonio que cuidaba una finca vecina, estaban paseando a sus perros a lo largo de la costa de North Hampton, cuando escucharon un sonido horrible a través del agua.

"¿Qué fue eso?” Preguntó Bill, tratando de calmar a los perros.

"Sonó como si viniera de allí," dijo Maura apuntando a la Isla Gardiner. Ambos miraron

a Fair Haven, donde una luz apareció en una ventana situada al norte de la mansión.

"Mira eso, Mo," dijo Bill. "No sabía que la casa hubiera sido alquilada."

"¿Nuevos dueños, quizá?"—preguntó Maura. Fair Haven se veía igual que siempre lo ha hecho: sus ventanas que parecen ojos entrecerrados y su puerta destartalada flojeando que la hacía parecer un hombre con el ceño fruncido.

Maura tomó a los perros por las correas, pero Bill siguió mirando, rascándose la barba. Luego, tan rápido como un parpadeo, la luz se apagó y la casa estaba a oscuras de nuevo. Pero ahora había alguien en la niebla, y ellos ya no estaban solos. Los perros ladraban bruscamente a la figura que se aproximaba de manera constante, el viejo cuidador se dio cuenta de que su corazón latía con fuerza en el pecho, mientras que su esposa se veía completamente aterrada.

Una mujer apareció en la niebla. Era alta e intimidante, llevaba un pañuelo rojo brillante sobre su cabello y un impermeable color canela con un cinturón apretado con fuerza sobre su cintura. Sus ojos eran grises como el anochecer.

"Señorita Joanna," dijo Bill. "No la habíamos visto."

Maura asintió "Siento molestarla, señora."

"Mejor corran lejos, los dos, no hay nada que ver aquí," dijo ella con su voz tan fría como las profundas aguas del atlántico.

Bill sintió un escalofrío por su columna vertebral, y Maura se estremeció. Ellos habían acordado que había algo diferente con sus vecinas, algo fuera de este mundo y difícil de precisar, pero hasta este encuentro, ellos nunca habían temido de las Beauchamp. Tenían miedo ahora. Bill silbó a los perros, tomó la mano de Maura, y caminaron rápidamente en la dirección opuesta.

Al otro lado de la orilla, una por una, las luces se fueron encendiendo en sucesión hasta que Fair Haven quedó totalmente iluminada. Brillando como un faro, una señal en la oscuridad. Bill volteó para mirar hacia atrás una vez más, pero Joanna Beauchamp ya había desaparecido, sin dejar señal de huellas en la arena o cualquier otra indicación de que había estado allí.

Parte I

Día de los Caídos

Deseos del Corazón

Fiebre Por Arañazo de Gato

Freya Beauchamp vertió el champán en la copa para que las burbujas en la parte superior del borde estallaran una por una hasta que no quedó ninguna. Este iba a ser el día más feliz de su vida o por lo menos, uno de los más felices, pero todo lo que ella sentía era agitación.

Esto era un problema, porque siempre que Freya se ponía ansiosa, cosas pasaban, como que de repente un camarero tropezara con la alfombra Aubusson y ensuciara la parte delantera del vestido de Constance Bigelow con entremeses, o hacer que el Burdeos de 100 años de antigüedad sacado de la bodega de la familia Gardiner supiera a vino agrio y barato.

"¿Qué ocurre?", su hermana mayor, Ingrid, preguntó, acercándose por el lado de Freya. Con su postura rígida, ropa remilgada, e impecable, Ingrid no se quebraba fácilmente, pero se veía extrañamente nerviosa esa noche, cogió un mechón de pelo que se había escapado de su moño y lo reacomodó. Tomó un sorbo de su copa de vino e hizo una mueca. "Este vino tiene el embrujo de una bruja por todas partes," susurró, mientras ponía la copa sobre una mesa cercana.

"Yo no fui! ¡Lo juro!" Protestó Freya. Era la verdad, casi. Ella no podía hacer nada si su magia se filtraba por accidente, ella no había hecho nada para alentarlo. Ella sabía las consecuencias y nunca arriesgaría algo tan importante. Freya podía sentir como Ingrid trataba de penetrar a través de su capa interior para mirar en su futuro y encontrar una respuesta a su angustia presente, pero fue un intento inútil. Freya sabía cómo mantener su línea de vida protegida. Lo último que ella necesitaba ahora era una hermana mayor capaz de predecir las consecuencias de sus acciones impulsivas.

"¿Estás segura de que no quieres hablar?, preguntó Ingrid gentilmente. "Quiero decir, todo esto ha ocurrido tan rápido."

Por un momento, Freya consideró contarlo todo, pero decidió no hacerlo. Era demasiado difícil de explicar. Incluso si presagios oscuros estaban en el aire — aullidos de perros, los "accidentes", el inexplicable olor a flores quemadas inundando la habitación—nada iba a suceder, ella amaba a Bran. De verdad lo amaba. No era una mentira, no era para nada como esas mentiras que se decía a sí misma todo el tiempo, como este es el último trago de la noche o no le prenderé fuego a la casa de esa perra. Su amor por Bran era algo que sentía en el núcleo de sus huesos; había algo en él que se sentía exactamente como estar en casa, como zambullirse en un edredón de plumas a dormir. Segura y protegida.

No. Ella no podía decirle a Ingrid lo que la estaba molestando. No esta vez. Ellas eran muy cercanas. Ellas no eran solo hermanas y rivales ocasionales, también eran las mejores amigas. Sin embargo, Ingrid no lo entendería. Ingrid se horrorizaría, y Freya no necesitaba los reproches de su hermana mayor en ese momento. "Vete, Ingrid, estás asustando a mis nuevas amigas," dijo ella mientras recibía las felicitaciones sinceras de

un grupo de mujeres.

Las mujeres habían asistido para celebrar el compromiso, pero la mayoría estaba allí para curiosear, juzgar, y otras chiquilladas.

Todas las damas de North Hampton, quienes hasta hace poco tenían el sueño no tan sutil de convertirse en la señora Gardiner, habían llegado a la gran mansión restaurada para rendir homenaje de mala gana a la mujer que había ganado el premio, la mujer que logró ganarlo incluso antes de que el juego empezara, antes de que alguna de las participantes se diera cuenta de que el pistoletazo ya había sonado.

¿Hace cuánto que se había mudado Bran Gardiner al pueblo? No hace tanto, y sin embargo todos en North Hampton ya sabían quién era él; el filántropo guapo fue objeto de rumores y chismes en las carreras de caballos, reuniones de la sociedad de preservación, y regatas de fin de semana, que eran las actividades básicas de la vida del campo. La historia de la Familia Gardiner era de lo que todos hablaban, como la familia había desaparecido hace muchos años, aunque nadie estaba exactamente seguro de cuándo. Nadie sabía adonde habían ido o que les pasó durante todo ese tiempo, solo que ahora estaban de regreso y su fortuna era más impresionante que nunca.

Freya no necesitaba leer la mente para saber lo que ese gallinero de North Hampton estaba pensando de ella. Por supuesto, el minuto en que Bran Gardiner llegó al pueblo eligió para casarse a una camarera adolescente. Él parecía diferente, pero es igual que la gran mayoría de los hombres. Pensando con sus pequeñas cabezas como de costumbre. ¿Qué diablos es lo que él ve en ella más allá de lo obvio? Cantinera, Freya quiso corregirlas. Camarera era una sirvienta con pechos jadeantes llevando jarras de cerveza a los campesinos sentados en mesas de madera desvencijadas. Ella trabajaba en el North Inn y su cerveza gourmet se servía sólo en pintas y tenía toques de ciruela, vainilla y roble de las barricas españolas en las que se almacenaba, gracias.

Ella de hecho tenía diecinueve años (aunque su licencia de conducir, la que le permitía servir bebidas, decía que tiene veintidós). Ella poseía una belleza atrayente y efervescente, rara en una era en la que los maniquís son los referentes de la belleza femenina. Freya no parecía alguien que se matara de hambre o le vendría bien una buena comida; por el contrario, Freya parecía como si tuviera todo lo que siempre quiso, y más. Ella se veía, por falta de una mejor palabra, madura. Sexo parecía rezumar por todos sus poros para deslizarse por cada centímetro de sus gloriosas curvas. Pequeña y menuda, tenía un rebelde cabello rubio rojizo del tono exacto de un melocotón dorado, pómulos por los que cualquier modelo mataría, una nariz pequeñita, grandes ojos verdes felinos, rasgados sólo un poco en la punta, la cintura pequeña por vestir corsés apretados y sí, senos, nadie podría olvidar sus senos, de hecho, era lo que toda la población masculina miraba cuando veían a Freya.

Su rostro puede que sea irreconocible para ellos, pero no las gemelas, como a Freya le gustaba llamarles, ellos no eran demasiado grandes, ni eran tan pesados a pesar de su voluptuosidad, a sus ex-novios les gustaba llamarlos "bolsas de diversión", lo que a Freya

le parecía sonaba más como "bolsas de grasa", pero no, los suyos eran exquisitos: perfectamente redondos, con una elevación natural y una exquisitez cremosa. Además, ella nunca llevaba sostén tampoco. Lo cual, ahora que lo pienso, es lo que la metió en tantos problemas en primer lugar.

Ella se conoció con Bran en el museo de beneficencia. La recaudación de fondos para el instituto de arte local era una tradición durante la primavera. Freya hizo una gran entrada cuando llegó, hubo un problema con una correa de su vestido, se había desprendido, así como así, y la exposición repentina causó que ella se tropezara con sus tacones y callera en los brazos del caballero más cercano. Bran había obtenido lo que equivalía a un espectáculo gratuito, y en su primer encuentro, habían pillado una sensación, accidentalmente, por supuesto, pero, aun así, ella había salido literalmente de su vestido directo a sus brazos. En el momento justo, él se había enamorado. ¿Qué hombre podría resistirse?

Fue la vergüenza de Bran lo que hizo que ella se enamorara de él inmediatamente. Él se había puesto tan rojo como el crisantemo en su solapa. "Oh Dios, lo siento, ¿estás bien...necesitas un...?" Entonces, solo hubo silencio y ambos con la mirada fija, fue entonces cuando Freya se dio cuenta de que toda la parte delantera de su vestido se había caído casi toda hasta la cintura, y estaba en peligro de salirse completamente, lo cual era otro problema, ya que Freya no llevaba ropa interior.

"Déjame..." Él trató de apartarse, pero aun manteniendo tapada a Freya, fue ahí cuando lo del seno en la mano ocurrió. Él trató de levantar la tela caída, pero en cambio su cálida mano descansó sobre su pálida piel. "Oh Dios," él jadeó. Jesucristo, pensó Freya, se podía pensar que nunca había llegado a primera base por la forma en la que estaba actuando. La soltó tan rápido como un guiño, porque realmente, toda esta experiencia parecía estar torturando al pobre hombre. El vestido de Freya estaba de vuelta en el lugar que correspondía, el pasador de seguridad puesto, el escote cubierto adecuadamente (apenas, la desnudez parecía una progresión natural dada la profundidad del corte del escote), y Freya, de manera tan natural y sin preámbulos como le es de costumbre, "¿Soy Freya, y tú eres...?"

Branford Lyon Gardiner, de Fair Haven y la Isla Gardiner. Un filántropo acaudalado y generoso, que había hecho la mayor contribución al museo ese verano, y su nombre tuvo un lugar destacado en el programa. Freya había vivido en North Hampton lo suficiente como para entender que los Gardiner eran especiales, incluso entre las viejas y ricas familias en esta parte muy septentrional y oriental de Long Island, que no era en absoluto Long Island, sino por completo un lugar de otra dimensión.

Esta pequeña aldea tambaleándose al borde del mar no era sólo el último bastión de la vieja guardia, era un retroceso a una época diferente, una era pasada. East End podría tener todos los pertrechos de un clásico enclave, con sus palos de golf inmaculados y setos en forma de caja, pero era más que un patio de juegos de verano, ya que la mayoría de sus ciudadanos vivían en el pueblo durante todo el año. Sus encantadoras calles arboladas

estaban salpicadas con tiendas de comestibles, sus paradas del desfile del cuatro de julio contaban con camiones de bomberos de vagones tirados, y sus vecinos estaban lejos de ser extraños, eran amigos que venían a visitar y a tomar el té en la terraza. Y sí había algo extraño en North Hampton, por ejemplo, la ruta 27 que conectaba los pueblos adinerados a lo largo de la costa no parecía tener una salida al pueblo, o como si nadie fuera del pueblo hubiera escuchado alguna vez sobre este lugar (¿North Hampton?, ¿no querrás decir East Hampton?), nadie parecía notarlo o siquiera importarle, los residentes preferían usar los caminos rurales, y los pocos turistas concurrían a las playas mejor.

El que Bran haya estado ausente por mucho tiempo de la escena social, no distraía la atención de su popularidad. Cualquier rareza notada era justificada u olvidada rápidamente. Durante el renacimiento de su casa, Fair Haven estuvo oscura por días, pero una cálida mañana la columnata apareció completamente restaurada, de repente la casa podía presumir de tener nuevos techos y ventanas. Era un misterio ya que nadie recordaba haber visto ningún equipo de construcción cerca de algún lugar de la propiedad. Era como si la casa hubiese vuelto a la vida por sí sola, sacudiendo sus aleros, brillando con pintura nueva, todo por sí sola.

Ahora era el domingo de la fiesta del día de los caídos, ¿y qué mejor manera de empezar un verano idílico en los Hamptons que con una celebración en la mansión recién restaurada? Las canchas de tenis brillaban en la distancia, la vista de las crestas de las olas era incomparable, la mesa de buffet debajo de una extravagante propagación de langostas refrigeradas tan grandes y pesadas como una bola de bolos, platos de maíz dulce, kilos y kilos de caviar servido en pequeños cuencos de cristal individuales con la madre perla de las cucharas (sin pertrechos, ni blini, ni crema fresca para diluir el sabor). La inesperada tormenta de esa mañana frenó un poco los planes, y la fiesta fue trasladada al salón de baile.

Que Bran tuviera 30 años, fuera inteligente, realizado, soltero, y rico más allá de la imaginación, lo hacía el partido perfecto. El pez más grande en el estanque de novias. Pero lo que la mayoría de las personas no sabía, o se molestaba en saber, es qué a pesar de todo, él era humilde. Cuando Freya lo conoció pensó que él era el hombre más amable que había conocido. Lo sintió - amabilidad parecía emanar de él como un resplandor entorno a una luciérnaga. La forma en la que él se mostraba tan preocupado por ella, su vergüenza, su tartamudeo - y cuando él se recuperó le trajo una copa y nunca se apartó de su lado durante toda la noche, rodeándola de manera protectora.

Ahí estaba él ahora, alto y de cabello oscuro, vistiendo un blazer mal ajustado, moviéndose a través de la fiesta aceptando los buenos deseos de sus amigos con su tímida sonrisa habitual. Bran Gardiner no era para nada encantador, erudito, ingenioso o mundano como los hombres de su clase social, que disfrutaban de usar sus coches deportivos italianos en terrenos sin pavimentar. De hecho, para ser un heredero, era torpe y tímido, como si fuera un extraño en un círculo de élite y no el centro del círculo mismo.

"Ahí estás," le sonrió él a Freya, que se acercó para enderezar su corbata de lazo. Se dio

cuenta de que las mangas de su camisa estaban gastadas, y cuando él le pasó un brazo alrededor, ella pudo oler un ligero indicio de olor corporal. Pobre muchacho, ella sabía que él temía un poco a esta fiesta, él no era bueno con las multitudes

"Pensé que te había perdido," dijo él. "¿Estás bien? ¿Puedo ofrecerte algo?

"Estoy perfectamente bien", dijo ella, sonriéndole y sintiendo que las mariposas en su estómago comenzaban a calmarse.

"Bien". La besó en la frente, sus labios eran suaves y cálidos en su piel. "Te voy a echar de menos". Él jugueteó con el anillo que llevaba en su mano derecha. Era uno de sus pequeños tics, Freya le dio a su mano un apretón. Bran viajaba a Copenhague mañana en nombre de la fundación Gardiner. La empresa sin ánimo de lucro de la familia dedicada a la promoción de organizaciones humanitarias en todo el mundo. Él se iría casi todo el verano por el proyecto. Tal vez por eso se sentía tan nerviosa. Ella no quería estar sin él ahora que se habían encontrado el uno al otro.

La primera noche que se conocieron, él ni siquiera la había invitado a salir, lo que molestó a Freya al principio, hasta que se dio cuenta de que era demasiado modesto para pensar que ella estaría interesada en él. En su lugar, se presentó a la noche siguiente en su turno en el bar, y la noche siguiente, y las otras después de esa, simplemente mirándola con esos grandes ojos marrones, con una especie de añoranza melancólica, hasta que finalmente ella lo invitó a salir - ella sabía que si se lo dejaba a él nunca llegarían a ninguna parte. Y eso fue todo, ellos estaban comprometidos cuatro semanas después, y este era el día más feliz de su vida.

¿Lo era?

Ahí estaba otra vez. El problema, no era Bran, no era el dulce hombre que le había prometido amarla para siempre - él había sido robado por la multitud y ahora estaba en una charla con su madre, su cabello oscuro se inclinó sobre el blanco de Joanna, los dos parecían los mejores amigos.

No. Él no era el problema en absoluto.

El problema era el chico que la miraba desde el otro lado de la habitación a través del largo pasillo. Freya podía sentir sus ojos en ella, como una caricia física. Killian Gardiner. El hermano menor de Bran, veinticuatro años de edad, y mirándola como si estuviera en venta al mejor postor, y él estaba más que dispuesto a pagar el precio.

Killian estaba en casa después de una larga estancia en el extranjero. Bran le había dicho a Freya que no había visto a su hermano en muchos años, ya que él pasaba viajando alrededor del mundo. Ella no estaba segura de donde acababa de venir, ¿Australia, era?, ¿Alaska? Lo único que importaba era que cuando fueron presentados, él la había mirado con esos asombrosos ojos azul verdoso, y ella había sentido un cosquilleo en todo el cuerpo. Él era, a falta de una mejor palabra, hermoso, con largas pestañas oscuras que enmarcaban sus penetrantes ojos, una nariz aguileña y mandíbula cuadrada. Parecía que

siempre estaba listo para ser fotografiado: melancólico, fumando un cigarrillo, o como un ídolo de matiné en una película francesa.

Él había sido perfectamente amable, de buenos modales, y la había abrazado como a una hermana, y en su haber, el rostro de Freya había delatado toda la agitación que sentía. Ella había aceptado su beso en la mejilla con una sonrisa modesta, incluso había sido capaz de participar en la conversación habitual de cóctel. El clima, la fecha de la boda, como él encontró North Hampton (ella no podía recordar, estaba demasiado hipnotizada por el sonido de su voz, un ruido sordo como un disk jockey nocturno). Entonces, finalmente, alguien más había ganado su atención y ella era libre de estar sola - y fue entonces cuando todas las pequeñas pero horribles cosas en la fiesta comenzaron a suceder.

Fiebre por arañazo de gato. Eso era todo lo que era, ¿no? Como una picazón que no podía quitarse, no la podía aplacar, no la podía satisfacer. Freya se sentía como si estuviera en llamas, que en cualquier momento iba a entrar en combustión y no quedaría nada de ella más que cenizas y diamantes. Deja de mirarlo, se dijo a sí misma. Esto es una locura, sólo otra de tus malas ideas. Incluso peor que esa vez que trajiste a tu jerbo de vuelta a la vida (ella recibió una reprimenda de su madre por eso, no sea que alguien del Consejo se enterara, por no decir que las mascotas zombis nunca son una buena idea). Ella salió afuera. Tomó un poco de aire fresco, y regresó a la fiesta. Se acercó al jarrón de rosas rosadas, tratando de sofocar sus emociones inhalando el aroma de las flores. No funcionó. Todavía podía sentir que él la deseaba.

Maldita sea, ¿por qué tenía que ser tan guapo? Ella pensó que era inmune a ese tipo de cosas. Un cliché: alto, moreno, y guapo. Ella odiaba a los chicos engreídos y arrogantes que pensaban que las mujeres vivían para servir a sus voraces apetitos sexuales. Él era el peor criminal de ese tipo - acelerando su Harley, y ese ridículo cabello suyo tan sucio, desgreñado, y con flequillos sobre sus ojos - con esa sensualidad e insinuación, pero había algo más. Una inteligencia. Un saber interior en sus ojos, era como si cuando él la miraba, supiera exactamente quién y que era ella en realidad. Una bruja. Una diosa. Alguien fuera de este mundo, pero no apartada de él tampoco. Una mujer para ser amada, temida, y adorada.

Ella levantó la mirada del florero y lo vio mirándola fijamente a los ojos. Era como si la estuviera esperando todo este tiempo, sólo para este momento. Él asintió con la cabeza señalando a una puerta cercana. ¿De verdad? ¿Justo aquí? ¿Ahora mismo? ¿En el baño? ¿No era ese otro cliché que iba con la moto y la actitud de chico malo? ¿Iba ella realmente a entrar al baño con otro hombre - el hermano de su prometido, por el amor de Dios – ¿en su fiesta de compromiso?

Sí. Freya caminó como si estuviera en un sueño, hacia la cita antes mencionada. Cerró la puerta detrás de sí y esperó. El rostro que la miraba desde el espejo estaba sonrojado y radiante. Estaba tan feliz que era delirante, tan emocionada que no sabía ni que hacer consigo misma. ¿Dónde estaba él? Haciéndola esperar. Killian Gardiner sabía qué hacer con las mujeres deseosas, al parecer.

El pomo de la puerta se giró y entró, suave como un cuchillo, cerrando la puerta detrás de sí. Sus labios se curvaron en una sonrisa. Una pantera con su presa. Él había ganado.

"Ven aquí," susurró ella. Ya había tomado su decisión. Ella no quería esperar un minuto más.

Afuera de la puerta, en medio de la fiesta, las flores del jarrón estallaron en llamas.

Ratón de Campo

Solterona. Amargada. Ingrid Beauchamp sabía lo que la gente pensaba de ella; ella veía como se apiñaban detrás suyo a murmurar mientras hacía su recorrido por la biblioteca acomodando los libros regresados en sus posiciones correctas. En la década que ella había estado trabajando allí, Ingrid hizo pocas amistades con sus clientes, quienes la encontraban estricta y prepotente. Ella no sólo nunca perdonaba una multa, también tenía una tendencia a dar una conferencia sobre el cuidado y mantenimiento de los libros bajo su jurisdicción. Quien regresara un libro con la columna vertebral rota, una cubierta empapada o páginas manoseadas tenía asegurada una buena reprimenda. Ya era bastante malo que su presupuesto de funcionamiento apenas cubriera sus gastos; Ingrid no necesitaba que los clientes hicieran daños innecesarios a los libros bajo su cuidado.

Por supuesto, Hudson tenía que hacer el trabajo sucio, pero, aunque Ingrid fuera la archivista principal, ella disfrutaba del trabajo físico y no sentarse todo el santo día detrás de un escritorio, echando vapor a unos planos. A ella le gustaba la sensación y el peso de los libros, acariciar las páginas suavizadas por el desgaste, o ponerles una sobrecubierta que les quede exacta. También, tenía el trabajo de vigilar la biblioteca, despertar a los vagos que quedaban dormidos a escondidas en los cubículos, y asegurarse de que no hubiera ningún adolescente besuqueándose en las estanterías.

Besuqueo era una palabra tan extraña. No es que alguien todavía se "besuqueara". La mayoría de los adolescentes ya habían ido mucho más allá de los simples besos. A Ingrid le gustaban los niños, los adolescentes que visitaban la biblioteca y pedían las últimas novelas distópicas post-apocalípticas la hacían sonreír. A ella no le importaba lo que hicieran en la comodidad o incomodidad de sus propias casas o automóviles desordenados. A pesar de la creencia popular, Ingrid sabía lo que era ser joven, estar enamorada, y sin miedo, ella vivía con Freya después de todo. Pero una biblioteca no era un dormitorio o un cuarto de motel; era un lugar para leer, para estudiar, para hacer silencio. Mientras que los niños trataban de cumplir con la última regla, la respiración pesada a veces era el ruido más fuerte de todos.

En cualquier caso, la besuqueadera no se limitaba sólo a los adolescentes. El otro día Ingrid había tenido que toser unas cuantas veces para asegurarse de que una pareja de mediana edad se soltaran las lenguas mientras ella pasaba por el pasillo con su carrito de libros.

Situado en un cuadrilátero de hierba en frente del ayuntamiento y al lado de un parque público y un parque infantil, la Biblioteca Pública de North Hampton estaba ordenada, organizada, y bien cuidada tanto como su escasa financiación lo permitía. El presupuesto de la ciudad se había reducido junto con el resto de la economía, pero Ingrid hizo todo lo posible para mantenerla abastecida con libros nuevos. A ella le encantaba todo lo relacionado con la biblioteca, y sí, a veces deseaba poder ondear su varita (no es que todavía tuviera una, pero si la tuviera) y ponerlo todo en orden - arreglar los sofás en mal

estado en los rincones de lectura, reemplazar las antiguas computadoras con monitores negros nuevos, crear un escenario de cuentacuentos adecuado con un teatro de títeres para los niños pequeños. Ella todavía podía consolarse con el olor a tinta de los libros nuevos, el almizcle de polvo de los viejos, y la forma en que al final de la tarde la luz del sol fluía a través de las ventanas de vidrio. La biblioteca estaba en frente de la playa; la sala de referencia tenía una vista espectacular del océano, y de vez en cuando Ingrid hacía una parada en el pequeño y acogedor rincón sólo para mirar las olas rompiendo en el desembarco de la playa.

Por desgracia, esa misma vista asombrosa era la que amenazaba la existencia de la biblioteca. Recientemente el alcalde de North Hampton había hecho comentarios no tan sutiles sobre vender la propiedad enfrente de la playa ya que es la forma más fácil de saldar el montón de deudas de la ciudad. Ingrid no se oponía al proyecto en sí, pero había oído que el alcalde pensaba que podría ser buena idea acabar por completo con la biblioteca, esa era toda la información que ella tenía. La destrucción burocrática de su preciosa biblioteca la angustiaba de solo pensarlo, Ingrid trató de no sentirse demasiado indefensa esa mañana.

Gracias a Dios nada terrible había sucedido en la fiesta de compromiso de Freya el domingo pasado. Por un momento Ingrid se había preocupado cuando uno de los arreglos florales inexplicablemente se prendió fuego, pero por fortuna un camarero actuó rápido y apagó el fuego con una jarra de té helado antes de que causara otros daños. El fuego lo había provocado Freya, por supuesto, sus nervios estaban causando estragos con su magia salvaje. Comprensible que Freya estuviera nerviosa dado su compromiso de gran magnitud, pero por lo general ella siempre se mostraba en mejor control, especialmente después de siglos de vivir bajo La Restricción. Por ahora, Ingrid estaba contenta de estar de vuelta en su trabajo y su rutina diaria, encontrando consuelo en lo familiar. No había sido hace mucho tiempo cuando su vida había sido muy diferente, cuando su trabajo había sido emocionante e inusual. Pero eso era el pasado, y lo mejor era no pensar en ello demasiado.

La biblioteca no era simplemente otro local más de un suburbio. Una vez que se estableció, gracias a una generosa donación de una gran dama de la zona, la biblioteca alojó una de las más destacadas colecciones de dibujos arquitectónicos del país, ya que muchos arquitectos famosos habían construido casas en el área. Como una archivista, Ingrid era responsable de la preservación de las obras para la posteridad, lo que requería de usar una carpa de vapor en la que estaban enrollados los dibujos; una vez estuvieran hidratados, secos y aplanados, ella los metería en cajones entre lino. Ella tenía uno debajo de la carpa de plástico en este momento, con el papel absorbiendo toda la humedad. Archivar era tedioso y repetitivo, así que a Ingrid le gustaba tomar un descanso, caminando alrededor ojeando las estanterías de libros.

Tabitha Robinson, la bibliotecaria de mediana edad encargada de los libros para jóvenes adultos, una mujer brillante, alegre, y con una gran pasión por la literatura infantil, se detuvo para mantener una agradable conversación cuando ambas se tropezaron en el

pasillo. Ingrid quería bastante a Tabitha, ella era eficiente, profesional, y se tomaba muy en serio su trabajo. Tabitha era una aficionada a la lectura, siempre se la pasaba leyendo las últimas novelas de adultos, y tenía una debilidad por las novelas románticas cuya portada ofrecían a un hombre descamisado mostrando sus abdominales, pero eso ya era cosa del pasado.

Sus placeres culpables involucraban leer sagas históricas, todo sobre las peleas de los Tudor llamaban su atención. Ellas intercambiaban las cortesías habituales y compartían unos cuantos chismes del pueblo que escucharon por amigos o compañeros del trabajo, cuando el teléfono celular de Tabitha vibró. "¡Oh, es del consultorio médico!" dijo ella. "Lo siento, tengo que atender esto," dijo mientras se alejaba a toda prisa, y su larga trenza se balanceaba por su espalda.

Ingrid tomó otro libro para guardarlo, otro tomo pesado de un autor local que era algo así como una plaga. Una vez hizo un berrinche por haber encontrado sus libros amontonados en cajas de cartón, dejadas en frente de la biblioteca para que los clientes los tomaran gratuitamente. ¿Pero qué podía hacer ella? Ellos sólo mantenían en los estantes libros que estuvieran en constante circulación. Nadie había leído lo último de él y estaba claro que los que estaban en la caja serían enviados a la papelera también.

Ingrid intentó dar a cada autor un trato justo, colocando los libros menos populares en la recepción, sugiriendo los títulos menos conocidos a los que preguntaban, y prestando cada libro al menos una vez. Pero eso era todo lo que ella podía hacer. El autor, un tal J.J. Ramsey Baker (santo Dios, ¿qué era eso, cuatro nombres?), autor de Sinfonía Moribunda, La Oscuridad en el Centro de la Esencia, y su último trabajo, un intento desesperado para ser escogido en un club de lectura, Los Elefantes de la Hija del Zapatero, tendría sólo un mes más para contar su historia de un zapatero ciego y los elefantes mascota de su hija en el siglo XIX, hasta que fuera sacado de los estantes. Ingrid pensó que ni siquiera un poco de magia podría ayudar a mover ese producto.

Era una verdadera lástima que a ninguna de ellas se les permitiera usar la magia. Ese fue el trato que habían hecho después que el juicio fue dictado. No más vuelos. No más hechizos. No más polvos, conjuros o pociones. Ellas tenían que vivir como la gente común sin usar sus feroces poderes, sus magníficas habilidades de otro mundo. A lo largo de los años, cada una tuvo que aprender a vivir con la restricción a su manera. Freya enfocó toda su energía en su pasión por las fiestas, mientras que Ingrid adoptó una personalidad fuerte, con el fin de suprimir la magia que amenazaba con brotar de su interior.

Dado que no había nada que ella pudiera hacer para cambiarlo, Ingrid se dio cuenta de que no podía resentirse con su actual circunstancia. Resentirse y lamentarse sólo hacía las cosas peor. ¿Por qué tener esperanza en algo que no pasará? Durante cientos de años ella aprendió a vivir como un ratón tranquilo, pequeño e insignificante, y casi se había convencido de que era mejor así.

Ingrid le dio una palmadita a su moño y puso el carrito contra la pared. Caminó a la oficina de atrás, y vio a Blake Aland hojeando los libros nuevos. Blake era un promotor

exitoso que le había dado al alcalde la idea de vender la biblioteca en primer lugar, ofreciendo una oferta atractiva en caso de que en algún momento la ciudad decidiera ponerla en el mercado.

Hace un mes él trajo unos documentos de su firma, e Ingrid tuvo la delicada tarea de decirle que su trabajo no era lo estéticamente importante como para tener su propio archivo en la biblioteca. Él lo tomó bien, pero el que ella rechazara su invitación a cenar no lo tomó tan amablemente. Él insistió tanto que ella finalmente tuvo que aceptar cenar con él la semana pasada, una noche que fue un completo desastre, con sus manos manoseándola en el asiento delantero, y ella rechazándolo, esa noche solo hubo sentimientos heridos por todas partes. Es a él a quien ella debía agradecerle el odioso apodo "frígida Ingrid". Qué pena que él aparte de ser despreciable también fuera inteligente. Ella se alejó antes de que la viera. No tenía ninguna intención de luchar con *Don manos de pulpo* por ahora. Freya era tan afortunada de haber encontrado a Bran, pero, por otra parte, Ingrid ya sabía desde hace tiempo que ella se encontraría con él, lo había visto en la línea de vida de su hermana hace siglos.

Ingrid nunca se había sentido así con nadie. Además, el amor no era una solución para todo, pensó, acariciando un mazo de cartas de tarot que mantenía guardado en su bolsillo.

En la oficina de atrás, miró el plano: casi todos los pliegues estaban fuera. Bien. Ella lo pondría en su caja plana, y luego el otro dibujo lo pondría bajo el vapor. Ella hizo una nota en una tarjeta, anotando el nombre del arquitecto y del proyecto, un museo experimental que nunca se construyó.

Cuando regresó a su cubículo escuchó un sonido en la mesa de al lado, y cuando Ingrid miró, vio a Tabitha secándose los ojos y colgando el teléfono. "¿Qué pasó? Preguntó Ingrid, aunque tenía la sensación de que ya lo sabía. Sólo había una cosa que Tabitha quería más que Judy Blume visitara la biblioteca.

"No estoy embarazada."

"Oh, Tab," dijo Ingrid. Ella se acercó y abrazó a su amiga. "Lo siento mucho." Desde hace varias semanas que Tabitha estaba siendo bastante optimista desde su último tratamiento in vitro, expresando una certeza casi maníaca de que había funcionado, sobre todo porque ese sería su último intento de paternidad. "¿Segura que no hay nada más que puedas hacer?"

"No. Esta fue nuestra última oportunidad. No podemos permitirnos otro tratamiento. Ya nos endeudamos hasta nuestros oídos con el último. Esto fue todo. No va a suceder."

"¿Qué pasó con el proceso de adopción?"

Tabitha se secó los ojos. "A causa de la discapacidad de Chad, nos pasaron otra vez. Bien podría ser un callejón sin salida. Y lo siento, sé que es egoísta, pero ¿es tan malo querer un niño propio? ¿Sólo uno?"

Ingrid había estado allí desde el comienzo del recorrido de Chad y Tabitha: ella sabía todo acerca de los tratamientos que habían realizado, las pastillas de hormonas, el cóctel de infertilidad (Clomid, Lupron); ella había ayudado a empujar unas jeringas tan grandes como las agujas de caballos en la cadera izquierda de Tabitha a las horas designadas. Ella sabía lo mucho que quería un bebé. Tabitha mantuvo una foto en su escritorio de ella y Chad en un luau durante su luna de miel en Kona, adorables en camisas hawaianas y leis en sus cuellos. Fue hace quince años.

"Quizás yo no estoy destinada a ser madre", dijo Tabitha entre lágrimas.

"No digas eso! ¡No es cierto!"

"¿Por qué no? No es como si hubiera algo que alguien pudiera hacer para ayudar." Tabitha suspiró. "Debo dejar de tener esperanza."

Ingrid dio a su amiga otro fuerte abrazo y salió de la oficina, con las mejillas encendidas y su corazón latiendo en su pecho porque ella, de todas las personas sabía que lo que Tabitha decía no era cierto. Había alguien que podía ayudar, alguien que podía cambiar su vida, alguien mucho más cercano a Tab de lo que pensaba. Pero mis manos están atadas, se dijo Ingrid a sí misma. No hay nada que pueda hacer por ella. No sin romper las reglas de la restricción. No sin ponerme a mí misma en peligro también.

Ella volvió a su puesto detrás de la recepción, sólo otros bibliotecarios inmersos en sus tareas diarias. Su suéter estaba todavía húmedo por las lágrimas de su amiga. Ingrid nunca resintió su situación y nunca se irritó con la restricción que se les impuso antes, pero bueno. Siempre hay una primera vez para todo.

Incendios Caseros

Las casas antiguas tienen una forma de meterse bajo tu piel, y Joanna Beauchamp lo sabía; no sólo la piel, también tu alma, escavando en tu bolsillo, desafiando la razón o la lógica en una búsqueda cada vez más difícil por alcanzar la perfección. Con los años, la casa Beauchamp, una casa colonial construida a finales de 1740, con bonitos frontones y un techo saltbox situada justo en la playa, en la parte más antigua del pueblo, había sido remodelada en muchos sentidos: se tumbaron paredes, se movió la cocina, se redistribuyeron las habitaciones. Era una casa que había resistido muchas estaciones y tormentas, y sus muros derruidos hacían eco de recuerdos - la inmensa chimenea de ladrillos las mantenía calientes en los innumerables inviernos, las múltiples manchas en los mostradores de la cocina con cubiertas de mármol recordaban diversas viandas acogedoras. Los pisos de la sala de estar habían sido quitados, rehechos y luego quitados de nuevo. Ahora roble, después travertinos, y actualmente madera de nuevo - un color rojo cereza brillante. Había una razón por la que las casas antiguas eran llamadas posos de dinero o elefantes blancos.

Joanna disfrutaba de ordenar la casa ella misma. Para ella, la renovación del hogar era algo de constante evolución y de nunca acabar. Además, ella prefería hacerlo por sí sola; la otra semana, se encargó personalmente del cemento y de cambiar las baldosas del baño de invitados. Hoy se estaba encargando de la sala de estar. Mojó de nuevo su rodillo en la bandeja de pintura - las chicas se reían y se burlaban de ella por su constante necesidad de cambiar los colores de las paredes varias veces al año. Un mes las paredes de la sala eran de un color burdeos aburrido, al otro eran de un color azul sereno. Joanna les explicó a sus hijas que viven en una casa estática, una que nunca ha cambiado, era sofocante y asfixiante, y que cambiar su entorno era incluso más importante que cambiarse la ropa. Y era verano, por lo tanto, las paredes debían ser amarillas.

Ella llevaba puesta su ropa habitual para estar en casa: una camisa a cuadros y pantalones vaqueros viejos, guantes de plástico, botas de goma verdes, y un pañuelo rojo sobre su pelo gris. Muy curioso, gris. No importaba cuantas veces ella se tiñera el cabello, a la mañana siguiente cuando despertaba, era del mismo color, un gris plateado. Joanna, como sus hijas, no era ni joven ni vieja, sin embargo, su apariencia física correspondía a la de alguien con sus talentos particulares. Dependiendo de la situación, Freya podía aparentar estar entre los dieciséis o los veintitrés años, las edades donde se encuentra el primer amor, mientras que Ingrid, guardiana del hogar, parecía y actuaba como alguien entre veintisiete y treinta y cinco años; y puesto que la sabiduría proviene de la experiencia, aunque en su corazón ella pudiera sentirse como una colegiala, las características de Joanna eran las de una mujer mayor cuya apariencia era la de alguien de sesenta y tantos.

Era bueno estar en casa y tener a las chicas con ella. Había pasado demasiado tiempo y las extrañaba más de lo que admitía. Después de muchos años que la restricción fue impuesta, las chicas deambularon lejos, solas, sin rumbo, y sin propósitos, ella

difícilmente podría culparlas. Ellas sólo se veían de vez en cuando, cuándo necesitaban algo: no sólo dinero, sino consuelo, ánimo, compasión. Joanna esperó su tiempo; ella sabía que a las chicas les gustaba saber que no importaba adónde fueran - Ingrid había vivido en Roma durante gran parte del siglo pasado, mientras que Freya había pasado mucho tiempo en Manhattan últimamente - su madre siempre estaría en el mostrador de la cocina, cortando cebollas para almacenarlas, y algún día, al final, ellas regresarían a casa.

Ella terminó con la pared y evaluó su trabajo. Había escogido un color amarillo narciso pálido, un matiz muy Bouguereau: el color de la sonrisa de una ninfa. Satisfecha, se trasladó al otro lado. Mientras pintaba cuidadosamente alrededor de la ventana, miró a través de los paneles de vidrio directo al mar, a la isla Gardiner y Fair Haven. Toda esa cuestión del compromiso de Freya había sido agotadora, todas esas reverencias a la tal Madame Grobadan, la madrastra de Bran, quien dejó en claro que pensaba que su hijo era demasiado bueno para Freya. Ella estaba feliz por su hija, pero preocupada también. ¿Su niña salvaje de verdad iba a sentar cabeza esta vez? Joanna esperaba que Freya tuviera razón acerca de Bran, que él fuese el indicado para ella, que él es al que ha estado esperando durante todos estos largos años.

No es que ella necesitara un marido. Ella debería saberlo. Ya ella ha experimentado eso. Y sí, algunos días se sentía como una vieja bruja arrugada cuyo interior estaba seco como el polvo, y cuya piel no había sido tocada por la de otro hombre en un largo tiempo, esos eran los días en que ella sentía lástima de sí misma. No era como si tuviera que estar sola, había muchos hombres mayores que le habían dejado en claro que les encantaría hacer sus noches menos solitarias. Sin embargo, ella no era viuda, y tampoco estaba divorciada, lo que significaba que no era ni soltera ni tan libre como quisiera. Ella estaba separada. Esa era la palabra. Ellos vivían vidas separadas ahora, y así era como ella lo quería.

Su esposo había sido un buen hombre, un buen proveedor, su roca. Pero él no pudo ayudarlas durante una crisis y por eso ella nunca lo perdonaría. Por supuesto, no era culpa suya, toda esa histeria y derramamiento de sangre, pero él tampoco fue capaz de detener al Consejo de imponer su juicio. Cuando todo acabó y el mal había pasado. Sus hijas, sus pobres hijas: ella aún podía verlas, las siluetas de sus cuerpos sin vida en el atardecer. Ella nunca lo olvidaría, y a pesar de que regresaron relativamente ilesas (si es que se puede considerar ser colgadas, dejadas sin poderes, impotentes, y domesticadas, ilesas), ella no podía encontrar un espacio para él en su corazón, no otra vez.

"¿Cierto Gilly? Preguntó volteándose hacia su cuerva mascota, que estaba al tanto de sus pensamientos, y posaba en la punta del reloj de pie.

Gilly ahuecó sus alas y estiró su largo cuello negro hacia la ventana, Joanna siguió su mirada. Cuando vio lo que el cuervo quería que ella viera, dejó caer su rodillo, salpicando unas cuantas gotas de pintura en el piso de madera. Ella lo frotó con sus botas y lo empeoró.

El cuervo graznó.

"Está bien, está bien, bajaré e iré a revisar" Dijo ella dejando la casa por la parte de atrás, caminando en dirección a las dunas. Y efectivamente, allí estaban: tres aves muertas. Se habían ahogado - sus plumas estaban manchadas y mojadas, y la piel alrededor de sus alas parecía estar quemada. Sus cuerpos formaban una fea cruz en la arena.

Joanna miró sus cuerpos pequeños y rígidos. Qué lástima. Que desperdicio. Eran hermosas aves. Grandes rapaces con pechos blancos y picos de ébano. Águilas pescadoras. Las aves eran nativas de la zona, y una gran colonia vivía en la isla Gardiner, donde construyeron sus nidos en la playa. Las aves eran criaturas peligrosas, depredadores naturales, pero vulnerables como lo eran todas las criaturas salvajes a la marcha del progreso y el desarrollo.

Al igual que sus hijas, Joanna luchaba por ajustarse a los límites de la Restricción. Habían acordado cumplirlos a cambio de sus vidas inmortales. El Consejo había tomado sus varitas y la mayoría de sus libros, quemaron sus escobas, y confiscaron sus calderos. Pero más que eso, el Consejo les había quitado todo aquello que comprendían de sí mismas. Habían decretado que no había lugar para su especie en este mundo con la magia, pero la realidad era que tampoco lo había sin ella.

Con sus dedos, Joanna comenzó a cavar en la arena mojada, y suavemente enterró las aves muertas. Le habría tomado unas pocas palabras, el conjuro adecuado, para traerlas de vuelta a la vida, pero si a ella se le diera por usar sólo un poco de sus notables habilidades, quien sabe que le quitaría el Consejo después.

Cuando regresó a la casa, negó con su cabeza ante la visión de la cocina. Había ollas sucias por todas partes, y las chicas habían llegado a usar todas las piezas de porcelana y cubiertos, ellas preferirían usar sus manos en lugar de usar el lavavajillas, por lo que el fregadero y la encimera se desbordaban con un revoltijo de costosas porcelanas antiguas. El armario de la porcelana en el salón estaba casi vacío, la próxima vez estarían comiendo en las bandejas de servir. Uno esperaría esto de Freya, por supuesto, ya que ella estaba acostumbrada al caos. Pero Ingrid siempre se veía impecable al igual que su biblioteca, pero lo mismo no se podía decir respecto a sus habilidades domésticas. Joanna había criado a sus niñas para que fueran encantadoras, preciosas, y de carácter fuerte, como lo eran con su antiguo talento para la brujería, y como consecuencia, resultaron completamente inútiles para las tareas del hogar.

Por supuesto, como su madre ella tampoco estaba completamente libre de culpa en esta área. Después de todo, ella pudo pasar la mañana limpiando en lugar de pintar la sala de estar de nuevo. Ella disfrutaba de reformar y renovar, pero odiaba realizar las tareas domésticas diarias. O al menos mantener la casa aseada. Ella vio a Siegfried, el gato negro y familiar de Freya, escabullirse por la puerta de mascotas.

"Las chicas invitaron a un montón de pequeños ratones para ti, ¿cierto?" Ella sonrió, mientras lo cargaba y acariciaba su suave piel. "Lamento informarte que eso no durará, mi querido".

Por falta de una varita, la casa estaba perdida, pensó Joanna. Si ella fuera capaz de usar su magia para limpiar la casa, no necesitaría de un lavavajillas. El timbre sonó. Secó sus manos en sus vaqueros y salió a atender. Abrió la puerta lentamente y sonrió. "¿Gracella Álvarez?".

"Sí", sonrió una mujer pequeña, de cabello oscuro, de pie en la puerta con un niño pequeño.

"¡Bueno! Adelante, entren," dijo Joanna, dirigiéndolos a la sala de estar medio pintada. "Gracias por venir tan pronto. Como puede ver, necesitamos un poco de ayuda por aquí," dijo ella mirando la casa como si fuera la primera vez. Polvo por todas las esquinas, una gran cantidad de sacos de ropa sucia en la escalera, y los espejos estaban tan empañados que era imposible ver su propio reflejo.

La agencia había recomendado a los Álvarez, Gracella cuidaba de la casa, mientras que su marido, Hector, se hacía cargo de los alrededores, que incluían, la piscina, el paisajismo, los jardines, y el techo. Gracella explicó que su marido estaba terminando un trabajo fuera de la ciudad, pero que se les uniría pronto. La familia se iba a quedar en la casa de atrás, y ya habían traído varias de sus cosas en el coche.

Joanna asintió. "¿Y quién es este querubín?, preguntó, inclinándose para hacerle cosquillas al pequeñín, el niño saltó lejos y agitó sus brazos, riendo.

"Este es Tyler," dijo su madre, mientras incitaba al pequeño a hablar. "Tengo cuatro," dijo deliberadamente, meciendo sus talones hacia arriba y hacia abajo. "Cuatro, cuatro, cuatro, cuatro."

"Maravilloso." Joanna recordó a su propio hijo, hace tanto tiempo. Se preguntó si ella alguna vez volvería a verlo.

La camiseta de Mickey Mouse de Tyler estaba manchada y sus ojos eran brillantes y alegres. Cuando Joanna se dispuso a apretar su mano, él se alejó de ella, pero le permitió acariciar su cabeza. "Encantada de conocerte, Tyler Álvarez. Soy Joanna Beauchamp. Ahora, mientras tu madre se instala, ¿te gustaría dar un paseo por la playa conmigo?"

Tyler pasó la tarde dando vueltas en círculos. Joanna lo miró cariñosamente. De vez en cuando, él miraba por encima de su hombro para asegurarse de que ella aún estaba allí. Él pareció acercarse a ella de inmediato, ya que su madre le había dicho que no se alejara cuando le dio permiso de acompañar a Joanna a la playa. Cuando se cansó de correr, cogieron conchas juntos, Joanna encontró una concha de berberecho perfectamente formada que el pequeñín puso de inmediato en su oreja. Se echó a reír, y ella sonrió al verlo. Aun así, ella no podía evitar sentirse aprensiva, incluso en la alegría por su nuevo amiguito. Palpitaba justo por debajo de este idílico momento, justo por debajo de la superficie.

Había algo que no estaba bien acerca de las tres aves muertas en la playa esta mañana, aquellas que había enterrado en la arena, pero Joanna no podía estar segura. ¿Era una



amenaza o una advertencia?, ¿Por qué? ¿Y de parte de quién?

Cada Pequeña Cosa Que Ella Hace Es Magia

Antes de contratar a cierta cantinera pelirroja el otoño pasado, el North Inn era un pequeño lugar aburrido, el tipo de bar en mal estado al que los lugareños les gustaba frecuentar para reunirse y conversar sin tener que lidiar con clientes ebrios. El día de los caídos marcaba el inicio oficial del verano, incluso si el pueblo era oscuro y desconocido, el oleaje de turistas a East End trajo varios visitantes que se encontraron dentro de los límites del pueblo, varios establecimientos comenzaron a atender a estos clientes. Pero no el North Inn. Sus bebidas eran fuertes y baratas, sus clientes sólo asistían por su vista al mar, que era más o menos lo único bueno que el lugar podía ofrecer.

Como han cambiado las cosas. Todavía era un lugar local, pero ya no era tan tranquilo ni silencioso. Había una ruidosa rockola que tocaba sólo temas buenos, de cuando el Rock 'n' Roll era tocado por verdaderas estrellas de rock - otra cosa que estaba en vía de extinción en la nueva era. Los hombres en pantalones apretados que cantaban vigorosamente sobre las mujeres, drogas, y depravación habían sido enviados a programas de telerrealidad de rehabilitación. El rock de la vieja escuela era ahora patrimonio exclusivo de la música rap, el único género musical que todavía celebra la indulgencia en todas sus formas. Los chicos con guitarras ahora escribían canciόncitas malhumoradas, canciones seguras y melancólicas que nadie podía bailar.

A Freya le gustaba el rap, y era conocida por ponerse a rapear las últimas canciones de gansta rap, pero en el North Inn ella prefería los clásicos. Los británicos: The Sex Pistols. The Clash. La ópera rock de los 70. Estilistas: Queen. Sí. Genesis en sus inicios (este era crucial - Peter Gabriel - led Genesis, el de antes de que entrara Phil Collins). Metal: Led Zeppelin. Deep Purple. Metallica. Party Rock: AC / DC. Def Leppard. Mötley Crüe si se sentía un poco irónica. Desde que había llegado a trabajar al North Inn, el lugar siempre estaba a todo volumen con el chirrido de las guitarras y los himnos que ponían a la gente de pies, y alzaran los puños en la pista de baile. Pero comparado con las bebidas que ella servía, la música era casi irrelevante.

La cantinera pelirroja tenía una forma de hacer que sus cócteles fueran simplemente perfectos: el gin and tonic ácido y vigorizante, oscuro y arrasador al ser tomado. Era una fiesta cada noche, y cada velada terminaba con sus clientes bailando en la pista de baile, perdiendo sus inhibiciones, y de vez en cuando la ropa. Si venías solo o triste al North Inn, te ibas con un nuevo amigo o una resaca, a veces los dos.

Sin embargo, una semana después de su fiesta de compromiso, el bar, al igual que Freya estaba un poco tenue. Mientras que la música seguía estando alta y fuerte, tenía un eco lúgubre subyacente. Los Rolling Stones cantaban "Waiting on a Friend: I'm not waiting on a lady, I'm just waiting on a friend. . . " Los cócteles eran flojos y dulces, el Gin Fizz no hacía "Fizz", el champán sabía plano, y la cerveza se calentó después de tan sólo unos minutos. Era igual que en la fiesta de compromiso, pero peor. Se alegró de que Ingrid no estuviera cerca para notarlo; ella no quería que su hermana sospechara más de lo que ya

lo hacía. Lo que pasó esa noche con Killian había sido un acto impulsivo, pero ahora había terminado y todo iba a estar bien. No había necesidad de entrar en pánico. ¿Qué importaba si ella no podía parar de soñar con Killian? ¿Y qué si él había invadido su conciencia, y se convertía en el único tema de sus pensamientos al despertar? Cuando cerraba sus ojos aún podía ver su hermoso rostro, flotando por encima de ella. Ella lo haría desaparecer. Ella tenía que hacerlo desaparecer. Si tan sólo fuera Killian quien estuviera al otro lado del mundo y no su amado.

Bran la había llamado antes: había llegado a salvo a Dinamarca, y se dirigía a su reunión. Ella sabía que tenía que acostumbrarse a eso; desde el principio él le había explicado que su vida y su obra le han supuesto una gran cantidad de viajes y que rara vez se encontraría en casa, pero él tenía la intención de bajarle el ritmo a eso después de la boda. Escuchar su voz la había alegrado un poco, pero su oscuro estado de ánimo continuó hasta que llegó al bar y vio a los clientes llegar. Dan Jerrods y su nueva novia, Amanda Turner, entraron, y una imagen pasó por la cabeza de Freya: Dan tenía a Amanda contra una pared, los dos jadeando y desvistiéndose el uno al otro, la blusa de Amanda desabotonada, los Jeans de Dan bajados hasta las rodillas. Eso fue minutos antes de que entraran al bar. Su relación apenas estaba iniciando, y el sexo era aún su forma de decir hola. Freya ciertamente hablaba ese idioma.

Justo detrás de la pareja que acababa de tener sexo estaba el alcalde Todd Hutchinson (Una ferviente sesión de masturbación la noche anterior en frente de la computadora), con su amigo, el desarrollador, Blake Aland (una maraña de algún tipo en su auto la otra semana: estaba borroso, y la visión no se centraba, pero Freya sintió algún tipo de frustración sexual ahí), después, el buen reverendo y su esposa (una visión de látigos de cuero y máscaras durante el fin de semana). A veces Freya se sentía un poco mareada por toda esa información. A estas alturas ella ya debería estar acostumbrada a eso, a su talento - ella se rehusaba a llamarlo "don"- pero aun así todavía se sorprendía.

Esta era otra forma en que se manifestaba su naturaleza, la habilidad de ver emociones intensas - y no era sólo pasión y romance lo que ella era capaz de ver. Freya también podía leer la ira intensa y el odio, como por decir lo contrario al amor: furia asesina, ansiedad abrumadora. A través de los siglos, su talento había sido muy útil. Aunque ahora muy poco, North Hampton no era inmune a la delincuencia. Pero cuando algo pasaba por lo general era escandaloso o espectacular, como el escalofriante asesinato de una mujer de la alta sociedad que había sido envenenada en su propia fiesta, o triste y poco común como lo que le había pasado a Bill y Maura Thatcher. Sus cuerpos habían sido encontrados en la playa el invierno pasado. Bill murió debido a sus heridas, pero Maura aún estaba en cuidados intensivos, en estado de coma en el hospital.

Freya había sido pieza clave en llevar al asesino de la mujer de sociedad con la justicia. Una ama de llaves agraviada fue la responsable de la muerte de la heredera. Freya vio exactamente como lo hizo, poniendo un dedal de veneno en el champán. Ella fue capaz de apuntar a la policía en la dirección correcta para que ellos fueran capaces de armar su caso. Los detectives encontraron una botella de la sustancia tóxica entre las pertenencias

del ama de llaves, lo que llevó a la conclusión de que ella lo había hecho, y fue así como ese caso concluyó con un emocionante final.

A Freya le alegraba ser de ayuda, usar sus talentos naturales en una forma discreta formaba parte de la restricción impuesta a ella. Ella no estaba haciendo brujería, después de todo. Ella no podía evitar si veía el motivo, la intención, y la culpa, y ya que casi todos en el pueblo iban al North Inn, Freya mantuvo a la comunidad en la palma de su mano. Ella siempre supo quién robó de la caja registradora, o irrumpió en la casa de huéspedes, o cometió vandalismo en la escuela pública. Si los policías alguna vez fueron escépticos sobre sus dones, ya no lo eran, excepto por un investigador que seguía acosándola, pidiéndole explicaciones sobre sus corazonadas. Así que era extraño que ella todavía no tuviera idea de lo que le había pasado a los Thatchers, quienes eran muy queridos. Tal vez la policía estaba en lo cierto, fue un acto al azar de un vagabundo, un extraño, pero a Freya le frustraba no saberlo.

Ella le sirvió sus bebidas a Dan y Amanda. Le sonrió a la pareja de luna de miel - las primeras dos semanas de cualquier relación eran una luna de miel de acuerdo con Freya. Parejas esperando tanto tiempo por casarse en estos días, las lunas de miel ya tenían muy poca luna y nada de miel. El sexo, si es que había, era sencillo, el misionero. La mayoría de las parejas estaban más entusiasmadas con sus lujosas habitaciones de hotel que acerca de verse desnudos el uno al otro. Los días en que las novias vírgenes dormían en sabanas frías ya habían pasado. Razón por la cual Freya miraba a las nuevas parejas con afecto. Esta era su gente, devotos en su templo. Ella los bendijo con su sonrisa y les dio sus bebidas gratis.

El reverendo y su esposa pidieron una botella de vino, y Blake quería una cerveza. Ella dejó los pedidos en la barra, y fue con su último cliente. "¿Que puedo ofrecerle, señor?", le preguntó al alcalde.

"Whisky, puro, gracias Freya."

"Claro que sí, alcalde", dijo ella. Todd Hutchinson, hábil y ambicioso. Él tenía grandes planes para North Hampton. El joven alcalde era popular en el pueblo, aunque Freya sabía que su hermana, Ingrid, no era muy fanática desde que se enteró de su propuesta de vender la biblioteca. Pobre Ingrid, no había nada que ella pudiera hacer en caso de que su propuesta fuera aprobada.

A diferencia de Ingrid, Freya no tenía nada en contra del alcalde, quien era educado y atento. Él estaba casado con una reportera de noticias locales de quien se decía estaba en negociaciones para entrar a una cadena nacional. Quizá esa era la razón por la que él había recurrido a la pornografía en línea. Dos carreras importantes significaban que la pareja tenía muy poco tiempo para estar juntos. Era una lástima. Freya le entregó su whisky y regresó a la barra.

"¿Qué pasa esta noche?, Está bastante tranquilo para ser un viernes", dijo su jefe, Sal McLaughlin, quien había heredado el bar North Inn de su hermano, que se había retirado.

Sal era un hombre alegre de setenta años con cejas saltonas y siempre estaba con una sonrisa. Él le dio a Freya el puesto en el bar y actuó con ella como una especie de abuelo honorario. Sal tosió ruidosamente en su pañuelo y jadeó.

"¿Estás bien? Sonó bastante asqueroso," bromeó ella con Sal mientras él sonaba su nariz.

"Alergias," dijo él encogiéndose de hombros. "Eso debe ser por el cambio climático", se volvió a limpiar la nariz y jadeó, sus ojos lagrimaron. "Siempre me da alrededor de junio." Había sido un cambio extraordinariamente abrupto de una primavera lluviosa a un verano húmedo; el aire era denso y pesado, incluso más que de costumbre. Y el calor por lo general no era tan sofocante y opresivo tan temprano en esta nueva estación.

"Esto es como un funeral. ¿Quién se murió?," bromeó Sal, al mismo tiempo que manipulaba el aire acondicionado.

Freya se encogió de hombros, ella sabía que era su energía la que estaba causando eso, pero ella no podía evitarlo. Así que fue un día de descanso. Ella no esperaba que la fiesta siguiera para siempre ¿O sí podía? Una mano saludó y se acercó al otro lado de la barra en forma de U donde Becky Bauman estaba tomando martinis secos como si fueran dulces. ¿Otro? preguntó Freya.

"Oh, ¿por qué no?", Becky suspiró, viendo a su esposo coquetear con su cita al otro lado de la barra. Becky y Ross se habían separado recientemente. No habían estado casados por mucho tiempo, pero eran padres de un niño de seis meses de nacido; Freya vio como una oscuridad nubló el amor que alguna vez tuvieron, como el cansancio y la falta de sueño, las continuas peleas que dejaban a ambos aún más infelices e insatisfechos, hasta que Ross finalmente tuvo suficiente y se mudó.

Ross estaba metido en una conversación con Natasha Mayles, una ex modelo que era una de las muy muy muys de North Hampton. Muy rica, muy bonita, muy exigente. Demasiado buena para cualquier hombre que se le acercara. Las Natasha Mayles del mundo estaban demasiado ocupadas pensando en sí mismas como para establecer una relación con alguien. Era un milagro lo que estaba haciendo con Ross Bauman, quien ni siquiera se había divorciado aún.

"¿Qué fue lo que nos pasó?, Becky preguntó, mientras miraba a Freya preparar su cóctel. "Lo odio. Realmente lo odio. No sé lo que voy a hacer".

Freya captó otra imagen: Otra discusión, ésta vez una vivida y desgarradora, terminó en una violencia que no había estado allí antes - brazos agitando, el bebé llorando, alguien siendo empujado por las escaleras... Ella se dio la vuelta y dudó. Independientemente de lo que su madre o su hermana creían, ella no hacía mucho con las bebidas, excepto mejorar su sabor, un subproducto del hecho de que ella las había hecho. Todo lo que Freya hacía o cocinaba sabía delicioso, una consecuencia de su herencia mágica.

Pero la fea escena que acababa de presenciar - ella no sabía quién estaba en peligro, si Becky, Ross, o su bebé; la imagen no le reveló mucho - la hizo pensar que tal vez si no

hubiera siquiera una pizca de amor entre ellos, Freya nunca habría considerado lo que estaba a punto de hacer. Pero lo había. Ella vio como los dos se miraban a escondidas cuando pensaban que el otro no estaba viendo.

Además, Natasha Mayles no era buena para Ross. Ella entraba al North Inn con su acento altanero y aburrido, con una actitud casi europea.

En verdad era una regla ridícula de todas formas, ¿por qué no podían usar su magia? ¿Por qué no? ¿Por el hecho de que unas cuantas niñas tontas dijeron unas mentiras? ¿Así que a un par de perras mentirosas se les permitió arruinar sus vidas para siempre? Freya nunca olvidaría la forma en que esas horribles chicas habían hilado su historia, loco histrionismo en la sala de la corte, la creciente lista de sospechosos, las carretas que llevaban a los condenados a Gallows Hill. ¡Que obstinada y ciega había sido! Ella asumió que nadie les creería a sus acusadores, que nadie en su sano juicio creería que ella e Ingrid eran capaces de tanta maldad. Para colmo de males, su propia especie, su propio Consejo, les quitó sus poderes después de todo lo que habían pasado - un castigo duro de verdad. Bueno. Ella ya tuvo suficiente. Estaba cansada de sentir miedo. Cansada de sentirse inútil. Cansada de fingir ser algo que no era. Cansada de ocultar su luz en una esquina. Bajo una pantalla de lámpara, detrás de una cortina, en una habitación oscura. Cansada.

Freya Beauchamp estaba hecha de Magia. Sin magia ella era sólo alguien que sirve bebidas. Ella había sido muy buena durante mucho tiempo, todas lo habían sido, ¿y para qué? ¿Cuál había sido el punto de todo esto, en verdad? Era un desperdicio de sus talentos; ¿Se supone que ellos deben vivir en las sombras y luego desvanecerse? ¿Actuar como si fueran personas ordinarias para el resto de sus vidas inmortales?

Freya pensó en todo a lo que habían renunciado: volar, para empezar; ella aún recordaba cómo se sentía elevarse por el cielo, el viento en el pelo. Echaba de menos las alcaparras de medianoche en el bosque, los poderosos rituales que hoy eran tabú, ahora que pagana era una mala palabra. El mundo había cambiado, por supuesto, era de esperar; quizá hubiera sucedido incluso sin la restricción, pero ahora nunca lo sabría. Al igual que el resto de su familia, ella estaba atrapada en este lado del puente, y no había forma de volver a casa.

Ella había tomado una decisión. Tomó el vaso de cerveza de Ross y le agregó jengibre y ralladura de limón. Luego lo revolvió con la pajilla roja del cóctel de Becky. La pinta de cerveza brilló con un color rosa por una fracción de segundo. Ahora, esto iba sin duda en contra de las reglas, este pequeño brebaje que había hecho, esta poción de amor. Claro que ella había practicado un poco de magia antes, un poco por aquí y un poco por allá - por ejemplo, ese chico en Nueva York, el familiar humano de esa Vampiro a quien ella sanó. Pero eso fue en el East Village, donde ella estaba bastante segura de que su magia era insignificante, magia sin consecuencias que ella realizó ingeniosamente oculta y que fue absorbida por la propia cinética de la ciudad.

Esto era algo muy diferente, incluso más diferente que los pequeños empujones que ella

le daba a la policía para resolver sus casos. Esta era la primera verdadera poción de amor que ella creaba en ...bueno, cuando el número de años eran tantos, ¿quién los contaba? Además, era una pena dejar que una pareja tan buena se perdiera. Ella se estremeció al pensar en lo que podría suceder si no lo hacía: esa terrible discusión, un niño sin padres, uno muerto, y el otro en la cárcel. Freya aumentó la potencia a las bebidas que estaba a punto de servir. Eso no tenía que suceder. Todo lo que necesitaban era un poco de ayuda para superar ese bache. Sólo necesitaban un pequeño recordatorio de por qué estaban juntos en primer lugar. Ella dejó el Martini delante de Becky y la cerveza delante de Ross. "¡A su salud!" les dijo, levantando su copa.

"Para nuestra salud" murmuró Becky. Probablemente estaba avergonzada de haberle revelado tanto a Freya antes.

"¡Salud!" le dijo Ross a Becky desde el otro lado de la barra. Le dio un gran trago a su copa y por un momento su rostro se puso gris, parecía como si estuviera enfermo o fuera a vomitar. Freya sintió un revoloteo de nervios - ¿Y qué si ella olvidó mezclarlo a la perfección? ¿Y si ella lo había envenenado de alguna manera? - ¿Qué si había olvidado poner las medidas correctas al elixir? Ella corrió a su lado, esperando que aún hubiera tiempo de darle algún antídoto, cuando el color regresó a sus mejillas, él respiró hondo y le preguntó a Freya "¿Qué fue eso?"

"¿Por qué, tiene algo de malo?” preguntó ella, tratando de no sentirse demasiado alarmada.

“¡¿No hay nada malo con ella, es increíble!" él declaró, y se bebió la bebida en un solo y enorme trago. Cuando terminó, sus ojos parecían brillar, y miró al otro lado de la barra a su mujer con un rostro de asombro, enamorándose de ella una vez más. Becky le devolvió la sonrisa tentativamente, y a los pocos minutos los dos estaban riendo, mientras que Natasha parecía confundida y molesta. Entonces Ross se excusó con su cita, se acercó donde su esposa, y le dio unos aperitivos diciendo "Time Square - la segunda guerra mundial ha terminado" ambos se dieron un beso de victoria. Natasha pataleó con una rabieta.

Freya suspiró aliviada, unos minutos más tarde ya estaba sonriendo como un gato de cheshire. Su poción había funcionado. Todavía sabía exactamente cómo hacerlas. En un instante, la música en la rockola sonó con Axl Rose chillando una canción de amor: "Sweet Child O' Mine". Ella tenía una sonrisa, qué a mi parecer, me recordaba a memorias de la infancia. . . La música comenzó a llenar la noche, lujuriosa y apasionada, haciendo que las chicas agarrasen las manos de sus chicos para llevarlos a la pista de baile frente a la rockola. Dan y Amanda comenzaron a bailar, e incluso el reverendo y su esposa lo hicieron. En la esquina, los Bauman se estaban besando intensamente - ¿era esa la mano de Ross dentro de la blusa de Becky? - Ellos ya deberían pensar en irse; la cosa ya se estaba poniendo demasiado caliente. Incluso el alcalde se sentó en el mostrador con una mirada soñadora en su rostro.

Freya tamborileó con los dedos sobre el mostrador, moviéndose al compás de la música.



Sal había tenido razón. Se sintió como el invierno por un momento. Pero el hielo se había derretido ahora. Por supuesto, todavía se sentía muy mal por lo que pasó con Killian. Pero un poco de magia le hizo mucho mejor.

Charla de Hermanas

"¡No lo hiciste!", dijo Ingrid, levantando la vista de su plato de cereal, y poniendo rápidamente en su bolsillo la carta que estaba leyendo antes.

"Lo hice", dijo Freya alegremente, demasiado alegre, pensó Ingrid, sintiendo una punzada de celos de la exuberancia de su hermana, mientras cogía unas cuantas uvas de su tazón para alimentar a su grifo mascota, un híbrido parte águila, parte león, la única concesión mágica de su pasado que el consejo le había permitido, y eso sólo porque la única forma de separar a una bruja de su familiar es destruyendo a uno de los dos. Ciertamente, Oscar se estaba poniendo demasiado grande para el hechizo que ella había lanzado sobre él hace siglos; él era del tamaño de un labrador, pero tenía el alma de un gatito.

"¿Y no pasó nada?, Ingrid preguntó. "Oh, Siegfried, ya te escuché, pero a ti no te gustan las uvas", le recordó al gato negro.

"¡Ni una sola cosa!" dijo Freya, hurgando en el tarro de la harina, ella había regresado de su turno de la noche en el bar. Había sido una larga noche, ajetreada, una de las mejores en la historia reciente. "Tengo ganas de panqueques, ¿quieres un poco?".

"Supongo, ¿entonces, que vas a hacer?"

"¿Tú qué crees?, voy a hacerlo de nuevo, se sintió genial, Ingrid, me sentí...me sentí como si fuera yo de nuevo, ¿sabes?" Empezó a romper los huevos, y a admirar la cocina recién limpia. Las cosas eran mucho más agradables en la casa desde que los Álvarez estaban cuidando de ella. Joanna se llevaba realmente bien con el niño. Era lindo. Todas ellas lo encontraban adorable. Tyler era un niño inteligente, sabio para su edad. Podía vencer a cualquiera de ellas en ajedrez y podía sumar y restar números grandes en su cabeza. Un día, él les había dicho con un rostro solemne que le había tomado cincuenta y siente pasos llegar a la playa desde su casa. La mayor parte de su dieta consistía en postres, lo cual lo hacía perfecto para Joanna, que aún tenía que descubrir un pastel que no le gustara. Ingrid le trajo libros de ajedrez de la biblioteca, y Freya jugaba con él a perseguirlo por todo el jardín. La casa era mucho más feliz con los Álvarez dentro de ella.

Freya notó a Ingrid leyendo subrepticiamente su carta de nuevo. Su hermana había empezado a recibir cartas durante el verano. Siempre llegaban en un sobre blanco sin remitente. Quién las envió, Ingrid no lo dijo, y Freya no preguntó. Desde que se mudaron de vuelta a la casa, las hermanas mantuvieron una paz sencilla. Freya no le preguntó a Ingrid por qué había pasado estos últimos años trabajando en una humilde biblioteca, e Ingrid no le había preguntado a Freya por qué abandonó la universidad y vendió su bar en Nueva York. Si ellas sentían la necesidad de contárselo a la otra, lo harían. Ellas compartían cosas como la ropa, pero respetaban la privacidad de cada una.

Era curioso como en casa habían vuelto a sus viejos hábitos, ocupando sus lugares habituales en el árbol familiar. Ingrid trabajaba de día, y Freya tomaba los turnos de la

tarde, y por lo general se reunían para el desayuno, en el comienzo del día de Ingrid, y el final del de Freya.

Después de unos segundos volcó los panqueques. Ella no necesitaba magia para saber que sabrían fantásticos: mantequilla light con un dulzor a nuez. Ella apiló dos platos y los llevó a la mesa. Roció los suyos con jarabe, mientras que Ingrid comió los suyos con fruta. "¿Acaso mamá te contó sobre las aves muertas en nuestra playa el otro día?" Preguntó Ingrid.

Freya asintió, clavando el tenedor en su panqueque. "Si. ¿Cuál es el problema?".

"Ella no está segura. Piensa que es un presagio".

"Ah-ja. ¿Recuerdas aquella vez que acusó a mi profesor de inglés de ser un hechicero que estaba tras nosotras después de que me acusó de plagiar en el octavo grado?"

Ingrid rió. "El pobre señor Sweeney, era algo bueno que no se le permitiera, por qué o sino lo habría hechizado", dijo ella, disfrutando de la solidaridad fraternal. Uno de los mayores placeres de la vida era hablar sobre su formidable madre. Ese tema nunca se hacía viejo.

"Lo que mamá necesita es una cita," dijo Freya, alimentando a Siegfried de su plato. "Ella tendrá que superar a papá en algún momento." Ellas no habían visto a su padre desde que la restricción había sido impuesta, ese era uno de los temas de los que nunca se hablaba. Hablar sobre su padre solo hacía molestar a su madre. Era una pena lo que había pasado entre ellos, pero no había nada que ellas pudieran hacer al respecto. Papá se fue, mamá no quiere hablar de ello, fin de la historia. Freya trató de no estar del lado de su padre o su madre, ya que él se alejó de sus vidas y ni siquiera intentó ponerse en contacto con ellas después de eso.

Era más fácil de esa manera, al igual que era más fácil fingir que eran sólo dos hijas en la familia. Era muy difícil y triste pensar en la pérdida de su hermano gemelo, y aparte de encender una vela cada año en su día especial en febrero, ellas nunca lo mencionaban. En cuanto a su padre, no había velas ni recordatorios, sólo un vacío, un asiento vacío en la mesa. "¿Entonces, que te parece? ¿Mamá y Sal? Yo podría hacer que eso pase" Freya sonrió con picardía. "A él le gusta ella".

"¡No! No le hagas eso a Sal, Mamá se lo comería para el desayuno. Tienes que dejar de pensar que los problemas de todos se resuelven con enamorarse" dijo Ingrid viéndose incomoda y apartando su plato.

"Eh," suspiró Freya, levantándose de la mesa, y apilando los platos.

"Debes tener cuidado. Es posible que te hayas salido con la tuya haciendo la poción esta vez, pero quién sabe lo que pasará la próxima vez," Ingrid advirtió. "Te vas a meter en problemas si sigues haciendo eso."

"Tal vez," Freya asintió, "Pero no me importa. Simplemente no me importa nada. Y hasta

que realmente no vengan hasta aquí y me digan que pare, voy a seguir haciéndolo", anunció. "¡Estoy harta de vivir con las manos atadas en la espalda!", hizo una pausa, dejando que el agua caliente bajara por los platos sucios. De alguna manera la cocina inmaculada y la presencia de los Álvarez la inspiraron a limpiar, algo que nunca antes había hecho. "Pero hagas lo que hagas, no le digas a Madre."

"¿Que no le diga a Madre, que?" Joanna preguntó alegremente, entrando en la cocina y sonriendo a sus hermosas hijas, con Gilly volando por su hombro.

"Nada", las dos murmuraron. Por un momento parecían niñas de nuevo enterrando el jerbo zombi de Freya en el patio trasero.

El piso se mantuvo temblando por una cantidad infinita de tiempo, o eso parecía. Ingrid había encontrado uno de los viejos libros de Joanna, los que se suponía no debían tocar, los que su madre había escondido cuando se aprobó la restricción; ella encontró el encantamiento correcto para deshacer el hechizo descontrolado de Freya.

"Hmmm..." dijo Joanna, mirando a la una y la otra con escepticismo. "¿Por qué tengo la sensación de que nadie me dice nada por aquí?"

Un Nudo en Su Barriguita

Ingrid estaba pensando en la reciente nueva emoción de su hermana cuando llegó esa mañana al trabajo. Se dio cuenta de que nunca había visto a Freya tan feliz, no en un largo tiempo. Ella no sólo era feliz, había algo más. De alguna forma, Freya parecía más vibrante, más presente. Vivir sin magia las había hecho desvanecerse un poco; sin siquiera darse cuenta, habían llegado a ser tan monótonas y grises como el mundo que las rodeaba. Ingrid aparcó su bicicleta en la entrada y entró por sí sola en la biblioteca oscura. Al pasar por el escritorio vacío de Tabitha, sintió otra punzada de frustración. Durante años Ingrid había guardado silencio, había dejado que la ciencia y la medicina hicieran su trabajo, ahora ella sentía un coraje imprudente agitando en su alma. Ella no podía soportar ver a su amiga sufriendo tanto. Tanto sufrimiento innecesario.

Ingrid miró a su alrededor con miedo. ¿En qué estaba pensando? Ella no era su hermana, audaz y valiente. Ingrid recordaba muy bien lo que había sido ser dejada a morir de hambre en esa celda, los abucheos de la multitud, lo terriblemente asustada que había estado, sola y odiada. Si lo hacía, estaría rompiendo el acuerdo que le permitió permanecer en este mundo.

¿Pero qué fue lo que dijo Freya esta mañana? Que estaba harta de vivir con sus manos atadas detrás de la espalda, pues Ingrid también. Ella ya había terminado con eso de sentirse inútil e insignificante.

Cuando Tabitha llegó al trabajo, Ingrid la llevó aparte. "¿Tab, puedes venir un segundo?" Llevó a Tabitha a la oficina de atrás, donde almacenaban el material archivado. "Tienes que confiar en mí, ¿de acuerdo?", dijo ella, mientras apagaba las luces. La habitación estaba bañada en una oscuridad verdosa producida por los cristales de las ventanas.

"¿Qué ocurre?" Preguntó Tabitha, viéndose un poco nerviosa. "¿Qué te pasa, Ingrid? Estás como... poseída.

"Tú sólo quédate allí" Ingrid instruyó. Se arrodilló en el suelo y empezó a dibujar un pentagrama alrededor de los pies de Tabitha. El contorno de la tiza blanca brillaba en el cuarto oscuro.

"¿Es eso un...?"

"¡Silencio!" Ordenó Ingrid, mientras removía una vela de su bolsillo y la colocaba en el centro de la figura de cinco puntas que había hecho. Encendió la vela y murmuró unas palabras. Volviendo donde Tabitha, le dijo, "Confías en mí, ¿cierto? Estoy tratando de ayudarte." Ellas eran compañeras de trabajo, pero también amigas, Ingrid esperaba que Tabitha confiara lo suficiente en su amistad como para permitirle hacer esto. Ella continuó trabajando de forma serena y reflexiva, pero el corazón le saltaba en el pecho. Lo estaba haciendo - ella estaba practicando brujería de nuevo. Magia. Freya tenía razón, era como si algo enterrado en lo profundo de su alma había vuelto a vivir de nuevo, como si acabara de descubrir que podía respirar bajo el agua todo este tiempo. Ingrid se sintió

mareada y aturdida. Ella no había hecho nada como esto en... más tiempo del que podía recordar. Ella esperaba que algún rayo cayera. Pero no hubo nada.

Con la visión del pentagrama ella le echó un buen vistazo a su amiga, hasta que la bibliotecaria júnior se retorció bajo la mirada penetrante. El pentagrama reveló lo que Ingrid siempre había sospechado. Había algo bloqueando la energía de Tabitha, una oscuridad en el núcleo, una masa de color plateado, anudada, apretada y constreñida, como un puño o un tumor. No es de extrañar que ella no pudiera quedar embarazada, Ingrid había visto esto antes, pero nunca tan mortal. Puso su mano sobre el vientre de Tabitha, y tiró de ella hacia afuera, casi cayéndose al intentarlo. Pero lo logró, pudo sacarlo correctamente. La malignidad se disipó tan pronto como ella la removió de su huésped físico.

Tabitha se quedó mirando a Ingrid como si se hubiera vuelto loca. Ella no sintió nada; parecía como si Ingrid solamente estuviera agitando sus manos y balbuceando. "¿Ya Terminamos?"

"No del todo" Respondió Ingrid. Remover era solo el primer paso. Ella encendió las luces de nuevo y apagó la vela. "También necesitas hacer algo con tu cabello" dijo ella.

"¡Mi cabello! ¿Qué quieres decir?" Tabitha la miró con escepticismo.

Ingrid se dio cuenta, en todo el tiempo que la conocía, ella nunca había visto a Tabitha con el pelo suelto. El cabello de Tabitha estaba peinado hacia atrás desde su frente con tanta fuerza que parecía doloroso, y luego estaba anudado y entrelazado de una forma que era casi tan grueso como una cuerda. Ingrid, también notó otras cosas extrañas: sus zapatos Oxford tenían los cordones entrelazados bastante apretados. Su suéter (lo tenía por qué hacía frío en el interior debido al aire acondicionado) estaba atado con cintas en lugar de botones. La mujer tenía más nudos en su persona que un velero. Si ella paraba, había una posibilidad de que el mal plateado se formara de nuevo. La oscuridad se alimentaba de constricción; se siente atraída por ella, como polillas a las llamas.

Ella susurró ferozmente, "inténtalo por una vez. Suéltate el pelo. Y deshazte de los zapatos. Y ese suéter. Ponte zapatos sin cordones, uno de esos cárdigan que se abren por delante. Sin botones. Sin cremalleras. Nada más que tela ligera flotando. Ah, y nada de nudos."

"¿Y qué tiene que ver eso con esto?"

"Sólo inténtalo por un par de meses. Leí en alguna parte que puede funcionar, es como una cosa de Karma." En estos días la sabiduría de la Nueva Era resultaba una explicación bastante fácil para un poco de magia blanca. Tabitha le dijo que lo consideraría, pero salió de la sala de almacenamiento sacudiendo su cabeza.

Ingrid borró los signos del pentagrama y regresó a su trabajo, y su mente aún seguía corriendo. Por supuesto, el uso de telas fluidas no resolvería eso por sí solo. Ella tuvo que combatir fuego con fuego, o nudo con nudo por su propia cuenta. Cuando no estaba

mirando, Ingrid tomó un poco del pelo de Tabitha que quedó en su silla de la oficina. Ahora lo único que necesitaba era un poco del de Chad.... Entonces pensó, debería haber cabello suyo en el coche de Tabitha.... Su cabello era oscuro, por lo que sería sencillo encontrar uno en su asiento dado que Tabitha era rubia. Durante su descanso, Ingrid entró al Camry de Tabitha y encontró lo que estaba buscando. De vuelta en su oficina, enroscó las dos hebras juntas, haciendo un pequeño nudo que parecía del tamaño de un insecto, mientras lo hacía recitaba las palabras correctas para el encantamiento.

Su corazón palpitaba con fuerza en su pecho, y la piel de gallina erizó sus brazos a medida que sus dedos trabajajaban rápidamente, girando y girando. Esto no era magia, ella se decía a sí misma. Fueron sólo unas pocas palabras. Un nudo pequeño. Nadie nunca tendría que saberlo. Esto era aún más divertido que remover ese bloqueo; en lugar de limitarse a remover la basura, aquí ella estaba dedicándose a crear algo. Ingrid sintió su magia burbujear por dentro, la prisa emocionante que vino de aprovechar y dirigir un poder salvaje e inimaginable a sus órdenes, sintió que sus mejillas se ponían rojas de la emoción. Ella había extrañado esto más de lo que podía admitir.

"¿Qué estás haciendo?"

El sonido de esa voz la hizo temblar y el hechizo se rompió. Ingrid escondió rápidamente el nudo en su bolsillo, "Matthew Noble. ¡Me has sorprendido!" Ella no respondió a su pregunta.

"Dime Matt, te lo sigo diciendo." Matthew Noble sonrió. Él era un detective de alto rango en el departamento de policía, e incluso a sus treinta años aún se veía como el atleta universitario que una vez fue, alto, de cabello castaño, con un agradable rostro irlandés, piel pálida, nariz quemada por el sol, ojos azules claros, vestido con su uniforme de chaqueta deportiva arrugada y pantalones marrones. Ella podía sentir algo en la forma en que él la miraba - siendo franca y también...bueno...apreciativa. Él era ciertamente bien parecido, pero ella no estaba interesada - en lo absoluto - y se estaba volviendo algo molesto su enamoramiento por ella. La hacía sentir incomoda. Sobre todo, porque no hacía nada al respecto. Si él tan sólo la invitara a salir para que así ella pudiera aplastar su amor platónico. Sin embargo, él parecía satisfecho con sólo mirarla y prestarle libros. Ella dudaba que él siquiera los haya leído. Él no parecía la clase de chico que leyera mucho.

"Lamento haberte molestado, pero es que no había nadie en la recepción. Y pensé que tú podrías tener algún libro para recomendarme." Cuando él rió, sus dientes realmente brillaron.

"Claro que sí" Respondió Ingrid, pensando rápidamente. "Toma", dijo ella, poniendo en sus manos lo último de J.J Ramsey Baker. ¡Ja! ¡A ver qué piensa al respecto!, pensó mientras le entregó el libro a Matthew Noble (¿acaso viven en el mismo pueblo? ¿Podría su nombre ser más cursi?) Cierto. Al menos ella había encontrado la forma de darle buen uso a la atracción que él sentía por ella. "Si te gusta el libro, me encantaría que se lo recomendaras a otras personas". Quizá de esa forma ella lo mantendría en los estantes y el autor sensible no haría otro berrinche, pensó mientras estampaba su tarjeta de la

biblioteca y registraba la transacción en el ordenador.

"Claro que lo haré." Matt asintió, apartando el libro sin siquiera verle la portada. Parecía como si él fuera a decirle algo más, pero decidió mejor no hacerlo. Ingrid lo vio salir, notando sus anchos hombros, y sencillo caminar, luego volvió a su tejido. Al finalizar su turno, puso el pequeño nudo de pelo en el bolso de Tabitha.

Aquí no había magia. Sólo un nudo de suerte para ayudar a su amiga, eso era todo, se dijo Ingrid a sí misma. Nadie jamás lo sabrá ni se enterará.

Un Niño Nuevo

La maternidad le había robado a Joanna su figura, de eso ella estaba segura. No importaba que tanto hiciera dieta (y ella las había intentado todas: La dieta Atkins y la de la Zona, la baja en calorías y la baja en carbohidratos, la de la col, la de galletitas, la de Jenny Craig, la Weight Watchers, la de South Beach y Sugar Busters, la de té y los jugos de limpieza, las interminables horas de ejercicio - primero correr y después spinning - o clases de step, yoga, o pilates), ella nunca pudo deshacerse de esas temidas últimas diez libras, ese neumático alrededor de su vientre. Sus hijas la reprendían por su obsesión, decían que ella estaba bien para su edad. ¿Pero qué edad sería esa? ¿Seis mil años?

Se entendía que las mujeres al llegar a cierta edad ya no se preocupaban por su apariencia, pero eso era una mentira. La vanidad no moría de vejez, en especial en mujeres hermosas, y vaya que ella había sido hermosa una vez - tan hermosa que llegó a casarse con el dios más temido de todos. Pero ya era demasiado tarde para pensar en lo que había sido. Su marido se había ido, al igual que su belleza, hace mucho tiempo. En la luz correcta se veía atractiva, suponía ella, aún seguía siendo "guapa", pero, ¿quién querría ser llamada "guapa" cuando una vez fue hermosa?

El problema, como ella lo veía, era que cuando por fin lograba recuperar su figura, ¡bam!, se encontraba embarazada de nuevo, y todo el ciclo de ganar y perder peso se iniciaba una vez más. Las niñas tenían que nacer cada vez que se metían en problemas y tenían que abandonar el mundo, o bien habían sido expulsadas de él por accidente (Un accidente automovilístico, quizá; Freya una vez pereció en un incendio en un hotel) o por malicia (como la crisis que cobró sus vidas durante el siglo diecisiete), Joanna comenzaba a sentir los síntomas, por lo general, ocurría después de no recibir noticias sobre sus hijas durante un siglo o dos. Primero, su pelo gris se hacía rubio de nuevo. Ella se maravillaba con su cambio de aspecto, perder las arrugas, la grasa en sus mejillas, las manos fortalecidas al ya no tener artritis. Luego empieza: el vómito, las náuseas, el agotamiento. Entonces ella se daba cuenta: Oh, maldición, estaba embarazada.

Nueve meses después tendría un bebé gordo y llorón al que atender y amar. Esta vez las chicas renacieron con pocos años de diferencia, por lo que en esta nueva vida habían crecido como hermanas de nuevo, peleando por los juguetes, molestándose entre sí en los viajes largos. La vida había sido un tedio feliz de educación preescolar, natación, gimnasia, y un sin fin de fiestas de cumpleaños, junto con los ocasionales accidentes mágicos: El grifo de Ingrid causando caos en los macizos de flores; y tener que mantener los ojos puestos en Freya para evitar que hechizara a las chicas que no le agradaban.

Era bastante fácil engañar a los vecinos: La restricción no le prohibió a Joanna usar su considerable poder para mantener su inmortalidad oculta. No estaría bien que las personas se preguntaran por que la "viuda" Beauchamp se veía la mitad de su edad cuando estaba embarazada. Al menos en ese aspecto, la magia era útil.

No importaba que, sin embargo, tampoco importaba cuanto tiempo había pasado, con

cada embarazo lleno de esperanza ella nunca consiguió a su hijo de vuelta. Nunca. Por supuesto, ella comprendía que era inútil esperar que ocurriera. Eso había quedado claro durante la sentencia luego de que el puente que dividía a los dos mundos colapsara. Joanna sabía que él aún estaba vivo, pero ninguna brujería podría ayudarle a él ahora. Eso estaba fuera de su alcance.

Uno pensaría que después de tantas vidas el dolor bajaría un poco, pero no era así. En todo caso, cada año que pasaba solo le dolía más. Ella lo echaba de menos cada vez más, y pensaba en él todos los días. Ese era el problema con la maternidad: no sólo te hace gorda y te pone líneas de ansiedad en la frente, pero el amor que sentía - ese amor intenso y consumidor - era como tener el cuchillo más afilado y exquisito. La apuñalaba justo en el corazón. Su hijo podría estar vivo en algún lugar, pero bien podría estar muerto para ella, ya que nunca lo podrá recuperar. Se lo habían arrebatado. Esa era la peor pena que una madre podría tener, y es por eso que se la dieron.

Su hermoso niño, su hijo más feliz: su sonrisa era el sol, su luz iluminaba el mundo entero. Era cierto eso que se decía de las madres y los niños: era un vínculo especial, una sociedad de admiración mutua. También era cierto lo que decían: Uno quiere a sus hijos por igual, pero a veces le gustaba un hijo más que el otro. Ella había estado de luto por su perdida durante tanto tiempo, y aunque las chicas eran un gran consuelo, aun así, nunca fue lo mismo. Pero ahora ella tenía a este maravilloso niño nuevo: Tyler Álvarez, el que aleteaba sus manos de forma extravagante y tenía una sonrisa pícara, quien no la abrazaba, pero aun así le permitía que besara su cabeza. Él no sanaba el agujero en su corazón, pero llenaba un vacío que había estado allí desde hace mucho tiempo. Joanna tomó al pequeño de inmediato. Él la llamaba abuela o "lala" para abreviar, y ella lo llamaba mejillitas. No estaba segura de donde había sacado eso, referente a sus mejillas quizá. Ella estaba constantemente pellizcándolas. Ella amaba a sus hijas, pero ellas parecían no necesitarla más. Eran adultas con sus propios problemas. Tyler era otra historia.

Ahora ellos estaban haciendo un pastel. La maternidad pudo haberle robado a Joanna su figura, pero para ser honestos ella había sido un poco cómplice en esa área. Aparte de sus constantes renovaciones, la otra debilidad de Joanna era hornear. La cocina siempre olía a mantequilla derretida, y el aire envuelto en un rico y cremoso olor a caramelo. Joanna estaba enseñándole a Tyler como preparar una tarta de moras y duraznos, La fruta había sido escogida de la huerta familiar, el durazno estaba lleno de dulzor y las moras picosas.

Tyler sostuvo la cuchara medidora. "¿Cuánta azúcar?" preguntó, con sus dedos flotando por encima de la bolsa de azúcar en el mostrador. Ella le había dado a él la tarea de endulzar el jarabe.

"Más, cariño, más," Joanna instó mientras golpeaba y rodaba la masa que formaría la corteza.

Después que Tyler agregó lo que parecían ser dos tazas de azúcar, ella cortó una larga vaina de vainilla negra y raspó su contenido, luego lo añadió al relleno. Una vez armaron

la tarta, Tyler la ayudó a colocarla en el horno, una vieja estufa aga que ella compró durante su renovación anterior.

"¿Ahora qué?"-preguntó él, con su cara sucia de harina y trozos de fruta en su cabello.

"Ahora esperamos," le sonrió Joanna.

Ayer habían hecho brownies, el día anterior magdalenas, y el día anterior a ese un húmedo y fibroso rollo de nuez. Era una orgía de hornear, más que de costumbre, ya que Ingrid y Freya le habían rogado que parara de hacerlo. Ellas podrían ser inmortales pero sus cuerpos no eran inmunes a los estragos causados por una dieta basada en productos de panadería. Joanna les había dicho que debían lidiar con eso de la misma forma que los demás lo hacían, con disciplina y moderación. El que ella hiciera todas esas deliciosas golosinas no significaba que ellas debían comerlas. Ella no les estaba empujando los brownies y las tartas por la boca, ¿o sí lo hacía? Además, Tyler amaba hornear, y se estaban divirtiendo mucho como para detenerse. Ella había encontrado divertido actuar como una madre con alguien sin tener que cargar con toda la responsabilidad. Ella solo tenía que alimentarlo, mientras que otra persona se encargaba de disciplinarlo o castigarlo.

"Necesitaremos helado para comer con la tarta," dijo Joanna, sacando una caja de cartón del congelador. "¿Bolas extras?"

Tyler asintió vigorosamente, y ella alborotó su cabello. Había algo en los niños pequeños. Los chicos en general adoraban a sus madres. Las niñas eran más complicadas. Ella sabía que sus hijas la amaban, pero también entendía en el fondo, que ellas la culpaban por la ausencia de su padre. Ellas no la comprendían, pero ella tampoco sabía cómo hablar con ellas. Todo lo que ella decía era recibido como una crítica o un juicio. Con los años ella comprendió que era mejor nunca decir nada. Así que no dijo nada cuando Ingrid se mudó de vuelta a la casa, en lugar de tomar ese puesto en la universidad, y decidió tomar el puesto de oficinista en la biblioteca local. ¡No!, ¿Alguna vez dijo estar decepcionada de que su brillante hija con un doctorado prefiriera echarles vapor a unos documentos durante los últimos años? ¡Ni una sola palabra! ¿Dijo algo cuando Freya abrió ese bar en Nueva York sin una licencia de licor apropiada? ¡No! ¿Alguna vez le sugirió a Freya que se vistiera un poco menos provocativa? ¡Nunca! ¿O que tal vez ella se estaba apresurando con ese matrimonio? Por supuesto, Freya y Bran estaban destinados a estar juntos; con sólo ver sus caras felices eso le dijo todo lo que una madre necesitaba saber. Pero incluso si ella no estaba de acuerdo, Joanna sabía que era mejor no comentarlo con sus hijas. Por qué con un sólo "¿Tal vez ya son suficientes galletas? (después de todo ellas ya se habían comido tres cada una) y ahí estaba esa cara. La que dice mamá sabe lo mínimo.

O de lo contrario ella sería excluida como lo había sido esa mañana. ¿Pensaban ellas que no se dio cuenta? Ella a veces estaba celosa de la amistad que tenían sus hijas, al igual que había estado celosa hace muchos años de la amistad que tenían con su padre. Hijas. Ellas podrían cortarte con la mirada.

Ella sabía que Tyler nunca la miraría de esa manera. Tyler la adoraba y el sentimiento era mutuo. Joanna ahora pagaba para que él asistiera durante todo un año a una buena escuela preescolar, y mientras sus padres eran quienes lo llevaban en la mañana, era ella quien lo recogía todas las tardes con una merienda o golosina en la mano. Después de la escuela, iban a la playa, donde a Tyler le gustaba pasar el resto de la tarde persiguiendo aves, y recolectando conchas marinas, mientras Joanna lo observaba.

No había pasado nada raro desde las tres aves muertas hace una semana, y Joanna ya se estaba empezando a relajar. Quizá esa preocupación persistente en el fondo de su mente era un subproducto de toda su historia. Tal vez ella estaba viendo señales donde no había ninguna. La vida en North Hampton nunca ha cambiado; ella se encargó de eso cuando se mudó al pueblo.

Oh, mi Dios, la tarta se había quemado. Ella se había olvidado de programar el temporizador y ahora estaba negra y humeante. Si hubiera sido Freya, esto nunca habría pasado, pero su magia era un tanto diferente. El rostro de Tyler se arrugó y amenazó con romper en llanto. Lala le había prometido que habría pastel y helado.

"Lo siento, cariño", dijo Joanna.

"Tarta," dijo Tyler obstinadamente. "Tarta."

"Pues tendremos que hacer otra..."

"Tarta."

Joanna puso las manos sobre sus caderas. Ella había escuchado a sus hijas hablando esa mañana. Algo sobre como Freya había hecho una poción de amor - de ellas tres, Freya siempre había sido la más valiente dada su naturaleza impulsiva y cariñosa. Pero si a Freya no le pasó nada, entonces...bueno... ¿No sería razonable si ella hiciera lo mismo? No sería más que un simple giro de muñeca, un pequeño encantamiento y todo saldría bien para Tyler. No necesitaría tanta energía, después de todo, y ciertamente, el Oráculo había permanecido en silencio durante muchos años; ¿Quién iba a saber si la Restricción aplicaba a algo tan pequeño? Las manos de Joanna comenzaron a temblar. Ella quería hacer esto. Ella iba a hacerlo. Era sólo una tarta después de todo, se dijo a sí misma. Era parte del proceso de cocción. Hornee el pastel, queme el pastel, y restaure el pastel.

"No se lo digas a nadie," susurró ella. Recuperación y Renovación eran su rama de la brujería. Cubrió el pastel quemado con un trapo de cocina, susurró unas cuantas palabras, y al quitar el trapo, la corteza era dorada y perfecta.

Los ojos de Tyler se abrieron, y comenzó a brincar en sus propios talones. "¡Eres una bruja!" dijo él con regocijo.

"¡Silencio!" Los ojos de Joanna bailaban, pero ella miraba con miedo a su alrededor. Nadie la había llamado así en siglos. Le trajo muchos recuerdos, no todos ellos buenos.

"¿Lo eres?" "¿Eres una bruja?"

Joanna se echó a reír, "¿Y qué pasa si lo soy?"

Por un momento el niño pareció asustado y se alejó de ella, pensando probablemente en las brujas de cuentos de hadas, brujas feas que les hacían pasteles a los niños y luego los metían en un horno.

Joanna lo envolvió en sus brazos, y por primera vez él dejo que ella lo hiciera y le besara la nuca para calmarlo. El niño olía a loción de bebé y azúcar. "No, cariño. Nunca. No tienes por qué tenerme miedo."

Caballo Regalado

"¿Disculpa, Ingrid?, hay alguien aquí buscándote," susurró Hudson Rafferty, al entrar en la oficina de atrás. El bibliotecario júnior levantó una ceja para que Ingrid entendiera que este no era un mecenas habitual con preguntas sobre cuentos de niños o si sus multas de la biblioteca podían ser removidas (la respuesta siempre era "no", ¿entonces, por qué seguían preguntado?, Ingrid nunca lo pudo entender).

"¿Quién es?," preguntó Ingrid, quitándose las gafas que usaba para leer las letras pequeñas en las elevaciones de los diseños.

"No lo sé, pero es bastante atractivo," dijo Hudson en su forma discreta habitual. Él estaba a favor de los chalecos con rombos, mancuernillas grabadas, y corbatas de lazo. Estaba en el séptimo año de obtener su doctorado en leguas romances en Harvard. La familia de Hudson era prácticamente dueña de la costa oriental, y él ciertamente no necesitaba una pasantía de verano ordenando libros. Los otros bibliotecarios bromeaban diciendo que él era el interno más viejo (acababa de cumplir treinta años) y mejor vestido del mundo; un sólo traje suyo costaba más que todos los armarios de ellos. Él era muy exigente en su trabajo y se movía muy deliberadamente. Uno no podría imaginarse a Hudson correr, estar apurado por algún motivo, o siquiera sudar. Él era un diletante natural, con una amplia gama de conocimientos sobre muchos temas relativos a las humanidades y el arte, y por ser un experimentado viajero por el mundo, Hudson era la persona a la que le preguntabas si necesitabas saber, por ejemplo, cuál era el precio de una litografía de Rusha, donde encontrar las mejores tapas en Madrid, o a quien llamar en caso de que tu hotel en Cairo "perdiera" tu reserva pre-pagada. Él tenía "reparadores" y una red de conocidos por todo el mundo, y también pasaba a ser uno de los mejores amigos de Ingrid, ambos compartían una pasión por el teatro, la ópera y la música clásica.

"Discúlpame, las alergias empeoraron este año", dijo Hudson limpiándose la nariz y tosiendo. "Bueno, no dejes al caballero esperando. Otra persona podría robárselo antes de que te levantes."

Por un momento Ingrid pensó que Hudson hablaba de Matt Noble, y se sintió molesta de que el detective hubiera regresado tan pronto. ¿Seguro que él habría acabado con ese libro de mil páginas ya? Pero cuando se acercó a la recepción notó que el hombre que la esperaba no era Matt.

Killian Gardiner estaba apoyado en el mostrador principal. Su camiseta gris estaba agujerada y sus vaqueros colgaban bajo sus caderas. Incluso con calor, llevaba una chaqueta de moto negra. Se veía como una estrella de cine, con gafas de aviador con adornos de oro, y la sombra de su barba creciente. No, una estrella de cine no. Como un icono. Él tenía el tipo de rostro que debe ser plasmado en carteles y pegado en los cuartos de toda chica adolescente. Cuando la vio, se quitó los lentes y le dio un beso en la mejilla.

"Hola, Killian," dijo ella, tratando de inyectar un poco de simpatía en su voz. Algo en el

hermano Gardiner más joven la llevaba al borde. No era sólo que él fuera increíblemente guapo; por regla, Ingrid se mostraba escéptica y hostil hacia los hombres lindos - ella los encontraba vanos, demasiado seguros de sí mismos, y egoístas. Blake Aland prácticamente le había confirmado eso en su primera y única cita. Ella prefería chicos sencillos; no es que Matt Noble fuera sencillo - ni mucho menos - probablemente era por eso que se molestaba con él, ya que a ella le gustaba a pesar de su apariencia. Los hombres guapos asumían que era el deber de las mujeres adorarlos, y a Ingrid no le gustaban las personas que asumían demasiado.

Killian Gardiner era un pavo real vano, y estaba claro que él sabía exactamente lo bien que se veía, con ese pelo oscuro que caía sobre sus ojos, y ese cuerpo trabajado debajo de su camiseta y pantalones desgastados. Ella podía ver la forma de V marcada en los músculos de su cadera que sobresalían por encima de la cintura de su pantalón. Cuando ellos se conocieron en la fiesta, ella le había preguntado a él lo que había estado haciendo, y él fue deliberadamente vago. Más tarde se enteró de que fue por qué no había estado haciendo casi nada. Ella escuchó que Killian no era un chico de fiar, que se movía con las estaciones del año, que había navegado un bote de buceo en la costa de Australia, trabajó como un chef de galera en un carguero en Alaska. También había otros rumores: que había dejado a una chica embarazada, que había estado en la cárcel, que era un adicto a las drogas. Si eso era verdad o no, Ingrid sólo sabía que un hombre hermoso significaba problemas y no esperaba escuchar nada que probara lo contrario.

"Pensé que ya te habías ido del pueblo," dijo ella. ¿Qué no se veía Killian aburrido y preocupado en la fiesta? "¿En qué puedo ayudarte?"

"En realidad soy yo quien te ayudará a ti," dijo él, recogiendo un gran bolso capazo de L.L. Bean y poniéndolo en la mesa. En el bolso había varios planos enrollados. "Te escuché pidiéndoselos a Bran en la fiesta y pensé en traértelos esta mañana."

"Oh - eso es tan amable! ¡No esperaba conseguirlos tan pronto! Bran dijo que él me avisaría —no estaba seguro de donde estaban o siquiera existían. ¡Qué maravilla!" Ella tomó el bolso y lo manipuló cuidadosamente. La biblioteca estaba preparando una exposición que mostraría los planos de todas las casas importantes de la ciudad. Como la casa más antigua e importante de la zona, Fair Haven era crucial para su catálogo. Muchas casas arquitectónicamente importantes tienen sus planos en alguna parte; los antiguos dueños mantenían la prístina para los nuevos propietarios como parte de una tradición de dar un precioso objeto de arte.

Ingrid juntó sus manos y le sonrió a Killian, a quien ella veía con mucho más agrado en este momento, después de todo, lo que él hiciera con su tiempo no era del interés suyo. Él era libre de desperdiciar su vida en la indolencia y la apatía. "¡Esto va a ser genial!"

"Me alegro de ayudar", dijo Killian. "No puedo esperar a escuchar lo que piensas. Es una casa vieja y muy interesante, tiene mucha historia. Si necesitas algo más, no dudes en llamar." Él miró el buzón de correos de madera que Ingrid mantenía en el mostrador principal para ‘Donaciones de la Biblioteca’. "¿Qué es esto?"

Ella le explicó la situación: el déficit de la ciudad y el destino precario de la biblioteca a manos del ayuntamiento.

Killian frunció el ceño. "No vas a recaudar dinero poniendo una caja junto a la puerta. ¿Sabes lo que debes hacer, Ingrid?, hacer que paguen por algo que sólo tú les puedas proporcionar."

"No estoy segura de entender lo que estás diciendo," dijo Ingrid, un poco confundida. "Pero gracias por los planos". Él era realmente encantador, pensó ella, recibiendo el beneficio de su hermosa sonrisa. Muy considerado también —por dejar los planos sin que se lo pidieran, y por preguntar por la biblioteca como si le importara su futuro.

"Por nada, fue un placer," dijo él, agitando su mano. "¿Te veo en el baile el sábado?" Una organización benéfica del hospital había organizado un "granero de fondos" ese fin de semana, con montones de heno y bailes, la típica fiesta temática de verano de North Hampton.

Ingrid negó con la cabeza. Puede que Freya se haya lanzado a la escena social, pero a Ingrid le gustaba quedarse en casa tejiendo, leyendo libros, y escuchando música vieja en su tocadiscos. Si ella se aventuraba a salir fuera de su casa, lo hacía en compañía de Hudson, dos gallinas yendo a ver el resurgimiento de una obra de Truffaut. "Yo no voy, pero creo que Freya sí."

Al escuchar el nombre de Freya, Killian se animó. "¿Ella irá?"

Ingrid asintió. "¿Así que entonces, te quedarás? ¿Por el resto del verano?

"Eso creo". Asintió Killian. "Veré que tipo de acción puedo conseguir por este lugar." Dijo él, guiñando un ojo. "No te preocupes, me portaré bien."

"Entonces, supongo que nos veremos por allí." Asintió Ingrid.

Killian le dio un alegre adiós y rugió lejos en su motocicleta, haciendo un enorme ruido que hizo temblar las ventanas.

Cuando ella regresó a la habitación de atrás, Hudson la estaba esperando con los brazos cruzados. "¿Y bien?"

"¿Y bien qué?"

"¿Y bien, ese joven hermoso te invitó a salir, O solamente intercambiaron números telefónicos? - junto a esta coyuntura Hudson hizo comillas en el aire con los dedos - "¿Para una futura llamada de sexo sin compromiso?" Sus labios se movieron con una sonrisa. Algunas veces Hudson pasaba de tener treinta a ochenta años al adoptar el lenguaje de la "juventud" como él la llamaba.

"¡No!" Ingrid arrugó su nariz. "¡Por supuesto que no! Él sólo estaba trayendo unos planos de Fair Haven, ya sabes, para la muestra", dijo ella, sosteniendo el bolso. "Y, de todos modos, él es demasiado joven".

"Oh" Hudson se vio decepcionado. "Te veías tan extática, por un momento creí que tendrías una cita". Regresó al catálogo de fichas. Él tenía la ingrata tarea de escribir toda la información arcaica en el ordenador. Después de resistirse por tantos años, el sistema de la biblioteca por fin pasó a ser digital. Él comenzó a escribir la cacería y la ley del más fuerte con un delicado dedo.

Ingrid negó con la cabeza. Ella revisó los planos en la carpa. Una vez terminó, comenzó a echarle vapor a los planos de los Gardiner. La exposición estaba programada para finales de agosto, como parte de la gala de la biblioteca que usualmente cierra la temporada de verano. La recaudación de fondos sería la última hurra de la biblioteca, y todas las ganancias servirían para compensar los gastos de la mudanza, todo se resumía a eso.

Caitlin Parker, que tenía su escritorio junto al de Hudson, fingió no escuchar su conversación. A diferencia de los otros, Caitlin no tenía ninguna afinidad particular por los libros o el diseño y había conseguido ese trabajo casi por accidente. Ella era agradable y amable, y casi nunca chismeó con nadie sobre nadie. Bonita y dulce, como una maestra de kindergarden. Ingrid quería gustarle Caitlin, no había nada que pudiera no gustarle, pero la encontraba aburrida e insípida. Honestamente, la chica era casi demasiado agradable; ella siempre permitía que los clientes se llevaran los libros raros que tenían prohibido salir de la sala de reserva, y nunca, nunca recogió cargos por pagos atrasados. Eso volvía loca a Ingrid.

Los tres bibliotecarios trabajaron en silencio por un tiempo hasta que Hudson alzó la voz. "¿Entonces, ya la viste?"

"¿A quién?" Preguntó Ingrid.

"A Stevie Nicks"

"¿De qué hablas?"

Justo en ese momento, Tabitha entró. Tenía el pelo largo y suelto. Llevaba una camiseta holgada, una falda larga que se extendía hasta el suelo, y un caftán tipo cárdigan. El conjunto entero no era muy diferente al de una chica hippie de los años 70 en la playa.

Hudson empezó a tararear 'Landslide' en voz baja.

"¿Qué es tan gracioso?" Preguntó Caitlin, levantando la vista de su computadora mientras Hudson se ahogaba con su risita e Ingrid sonreía ampliamente. "No lo entiendo."

"Me siento rara," admitió Tabitha, viéndose cohibida mientras tomaba asiento junto a la puerta.

"No, te ves bien. En serio", le dijo Ingrid. Ella no necesitaba de un pentagrama para saber que ya no había más rastros de la sustancia plateada en cualquier lugar alrededor de Tabitha; su amiga proyectaba salud y felicidad. Zafar los nudos había hecho el truco. Ya podía ver la magia abriéndose camino en el cuerpo de Tabitha, tejiendo un resplandor invisible a su alrededor, abriendo los chakras, entrando en el aire, liberando el espíritu,



preparando su cuerpo y su alma para crear nueva vida y traerla al mundo. Ella concebiría a mediados de semana.

Ama a la Persona Con Quien Estás

Bran estaba de regreso de su viaje por el exterior y llegaría a North Hampton a las diez de la noche. Freya le preguntó a Kristy Hannagan, una cantinera que Sal había contratado durante el verano para relevarla y tomar su turno; de lo contrario ella tendría que trabajar hasta última hora como de costumbre. La familia de Kristy había trabajado en la costa por generaciones, su padre y hermanos en los arrastreros de langosta, mientras que su novio pescaba patudos, los cuales vendía en subastas a vendedores de comida japonesa. Ella era una dama con una lengua afilada y una sonrisa fácil, y rápidamente se hizo una de las amigas más cercanas de Freya en el pueblo.

"¿No te importa, verdad, Kris?, preguntó Freya.

Kristy negó con la cabeza y le dio una amplia sonrisa. "No, en lo absoluto. Si yo tuviera un chico como ese también me tomaría la noche libre. Ya vete." Kristy se había divorciado dos veces y tuvo dos niños menores de cinco años. Ella comparaba su trabajo en el bar con las peleas de un montón de niños pequeños.

"Te debo una", prometió Freya, chocando con la cadera de Kristy cariñosamente cuando hacía su camino hacia el baño de mujeres para poder refrescarse. Bran iba a entrar al bar en cualquier momento. Freya se echó agua en la cara, para tratar de borrar la culpa con ella. Ella temía verlo, pero ya no podía seguir posponiéndolo. Esta era la primera vez que se iban a ver el uno al otro desde que celebraron su compromiso. (Y vaya que lo celebró, pensó ella, al pensar en Killian.)

Él estaba esperándola cuando regresó a la barra, sentado en su taburete habitual, con el periódico extendido viéndose relajado y varonil en su traje oscuro y corbata roja. "Con que aquí estás", dijo él, acercándola y apretando su cintura. "Recuérdame nunca dejarte de nuevo", dijo él mientras agachaba su cabeza debajo de la barbilla de ella.

Ella se rió y le devolvió el apretón. "Lamento que hayas tenido que esperar, es que Sal no se siente bien y tuve que esperar hasta que la niñera de Kristy llegara." Se alegró de descubrir eso al ver a Bran, ella se sentía de la misma forma: ese mismo cálido, y sólido amor que la había atraído a él en primer lugar. Todavía estaba allí. Él era el que ella había estado esperando todos estos largos años. Ella acarició su cabeza y presionó su cuerpo contra el de él, gustándole el saltó de su corazón como resultado. Había pasado un largo tiempo desde la última vez que se sintió así.

"¿Es serio? Pobre Sal," preguntó Bran, preocupado, dándole unos golpecitos a su anillo de oro con el escudo familiar.

"Él va a estar bien," dijo ella. "Él es terco y no toma su medicina para la alergia."

"¡Ja!" Bran asintió. Aunque Bran tenía poco tiempo en el pueblo, Freya había tomado como una buena señal el que Sal le haya dado su sello de aprobación cuando anunciaron su compromiso. No era sólo porque Bran era el único que profesaba gustarle el alcohol

ilegal casero de Sal. "Él es de los tranquilos, tu chico," le dijo Sal una vez a Freya. "Una de esas personas a las que te toma tu tiempo llegar a conocer. Me gusta eso. No como charlatanes cabeza hueca que hablan de todo y no dicen nada."

"¿Cómo estuvo la reunión? ¿Ya se fue todo el dinero?" bromeó ella. Su propósito, el que le había dicho a Freya, era regalarle su herencia a aquellos que más la necesitaran.

"Ya casi." Él rió. "Estoy en ello." "Supongo que no somos Elizabeth y el Sr. Darcy - Carruajes y Pemberly no son parte de mi futuro." Suspiró dramáticamente, mientras que la mano de él, alrededor de su cintura bajó unos centímetros por debajo de sus pantalones vaqueros, rozando debajo de su piel, marcando su territorio, dejando que el mundo supiera que ella era suya. Él ya había dejado de ser tan tímido.

"Espero que no sea demasiado decepcionante", dijo Bran con una sonrisa, como ya sabía la respuesta. "¿Qué es esto?", preguntó él, cogiendo una de las nuevas cartas de cócteles laminados.

"Oh, no es nada," dijo ella, encogiéndose de hombros, a pesar de que estaba orgullosa de ellos. Después de su éxito con los Bauman, se animó a expandir su alcance. Su nuevo menú de cócteles en el bar North Inn fue un éxito inmediato, y no era difícil saber por qué. Pociones De Amor, fueron anunciadas en grandes letras de color rosa, diecisiete dólares cada una. Lo único que comentó Sal sobre el nuevo menú era que si ella iba a usar licor e ingredientes de primera, debía cobrar por ellos.

> **Enamoramiento:** Una mezcla de agua de rosa abisinia y Ginebra Inglesa. Hace voltear cabezas en la velada e inspira un afecto ardiente.
>
> **Irresistible:** Vodka, puré de cereza, totora en polvo, y jugo de lima. No es para los tímidos. Prepárate para perder tus inhibiciones.
>
> **No Correspondido:** Licor St. Germain, miel de lavanda, y vino Prosecco. Deja de anhelar y empieza a amar. Garantizado para cumplir con los deseos de tu corazón.
>
> **Por Siempre:** Dos copas del mejor champán francesa, fortificada con pétalos de margarita triturados. Para aquellos que esperan revivir la pasión el uno por el otro.

"Sólo es algo que creé para Sal", dijo ella, esperando que él no le hiciera demasiadas preguntas.

"Esto está muy bien", dijo él, deslizando el menú lejos. "Todo lo que tocas se convierte en oro." Solamente Bran podía decir ese tipo de cosas sin que sonaran cursis. "Por cierto, espero que esa fiesta no te haya asustado mucho." Su frente se arrugó. "¿Te divertiste?".

"Fue hermoso", dijo Freya. "No me asusto tan fácilmente, así que no te preocupes". Ella sintió un ligero escalofrío de ansiedad y deseó no haber sacado ese tema, cuando de repente, apareció una imagen de Killian, de los dos compartiendo un estrecho abrazo. Ella se apartó de Bran por un momento, su cabello dorado ocultó de repente su rostro enrojecido.

"Entonces, ¿Qué te pareció ese bueno para nada de mi hermano?" Preguntó él, con su sonrisa desvaneciéndose un poco.

"Está bien," dijo Freya, con la esperanza de cambiar de tema. Afortunadamente, Bran no parecía darse cuenta de que pasaba algo raro. Ellos salieron del bar y caminaron a su auto, tomados de la mano, los dos en silencio felices de estar juntos.

Tomaron el puente a la isla Gardiner, y Freya se maravilló de nuevo con lo bien que se veía Fair Haven y sus terrenos circundantes. Ella sabía que Bran había supervisado los cambios del diseño y había mantenido gran parte del crecimiento de la isla intacto, sin perturbar la vida silvestre o la flora. Él aparcó el coche en el garaje y se volteó hacia ella al apagar el motor. "Escucha, sé que todo ha pasado muy rápido... yo lo entenderé. Puedo esperarte. Sólo quiero que seas feliz." Entonces la miró con esos tiernos ojos marrones y ella se enamoró aún más de él. "Quiero que estés segura de mí."

"Cariño." Ella suspiró. "No estoy segura de otra cosa más que de ti". Ella jaló de él para besarlo, y entendió por qué había aceptado casarse con él después de conocerlo por menos de un mes. De todos los chicos que ella había conocido en su vida inmortal, él era el único que la hacía sentir así de segura. Ella, que distribuía amor, sólo se sentía amada cuando sus fuertes brazos la rodeaban.

Fair Haven estaba oscuro y envuelto en niebla, pero Bran decidió mejor no encender ninguna de las luces del techo. "Silencio..." dijo él. "No despertemos a Madame Grobadan."

"¡Claro que no!", acordó Freya. Madame podría ser la madrastra de los chicos, pero ella básicamente los había criado y mantenido una presencia formidable en la vida de Bran. Freya le tenía un poco de miedo, la dejó encargarse de la fiesta de compromiso y de tomar todas las decisiones, mansamente aceptando todas sus estrictas exigencias. Madame amaba a los chicos como si fueran suyos, y con su postura intimidante y actitud desdeñosa, en algunos aspectos ella era incluso más aterradora que una verdadera suegra.

Si es que era posible, la casa se veía más impresionante que el día de la fiesta, con sus vastos espacios abiertos vacíos sin gente. El piano de cola brillaba en la luz de la luna, y Bran abrió las puertas francesas para que pudieran escuchar el sonido del mar. La casa era tan grande que la sala principal podía albergar un ejército, y el ala residencial bien podría estar en un distinto código postal. Freya se acercó al carrito de bar y le hizo a Bran un Martini, extra seco. Las aceitunas embotelladas se veían un poco débiles, pero con un toque de su dedo se volvieron jugosas y regordetas. Ella le dio de comer las aceitunas una por una y él se bebió la copa de un solo trago.

Bran dejó el vaso a un lado, luego se recostó en uno de los amplios sillones junto a la chimenea y se aflojó la corbata, esa era su manera de decirle a ella que se sentara en su regazo. Él había estado tan inseguro y vacilante, como si no se atreviera a creer que ella lo obligaría. Su gentileza masculina era tan atractiva, y ella rápidamente se sentó a horcajadas sobre él, por lo que su largo y grueso cabello rizado le rozó en la cara. Él la

empujó contra sí con avidez, y pronto sus manos estaban subiéndole el vestido por encima de la cabeza, y ella estaba desabrochando su cinturón y ayudándolo a quitarse los pantalones.

"¿Pero ¿qué pasa con...?" Preguntó ella. "¿Deberíamos ir a tu habitación?".

"Ellos están a kilómetros de distancia y durmiendo...seremos silenciosos", susurró él.

A la luz de la luna su cuerpo se veía tan perfecto como una estatua; cuando ella se hundió a sí misma en el aliento de él, atrapada por la emoción de sentir, de sentir ser quebrada y tomada, al mismo tiempo que se movían suavemente juntos, para que con cada embestida ella sintiera como si estuviera siendo abierta nuevamente. Él gimió, con el rostro lleno de deseo al tomarla, los dos aún estaban unidos; entonces se tiraron al suelo y él la volteó, por lo que estaba de rodillas con la espalda frente a él, con su cabeza en sus manos, emocionada con la forma en que él la sostenía por la cintura, la forma en la que él se empujaba dentro de ella, con sus fuertes manos moviéndola en todas direcciones, ahora en su espalda, ahora en su abdomen, ahora arriba, ahora abajo, dominando su fuerza y manteniéndola jadeando. Él siempre estaba en control, y ella nunca había conocido a nadie que la hiciera sentir tan bien... bueno, eso no era del todo cierto, ¿o sí?

Había alguien más que...

Ella sacó esa imagen de su cabeza...pero ahí estaba...

Killian, con sus fuertes manos bajo su falda, al mismo tiempo que ella le quitaba los pantalones.

Él no pertenecía ahí... especialmente no ahora... ¿Por qué estaba siquiera pensando en él? Ella no quería esto. No quería pensar en él en lo absoluto, y ciertamente no en este momento en particular, pero ella no podía dejar de recordar... como había estado de rodillas, como ella lo había besado, y probado, y como Killian se había empujado a si mismo contra ella y ella al mismo tiempo pensaba que podría explotar de deseo.

No... Detente... Por favor... Ella tenía que parar de pensar en eso...tenía dejar de soñar con él... Tenía que dejar de pensar en él...

Entonces ella estaba a horcajadas sobre Bran de nuevo, las manos de él en los senos suyos, y las de ella en el pecho de él, masajeando y pellizcando. Apretaron los puños y ella colocó sus caderas en el regazo de él, manteniendo el ritmo frenético... Ella quiso alejar la imagen de Killian... tratando de concentrarse en cambio en el hermoso rostro de Bran, en su cuerpo y su lujuria.

Pero en contra de su voluntad, la otra cara volvió a su mente.

Ella no pudo evitarlo, lo mal que estaba eso, lo que había hecho la otra noche en su fiesta de compromiso - los dos contra la pared del pequeño baño, sus piernas alrededor de la cintura de Killian, mientras él se empujaba más profundamente a si mismo dentro de ella - combinado con lo que estaba haciendo ahora... ella gimió y se perdió a sí misma en la

perversa situación de estar con un hombre mientras pensaba en otro... ella mordió su labio y perdió el control mientras su cuerpo se estremecía con espasmos...

Al mismo tiempo, debajo de ella, Bran dejó escapar un magnífico rugido (notable para él ser tan tranquilo) y golpeó su cuerpo contra el de ella una y otra vez hasta que se estremeció y quedó inmóvil y ambos dejaron caer sus cuerpos sobre el otro, su cuerpo se sentía adolorido y ansioso a medida que él se sacaba fuera de ella, lentamente.

Bran la besó en la mejilla en un dulce gesto de gratitud, como si no pudiera creer en su extraordinaria suerte. Freya sonrió al sentir sus labios sobre su piel, todo su cuerpo temblaba, y cuando abrió sus ojos vio una sombra moviéndose en el pasillo.

Ellos no estaban solos, después de todo.

Alguien los había estado observando- alguien con cabello oscuro y brillante, y ojos aguamarina como el hombre que la había tomado solo en su mente. Pero cuando miró de nuevo, Killian ya se había ido.

Negocio de Bruja

Justo como Ingrid lo había predicho, Tabitha había quedado embarazada. Bastó sólo una semana para que la noticia se esparciera por el pueblo, y sólo unos días para que ciertas mujeres decidieran que ellas también querían ver si su bibliotecaria local podía ayudarlas con sus problemas. Una brillante mañana de un lunes en junio, la radiante futura madre compartió su historia con un grupo de mujeres reunidas alrededor del mostrador principal. Era una que ellas ya habían escuchado antes, pero eso no impidió que Tabitha volviera a contarla, y a su público de disfrutarla una vez más mientras esperaban por su turno para ver a Ingrid.

"¡Los doctores dijeron que fue un milagro médico! Porque nuestros exámenes regresaron, y ya saben, eran malos. Dijeron que era prácticamente imposible que yo pudiera quedar embarazada, ¡pero pasó! ¡Y todo gracias a Ingrid! ¿Oyeron lo que ella hizo por Stephanie Curran? ¡Le curó esa erupción que nunca se le había quitado! ¡Lo juro, esa mujer es una hacedora de milagros! Bueno, no una hacedora de milagros, sino tal vez, ¡una bruja!"

"¡Bruja!" Repitió Mona Boyard, un poco sorprendida.

"Bruja, por favor," interrumpió Hudson, con una mano en su cadera. "Esto es North Hampton, preferimos 'cuidadora especial'. Ya saben, como una adivina o una psíquica", dijo él, alegremente.

Nadie sabía exactamente como Ingrid ayudaba a la gente, sólo que funcionaba sin ninguna explicación médica o científica obvia. Así que eso tenía que ser algún tipo de... ¿magia? ¿Pero quién creía en la magia estos días? A las mujeres de North Hampton no les importaba saber cómo se llamaba, sólo que si funcionaba lo querían para sí mismas.

Al principio, Ingrid no quería tomar el crédito por el embarazo de Tabitha, o brindar ningún otro tipo de ayuda o consejo, pero pronto se le dificultó rehusarse. Puesto que ningún rayo salió volando del cielo después que le dio a Tabitha su conjuro de fertilidad, parecía justo ayudar a todo aquel que se lo pidiera. Quizás Freya tenía razón, tal vez había pasado tanto tiempo que el Consejo se olvidó de ellas, tal vez nada pasaría esta vez. Ingrid estaba dispuesta a correr ese riesgo. Ella tampoco lo podía negar: Practicar magia de nuevo no sólo era agradable, también le daba un sentido de propósito. Su vida tenía significado de nuevo. Ella había perdido tanto tiempo y esfuerzo en negar sus talentos innatos, sepultándose a sí misma en pequeñas tareas interminables y tomando un trabajo en una biblioteca: Uno que le gustaba, por supuesto – pero, aun así. Esto era para lo que ella había sido puesta en la tierra. Al diablo con esa restricción, seguramente, ¿después de tantos años se habían ganado un pase? Tal vez el Consejo no se había dado cuenta. Además, los ciudadanos de North Hampton eran ilustres, no eran miedosos ni supersticiosos. Eran curiosos y escépticos, pero dispuestos a probar cosas nuevas.

Ella se sorprendió al encontrar una inusual racha de mala suerte en los cuentos de cada suplicante. Algunos problemas, aunque menores, eran imposibles de reparar en el sentido

común: Extraños dolores y molestias que ninguna cantidad de medicina podía curar; ceguera temporal, extraños dolores de cabeza, pesadillas frecuentes. Hubo varias mujeres, mucho más jóvenes que Tabitha, que también habían estado teniendo problemas para concebir, sus espíritus siendo bloqueados por la misma masa que había visto primero en su compañera. Ingrid trabajó duro, creando pentagramas, encendiendo velas cónicas, dando algunos nudos pequeños, un encantamiento, o un hechizo o dos. Ella aceptaba clientes, como Hudson los llamaba, solamente durante sus horas de almuerzo. Después de todo, ella tenía una exposición que planificar y unos planos a los que echar vapor. Como recompensa, Ingrid les pedía que donaran lo que pudieran al fondo de la biblioteca, recaudar dinero a cambio de darle a las personas algo que querían y que ella podía darles. Tal vez podría cerrar la brecha de ese presupuesto, y así su ambicioso alcalde abandonaría la idea de vender la biblioteca.

Su última visitante fue Emily Foster, una atractiva mujer de casi cuarenta años. Emily era una artista con una buena reputación en el pueblo, conocida por sus murales abstractos de gigantes paisajes marinos y caballos. Ella vivía con su esposo, Lionel Horning, que también era un artista, en una granja al borde de la ciudad, donde criaban animales. Ellos mantenían a la familia Beauchamp abastecida con huevos frescos y leche, y nunca les cobraban ya que Joanna frecuentemente les daba vegetales de su jardín. "¿Cómo puedo ayudarte?" preguntó Ingrid.

"Es una cosa tan rara," dijo Emily, soplando su nariz. "Pero necesito algo para... no lo sé... es tan estúpido..."

"Aquí no se juzga, Em", prometió Ingrid.

"Yo sólo... parece que ya no puedo concentrarme últimamente. Nunca había tenido este problema antes... bloquearme, ¿entiendes? Pero es como si ya no pudiera pintar ni nada... es tan extraño, digo, por supuesto, de vez en cuando te quedas atascada... pero ya han pasado dos semanas y no puedo concentrarme. Es como si mi mente estuviera... en blanco... como si no pudiera ver nada, ni formas, nada... sólo grisura." Soltó una carcajada. "¿Puedes curar el bloqueo de una artista?".

"Puedo intentarlo," dijo Ingrid.

"Te lo agradezco." Los ojos de Emily lagrimaron. "Tengo una exposición dentro de unos meses, realmente te lo agradezco."

Ella colocó a Emily en un pentagrama, encendió la vela, y evaluó su espíritu. Si, allí estaba, la misma masa plateada, justo en el medio de su torso, para entonces Ingrid ya era muy hábil para extraerla. Ingrid se dio cuenta de que no sólo bloqueaba la creación de vida, sino que bloqueaba el proceso de creación en general. Ingrid pensó que tendría que mencionárselo a Joanna en algún momento. Hubo demasiados casos últimamente como para que fueran al azar. Había algo extraño sucediendo por aquí.

Más tarde ese mismo día, Ingrid reanudó su trabajo real y comenzó la tarea de preparar los planos Gardiner para el espectáculo. Se puso de pie en la mesa de conferencias y

lentamente desenrolló el pesado conjunto de dibujos. La hoja era grande, casi tan grande como la mesa, y el papel era frágil y amarillento. Ingrid hojeó expertamente a través de las páginas hasta encontrar el plan del sitio. Ella siempre empezaba allí. Un conjunto de diseños de planos era de alguna forma como una novela, un texto preparado para el constructor, una historia escrita por el arquitecto sobre cómo se debe construir la casa. El plan del sitio era como una introducción a la novela.

El plan del sitio mostró líneas concéntricas onduladas rodeando un único punto en el centro, algo con forma de bloque dibujado en lápiz oscuro, que representaba a Fair Haven. Se inclinó para examinar de cerca las pesadas líneas del lápiz. Cada conjunto de dibujos tenía su propio lenguaje de claves: símbolos y signos que llevaban a específicos dibujos para cada parte de la casa. Un conjunto de diseños floreció desde el exterior, desde el plano del sitio a la planta principal a elevaciones y detalles específicos.

A medida que se movía por el conjunto de dibujos, una imagen de la casa comenzó a formarse en su mente. Ella miró desde la planta baja a una elevación del salón de baile principal, y volvió a mirar para asegurarse de que había leído correctamente. Eso era extraño. El terreno era diferente al que había en el plan del sitio. La mayoría de las claves de arquitectura se componían de números y letras como "A 2. 1/1" dentro de un círculo pequeño, pero este número de etiqueta estaba elaboradamente decorado con patrones de torsión.

Ingrid jaló una silla para poder sentarse y mirar más de cerca la pequeña cartela. Había algo intrigante sobre las densas formas de los patrones. Las líneas arremolinadas parecían florales en la naturaleza, sugestivos a los arabescos del Art Nouveau, y a medida que seguía mirándolos, las formas comenzaban a parecerse a las letras; pero si eran letras, estaban en un idioma que ella no podía entender, y que nunca antes había visto. No eran jeroglíficos egipcios o cualquier otra lengua muerta con la que hubiera estado familiarizada durante todo su tiempo en la tierra.

Ella fue tras varios otros dibujos y encontró varias etiquetas igualmente decoradas, no sólo etiquetas de habitaciones y de paredes, sino etiquetas de accesorios y acabados, cada uno decorado con escrituras elaboradas, y cada uno diferente del otro. Ella nunca había visto algo igual en cualquier otro conjunto de dibujos. Ingrid estaba familiarizada con las claves de arquitectura estándar, y estaba segura de que todo lo que estaba escrito en las llaves no fue hecho por cualquier constructor o contratista. Las claves de los dibujos se suponían que llevaran a los lectores de un dibujo a otro, pero estas claves tenían otra función oculta dentro de ellas, una que no tenía nada que ver con la arquitectura o la construcción de la casa.

Ingrid sacó su teléfono del bolsillo, agrandó la imagen en una de las extrañas etiquetas y tomó una foto, luego la envió por correo electrónico. Aunque ella no podía leer ese idioma, conocía a alguien que quizás podría, pensando en las cartas que siempre mantenía en su bolsillo.

La Luz de Su Vida

Así que esto era lo que se sentía ser una abuela. Joanna nunca antes había tenido esta experiencia en particular. No con ese par de solteras que tiene por hijas, que optaron por vivir solas durante siglos. Tal vez era una bendición disfrazada: Mira lo que crear a todos esos semidioses les hizo a los griegos. Desastre. Quizá Freya cambie de opinión cuando ella y Bran se casen, pero Ingrid, ella ya era una causa perdida.

No había duda, Tyler Alvarez se había robado su corazón. Después del incidente con el pastel de moras, Joanna, al igual que sus hijas, se había vuelto cada vez más atrevida practicando su magia. Ella se deleitaba sorprendiéndolo. Hizo que sus soldaditos de juguete cobraran vida, y pasaran horas enviando a sus tropas a la batalla. Con Joanna en la sala de juegos, los osos de peluche hablaban y los títeres bailaban sin cuerdas. Ella era una niñera y una prestidigitadora, la mejor compañera de juegos. Ella incluso le mostró el grifo mascota de Ingrid. "Este es Oscar", le dijo. "No se le permite a nadie fuera de esta familia verlo. Pero quiero que lo conozcas."

Oscar rozó su nariz en la mano de Tyler y agitó orgullosamente su cola de león cuando Tyler le dio de comer su comida favorita, Cheetos.

"Es nuestro secreto," dijo ella.

Fiel a su palabra, el niño de cuatro años, nunca le dijo nada a sus padres sobre lo que Joanna era capaz de hacer. Además, para Joanna, hacer que algunos objetos inanimados cobraran vida hacía la vida más fácil. No tomaba mucho entretener a un niño.

Esa tarde estaba arreglando el jardín. Ella siempre tuvo una pequeña huerta detrás de la casa. Algo pequeño, aunque, por supuesto, con sus talentos para mantener las cosas en crecimiento, tenía los más grandes y jugosos vegetales de North Hampton. Ella cultivaba maíz y calabacines, pepinos y repollo, tomates tan grandes como balones de baloncesto. Ella estaba desherbando la pequeña parcela cuando sonó su teléfono celular. Le echó un vistazo al número y su corazón se aceleró cuando vio que era del Preescolar Sunshine. No era habitual que la escuela llamara durante el día, lo cual solo podía significar una cosa: algo malo le había sucedido a Tyler. Sus manos comenzaron a Temblar cuando contestó el teléfono.

"¿Joanna?", dijo la calmada voz de la directora. Marie May había fundado la escuela hace 30 años, y en una ciudad pequeña como North Hampton, donde todo el mundo se conocía entre sí, las dos mujeres a menudo tenían pequeñas charlas cuando se chocaban en el supermercado, la gasolinera o el puesto de frutas.

"Marie, ¿qué ocurre?", preguntó ella. Si algo le hubiera sucedido a Tyler la directora no hubiera sonado tan agradable, se dijo a sí misma. Si él se hubiera golpeado la cabeza o lastimado gravemente Marie se escucharía con un poco más de pánico, ¿no? Joanna deseó tener el talento de Ingrid para ver el futuro. ¿Qué está pasando? ¿Por qué la escuela la estaba llamando? Gracella había dejado al chico a las nueve y Joanna debía recogerlo a

las dos. Ella iba a mostrarle hoy como hacer burbujas de jabón indestructibles con un hechizo fortificador.

"Querida, no quiero que entres en pánico, pero hay algo malo con Tyler. Él no se ha caído o lastimado, pero no deja de llorar. Hemos intentado de todo para calmarlo, he intentado localizar a sus padres, pero no contestan. Tú fuiste puesta como un contacto de emergencia. ¿Te importaría...?

"¡Oh mi Dios! ¡Por supuesto! Hector y Gracella están en Nueva Jersey ayudando al hermano de él a mudarse. Yo me estoy responsabilizando por el niño. Estaré allá enseguida."

El corazón de Joanna latía tan rápido y sus piernas temblaban con tanta fuerza que no se dio cuenta de que estaba volando. De alguna forma había conjurado el palo de su rastrillo y despegó, teniendo puesto todavía su sombrero de pesca y sus zuecos de jardinería. Ella voló por encima de los árboles y las casas con techos de dos aguas, escondiéndose entre las nubes, protegiéndose de no ser vista por alguien desde abajo. Ahora, esto si era ir en contra de las reglas, pero a ella ya no le importaba mucho; era tan natural como respirar. Una vez que se permitió la magia de nuevo en su vida, era como si siempre hubiera formado parte de ella. ¿Por qué no dejaba de llorar Tyler? ¿Qué pasaba? Marie había tenido la amabilidad de ocultar su preocupación, pero Joanna podía notar un tono de miedo en su voz.

Tyler nunca lloraba. Él era el niño más alegre que Joanna había conocido, feliz en una forma muy pasada de moda, con sus centelleantes ojos y adorable carita de bebé. Por supuesto que él estaba lejos de ser perfecto; al igual que muchos otros niños de cuatro años tenía ocasionales rabietas masivas, especialmente cuando trataban de darle de comer algo que estuviera fuera del grupo de sus cuatro alimentos preferidos. Sólo comía manzanas, atún, galletitas con forma de pescado, y postres. Él olía el pan que su madre hacía para sus sándwiches para asegurarse de que fuese el pan correcto, de lo contrario no lo comería. Joanna ya podía sentir su corazón calmarse a medida que se hacía a la idea de que nada le había pasado al niño.

El Preescolar Sunshine se ubicaba en dos pequeñas cabañas rodeadas por una reja de metal. Cuando Joanna recogía a Tyler, él siempre tenía en sus manos algún proyecto de arte que había hecho en clases - macarrones pegados a un plato de papel o cualquier otro proyecto hecho de papel - y también había un alegre boletín semanal con archivos pegados a él: fotografías o vídeos de los niños jugando en la caja de arena. Era una escuela limpia, segura y feliz, y Tyler disfrutaba asistir allí. Ella olvidó el código de seguridad de la puerta y agitó una mano para que se abriera rápidamente. No había tiempo; ella quería ver al niño ahora. Joanna se decía a sí misma no entrar en pánico, aun cuando su cabeza comenzaba a idear sustos apocalípticos. Había tantas enfermedades que podían afectar a los niños hoy en día, una gran cantidad de gripes incurables y enfermedades misteriosas que podrían atacar su sistema inmunológico en desarrollo. Mientras corría, empezó a imaginar lo peor: Gripe, meningitis, o cualquier infección. Marie estaba en su despacho y

se puso de pie tan pronto como vio a Joanna. "Él está bien. Todavía está llorando. Odio alarmarte, pero creí que sería mejor si te llamaba..." dijo ella.

En ese momento, una de las profesoras, una jamaicana grande y dulce que era la maestra favorita de Tyler, entró con el chico en sus brazos. Toda su cara estaba roja y estaba sollozando, con grandes y gordas lagrimas cayendo por sus regordetas mejillas. Él apuntó a su oreja derecha y gritó de dolor.

"Lo siento mucho, lo hemos intentado todo", se disculpó la maestra. "Varios niños han venido con un desagradable virus que los ha mantenido alejados de la escuela estos últimos días. Probablemente Tyler se contagió".

"Quizá sea una infección de oído; son muy dolorosas". Dijo Marie con conocimiento del tema. "Pensamos que era un poco prematuro llamar a la ambulancia, ya que no estaba vomitando o tiene fiebre, pero tal vez lo mejor es llevarlo con su pediatra."

"Por supuesto, por supuesto," acordó Joanna, tomando por el brazo al niño llorón y besando sus mejillas húmedas. "Tylerino," dijo ella gentilmente. "Vas a estar bien, cariño". Ella se despidió y agradeció rápidamente y salió por la puerta, con sus zuecos sonando por todo el camino de grava.

La oficina del doctor estaba a tan sólo unas cuadras de distancia, lo cual era algo bueno, ya que en su prisa Joanna había olvidado que no tenía un vehículo. La enfermera los guío a una sala de revisión tan pronto como llegaron. Tyler seguía llorando, ahora menos que antes, y haciendo silbidos de cansancio y sonando su nariz. Su camisa estaba empapada en sudor. Joanna sostuvo su mano con fuerza y esperó que Marie tuviera razón. Que esto fuera un simple resfriado que pescó. El doctor, que había atendido a sus niñas en la juventud, examinó a Tyler y dio su veredicto. Por supuesto, las chicas nunca se habían enfermado, ni una sola vez en toda su vida. Como inmortales, eran inmunes a cualquier enfermedad.

"Parece un caso grave de otitis, ha estado dando por ahí últimamente", dijo él, mientras guardaba el depresor de lengua.

"¿Qué es eso?" preguntó ella, abrazando al chico.

"Infección de oído" Él escribió una receta en su libreta para darle un régimen de antibióticos. "Asegúrese de que los tome todos. ¿Es usted su guardián legal? Voy a necesitar una firma de consentimiento para darle la medicina."

Joanna se sintió inundada con una oleada de alivio. "No, no lo soy, pero se la conseguiré tan pronto como sea posible. Sus padres deben estar de regreso en la ciudad esta noche." Tyler finalmente paró de llorar y ahora sonaba su nariz y parpadeaba. La enfermera le regaló un sticker, y también una cucharadita de tylenol para el dolor.

"¿Helado?, sugirió Joanna, besando al niño en la mejilla.

El niño asintió con la cabeza, demasiado cansado como para hablar. Joanna le dio un


abrazo. Tyler iba a estar bien. Ella nunca antes había estado tan agradecida con la medicina mundana.

Multas de la Biblioteca

Cuando Ingrid llegó al trabajo el día siguiente, había un correo en su bandeja de entrada. Se quedó mirando la pantalla del ordenador. Ella había enviado la foto que tomó a los diseños ayer por la tarde y hoy ya tenía una respuesta. Ella lo esperaba, pero aun así le sorprendió tener una respuesta suya tan pronto.

<<Que bueno saber de ti. Es interesante lo que tienes ahí. Me pondré en contacto contigo con el análisis. Ha pasado mucho tiempo. ¿Asumo que esto significa que has recibido mis cartas?>>

Si, ella recibió sus cartas. Estaba casi cansada de leerlas, de verdad, aunque se preguntó cómo se sentiría si dejaran de llegar. Si una semana pasara y ninguna carta llegara, ¿iba a estar feliz o triste? Se masajeó las sienes. No debería haberle respondido. Su madre y su hermana nunca lo aprobarían. Pero esto no era sobre ella, ellas o incluso él. Había algo en esos diseños profusamente decorados. Algo importante, podía sentirlo, algo que ella había olvidado, y que él era el único que sabía cómo descifrar. El único que podría ayudarla a desbloquear el misterio de las claves. Ella le Respondió.

<<Recibí tus cartas. No estoy segura de que este sea el momento adecuado para reunirnos. Pero espero que todavía me puedas ayudar con esto?>>

La respuesta fue instantánea.

<<Por supuesto. Sabes que no tienes ni que preguntar.>>

Ella suspiró y no le envió una respuesta. Ya era tiempo de la "hora de las brujas", como lo llamó Hudson. La línea en frente del mostrador principal llegaba hasta afuera de la puerta. Algunas mujeres habían estado ahí desde antes de que se abriera la biblioteca. Habían estado esperando pacientemente durante toda la mañana, algunas revisando los estantes y, otras leyendo libros, la mayoría simplemente de pie y esperando. Los impresionantes resultados de la labor de Ingrid seguían: Las pesadillas se detuvieron, los extraños malestares y dolores fueron curados, y pruebas de embarazo positivas comenzaron a brotar.

Becky Bauman, quien se había reconciliado recientemente con su esposo, fue una de sus primeras clientes. Becky se sentó frente al escritorio de Ingrid.

"¿Cómo te puedo ayudar?" Preguntó Ingrid.

"No sé si este es el lugar correcto para preguntar o si puedes ser de ayuda. Yo sólo... yo siento que nuestro lugar está embrujado. Tengo la sensación más extraña en las noches, como si hubiera alguien allí. Ross dijo que debería venir aquí a pesar de que él nunca lo sintió. Pero estoy bastante segura de que hay otra presencia en la casa. Las luces se encienden y se apagan. El televisor se enciende en horarios extraños. ¿Tú crees en los fantasmas?”

"No," respondió Ingrid lentamente. Los fantasmas no existen, pero ella también sabía que a lo que los humanos se refieren como fantasmas - espectros y fantasmas vistos en las

penumbras, así como otros fenómenos sobrenaturales - generalmente se daban debido a la proximidad en el borde de una división, donde el mundo físico y el mundo del Glom se acercan tanto que los del otro lado son capaces de sentir la presencia de otro mundo justo fuera de su vista. Los bordes de la división se suponía que serían sostenidos por un poderoso hechizo de vinculación que Joanna había lanzado hace mucho tiempo cuando se mudaron a North Hampton. Parecía natural, supuso Ingrid, que los hechizos disminuyeran y se debilitaran con el tiempo, aunque nunca antes había sucedido. Ella le diseñó un talismán a Becky que le ayudaría a mantener los límites ceñidos y deshacerse de las inconvenientes molestias paranormales - no más televisores a todo volumen a las tres de la mañana, en cualquier caso.

Ingrid atendió las habituales quejas inexplicables hasta que un visitante inesperado llegó a su oficina.

"Hola." Matt noble entró a la oficina. Él era tan alto que se veía gracioso sentado en el pequeño taburete frente a su escritorio. "He oído que tú puedes ayudar a las personas."

"Así es. ¿Qué te trae por aquí, Matt?, preguntó Ingrid, alisando su falda y evitando mirarlo a los ojos. Estaba molesta consigo misma por actuar como una solterona nerviosa cerca de él.

Matt se inclinó sobre el escritorio y ella se obligó a mirar esos claros ojos azules suyos. "Tengo un problema..." dijo él con la voz ronca.

"¿Qué problema?"

"Me gusta esta chica, verás. De verdad me gusta. Ella es inteligente y bonita y dulce y parece preocuparse bastante por la gente. Pero a ella parece que yo no le gusto."

Ingrid se puso tensa. "Ya veo."

"Así que supongo que... ¿Cómo hago que ella diga que sí cuando la invite a salir?" Los ojos de él brillaron y hubo un indicio de una sonrisa formándose en su rostro.

Ella frunció el ceño. A Ingrid no le gustaba cuando la gente se burlaba de ella; ella tenía un sentido del humor, pero no le gustaban las bromas cuando el chiste era ella. Era tan obvio que estaba hablando de ella, y si esta era su forma de invitarla a salir a una cita, él realmente debería saber mejor. Recházalo gentilmente, se dijo Ingrid a sí misma. El pobre tipo estaba claramente enamorado de ella, y ella no quería herir sus sentimientos. Ella no era tan despiadada.

"Escucha, Matt, eres un gran tipo, pero yo..."

"¡Diablos! ¿De verdad crees que Caitlin no saldría conmigo?" Él interrumpió.

Le tomó a Ingrid un segundo recuperarse, pero el momento pasó rápido sin que el detective se diera cuenta. Él estaba hablando de Caitlin. Su compañera de trabajo. La que ni siquiera leía libros. Ingrid recordó cuando contrataron a esa chica. Fue justo por el

tiempo en que el apuesto hombre de la ley inició sus visitas regulares por la biblioteca. Así que todo este tiempo él había estado interesado en Caitlin, no en Ingrid. Ella había estado tan equivocada que era vergonzoso. ¿Entonces por qué su corazón se encogió un poco cuando él dijo el nombre de su compañera de trabajo? No es como si a ella le importara a quien le gusta él. De verdad, ella estaba increíblemente aliviada. Ella le dio una sonrisa tensa. "En realidad este tipo de cosas no son lo mío. Romance, eso es. Es mejor que vayas con mi hermana al North Inn. Pídele que te haga una bebida de su nuevo menú de cócteles de lujo. Dile lo mismo que me dijiste y tal vez ella te ayude."

"¿De verdad?" preguntó él.

Ella asintió, y rápidamente lo sacó de su oficina. Ella miró su reloj. Tenía planeado trabajar sólo por una hora, pero ya eran las dos y media y no había almorzado todavía. Freya le había hecho un sándwich de ensalada de atún en pan de trigo. Como todo lo que Freya hacía era como de costumbre delicioso, pero por alguna razón hoy sabía a arena.

Oh, bien. Así que yo estaba equivocada. A él le gusta Caitlin. ¿A quién no le gusta Caitlin? A todos en el pueblo les gustaba Caitlin, quien no tomaba en serio los libros y no hacía lecturas o conferencias sobre las multas perdidas de la biblioteca, o el cuidado adecuado de los manuscritos, ni aburría a las personas con charlas sobre casas viejas y diseños. Caitlin no engendraba apodos como "Frígida Ingrid," ni la gente pensaba que era distante o extraña por tener una fila de personas clamando por encantamientos y hechizos. Ella no era más que una bonita, chica normal, y bastante aburrida, el tipo de chica que Ingrid nunca podría ser o fue alguna vez.

Después de su comida insulsa, Ingrid regresó a sus documentos, decidida a no darle a Matt Noble otro pensamiento.

Réplicas

"Vuelve aquí, mujer", gruñó Bran, tirando a Freya de vuelta a la cama.

"Ya, deja, se me hace tarde para el trabajo", ella rió, tratando de ponerse los zapatos al mismo tiempo que él acariciaba su cuello. Sus cálidas manos rodearon su cintura y ella se dio por vencida, librándose de sus zapatillas deportivas y dejando que él la jalara a la cama.

Ella se había abstenido de tener contacto con él desde aquella noche junto a la chimenea, estaba demasiado avergonzada de sus pensamientos con Killian. Tenía falsos dolores de cabeza, se excusaba con agotamiento. Pero ella sabía que hoy no podía negarse. Bran se marchaba de nuevo esa tarde. La separación sería breve – unos pocos días en Estocolmo esta vez, por lo que Freya se alegró. Ella no creía tener lo que debe tener una viuda de fundación, y aunque entendía la buena obra que él promovía alrededor del mundo, ella le echaba de menos.

Él le quitó su camiseta y le besó el valle entre sus pechos, ella pasó sus dedos por su cabello castaño claro. "No te vayas," susurró ella, casi para sí misma.

Bran la miró con preocupación. "Yo no quiero, créeme. Preferiría estar aquí contigo."

"Lo sé. No me prestes atención." Ella sacudió su cabeza y miró hacia otro lado, hacia la ventana abierta. La habitación de Bran daba al norte, y ella sólo podía vislumbrar el muelle donde los barcos estaban anclados abajo.

Bran suspiró y se inclinó para lamer un pezón rosado. Ella obedientemente gimió y agarró su pelo, tirando de él más cerca, y con su otra mano lo buscó, encontrándolo duro y listo, y guiándolo a su interior. Él la penetró, y ella se aferró a él con fiereza; y a medida que se tumbaban y jadeaban juntos, él le cubrió la cara de besos, y ella le chupó su lengua tan fuerte como el golpeaba dentro suyo. Pero por una vez el corazón de Freya no estaba ahí. Tal vez era porque estaba triste porqué él se iba de nuevo, o porqué ella estaba tratando muy duro para que su mente no se fuera a algún lugar donde no debería, pero ella no podía disfrutarse a sí misma; ella sólo seguía las formalidades. Killian lo había arruinado todo, pero no era culpa de Bran, era de ella. Ellos se vistieron y salieron de la casa. Mientras caminaban fuera de la puerta, él se detuvo, casi tropezando con la alfombra del pasillo. "Olvidé algo", dijo él, corriendo escaleras arriba.

"¿Tu pasaporte?," dijo Freya. Ella lo había encontrado sobre una mesa auxiliar. "Está aquí abajo."

"Y mi anillo," Bran asintió mientras regresaba, sosteniendo su anillo con cresta de oro y deslizándolo por su dedo. Él aceptó su pasaporte con un beso.

"¿Qué pasa contigo y ese anillo?", bromeó ella.

"Era de mi padre," dijo él. "Significa mucho para mí. Es lo único que me queda de él."

Freya asintió, avergonzada. Ella sabía que Bran y Killian habían quedado huérfanos en su juventud. Él la dejó en el trabajo, y ella estaba llena de escusas y disculpas cuando llegó al North Inn, sabiendo que la multitud del sábado por la noche mantendría a todos de pie. Pero en lugar del caos habitual se sorprendió al encontrar la música en silencio y a todo el mundo amontonado frente a un pequeño televisor.

"¿Qué ha pasado?" Preguntó ella a Sal, al mismo tiempo que guardaba su bolso debajo del mostrador. Ella miró hacia la pantalla, la cual mostraba la costa Atlántica vista desde un helicóptero. Había ocurrido algún tipo de explosión en las profundidades del mar, no muy lejos de la playa. Un terremoto tal vez, los expertos no estaban seguros, sin embargo, la reportera local estaba informando eso. Pero ahora estaban todos esos peces muertos flotando alrededor, y un tipo de suciedad gris plateada filtrándose en el agua. Los expertos habían descartado una fuga de aceite, ya que estaban a millas de distancia de la tubería más cercana.

"Miren eso," dijo alguien, cuando la cámara se alejaba para mostrar una masa densa creciendo en las aguas del Atlántico. "Eso no puede ser bueno."

Ahora un científico que está siendo entrevistado en las noticias locales decía que era algún tipo de desastre natural, muy probablemente una explosión volcánica subterránea que había liberado en el mar una toxina parecida al petróleo. Advirtió que la gris, alquitranada sustancia no sólo pondría en peligro la vida salvaje y su hábitat, sino que tampoco era seguro pescar o comer pescado o mariscos que hayan venido de las aguas de North Hampton. Además, hasta nuevo aviso, nadie debe nadar en ninguna de las playas de la zona hasta que se examine la toxina.

"Caramba," dijo Freya, a nadie en particular, mientras que la multitud en el bar comenzó a murmurar nerviosamente entre sí.

"Lo que yo me pregunto es..." Ella oyó una voz clara a su lado, y se sorprendió al encontrar a Killian Gardiner sentado en un taburete en la barra, mirando la televisión y bebiendo su cerveza. Él no pareció notarla tampoco, ya que sólo tenía ojos para la pantalla.

"No terminaste tu oración," dijo ella. Era la primera vez que hablaban desde la noche de su fiesta de compromiso, ella trató de mantener su voz normal. Se sonrojó al recordar la otra noche - si él la había visto la otra noche con Bran. Y si él todavía pensaba en lo que pasó entre ellos el día de los caídos.

"Me pregunto... ¿cuánto tiempo ha estado en el agua?" Él apenas miró a Freya, bebió el resto de su cerveza y dejó el bar sin decir nada más.

Durante todo el fin de semana, el desastre era de lo que todos en el pueblo hablaban, y el lunes por la mañana, incluso Ingrid y su personal en la biblioteca se sentían nerviosos al respecto. North Hampton tenía su racha de huracanes, era una especie de lugar suertudo; No había incendios forestales en el verano como en Malibú, no había inundaciones repentinas; no estaban sobre una falla geológica. El terremoto subterráneo y la mugre gris resultante se sentían como una ruptura de mala suerte, un mal de ojos, una viruela sobre

su pequeño oasis. La biblioteca tenía un pequeño televisor en la oficina de atrás, en el cual sintonizaban las noticias. Mostraron la masa grisácea que creció en el agua, acercándose a las cosas de North Hampton. Ya sea que el terremoto hubiera mantenido a los clientes alejados, Ingrid no estaba segura, pero por una vez ella pudo tomar su hora de almuerzo fuera de la biblioteca. Una cara familiar la estaba esperando cuando regresó.

"¡Nosotros acabamos de verte en la televisión!", dijo Ingrid, abriendo la puerta de la oficina.

Corky Hutchinson le dio una sonrisa irónica. "Estoy en descanso. No tengo que estar de vuelta en la estación hasta las noticias de las cuatro." La mujer del alcalde era una chica glamorosa, y sus características notables eran ir demasiado maquillada y exagerada para la cámara. Ella parecía fuera de lugar en estos sosos alrededores.

"¿Estás aquí para una consulta?" preguntó Ingrid. "Lo siento, pero voy a tener que pedirle que vuelva mañana, ya que sólo atiendo entre las doce y la una."

"Ya lo sé. Tu chica me lo dijo," dijo Corky. "Pero espero que puedas hacer una excepción."

Ingrid frunció el ceño. Ella sabía que en cualquier momento esto iba a pasar. Siempre habría gente como Corky Hutchinson que pensaban que eran demasiado buenos como para esperar en la fila. A ella tampoco le gustaba como Corky llamaba a Tabitha su "chica"; Tab no era una secretaria. Pero Ingrid sabía que las mujeres como Corky Hutchinson, con sus BlackBerrys y sus agendas apretadas, no les gustaba tomar un "no" como respuesta. "Sólo por esta vez, supongo. Entra," dijo Ingrid. "¿Así que ya saben lo que es esa cosa?"

"Aún no están seguros. Se han enviado muestras a un par de laboratorios. Hubo un caso similar en el pacífico hace unos meses, cerca del puerto de Sidney. Y lo mismo pasó en Groenlandia, aparentemente los mismos síntomas: peces muertos, algún tipo de veneno en el agua - diezmó la mayor parte de la población local de ballenas. Y hubo actividad volcánica debajo del agua, pero no estaban seguros."

"Curioso," dijo Ingrid. Ella recordó vagamente haber leído sobre eso, pero no le había prestado mucha atención. "Cómo sea, sé que no estás aquí para hablar sobre eso. ¿En qué puedo ayudarte?" Ella sabía un poco sobre Corky. Ella y el alcalde hacían una pareja poderosa. Su boda había sido el acontecimiento social del año, y cuando él fue elegido alcalde hubo un artículo de más de cinco páginas sobre su romance.

Corky vaciló y luego lo contó todo, "Creo que Todd me está engañando."

Ingrid no se sorprendió. Las hermanas de vez en cuando chismorreaban sobre los secretos que descubrían de la gente que conocían, y Freya le había contado que el alcalde había estado teniendo mucha más intimidad con su computadora que con su esposa últimamente. Saber los lujuriosos actos de su enemigo no hacía que Ingrid se sintiera mejor, y eso que en las últimas semanas ella había estado pensando en Todd Hutchinson como su mayor enemigo. La propuesta de vender la propiedad de la biblioteca para

recaudar fondos públicos sería votada por el consejo del pueblo a finales del verano. Ya estaba sobre la mesa, y para Blake Aland ya era un hecho. Él había pasado por aquí con sus asistentes el otro día, midiendo exactamente donde golpearía la bola de demolición.

Ingrid intentó parecer neutral. No importaba quien fuera el marido de Corky Hutchinson, la mujer tenía el mismo derecho a recibir los servicios de Ingrid como cualquier otra persona. "¿Por qué piensas eso?, " preguntó Ingrid.

"Lo de siempre. Él trabaja hasta tarde. Llega a casa y huele a perfume. No responde su teléfono cuando lo llamo, y cuando le pregunto tiene todas esas escusas. Él cambió las contraseñas de todas sus cuentas de correo electrónico. Su correo de voz también, lo comprobé," dijo ella con amargura. "Yo estuve en frente de la cámara todo el fin de semana debido al desastre y no escuché nada de él en ningún momento."

"¿Qué quieres que yo haga al respecto?", preguntó Ingrid.

"No me importa lo de las aventuras. No quiero tener que confrontarlo. No quiero meterme en eso. Sólo quiero - Sólo lo quiero a él de vuelta. Lo quiero de vuelta conmigo en casa. Yo sé que he estado trabajando mucho, y no sólo esta semana, sino durante todo el año. Pero, aun así, no merezco esto. Amo a mi esposo. Y creo que él aún me ama. He traído esto." Ella puso una bolsa de papel en la dirección de Ingrid. "He oído que tengo que traer...pelo...para el... para lo que sea que tú hagas. Los nudos." La esposa del alcalde exhaló. "Digo, esto es probablemente sólo un tipo de vudú y yo debería lidiar con esto por mí cuenta, pero, como sea."

Ingrid aceptó la bolsa. Por un momento quiso decirle que se fuera, que no podía hacer nada para ayudarla. A ella le parecía muy raro que una mujer como Corky Hutchinson - Glamurosa, confiada, agresiva - decidiera resolver la infidelidad de su marido consultando a una bruja. Corky no era de ese tipo. Ella era del tipo que le hacía saber a su marido sobre su infidelidad y discutían a gritos. Seguido de un apasionado sexo de reconciliación si tenían suerte. Freya sabría más sobre eso.

Ella no estaba segura de sí ayudarla era lo correcto, sobretodo porqué Corky había usado la palabra Vudú, lo que significaba que ella subestimaba los talentos de Ingrid. Pero ella sabía que una mujer como Corky no saldría de la oficina de Ingrid hasta conseguir lo que vino a buscar. ¿Qué daño podría hacer? Tal vez si la vida matrimonial del alcalde era feliz él no intentaría vender la biblioteca. Ingrid abrió la bolsa y comenzó a trabajar, creando un pequeño nudo del cabello de Todd, tejiéndolo junto con un hilo de la blusa de su esposa que Ingrid había tomado a escondidas cuando le dio la mano. Ella puso el nudo en una pequeña bolsa de terciopelo y le dio el talismán a la esposa del alcalde. "Pon esto debajo de tu colchón. Evitará que él se descarrile, y lo tendrás para ti sola de ahora en adelante. Lo mantendrá en casa, como usted quiere. Pero tú también tienes que ponerle tiempo. Si no estás lo suficiente en casa, el poder del nudo se desvanecerá.

Corky asintió. "¿Cuánto es?", preguntó ella al mismo tiempo que abría su bolso.

"Yo sólo pido una donación al fondo de la biblioteca," dijo Ingrid. "Lo que sea que pienses

que puedas donar, nosotros lo agradeceremos."

"¿Esto es todo?" Corky rió mientras escribía el cheque. "Tú no sabes mucho sobre la gente, ¿verdad?"

Ingrid sintió una aversión instantánea por la arrogante presentadora de noticias. Probablemente no debió haberla ayudado con el nudo. Bueno, eso mantendría al alcalde quieto, pero no lo haría por mucho tiempo si su esposa no hacía nada para ayudarlo a quedarse. Ella pensó en aquel lujoso artículo de seis páginas sobre la nueva fabulosa vida de Todd y Corky Hutchinson. Ellos habían estado llenos de felicidad y amor. Personas tan radiantes que Ingrid no podía evitar sentirse un poquito celosa, justo el efecto que la revista quería que sintieras - que hay personas en medio de ti viviendo vidas más importantes y glamorosas de lo que podrías imaginar. Que gracioso que la verdad nunca era tan perfecta. Nunca sabrías todo sobre las personas, se dijo ella. El matrimonio era como la superficie de un océano, aparentemente plácido y sereno arriba; sin embargo, si no tienes cuidado, tempestuoso y furioso con terremotos subterráneos abajo.

Amigos Con Beneficios

Siendo como es North Hampton, la única respuesta adecuada a un desastre era a través de una prodigiosa recaudación de fondos. "Pescando Por Una Causa", como fue apodada, hizo que la comunidad se uniera. La fiesta se llevó a cabo en el terreno frente al ayuntamiento, con Todd Hutchinson estrechando manos y prometiendo un vigoroso cabildeo para fondos federales y estatales para que las aguas estén limpias de nuevo. Sin embargo, todavía no había una explicación oficial acerca de qué estaba hecha la misteriosa sustancia oceánica. Ninguno de los científicos podía descifrarlo.

Los Gardiner fueron los principales patrocinadores del evento. Se suponía que Bran daría un discurso de apertura, pero su vuelo se retrasó, por lo que Killian tomó su lugar.

"Gracias a todos por venir aquí hoy", dijo él, saludando a la multitud. El más joven de los Gardiner se veía guapo y serio bajo las luces. Él aclaró su garganta. "North Hampton es un lugar muy especial, y queremos que siga siendo así. Significa mucho para mi familia. Yo sé que no hemos estado aquí en un largo tiempo, pero, aunque he estado aquí por poco tiempo, considero a este lugar mi hogar." Él siguió elocuente y conmovedor a medida que hablaba de la conexión histórica de su familia con la zona y cuanto esfuerzo estaban poniendo en la rehabilitación de las aguas de la costa y ayudando a aquellos cuyo sustento dependía de ello.

Freya asistió al evento con su madre y su hermana. Un desastre de esta magnitud obligó a Ingrid a dejar su postura antisocial, y a Joanna a comprometerse a ayudar en todo lo que pudiera. Freya sabía que su madre ansiaba usar sus talentos para restablecer el delicado equilibrio ecológico de la zona, pero la restricción le impedía hacerlo. Ella estaba impresionada con las palabras de Killian, aunque trató de no estarlo. "¡Pero qué idiota pretencioso!" susurró ella a su hermana.

Ingrid se sorprendió por su vehemencia. "Por Dios...Yo pensé que él había dado un buen discurso ¿Qué tienes en contra del chico? Cada vez que su nombre aparece te ves como ahora." Hizo una mueca de amargura, imitando la de Freya.

"Nada," murmuró Freya. "Olvida lo que he dicho." Ella no quería hablar de Killian. Así que dio una vuelta por el lugar y conversó con el alcalde, que se veía un poco cansado, con círculos oscuros bajo sus ojos. "¿Esta cosa te está teniendo despierto todas las noches?" le preguntó ella.

"Sí. Por alguna razón se me está haciendo difícil dormir. Mi médico me recetó unas pastillas para dormir, pero no están surgiendo efecto."

Freya lo miró intensamente. Ella podía ver las huellas del hechizo, |lo reconoció como uno de los trabajos de Ingrid. Era un encantamiento de infidelidad que mantenía su historial sexual oculto, ya que la magia de cada hermana anulaba la de la otra. Freya esperaba que su esposa supiera lo que estaba haciendo. Esos nudos de fidelidad de su

hermana no eran para tomarse a la ligera.

Freya siguió rondando por la fiesta, concentrada en evitar a Killian a toda costa. Realmente no tenía nada que decirle, y no quería hacer su relación más incómoda de lo que ya era. Ella no se había vuelto a topar con él desde aquel día en el bar cuando salió en las noticias lo de la explosión. Así que cuando lo encontró en la línea frente al buffet, le sonrió cortésmente, cogió un pincho de fruta y lo puso en su plato. Desafortunadamente, Killian tenía otros planes. Resultó que él tenía mucho que decirle a Freya esta vez. "Te vi", le susurró al oído. Él estaba tan cerca que su aliento hizo que el pelo en su piel se pusiera de punta. "La otra noche. En frente de la chimenea."

Así que ella tenía razón. Él la había visto. Freya sintió sus mejillas arder.

"Estuviste increíble."

"Basta," dijo Freya. "Basta."

"Yo sé que estabas pensando en mí. Podía sentirlo. Eso fue lo que me hizo bajar," dijo él. "Dime, ¿estabas pensando en mi cuando te...?"

"Killian, por favor. Aquí no."

"¿Entonces dónde?" preguntó él rápidamente.

"En ninguna parte," Ella sacudió su cabeza y miró alrededor para asegurarse que nadie se haya dado cuenta de que estaban juntos, hablando de esas cosas. Ingrid veía con tristeza desde el otro lado de la habitación a ese apuesto detective, Matt Noble, el único que había cuestionado el que Freya trabajara en el North Inn, citando que no hace mucho ella se había graduado de la secundaria (el truco en su licencia de conducir no había funcionado en él por alguna razón). Él estaba hablando con una joven bibliotecaria que trabajaba con Ingrid, con su brazo puesto alrededor de los hombros de ella. Mientras tanto, Joanna estaba comiendo profiteroles en una mesa cercana, su rostro estaba enmascarado de felicidad. "Te lo digo, como te lo dije aquella noche. No puedo verte otra vez", le susurró Freya.

"Pero tú quieres," insistió Killian.

"No. No quiero."

Sí, ellos habían hecho el amor la noche de su fiesta de compromiso... no, lo que ellos hicieron fue follar. En el momento en que él cerró la puerta detrás de sí, ella prácticamente se le tiró encima, quitándole la ropa para así poder tocar su cuerpo. Ella tuvo que ejercer una gran fuerza de voluntad para no gritar en el momento en que él deslizó su mano entre sus piernas. Cuando la puso contra el lavabo y se puso en posición, ella estaba abierta y hambrienta, y después...después... ella miró su hermoso rostro y quiso llorar. En respuesta, él la besó de nuevo, y le hizo el amor por segunda vez, esta vez, lentamente, saboreando cada momento, lo cual lo hizo más candente que la primera vez.

Pero eso fue suficiente. Después de haber recuperado sus sentidos, ella le dijo que bajo ninguna circunstancia podían hacer eso de nuevo, ya que ella había cometido un terrible error. Ella huyó de la fiesta y no volvió a mirar atrás, ni siquiera una vez.

Freya era consciente de que no era perfecta, y ella nunca dijo que lo fuera. Pero ella nunca haría algo para lastimar a alguien que amaba tanto. Fue un desliz, un accidente, nervios por la boda, sus propios problemas con el compromiso. Después de todo, había pasado mucho tiempo desde que ella tuvo un marido... pero ahora estaba lista y determinada. Amaba a Bran y un momento (o dos, en realidad, si se lleva la cuenta) de debilidad con Killian no cambiaba eso. No cambiaba nada.

"Killian, debí haberte llamado para hablar sobre ello. Lamento no haberlo hecho. Me refiero a lo que te dije aquella noche, no sabía lo que estaba haciendo, enloquecí. Fue un horrible momento de mal juicio.

Él colocó una fresa en el plato de ella, madura y deliciosa.

"Llámalo como quieras... pero ya sabes dónde encontrarme." Él deslizó una llave en el bolsillo de ella. "Con esto entrarás al Dragón, está atracado en el lado opuesto de la isla Gardiner. No te preocupes, Bran nunca pasa por allí. Estaré esperando por ti todas las noches de esta semana. Si no vienes a verme el domingo, no te molestes más en hacerlo." Antes de que ella pudiera responder, él se apartó de repente y desapareció entre la multitud.

"¡Lo siento! ¿Qué me he perdido?", preguntó Bran, finalmente apareciendo a su lado, con un aspecto cansado y agotado por sus viajes. "¿Ya comenzó la subasta silenciosa?", preguntó él, levantando el picho de frutas del plato y dándole un bocado. "Estoy hambriento ¿Todavía queda algo de comida?".

"Vamos a ver, " dijo Freya. Ella besó a su amado en la mejilla, con la llave en su bolsillo.

Cierta Magia Salvaje

El vestido le apretaba en la cintura y Joanna se retorcía en su cinturón pasado de moda. Era por eso que ella no asistía a muchas fiestas elegantes por estos días, ya que odiaba vestir ropa ajustada. ¿Era su imaginación o su vestido estaba más pequeño de lo que recordaba? Sus pies también le dolían; ¿por qué dejó que Freya la convenciera de usar tacones? Fue un lindo evento, y fue bueno ver a la comunidad unida después de un desastre. Había una gran cantidad de inquietud e incertidumbre en el aire. Nadie estaba seguro de cómo afectaría a la economía local, pero sin duda no era solo la industria pesquera, sino también muchos restaurantes locales que se especializaban en pescados y mariscos los que estaban en peligro. Era una pena, y un tema que nadie mencionaba ya que era muy doloroso, pero las consecuencias ya comenzaban a sentirse; en lugar del usual festín de verano con comidas untables, la entrada de la cena era una especie de pollo a la aburrido.

Joanna se despidió de sus hijas: Freya estaba acurrucada en algún lugar con Bran, mientras que Ingrid se sentó en una mesa con algunos de sus cohortes de la biblioteca. Ella dejó la fiesta y caminó a su casa. La plaza de la ciudad estaba a solo unas manzanas de distancia de la playa, y su casa estaba sólo a una milla de la costa. Era una agradable noche de verano, y las dunas de hierba hacían que ese tramo de la playa pareciera el más privado del resto de la costa. Ella apenas podía oír los últimos sonidos de la fiesta detrás suyo mientras caminaba por la cálida arena. Se quitó los zapatos y los agarró por sus correas. El calor del día aún seguía irradiando del suelo y se sentía bien en sus pies, como aquellos suelos de mármol calientes por la calefacción en los lujosos baños de hotel.

Las dunas altas formaron un pasillo privado, un lugar donde podía estar a solas con el rugido del mar y el canto de las gaviotas. Esta noche era más tranquila que de costumbre. Las olas eran tranquilas y las gaviotas ausentes. Tal vez era esa masa gris en el océano la que hizo callar a las aves. Miró el mar y parecía más oscuro de lo normal, como si lo que sea que estuviera pasando ahí afuera hubiera quitado todo el brillo del agua. El océano parecía muerto y vacío, más negro que el cielo de arriba.

Ella deseó haberse puesto su gabardina, cuando las primeras brisas frías salieron del agua directo hacia ella. Ya no podía distinguir más los sonidos de la fiesta, sólo el sonido de las olas. Joanna se detuvo a mirar un círculo de cinta policial amarilla en los postes metálicos a su izquierda. La cinta estaba hecha jirones y era soplada por el viento; había estado ahí desde enero, cuando un corredor mañanero había encontrado a Bill y Maura en el suelo. Ella no era cercana a ninguno de ellos, pero al igual que la pareja, compartía una gran afinidad por este lugar. Por las noches, a menudo ella encontraba a los dos caminado por las altas dunas, a veces encaramándose en el acantilado más alto, mirando al mar o arriba a las brillantes estrellas. Joanna hizo un arco con la línea policial y miró sólo de reojo junto a la cinta amarilla.

La arena en la orilla del agua era fría y húmeda, por lo que en su lugar Joanna decidió

caminar hacia las dunas de arena. Subió y sintió los tallos secos de la hierba raspar sus piernas, hasta que llegó a la parte superior. El viento ahí arriba era más frío, pero la vista era mejor. Ella podía ver todo el camino a través de la isla Gardiner y Fair Haven, hasta el faro que Bran había restaurado. Joanna decidió sentarse y descansar por un minuto, estando ahí sin hacer nada, agarró un tallo de la hierba muerta que cubría el montículo. Ella odiaba ver las cosas muertas, el tallo gris quebradizo comenzó a aflojarse y a expandirse en su mano, mientras la vida frotaba de su interior, su color ceniciento cambió de gris a verde brillante. Espera, ¿qué estaba pasando? Ella no había hecho nada para que volviera a la vida, estaba segura de eso. Joanna observó con fascinación como se propagaba el verde como una ola a través de las dunas, trayendo todas las plantas de vuelta a la vida. Ella arrojó lejos el tallo y miró con asombro la espesa hierba verde. Se sentía exuberante y suave al tacto, y había crecido hasta la cintura.

Ella casi rió, pero hubo un cosquilleo repentino en la parte de atrás de su cuello que hizo que volteara. A su alrededor, la hierba se había multiplicado y se estaba enrollando hacía arriba y alrededor suyo por todas partes. El verde ahora parecía un color más oscuro, como si estuviera cubierto por una sombra. Los tallos azotaban violentamente a su alrededor. Esto ya no era lindo, ni parte de su magia, si es que alguna vez lo fue. Se dio la vuelta para marcharse, pero antes de poder actuar, Joanna sintió un poderoso tirón y fue arrojada al suelo. Las estrellas se empezaron a desvanecer al mismo tiempo que un lavado de oscuridad caía sobre su cuerpo y la hierba la envolvía y se retorcía alrededor de su garganta y pecho. La textura de la hierba ya no era suave sino gruesa, sus tallos más duros y densos. Joanna luchó, pero cuando la hierba la apretó más, se formó una especie de camisa de fuerza natural, atando sus extremidades y aplanando su pecho. Ella sintió una masa empujando hacia abajo de ella, como si estuviera tratando de forzar el aire en sus pulmones. Joanna gritó y escuchó su voz hacer eco contra la solitaria playa. La fiesta estaba lejos, y sus sonidos fuertes eran inaudibles.

Joanna tiró del tallo más cercano a su cabeza y lo apretó, lanzando un hechizo que no había usado en mucho tiempo. Pero las palabras funcionaron, y la maraña alrededor de su cara se dispersó. Ella podía ver las estrellas de nuevo, y los tallos comenzaron a debilitarse y deslizarse, haciéndose tan delgados como la hebra de cabello de un anciano justo en frente de sus ojos.

Lo que sea que haya traído las plantas a la vida ya se había ido, y todo alrededor de la hierba volvió a estar gris y marchito como antes. No estaba segura de si las plantas habían reaccionado a su presencia, o si su magia las había perturbado accidentalmente. Ciertamente North Hampton era el tipo de lugar donde este tipo de cosas pueden suceder. Ingrid había mencionado algo al pasar la otra mañana, sobre cómo había notado una oscuridad gris en los espíritus de las personas de la ciudad. Joanna tenía la intención de indagar, pero había estado ocupada con las renovaciones de la casa y con Tyler. El muchacho se había recuperado de esa desagradable infección en el oído, y ya había vuelto a sus viejos hábitos: alineando sus trenes, corriendo en círculos, y negándose a comer algo que no fueran sándwiches de atún.

Joanna se reprendió a sí misma por haberse permitido ser distraída; vigilancia constante era la clave para mantener a North Hampton protegido. Se puso de pie y corrió por el acantilado, desgarrando el césped muerto mientras lo cortaba para hacer su camino de regreso a la playa. Primero las tres aves muertas, ahora esto. Había algo nuevo y extraño en el pueblo; algo perverso había llegado.

Amigo o Fraude

"¿Debo empezar a enviar las hordas de conejos rabiosos?" Preguntó Hudson, apoyado en la puerta de la oficina, con su mano puesta en el picaporte. Ingrid sabía que él encontraba su negocio algo chistoso - él insistió en llamarla la *Bruja Blanca de la biblioteca*, y hasta amenazó con mandar a hacer camisetas, o peor aún, crear una página web.

"No te burles." Ingrid frunció el ceño mientras guardaba sus archivos y despejaba su escritorio en anticipación. A ella le gustaba que su oficina se viera genérica para que cuando sus clientes entraran no se encontraran con un desorden y planos y archivos apilados.

Hudson se veía dolido. "No me estoy burlando. Todo esto me parece algo tierno, de verdad."

"¿Tú crees lo que dicen de mí?", le preguntó. Ellos nunca se habían puesto a hablar sobre lo que ella hacía; todo había sucedido tan rápido que no habían tenido ni un segundo para conversar. Ellos solían estar juntos en las horas de almuerzo, pero últimamente Ingrid no había tenido mucho tiempo para camaraderías en la oficina.

"¿La cosa esa de la magia?" preguntó Hudson. "¿Los hechizos y los encantamientos?" Él puso un dedo en su mejilla. "La verdad, no estoy seguro de creer en esas cosas. Yo creo que tú sólo les dices lo que quieren oír. ¿No es así como funcionan los supuesto psíquicos? ¿Cómo ese adivino barbudo que habla con los muertos en la televisión?"

"¡Hudson! ¿Acaso crees que soy un fraude?" Ingrid soltó una risa, tratando de no sentirse demasiado ofendida. Ella esperaba oírlo decir que era escéptico o dudoso, pero nunca que asumiera que ella estaba haciendo trucos de salón.

"¿No lo eres?" preguntó Hudson, con cara de inocencia. "Yo pensé que era toda una treta para que la gente viniera a la biblioteca, leyera libros, y donara a la causa. Bastante inteligente, la verdad. Tu siempre estás buscando la manera de hacer más popular a la biblioteca - yo simplemente asumí que encontraste una forma de hacerlo."

Cuando él lo ponía de esa forma, sonaba tan razonable, pero Ingrid quería mostrarle que tanto podía hacer. Ella le lanzó una mirada.

"Espera un minuto, ¿de verdad no te has inventado esto?" le preguntó Hudson.

"Pruébame," le dijo Ingrid. "Seguramente hay algo que tú quieres y que no puedes conseguir de otra manera."

"Tú no puedes ayudarme". Hudson se encogió de hombros. Buscó en su bolsillo de atrás y le mostró a Ingrid un folleto desgastado. Ingrid lo desdobló lentamente y leyó el titular. *¿Gay? ¡No tienes porqué serlo! ¡La heterosexualidad está a sólo 12 pasos de distancia!*

"Mi madre insiste en que consulte a este... 'terapeuta'. Una de esas personas que puede, ya

sabes, curar mi enfermedad."

"Oh, querido." Ingrid se puso una mano en la boca.

"Supongo que es divertido." Hudson suspiró, torciendo los ojos en un gesto de acuerdo.

"Por supuesto que no. Es sólo... Hudson, esto es ridículo." Ella le regresó el folleto y agarró sus manos por un rato más del necesario. "¿Hudson?"

"¿Si, señora?"

"Ven a la parte de atrás conmigo, déjame leer tu línea de vida."

"No, gracias. No me gusta conocer mi futuro. Ni siquiera sé dónde estaré mañana."

"Vas a estar aquí. Trabajando en la biblioteca hasta que golpee la bola de demolición. Ven conmigo. Insisto," dijo Ingrid, llevándolo a la sala de almacenamiento. Ella lo colocó en el centro de la habitación y dibujó un pentagrama alrededor de sus pies.

Hudson trató de no reírse. "¡Qué miedo!" dijo él.

"¡Silenció!" le dijo Ingrid, tratando de ver su línea de vida. Con los ojos puestos en el pentagrama, debió haber sido claro, pero había algo bloqueando su vista - una oscuridad gris nebulosa, un fondo negro donde la visión debería estar. Encendió otra vela y murmuró algunas palabras, y la neblina gris se disipó un poco, permitiéndole ver más claramente.

Ella prendió las luces y encaró a su amigo. "Por lo que veo, tu madre cederá algún día," le dijo. Ella lo había visto en su línea de vida, el lento derretimiento del hielo del corazón obstinado de su madre, la homofobia arraigada (estaba bien que su peluquero, decorador de interiores, y chef personal fueran homosexuales, ¡pero su hijo no!) Batallando con el feroz amor que sentía por su guapo hijo. Extrañándolo en cada solitaria navidad. Los lentos, y tentativos pasos hacia la reconciliación y el perdón. Una madre, un hijo, y un yerno en un viaje a París. "Ella te ama, Hudson. No te rindas con ella."

"Hmm" Fue todo lo que Hudson pudo decir, pero ella sabía que estaba conmovido. Más tarde él dejó en su escritorio un ramo de sus flores favoritas.

Durante la siguiente hora, Ingrid ayudó a varias personas con sus problemas: más dolores de cabeza, más bizarras enfermedades en la piel, una mascota o dos que murieron de repente. Ingrid no sabía qué era lo que ellos pensaban que ella podía hacer con sus animales muertos, pero se hizo a sí misma una nota mental, pensando en las aves muertas que su madre había visto al comienzo del verano.

Emily Foster, la artista que estaba bloqueada con su trabajo, vino a verla al final de la hora.

"Lamento molestarte" le dijo ella a Ingrid, viéndose pálida y cansada en una túnica india y pantalones de seda manchados con pintura.

"No es ninguna molestia, Em. ¿Bloqueada de nuevo?"

"No, no, mi trabajo va bien, es Lionel" dijo Emily, con la voz quebrándose. "No sé si lo has oído, pero él está en mal estado."

"No había escuchado nada, ¿qué ha pasado?"

"Él estaba en el agua el día del accidente - ya sabes, esa gran explosión en la costa. Él siempre saca su velero en las mañanas. Las olas lo noquearon y tragó bastante agua." Emily se limpió las comisuras de los ojos con las manos temblorosas y suspiró hondo. "Él pudo haber muerto - se pudo haber ahogado - pero por suerte un par de surfistas lo encontraron y lo trajeron a la orilla."

"Oh mi Dios."

"Lo sé." asintió Emily. "Ellos sabían primeros auxilios, así que pudieron hacer que su corazón volviera a latir y lo llevaron al hospital."

Ingrid pareció aliviada. "¿Entonces está vivo?"

"Apenas. Está con un respirador. Los médicos dicen que tiene muerte cerebral." Emily comenzó a llorar.

"Lo siento mucho," dijo Ingrid, tomando la mano de Emily sobre la mesa y apretándola en un gesto de simpatía. Lionel era un buen amigo de la familia; Él era a quien las Beauchamp acudían para alcanzar las bombillas que estaban muy alto o realizar pequeños trabajos de carpintería y arreglos en la casa.

"No puedo creerlo. Quiero decir, él estaba bien esta mañana y ahora... está ¿clínicamente muerto?" Emily comenzó a llorar de nuevo. "Y además de eso su madre me odia. Ella me está echando."

"¿Perdón?"

"Verás, técnicamente, es la casa de Lionel. Nosotros nunca nos casamos," dijo Emily. "Nosotros no pensábamos tener niños así que no le vimos sentido. Dios, ¡desearía no haber sido tan terca en aquel entonces! ¡Yo y mis ideales bohemios! Ahora quieren quitarme la casa. Me están dando hasta el final del mes para empacar mis cosas. Se están mudando para estar más cerca de Lionel, y me parece bien. De todos modos, ellos nunca me agradaron, siempre pensé que no era lo suficientemente buena para su familia."

"Hemos vivido en esa casa desde que nos conocimos. Es mi casa. Mi estudio está ahí. No sé a dónde voy a ir. Si tan sólo él despertara. Los médicos dijeron que no hay esperanza. Que es un vegetal."

"¿Y qué es lo que quieres de mí?" preguntó Ingrid.

Emily levantó la cara del pañuelo húmedo y lo envolvió. "Yo sé que él está ahí. Él no puede dejarme. Él tiene que despertar. Tiene que hacerlo. ¿Podrías despertarlo, Ingrid?

¿Por favor?"

"Desearía poder hacerlo, de verdad" dijo Ingrid, sacudiendo la cabeza. "Pero mi magia - quiero decir, lo que yo puedo hacer, no funciona de esa forma."

La mujer desconsolada asintió. "Lo entiendo. Sólo se me ocurrió preguntar." Ella comenzó a recoger sus cosas, y el ver a su amiga perdida y derrotada hizo que algo en el corazón de Ingrid se desgarrara. Fue el mismo instinto que la llevó a ayudar a Tabitha a quedar embarazada y deshacerse de los límites de la restricción.

"Aguarda. Yo no puedo ayudarte," dijo Ingrid, levantándose de su silla. "Pero conozco a alguien que puede hacerlo."

Sueño de una Noche de Verano

Por toda una agonizante semana, Freya mantuvo la llave del barco de Killian en su bolsillo, y el domingo por la noche se encontró de pie en las sombras del muelle. Los sueños de Killian se hacían cada día más vividos; ella no podía dar un paso o respirar sin pensar en él. Sus besos la habían marcado, y por la noche podía sentir su deseo presionando contra el de ella.

El barco era un bote de pesca deportivo de tamaño mediano, muy popular en la comunidad por sus estabilizadores de veinte pies. Su padre había sido propietario de un barco como ese. Ella sabía que Killian estaba dentro; podía sentir su presencia cerca, podía sentirlo esperando en silencio. Si cerraba los ojos y se concentraba podía ver lo que estaba pensando - su cuerpo cayendo contra el suyo, lo que harían una vez que ella entrara. Eso era todo lo que ella tenía que hacer. Bajarse del puerto y subir a bordo. Poner la llave en la cerradura. Abrir la puerta. Y caer por el precipicio. Freya retiró la llave de su bolsillo. Se sentía como si estuviera vibrando, pero era sólo porque estaba temblando demasiado.

Hubo movimientos en la cubierta y Killian apareció desde la cubierta de abajo, mirando hacia la oscura noche. "¿Freya...?" le oyó susurrar. "¿Estás ahí? Entra."

Eso fue suficiente para quitarle su fuerza de voluntad. De manera heroica, arrojó la llave al océano y corrió de vuelta a su auto. Ella podía sentir como se comenzaba a formar en ella, una oscuridad, una imprudencia que no iba a ser capaz de detener o contener. Ella tenía que alejarse de él.

Más tarde esa misma noche, Freya tuvo un sueño. Todo comenzó cuando se dio cuenta de que no estaba sola en la cama, y un cuerpo pesado reposaba junto al de ella. Era un peso familiar, y luchó contra él. No podía hablar, no podía abrir los ojos, y finalmente dejó de luchar al momento en que una tranquila paz se apoderó de ella. Cuando abrió los ojos estaba caminando en el bosque, de la mano de Killian.

Él le sonrió. "No tengas miedo."

"No tengo," le dijo. Ella sabía dónde estaba. Estaban caminando en medio del bosque en la parte de atrás de su casa, se dirigían a un lugar secreto que sólo ella conocía, justo en el corazón de la naturaleza, a la orilla de un estanque de agua azul, se hallaba una piscina natural.

"¿Cómo supiste de este lugar?" le preguntó a Killian, cuyos ojos azul verdoso brillaban con picardía.

"Tú fuiste quien me trajo aquí," le dijo él.

Freya se puso a pensar en ello. No sabía si estaba soñando o si era real. Aunque ciertamente se sentía real, pero había algo extraño en todo esto. ¿Cómo había llegado allí?

Ella no lo podía recordar.

Se acercó a la orilla del estanque, y con un sólo gesto fluido, se quitó el vestido para revelar que no tenía nada debajo. Ella dejó que él la mirara, sus ojos fijados en sus pechos, sobre la curva de su cintura, su abdomen plano, y piernas tonificadas. Era tan intenso como una caricia física.

"¡Sígueme!" le gritó ella, zambulléndose en el agua.

De repente, él se estaba quintando los zapatos, desabrochándose la camisa, y lanzando su cinturón al suelo junto a su pantalón. "Nada que no hayas visto antes," dijo con una sonrisa maliciosa, siguiendo el ejemplo de ella y lanzándose al estanque, con su cuerpo como una perfecta flecha recta cayendo con gracia en el agua. Al caer, provocó una gran ola que salpicó a Freya, empapándola hasta los huesos.

El aire era cálido como una manta sobre su piel a medida que ella se adentraba de vuelta al agua. Nadó tan profundo como pudo hasta que no pudo contener la respiración por más tiempo. Salió a la superficie y Killian la salpicó. Ellos nadaron y jugaron, bromearon y rieron, hasta se turnaron para sumergirse el uno al otro bajo el agua.

Freya sintió el agua moverse con ella, su felicidad llenando el aire como el grito de las valquirias. Ella recordó sus viejas tradiciones: Danzando desnuda junto a la hoguera, cubierta de alquitrán y pintura; las máscaras, el canto, la comunión extática con la naturaleza y todo aquello que formaba la tierra. Érase una vez, la humanidad había compartido ese sentido eclesiástico, pero ya no más. Pero aquí, con Killian, volvió a ser ella misma de nuevo, bailando, riendo, y celebrando la belleza de estar joven y viva para siempre.

El agua se movió y se levantó, con una erupción que creó una fuente juguetona que brillaba con una luz deslumbrante, su magia se expandía a medida que su alegría crecía, con Killian riendo y mirando con asombro. La tierra misma parecía bendecirlos, la hierba húmeda y cubierta de rocío, el sonido del viento silbando una melodía complementaria a través de los árboles. Ella se sumergió de nuevo y nadó hasta la parte más profunda del estanque, y al salir, Killian puso sus brazos alrededor de su cintura y la atrajo hacia él. Ella lo besó y sintió la profunda pasión de sus besos. El corazón de ella latía cada vez más rápido, mientras que las manos de él trazaban círculos alrededor del cuerpo suyo, sobre sus pechos, entre sus piernas. Él la llevó a la orilla de la laguna y reposó encima de ella.

Ella cerró los ojos y comenzó a consagrar el círculo, llamando a los elementales de la tierra y el agua para que presenciaran su unión. Comenzó a conjurar y a cantar en voz baja. El bosque estaba vivo con magia; todo cobró vida, desde las hojas de la hierba, hasta las ramas de los robles por encima, vibrando como una celebración de su amor. "Yo me..." Yo me entrego a ti, habría dicho ella, excepto que no fue capaz de terminar la frase, ya que los cielos se rompieron con el estruendo de truenos y relámpagos, y Killian fue apartado de su cuerpo; la electricidad caliente entre ambos se enfrió al instante. La magia se acabó. Los elementales se desvanecieron. Killian se había ido.

Freya abrió sus ojos. Estaba de vuelta en su habitación y su teléfono estaba sonando. Ella lo atendió. "¿Cariño?" preguntó una voz preocupada.

"¡Bran!" Su alivio era abrumador. Se recostó en las almohadas y dejó escapar un suspiro. Ella fue salvada - salvada de sí misma nuevamente, y de Killian.

"Te extrañé. Tengo un par de minutos antes de mi conexión con Oslo, así que pensé en llamarte," dijo él. "Lamento despertarte."

"Me alegra tanto que lo hayas hecho", dijo Freya, temblando. ¿Qué acababa de pasar? ¿Qué había hecho? ¡Casi se había casado con Killian por el amor de Dios! Si ella hubiese sido capaz de decir esas palabras, todo habría acabado - lo que los dioses unen nadie puede deshacer - esa era la regla, así era como funcionaba, como siempre había sido.... Ella habría sido suya y sólo suya por siempre y para siempre. Eso habría sido el final de todo.

Ella se aferró al teléfono y a la voz de Bran, alejando los últimos vestigios del sueño, hasta que su corazón dejó de golpear y se durmió de nuevo con el sonido de las olas del mar rompiendo contra la orilla.

La San Patrona de las Causas Perdidas

Joanna no sabía por qué su hija había prometido ese milagro. Claro que ella sabía que Ingrid había creado una especie de clínica en la biblioteca, repartiendo sus encantamientos y talismanes, al mismo tiempo que Freya estaba ofreciendo sus brebajes personalizados en un nuevo menú de cócteles en el North Inn. Ambas actividades iban claramente en contra de la restricción, sin embargo, el corazón de Joanna no le daba para regañar a sus hijas por sus acciones o siquiera exigirles que se detuvieran. No era como si ella fuera del todo inocente tampoco. Ya alguien había reportado un avistamiento OVNI en la zona después de que voló por los cielos el otro día - Joanna no había sido tan cuidadosa cubriéndose con las nubes como había pensado. Ovnis, ¡enserio! Ella no había ganado tanto peso, ¿verdad?

Al principio le dijo a Ingrid que no había manera de que ella lo hiciera; simplemente estaba fuera de discusión. Ella aún estaba nerviosa por su experiencia de la otra noche; en las noches podía sentir las raíces deslizándose alrededor de sus piernas y sofocando su boca. Joanna había realizado una revisión de la costura, y se dio cuenta de que se estaba deshilachando en algunos lugares. Ella se abstuvo de mencionarle algo a sus hijas, ya que no quería preocuparlas hasta que supiera lo que era.

Además, una cosa era hacer que los soldaditos de juguete corrieran por ahí y arreglar un pastel quemado; otra cosa muy distinta era hacer lo de Lázaro, que era lo que su hija le estaba pidiendo que hiciera. Esto era resurrección de lo que estaban hablando, y sí, esto era por lo que ella había sido puesta en la tierra, precisamente para esta tarea. Pero esos días ya habían acabado: la restricción se había encargado de eso - y también había que considerar que estaba el Pacto de los Muertos. Uno no podía tomarse a la ligera ir de puntillas por el territorio de Helda. Dad al Cesar lo que es del Cesar y todo eso. Bien, quizás Lionel estaba técnicamente vivo todavía, pero según los médicos del hospital él era un vegetal. Joanna se estremecía ante ese término y deseaba que la gente dejara de usarlo. Pensar en un hombre como una planta era demasiado... degradante de alguna forma. Por supuesto, ese era el punto - aliviar el dolor para que la familia pudiera dejarlo ir, ya que su ser amado no estaba realmente allí.

Pero Ingrid se lo había pedido, y de verdad que era una horrible historia: Emily, quien pintaba esos hermosos paisajes marinos y les traía hermosos huevos marrones que ponían sus pollos y leche fresca de sus vacas, estaba siendo echada de su casa simplemente por un par de suegros desagradables. Joanna definitivamente sabía todo sobre eso. Nadie nunca es lo suficientemente bueno para los preciosos hijos de nadie. Pero nunca nadie llamaba a las hijas preciosas, ¿y eso por qué? Las cosas no habían cambiado mucho. Al final las mujeres como Emily e Ingrid y Freya y Joanna sólo se tenían la una a la otra para apoyarse. Los hombres eran maravillosos cuando estaban alrededor, pero sus fuegos quemaban con demasiada intensidad, ellos vivían demasiado cerca del sol - Miren lo que le pasó a su hijo, y a su hombre. Se fueron. Las mujeres sólo se tienen la una a la otra al final. Así que accedió a hacer lo que pudiera por Lionel, por el

bien de Emily.

En privado, Joanna había comenzado a preguntarse si provocar al Consejo era buena idea. Las próximas nupcias de Freya la habían vuelto optimista. Si la caprichosa diosa del amor iba a casarse en la noche de luna de cosecha (el día del trabajo caía justo en el día de su celebración tradicional - aunque no es como si todavía se les permitiera celebrarla, por supuesto), quizás todavía había esperanza de que las cosas cambiaran por aquí.

Pero si en verdad iba a hacer esto, iba a necesitar la munición apropiada. Sería una buena idea tenerla de todas formas, y más después de lo que pasó la otra noche. Ellas necesitarían protegerse de lo que sea que ande ahí fuera. Joanna subió por las escaleras del ático y buscó por todo el apretado lugar hasta que encontró una pared falsa donde había escondido sus más grandes tesoros. Ella había sido lo suficientemente cuidadosa como para que el Consejo no se llevara todo en aquel entonces. Allí estaba el baúl negro, justo donde lo había escondido debajo de una sábana de piano hace tantos años. Ella quitó la sábana polvorienta, abrió la tapa, y miró dentro. El cajón estaba vació excepto por una sencilla caja de madera, de la cual Joanna retiró tres varitas de marfil, tan prístinas y hermosas como el día en que fueron creadas.

"¿Madre?, ¿qué haces acá arriba?" escuchó a Ingrid llamando desde abajo. "Tenemos que irnos al hospital ahora, antes de que acaben las horas de visita".

"Ya voy, querida," respondió ella. Cuando bajó, sostenía las tres varitas firmemente en su mano izquierda. Le entregó dos a Ingrid. "Asegúrate de darle la suya a Freya cuando llegue a casa. Pero recuerda tener cuidado con ellas. Utilícenlas sólo cuando sea absolutamente necesario."

"¿Estás segura de esto, madre?", preguntó Ingrid, sosteniendo las varitas con reverencia. Estaban hechas de hueso de dragón, del esqueleto de los más antiguos dioses, más antiguas que el universo mismo, los mismos huesos que crearon la tierra, los mismos que una vez le dieron soporte al puente. Translúcidas, blancas a la vista, brillaban con una luz iridiscente.

"Realmente no. Pero algo me dice que ya es tiempo de sacarlas," dijo Joanna. Ella guardó su varita en el bolsillo de su abrigo. "Ahora podemos irnos, veamos si podemos despertar a Lionel."

Ellas llegaron al hospital en la tarde, se las arreglaron para llegar a tiempo antes de que las habitaciones de los pacientes fueran cerradas a los visitantes. "¿Cuánto tiempo ha estado así?" preguntó Joanna, enrollándose las mangas a medida que caminaban hacia el piso correcto.

"Hace como una semana más o menos."

"¿Y no hubo nada de actividad cerebral?"

"Un poco, pero no lo suficiente como para asegurar que recuperara la consciencia."

Joanna asintió. "Bien. Entonces esto no debería ser tan difícil." Si todavía quedaba cierta actividad cerebral significaba que Lionel apenas estaba en el primer nivel de la capa inferior, y sería bastante sencillo regresarlo a la superficie.

"Eso pensé." Ellas entraron en la habitación correcta, pero antes de que Ingrid abriera la puerta, se acercó a su madre. "Gracias, madre."

Joanna le dio unas palmaditas en el brazo a su hija. Ella nunca habría accedido a esto de no ser porqué Ingrid se lo ha pedido, y como Ingrid nunca le pide nada, ella como su madre no podía negarse. Además, la historia de Emily Foster despertó el sentido de injusticia de Joanna. Los matrimonios no se mantenían juntos por el papeleo, y la enfurecía pensar que una mujer podría ser expulsada de su casa, simplemente por la mala suerte y unos horribles suegros.

Ingrid abrió la puerta y encontró a Emily llorando al lado de Lionel. Su cuerpo estaba cubierto por una sábana, al ver eso, Ingrid compartió una mirada de sorpresa con su madre antes de acercarse.

"Lo desconectaron cuando fui a casa a cambiarme de ropa y atender a nuestros animales. Cuando regresé la enfermera me dijo que su madre había firmado los papeles del consentimiento. Ella sabía que yo no estaría de acuerdo y por eso lo hizo a mis espaldas. Él se ha ido. Se ha ido. Llegaron demasiado tarde." Sollozó Emily.

Joanna quitó la sábana lentamente y colocó su mano en la muñeca del occiso. Su piel era gris y sus uñas blancas, parecía no tener sangre, pero aún había una pizca de color en sus antebrazos. "El cuerpo todavía está caliente. Hicieron esto hace cuanto... ¿un par de minutos?" Preguntó ella.

"Justo antes de que ustedes llegaran," dijo Emily.

"Emily, esta es mi madre. Ella ayudará a Lionel."

"La recuerdo," dijo Emily, soplándose la nariz. "Hola, Señora Beauchamp."

"Cierra la puerta," le instruyó Joanna. "Cierra las cortinas y sácala de aquí."

Ingrid hizo lo que se le pidió y acompañó a Emily fuera de la habitación. "¿Qué va a pasar? quiero decir, él está muerto, ¿no?", preguntó Emily, mirando a las dos brujas con miedo.

Ingrid y Joanna intercambiaron otra mirada. "No del todo. Incluso sin una máquina, el corazón sigue latiendo, es solamente indetectable, ya que es un pulso muy, muy bajo," dijo Joanna, esperando que la mujer recién afligida creyera su pequeña mentira piadosa. Sería muy difícil tener que explicarle la verdad: que ella iba a traer a Lionel de vuelta de entre los muertos. Él se había ido por unos pocos minutos, ni siquiera una hora, lo cual estaba bien dentro del tiempo asignado.

Cuando quedó sola en la habitación, Joanna colocó la fría mano de Lionel en la suya.

Cerró los ojos y entró en el Glom. El mundo crepuscular de las almas sin cuerpo. En el Glom había un camino, un sendero en la arena. Usando su varita para iluminar el camino, Joanna vio que Lionel sólo había llegado al segundo nivel; él subía la montaña para llegar al portón, y una vez lo cruzara sería mucho más difícil traerlo de vuelta. Pues más allá del Reino de los Muertos estaba la frontera del infierno.

Había algo diferente con el Glom, un sentido de malicia y desesperación que ella nunca había sentido antes. "¡Lionel! ¡Lionel!" Gritaba ella. Ella quería salir de ahí lo antes posible.

Lionel Horning se dio la vuelta. Estaba calvo y tenía un aspecto poco agradable, vestido con su habitual ropa salpicada de pintura. Cuando él la vio, sonrió. "Señora Beauchamp, ¿qué está haciendo usted aquí?"

Joanna subió hasta su lado para que así ambos lo vieran todo desde arriba. "Llevarte a casa."

"¿Estoy muerto, cierto?," preguntó él.

"Sólo en términos humanos. Tu corazón ha dejado de latir," dijo Joanna.

"¿Acaso me ahogué? Creo recordar estar todo mojado."

"Así fue."

"Emily siempre decía que el océano sacaría lo mejor de mí algún día."

Joanna analizó su espíritu. Había rastros de una tela de araña rodeando su alma; nunca antes había visto eso y le preocupaba. "¿Preferirías quedarte aquí?", le preguntó a Lionel.

Él miró alrededor. "La verdad no. ¿Qué es este lugar?"

"Piensa en ello como una parada intermedia. ¿Ves esa puerta allí arriba? Una vez llegues a ella será difícil traerte a la superficie."

"¿Cómo está Emily?"

"Nada bien. Ella está a punto de ser echada de la casa."

"¡Mis Padres!" Exclamó. "Sé que debí haberla obligado casarse conmigo. Ella es terca." Él suspiró. "No puedo dejarla."

"Entonces no lo hagas."

Él se quedó mirando el camino brillante, el sendero de la montaña que daba hasta la puerta plateada. Ella sabía lo difícil que era esta decisión. Él había estado en la capa inferior, en el Glom, desde hace una semana. Él se había olvidado de las dificultades y del miedo; estaba empezando la transición al mundo espiritual. Tal vez esto no era una buena idea. Tal vez nunca debió acceder a hacer esto.

Él le dio un vistazo a la puerta, brillando desde la lejanía. "Muy bien. Vamos."

Joanna lo tomó de la mano y lo llevó por el camino que llegaron. Él empezó a caminar, pero de repente se detuvo. "No puedo moverme," gruñó él. "Mis pies están atascados."

"Inténtalo más," le ordenó. Ella sintió el duró tirón desde el otro lado; esa debía ser su hermana, Helda, aferrándose a su espíritu.

"¡No me pongas a prueba, hermana!," gritó Joanna, agitando su varita en el aire para que brillara con una luz blanca caliente. "¡Recuerda que acordaste seguir con El Pacto! ¡Todavía no es su tiempo!" Ella mantuvo su mano en el brazo de Lionel y lo jaló. El viento aulló, los océanos chocaron, rayos cayeron. El Reino de los Muertos no se rendiría con una de sus almas tan fácilmente.

Pero la magia de Joanna era más fuerte; este era el poder que estaba arraigado dentro de ella, más antiguo que la tierra, más antiguo que los muertos, su voluntad feroz se aferró a Lionel y lo tiró fuera del camino... entonces hubo un poderoso destello.

Joanna estaba sentada junto a la cama de Lionel, sosteniendo su mano con un puño apretado. El hombre muerto parpadeó sus ojos. Tosió y miró a su alrededor. "¿Dónde está Emily?"

Los padres de Lionel estaban encantados de tener a su hijo de vuelta, aunque un poco adoloridos por tener que perder la casa, a pesar de que no lo demostraron. Tras terminar, Joanna e Ingrid se despidieron.

"¿Cómo podré agradecerles? No sé lo que hicieron, o como lo hicieron, pero gracias." Emily lloró. "¿Qué puedo darles?... lo que sea. Tomen la casa." Ella rió. "Lionel va a ponerme en la escritura."

Joanna la abrazó y la besó en ambas mejillas. "Cuídense el uno al otro," dijo ella. "Y mantén los ojos sobre él. Podría sentirse un poco extraño por los siguientes días. Si algo cambia con su condición, háznoslo saber de inmediato."

Ingrid y Joanna caminaron por el pasillo. "Entonces, sobre esta restricción... Yo diría que traer a un hombre a la vida rompe un poco todas esas reglas, ¿no?" Bromeó Ingrid.

Joanna sonrió. Toda la aventura se había sentido genial, como en los viejos buenos tiempos. Ella guardó su varita en el moño de su cabello. "Al diablo con eso. Bien podemos admitirlo. Somos brujas. que intenten detenernos esta vez."

Parte II

Peligro Creciente

"Hola, Matt. Caitlin acaba de procesar unos libros nuevos; regresará pronto," dijo Ingrid con lo que ella esperaba fuera una sonrisa amable.

El guapo detective asintió y tomó su asiento habitual frente al mostrador principal. Ingrid sintió como si hubiera parpadeado y al abrir los ojos Matt y Caitlin ya eran pareja. Todo sucedió tan rápido que sospechó que Freya había deslizado una de sus ahora famosas pociones de amor en el café del detective. Su hermana juró que Matt no había entrado al bar en un buen tiempo, ni le había servido nada a Caitlin, que era una de esas chicas que se emborrachaban con tan solo una copa de vino y casi ni visitaban el North Inn.

Ingrid trató concentrarse en los archivos que tenía enfrente, pero saber que Matt estaba justo frente a ella se lo ponía difícil. Él era ahora una especie de visitante regular, por lo que no había forma de escapar de él ahora. Todas las tardes aparecía por la biblioteca cerca de las cinco en punto. Claro, hoy era jueves y comenzaba un puente festivo, pero, aun así, ¿no tenía nada mejor que hacer? ¿Cómo era posible que tuviera tanto tiempo libre para andar vagando por ahí esperando? ¿Qué no había crímenes por ahí que resolver? Habían pasado más de seis meses desde que Bill Thatcher fue encontrado muerto en la playa, y la policía no tenía pistas. Su esposa, Maura, todavía estaba en estado de coma, lo que era bastante malo ya que era la única testigo de lo que les había pasado.

La constante presencia del detective era molesta, pero no tanto como era tener que ver a Caitlin arreglarse para sus citas. La chica estaba en el cuarto de atrás, poniéndose rubor y lápiz labial, y contándole a todos sobre su nueva relación. Incluso Tabitha y Hudson se sintieron atraídos por el drama - Tabitha por que amaba el romance en todas sus formas, y Hudson por qué absorbía el drama como una esponja. Ingrid había intentado escapar de toda esa habladuría de chicas, sólo para encontrar al oficial frente al mostrador principal.

Ella trató de fingir que él no estaba allí, o que ella era inmune a su presencia, lo cual era difícil, ya que algo en él creaba un nudo en su garganta y hacía que su cuerpo se congelara y se le pusiera la piel de gallina. Ingrid se puso su cárdigan y trató de no temblar. Ella no dejaría que él la afectara de esa manera. Ingrid se esforzaba tanto en parecer indiferente que no se dio cuenta de que alguien estaba parado frente al mostrador hasta que Emily Foster le tocó el hombro. "¿Ingrid?, Tierra llamando a Ingrid."

"Emily! lo siento. Yo estaba..."

"Soñando despierta", Emily sonrió y le dio un par de libros. "No te preocupes, estoy acostumbrada a eso. Lionel siempre está con la mirada perdida."

"¿Cómo le está yendo?" preguntó Ingrid, contenta por la distracción. Por el rabillo del ojo ella pudo ver a Matt tecleando en su Blackberry.

"Bien. Está bien," dijo Emily. "Un poco más distraído que de costumbre, pero es probable

que sólo sea porque está trabajando en nuevas pinturas. Son hermosas y cautivadoras, con caminos que llevan a ningún lado, una especie de montaña con una puerta plateada. Él no se ha presentado en Nueva York en un largo tiempo y su galería está bastante emocionada."

"Qué bueno oír eso, por favor dale nuestros saludos," dijo Ingrid, entregándole a Emily su pila de novelas.

Por el momento, después de haber resucitado a Lionel no había pasado nada con el Consejo. Ningún mensaje de parte del Oráculo, ni ningún indicio de que se dieron cuenta o siquiera les había importado. Era un poco desconcertante, e Ingrid se preguntaba si había seguido las reglas muy de cerca. Si al Consejo no le importaba que ellas rompieran las reglas, quizá ellas debieron haber usado su magia hace mucho tiempo.

Había unos pocos clientes más en la línea esperando abastecerse de libros para el puente festivo, por lo que Ingrid estaba ocupada. Verán, ella quería gritarle a su pomposo alcalde que la gente aún usaba la biblioteca - todavía era relevante para la vida diaria. No había mucha esperanza, sin embargo. Ella había escuchado que tenían planeado mover los archivos de arquitectura a un almacén con una pequeña oficina, eso era lo único que podían permitirse; en cuanto a la biblioteca, su futuro era sombrío.

Por fin la línea había disminuido y volvían a ser sólo Ingrid y Matt otra vez. El silencio entre ellos la iba a volver loca, por lo que decidió tomar cartas en el asunto.

"Veamos que la hace tardar," le dijo ella, mientras terminaba de ordenar el mostrador. Caminó rápidamente a la oficina de atrás, donde Caitlin estaba sentada en su escritorio, frunciendo los labios y admirando su reflejo en el espejo compacto.

"Sabes que Matt está aquí, ¿verdad?" preguntó Ingrid.

"Lo sé. Estoy tan atrasada", dijo Caitlin, cerrando el espejo. "Por supuesto que a él no le importa, pero odio hacerlo esperar. Tú sabes que él siempre es tan puntual, tan rápido; me hace quedar tan mal. Supongo que es sólo parte de su personalidad. ¿Sabías que su padre fue capitán de la fuerza armada antes de retirarse? y su abuelo también. Supongo que es algo de familia, ¿no es eso tierno?" Era como si la chica hubiese desarrollado una personalidad de la noche a la mañana. De repente se convirtió en una charlatana; no podías callarla. El personal estaba bien informado de los hábitos alimenticios de su querido Matthew (él comía todas sus comidas en el restaurante por la autopista), sus opiniones políticas (al igual que Ingrid, él no votó por el actual alcalde), y sus ex novias (no muchas). A Ingrid se le hacía cada vez más difícil abstenerse de maldecirla. Sólo le tomaría trece velas negras y un pentagrama y esa chica tonta no sabría por qué estaba llenándose de forúnculos.

Ingrid preferiría no saber tanto sobre la vida de Matt. Sobre todo, porque la imagen que pintaba Caitlin era la de un hombre sencillo, honesto, trabajador, alguien a quien ella no podría evitar respetar y admirar, aunque sea de lejos.

"¿Crees que esto se ve bien, Hudson?" preguntó Caitlin, preocupada por su atuendo, un vestido de lino blanco que mostraba un atisbo de su escote bronceado.

Hudson arqueó una ceja. "Considerando que te ayudé a escogerlo, creo que se ve fabuloso."

"Te ves genial," acordó Tabitha, mirándola con envidia. A ella aún no se le notaba el embarazo, a excepción de una leve hinchazón en las mejillas y las habituales náuseas matutinas. "Dime otra vez, ¿a dónde te está llevando?"

"A la ópera al aire libre, ya sabes, por la playa. No puedo recordar cuál."

"Es Wagner, El Anillo del Nibelungo," dijo Ingrid fríamente. Ella también había hecho planes para ir a verla. La orquesta de North Hampton realizaba una versión instrumental corta cada año cerca de la celebración del cuatro de julio, con un espectáculo de fuegos artificiales al final. Ingrid había estado planeando asistir con su familia, pero Freya le había cancelado a último minuto, y Joanna se había librado de la tradición anual, diciendo que no le apetecía el Sturm und Drang este verano. Ingrid decidió no ir, ya que no tenía ganas de ir sola a la ópera.

"Espera," dijo Hudson, al mismo tiempo que apretaba el cinturón alrededor de la cintura de Caitlin para exagerar aún más la silueta de reloj de arena del vestido. "Así está mejor". Él asintió con la cabeza como gesto de aprobación. El traidor era el nuevo mejor amigo de Caitlin, Ingrid lamentó. Hudson tenía el alma de una niña de trece años. Él no pudo evitar sucumbir a la nueva historia de amor. Esto ciertamente vencía a recapitular el programa de telerrealidad emitido la noche anterior.

Caitlin se sonrojó y rió, e Ingrid trató de no escuchar, diciéndose a sí misma que no estaba celosa, ella no estaba celosa. Si tan sólo hubiera algo que ella pudiera hacer para dejar de sentirse como lo estaba haciendo. Ella podía ayudar a otras mujeres con sus problemas y sin embargo era incapaz de arreglar los suyos. Freya le diría que tomara una de sus pociones y se lo arrebatara. Pero Ingrid no quería eso. Ella no quería que él gustara de ella por algún truco de magia. Tampoco es como si a ella le gustara él, ¿verdad? Se le estaba haciendo cada vez más difícil engañarse a sí misma. A ella le gustaba Matt Noble, y no era sólo por qué ahora estaba fuera de su alcance. Ingrid no sufría de aflicción por amar a hombres que no podía tener. Para ser honestos, ella nunca había amado a ningún hombre, ni uno solo en su larga vida. Ella prefería su propia compañía. Así que este enamoramiento con Matt llegó simplemente en el momento equivocado. Ella pensó que le gustaba, por lo que despertó su interés. Ella había estado equivocada sobre su atracción, pero ahora ya no podía hacer nada con sus sentimientos.

Hudson le susurró algo a Caitlin en el oído que hizo que la chica se sonrojara intensamente, haciéndola ver más linda de lo que ya estaba. "Bueno, si de verdad quieres saberlo," dijo ella, e Ingrid no pudo evitar escuchar, "¡Esta noche es su noche de suerte!"

"¿Noche de suerte para qué?", preguntó Tabitha. "¡Oh, Oh!" dijo ella al darse cuenta de lo que Hudson y Caitlin estaban hablando y se rió con picardía.

"Hemos estado viéndonos por dos semanas y creo que ya es hora" dijo Caitlin con remilgo.

"¿Es eso algún tipo de regla de la que no estoy al tanto?" preguntó Hudson. "¿El polvo de las dos semanas?" Él miró a Ingrid y a Tabitha de manera expectante.

"No para mí," Tabitha rió. "Chad fue una aventura de una noche."

"Vaya zorra, Tab," bromeó Hudson. "Una aventura de una noche que duró 15 años ¿eh?"

"Supongo que sí," ella sonrió.

"¿Y tú qué, Ingrid?"

Ingrid cruzó sus brazos. Algunos días ella se sentía de verdad como la virgen más vieja del mundo. "Una dama nunca dice." Ella sacudió su cabeza ante sus colegas y se disculpó al baño. Caitlin la siguió.

En los lavabos, Caitlin de repente comenzó a hablar. "Lo juro, es tan raro - todo este tiempo yo estaba segura de que él siempre venía aquí para verte." Ella abrió el grifo y lavó sus manos. "Él preguntaba por ti constantemente."

Ingrid levantó la mirada. "¿En serio?"

"Sí. Qué tipo de libros te gusta leer. Qué tipo de trabajo haces con esos dibujos. Yo pensé que estaba enamorado de ti..." Caitlin apretó sus labios con fuerza para remover su labial. "Pero resulta que él sólo seguía hablando de ti por qué estaba tan nervioso porque me estaba hablando a mí. ¿No es eso gracioso?"

Hilarante. Ingrid azotó la puerta del baño y volvió al mostrador principal. El detective, el tema de todos los chismes en la trastienda, levantó la vista del libro que estaba leyendo. Él puso el libro en la mesa. La obra de J.J. Ramsey Baker, el libro de mil páginas que Ingrid no había logrado convencer a nadie de pedirlo prestado o leerlo.

"¿Te gustó?" preguntó ella con dulzura.

Matt Noble lo pensó por un momento. "Fue... interesante pero no es para mí."

"¿Entonces, qué tipo de libros te gustan?" le preguntó Ingrid un poco a la defensiva.

"No lo sé..." Se encogió de hombros. Ella tenía razón, pensó, complacida. Él no era un gran lector, sólo un fisgón de biblioteca. Seguramente él era uno de esos bichos raros a los que les gusta tomar siestas en los cubículos.

"Bueno, ¿cuál es tu libro favorito?" preguntó ella, sintiéndose confiada de que él no sería capaz de nombrar ni uno, o si lo hacía, sería uno como...

"Matar un Ruiseñor"

"¿En serio?" preguntó Ingrid, tomada por sorpresa. "Ese también es mi libro favorito." ¿Pero acaba él de decir eso? ¿O era algo que Caitlin había dicho? ¿Pero cuando había ella

discutido el Ruiseñor con Caitlin? A Caitlin no le gustaba leer. Ella pasaba su tiempo libre actualizando el estado de su perfil en línea.

"En serio," Matt sonrió, y por un momento se pareció un poco a Atticus Finch, o tal vez a Gregory Peck interpretando a Atticus Finch, si Gregory tuviera el pelo castaño claro, pecas y ojos azules. Él compartió miradas con ella por un segundo, y parecía como si le fuera a decir algo más cuando Caitlin apareció, radiante con su vestido blanco. "¡Matthew!"

Él se apartó de Ingrid y besó a Caitlin en la mejilla, ambos se abrazaron. Fue entonces que Ingrid vio que él sostenía una cesta de picnic, una botella de vino, y una barra de pan asomado por el costado.

Tabitha y Hudson vinieron atrás. "Todo despejado, jefa," dijo Tabitha, lo que significaba que la biblioteca estaba vacía. Ingrid apagó las luces principales y puso la alarma, el grupo salió junto del edificio. Hacía calor, pero con viento, y la noche brillaba; habría luz hasta tarde. Una noche de verano perfecta para escuchar música. Ingrid sintió una punzada.

"Hey, ¿quieres un aventón al concierto?" preguntó Caitlin, cuando Ingrid se dirigía a su bicicleta. "Ingrid va todos los años con su familia," le explicó ella a su pareja.

"No, está bien - ellas no pudieron ir este año. Creo que debería simplemente ir a casa," dijo Ingrid, al mismo tiempo que Tabitha le decía adiós.

"Oh, bien, entonces ven con nosotros." le ofreció Caitlin.

"No podría... no quiero estropear..." dijo Ingrid, sus mejillas comenzaron a arder de nuevo; si esto seguía así iba terminar con un bronceado. Si había algo que ella no quería ser, era la tercera rueda en una cita romántica.

Pero por alguna razón Caitlin no aceptaría un no como respuesta. "No, en lo absoluto. A Matt no le importará, ¿verdad, Matt?" Él negó con la cabeza y sonrió a Ingrid. "Para nada, únete a nosotros. Empaqué suficiente queso como para alimentar a una vaca."

Hudson desencadenó su bicicleta y comenzó a pedalear cuando Caitlin se abalanzó sobre él también. "¡Podríamos hacer un cuarteto! Hudson, ven a la ópera conmigo, Matt, e Ingrid - ¡ella necesita una pareja!" No parecía haber forma alguna de disuadir a Caitlin, e Ingrid se sentía impotente para resistirse.

Hudson miró inquisitivamente a Ingrid. Él se había ofrecido a llevarla esta mañana cuando ella mencionó que su familia no iría, pero ella lo declinó, e Ingrid esperaba que su amigo no lo mencionara. Afortunadamente, Hudson se abstuvo de hacerlo. "Wagner es tan triste, prefiero Puccini, pero está bien."

La orquesta estaba puesta en un pequeño escenario en un campo de hierba a pocas millas de la playa. Ya había una gran multitud esperando. Ellos encontraron un pequeño espacio vacío entre dos grupos de devotos de la ópera que estaban brindando por la velada con vino en vasos de plástico, y globos flotando en el aire para marcar su ubicación a los recién llegados o para que nadie se pierda de camino al baño. El sol empezó a ponerse en

el horizonte, bañando la escena en una luz cálida, de color naranja, y luego la música comenzó a sonar. Era una imagen muy linda, pero Ingrid no podía encontrar ninguna belleza en ella.

Caitlin se acurrucó junto a Matt toda la noche, y cuando no se estaban acariciando se estaban besando. Ingrid pensó en quemar todos sus discos de Wagner al final de la noche: se sentía mal del estómago. Su maravillosa biblioteca iba a ser demolida para hacer espacio a unos condominios, y el chico que le gustaba estaba ahora con alguien más. Ella se prometió a sí misma que superaría a Matt noble de alguna forma. Incluso si para hacerlo debía tomar uno de esos antídotos amargos de Freya.

Oscuridad Visible

Los Alvarez invitaron a Joanna a celebrar el cuatro de julio con ellos. La noche del viernes, después de asistir a su barbacoa, ella caminó sola por la orilla de vuelta a la casa principal. Independientemente de lo que pasó la última vez que dio un paseo largo, Joanna aún mantenía el hábito. Ella caminó lentamente por el barrio, para refrescar el espíritu y pensar en los caprichos que se dio en el día, por no mencionar para tratar de bajar esas calorías adicionales que consumió en esa segunda rebanada de pastel de terciopelo rojo de Gracella. Fue una agradable fiesta, y Joanna se había alegrado por la compañía y la oportunidad de ponerse al día con sus amigos y vecinos. Varios de ellos habían escuchado del milagro que hizo con Lionel Horning, y le preguntaron si podría ocuparse de sus familiares enfermos. Joanna prometió ayudarlos tan pronto como pudiera, pero les advirtió que Lionel fue un caso muy especial.

Últimamente, las mujeres Beauchamp estaban adquiriendo cierta reputación en el pueblo por sus habilidades para hacer lo que otros no pudieron. Joanna se preguntaba qué haría El Consejo respecto a eso. Por ahora, no hubo ninguna acción por parte de ellos; ya sea porque estaban optando por ignorar las acciones de las Beauchamp o aún estaban contemplando una respuesta. En cualquier caso, la valentía que ella había mostrado la otra semana se estaba empezando a desvanecer. Ella no tenía miedo del Consejo exactamente, pero estaba ansiosa por ver lo que harían. No había manera de predecir cómo reaccionarían. Ella deseaba que el Oráculo bajara y lidiara con ella para acabar con eso de una vez - un castigo, una reprimenda, lo que sea. Era demasiado difícil vivir en la incertidumbre.

Ella se alegró al ver que Gilly la alcanzó después de un par de cuadras, la cuerva batió sus alas en silencio. Ambas, la bruja y el familiar, caminaron por un camino desgastado que llevaba a la costa, pasando por las grandes casas que daban al mar. Joanna estaba a punto de dar la vuelta y regresar a casa cuando la cuerva comenzó a volar hacia el puente que conducía a la Isla Gardiner.

"¿Quieres ir Allí? ¿Por qué?"

Gilly la miró fijamente. Tienes que ver esto.

"¿Esta noche?"

Ven. Ya lo has postergado demasiado.

"Tienes razón, como siempre, tienes la razón. Supongo que ahora es un buen momento como cualquier otro."

Cosas extrañas estaban sucediendo en la ciudad; ella no podía negarlo más. Los pensamientos de Joanna se desviaron a las aves muertas, la toxina plateada que había contaminado su océano, así como las hierbas que intentaron estrangularla la otra noche. Desde que ella trajo a Lionel Horning de entre los muertos, Joanna había estado

especialmente preocupada. ¿Qué era esa tela de araña plateada que rodeaba su alma? Ella nunca había visto algo así antes. ¿Había cometido un error al traerlo de vuelta del Reino de los Muertos? Pero ella ya había resucitado almas antes y no era una ocurrencia tan inusual. A veces, la resurrección ocurría naturalmente. Los seres humanos lo llamaban "experiencias cercanas a la muerte" cuando volvían reportaban que se habían visto a sí mismos flotando sobre sus cuerpos, o vieron una luz blanca al final del túnel. La muerte era sólo el comienzo de un viaje que todos tomarían en algún momento.

Las almas que fueron tomadas por la Muerte no eran envueltas en una niebla plateada, ellas brillaban con un arco iris de colores. Joanna se lo había atribuido al hecho de que no había visitado el mundo de los muertos en mucho tiempo. ¿Tal vez habían redecorado? Ella estaba siendo chistosa, y Gilly la reprendió por ello, pellizcándole la mejilla y graznando. Joanna siguió a su ave hasta el puente. Fair Haven brillaba en la oscuridad, iluminándoles el camino. Al final del verano su hija sería la dueña de la casa y la isla, justo como se tenía previsto. Pero incluso si todo parecía ir marchando bien, la fecha de la boda avecinándose (Freya incluso accedió a vestir de blanco), pero Joanna sentía una punzada de inquietud, que no podía explicar, ya que todo estaba pasando justo como Ingrid lo había predicho.

"Seamos silenciosos, ¿si, Gilly? Asegúrate de que nadie nos vea" le dijo ella mientras se hacían paso sigilosamente por el puente hacia la playa desierta. Había montones de madera de aspecto extraño tiradas por todas partes, pero cuando Joanna se acercó, se dio cuenta de que no eran detritos del océano. La playa estaba llena de cuerpos muertos de águilas pescadoras. Cientos de ellas, con un espeso lodo viscoso sobre sus plumas, y sus picos quemados. Se veían exactamente como las aves muertas que encontró en su playa al comienzo de ese verano. Así que ella estaba en lo cierto. Las aves habían sido una premonición, un presagio, una advertencia. Ella quería decirles a sus hijas *se los dije*, a pesar de que estar en lo correcto era sólo un consuelo superficial. Su corazón se rompió al ver tanta muerte a su alrededor. Ella podría traer sus almas de vuelta, pero era inútil ya que sus cuerpos estaban más allá de la reparación.

¿Por qué nadie había dicho nada? Ella miró a Fair Haven, la casa que celebró la fundación de la costura que protegía al pueblo del mundo crepuscular del Glom. Joanna estuvo presente cuando se construyó; se suponía que siempre debía permanecer vacía. Ella se sorprendió cuando se mudaron los Gardiner. Tal vez había algo más en ellos de lo que había pensado.

Joanna notó las inmensas dunas de arena que rodeaban la casa. Ella no recordaba que la isla Gardiner tuviera cordilleras tan grandes. Al pasar por ellas, tuvo la extraña sensación de ser observada. Las dunas eran como pequeñas montañas de hombres, montículos con ojos y narices extrañas; cuando rozó con una de ellas se sintió como granito en vez de arena. Ella entrecerró los ojos y miró al horizonte lejano. Entonces lo vio. La mancha plateada en el océano se había movido. Se había rodado por las costas de la isla Gardiner, rodeándola en un perímetro oscuro.

Ella buscó en su bolsillo y se puso sus guantes, un par de buenos, guantes de cuero que mantenían sus manos calientes en el invierno. Ella se puso frente a las olas que chocaban. Tenía que ver lo que había en el agua.

La cuerva croó en señal de advertencia y Joanna la calmó. "No te preocupes, estos guantes están hechos de piel de serpiente - nada los penetrará." La bruja de pelo gris se arrodilló en las piedras resbaladizas y metió su dedo en el agua negra.

Joanna frotó sus dedos y los sacó del agua. Los científicos todavía no tenían una explicación para la explosión, ni habían logrado identificar el material tóxico que se filtró en las aguas del océano. A la gente del pueblo se le advirtió que debían abstenerse de pescar, nadar, o comer cualquier marisco local. Y peor aún, nadie les decía a los residentes como tenían planeado limpiar el océano o qué se podía hacer al respecto. Nadie estaba seguro de lo que era tampoco.

Ella limpió sus dedos y evaluó el líquido que había en ellos. Se veía y sentía resbaloso, pero cuando apretó un poco más fuerte, descubrió que había algo más. Era granulado y quebradizo, un duro, cristal transparente. Joanna sintió un profundo desasosiego dentro de su alma. Esto era malo. Fuese lo que fuese, ella ya entendía por qué había estado evitando lidiar con esto todo el tiempo que pudo - intentó no pensar en los límites de la costura rotos, la oscuridad gris, el sentimiento de desesperación y ansiedad que se instaló en el pueblo. Ella recordó lo que Ingrid le había dicho: que las mujeres de North Hampton estaban descubriendo que eran estériles, y un número considerable de animales habían muerto de repente y sin causa aparente.

Joanna levantó su varita. El hechizo de contención no aguantaría por mucho tiempo. Evitaría que el veneno se propagara, pero sólo por poco tiempo. Ella no podría enfrentar este peligro desconocido por sí sola; esto estaba más allá de sus poderes o comprensión, y supo de inmediato que tendría que pedir ayuda. Refuerzos. Ella y sus hijas no podrían enfrentar esta amenaza solas. Se quitó los guantes y los tiró en el agua. Ya había un agujero justo en la punta del dedo donde ella había sostenido el cristal.

La Única Forma de Evitar la Tentación

La noche del viernes del cuatro de julio, con las aguas aún fuera de los límites, los turistas prácticamente desaparecieron del pueblo, pero no los locales, ellos todavía celebraban. En el bar North Inn, Bon Jovi estaba a todo volumen, y aunque aún no estaba ni cerca de ser las doce de la noche ya había un montón de chicas bailando encima de las mesas, con las tiras de sus camisolas cayendo de sus hombros, y sus pantalones vaqueros aflojados y caídos en la cintura.

Como de costumbre, Bran estaba fuera del pueblo, y esta sería su separación más larga hasta el momento, ya que esta vez él estaba viajando por el Sudeste Asiático con un gran grupo de donantes. Ella pensó que ya debería estar acostumbrada a eso, y se reprendió a sí misma por ser tan débil.

Para sentirse mejor, Freya subió el volumen aún más fuerte, justo en el momento en que Killian Gardiner entró al bar. Ella trató de no estresarse, pero sintió cómo su piel se ruborizaba al verlo y recordar su historia sexual, viéndose a ella misma en sus brazos mientras él besaba cada centímetro de su cuerpo desnudo. Sin embargo, eso estaba firmemente en el pasado, y mientras ella se mantuviera a distancia, así era como se mantendría. No importa cuántos sueños tuviera con él. Él podría fantasear con ella todo lo que quisiera, podría repetir esa escena del baño una y otra vez hasta que el mundo llegue a su fin, pero nada volvería a pasar entre ellos dos de nuevo, y ella se encargaría de ello.

"Hola," dijo él, deslizándose sobre un taburete y tomando asiento justo en frente de ella. ¿Cómo fue que sucedió eso? Ella estaba segura de que todos los asientos habían sido tomados, pero al parecer la multitud se había separado como los ríos del Nilo.

"Killian," dijo secamente. "Te dije que me dejaras en paz."

"Quería verte. Además, Bran está lejos ahora. Está todo despejado." Killian sonrió. Él cogió el menú laminado con la lista de cócteles mágicos. "Me encantan los corazones - muy bonitos."

Había sido la cursi idea de Sal la de poner esos corazones. Freya deseó no haberle permitido que la convenciera de ponerlos, pero ella no quería herir los sentimientos de su jefe.

Ella observó a Killian leer el menú, con una sonrisa sardónica en la cara, deseando que él estuviera en otro sitio que no fuera este. La multitud del North Inn no era como el grupo de la alta sociedad de Bran, pero aun así este seguía siendo un pueblo pequeño, y las lenguas hablarían si ellos dos se vieran demasiado amistosos o íntimos.

"¿Disculpe, señorita?"

"Espera un momento," le dijo a él. Ella se acercó a su cliente, una joven de cabello castaño

que estaba leyendo la lista de cócteles como si los estuviera memorizando para un examen final. "¿Qué te traigo?", preguntó ella.

"Umm... No lo sé." Molly Lancaster era una pequeña que iba de un lado para el otro, fue una pasante de verano en el ayuntamiento, una recién graduada de la universidad. Freya pudo ver indicios de un romance fallido, y el usual *sexting* como forma de cortejo adolescente. "Me gustaría el Irresistible, por favor," Molly susurró finalmente.

"Hazme uno a mí también," bromeó Killian, poniendo el menú de cócteles de vuelta en la mesa.

Freya lo ignoró y comenzó a preparar la bebida de Molly. Ella mantenía las totoras florecientes en un frasco de vidrio, en un estante inferior; las removió y comenzó a aplastarlas con el mortero.

"Espera, déjame ayudarte con eso," dijo Killian, caminando detrás del mostrador para así poder estar al lado de ella e inclinarse para que ella pudiera sentir su cálido aliento en su cuello.

"Killian, por favor. Regresa al otro lado. Andando, ahora".

"Pero estás bastante ocupada," dijo Killian, asintiendo con la cabeza a un hombre que agitaba un billete de veinte dólares. Rápidamente sirvió la cerveza que se le pidió, hizo el cambio, y cerró la caja registradora con un golpe. "Vamos, déjame ayudarte."

Parecía una buena idea; el bar estaba lleno y todo el mundo estaba esperando. A Sal no le importaría, y Kristy se había reportado enferma. Freya suspiró. Una mano extra podría serle muy útil.

"¿Qué más le estás poniendo a eso?" preguntó Killian, viéndola medir el polvo de totora en la coctelera.

"Nada. Sólo un poco de jugo de lima, cerezas, y bastante vodka."

"Parece más bien inofensivo; es difícil creer que algo así pueda convertir a ese ratoncito de allí en Marilyn Monroe."

"Yo no pongo todos mis ingredientes en el menú," dijo ella, tratando de alcanzar otro de los frascos negros secretos que guardaba en la nevera bajo el mostrador, y comenzó a añadir unas gotas de cada uno en el cóctel; áster, culantrillo, raíz de vetiver. A ella le gustaba que Killian tuviera los ojos puestos en ella, así que comenzó a alardear un poco. Sacó una pequeña botella de ámbar que contenía granos del paraíso, diminutas semillas llenas de potente magia, y sacudió un puñado de ellas en la mezcla. En un segundo, la poción se volvió de un color bermellón. El aire se llenó con el humo, llevando el aroma a vainilla y miel.

"Eso huele casi tan delicioso como tú," murmuró Killian, acariciándole el cuello, y con su mano alrededor de su cintura.

"¡Hey!" protestó ella, alejándose de él, pero sin hacer un gran esfuerzo. "¡No me toques! Y tienes clientes - estás aquí para ayudarme, ¿lo recuerdas?", dijo ella, mientras derramaba el cóctel en una copa de Martini. ¿Ya había puesto la raíz de vetiver? Ella no podía recordarlo, así que añadió un poco más, sólo para estar segura.

Ella le entregó la copa de Martini llena de líquido purpura a Molly. "Aquí tienes. Un Irresistible," dijo ella secamente.

Killian se mostró hábil con la coctelera, lo cual no debió haber sido una sorpresa. Ellos trabajaron junto al otro, sirviendo bebidas, picando hielo, animando la fiesta, con la energía alta. "Venga, sabes que me has extrañado," dijo él mientras servía unos tragos a un grupo de damas ruidosas. "Oh, ¿la ley de hielo, cierto?" El suspiró, cuando ella no respondió. "No puedes seguir molesta conmigo por lo que pasó la noche de la fiesta de compromiso, ¿o sí? ¿Estás molesta? Eso es muy aburrido de tu parte. No es como si alguna vez hubieras ido a verme en el barco."

Freya ya había oído suficiente. "¡Killian!"

"¿Si, amor?"

"Por Favor"

"¿Por favor qué?"

"Por favor, déjame en paz"

"No"

"¿No?"

Sus ojos se encontraron, y fue como en la fiesta de compromiso otra vez. No había forma de negar la poderosa atracción que ella sentía hacia Killian. Se sentía tan fuerte como su amor por Bran. Como si una fuerza invisible la empujara hacia él. Cada vez que ella pensaba en Bran, su corazón moría un poco en su pecho. Ella lo había intentado. Ella intentó resistirse. Ella había sido muy buena por mucho tiempo.

Killian inclinó su cabeza hacia la de ella, sus labios rozaron su mejilla, pero a último momento ella se alejó de él y corrió hacia el otro lado de la barra con su corazón latiendo a mil por hora en su pecho. Ella subió el volumen de la rockola. Tal vez si subía la música a todo volumen, podría ahogar ese torbellino de emociones confusas.

"No tienes que esconderte de mí", dijo él al encontrarla unos minutos después en el almacén donde Sal guardaba los suministros. "Yo no muerdo, lo prometo. Pásame esa botella de cerezas al marrasquino."

Ella se encogió de hombros y levantó las manos, como si se estuviera dando por vencida, y se la entregó. Sus dedos rozaron su piel y ella sintió el fuego entre ellos dos empezando a arder; ella no podía mirarlo y no ver su deseo y necesidad en todo su hermoso rostro.

"¿Qué estás haciendo?," preguntó ella, mientras él ponía la botella a un lado, y colocó mejor sus brazos alrededor de ella.

"Tú sabes lo que estoy haciendo." Él comenzó a besarla y empujó su cuerpo contra el de ella, el calor entre ellos la consumía... ¿Qué estaba haciendo?... ¿Por qué lo estaba haciendo?... ¿Por qué no podía detenerse? ¿Por qué no podía pronunciar ni una sola palabra para protestar?

"Freya," él suspiró. Su voz era baja y armoniosa, jugando con ella como si fuera una flauta. Entonces él tomó su rostro entre sus manos y comenzaron a besarse. Él la besó por toda la cara y el cuello, y presionaron sus cuerpos aún más. Sus besos eran largos y suaves, húmedos y profundos; ella podía sentir su excitación y sentía como si se estuviera derritiendo debajo de su lengua.

Este es el principio del fin, pensó ella. La primera vez había sido un error, un sarpullido, un acto impulsivo cometido por una niña tonta. Esta vez ella debería saber mejor... sin embargo, aun así, ella sucumbió. Freya le devolvió los besos con entusiasmo, y cayó de cabeza en el abismo.

El Largo Viaje a Casa

Todo se resumía a esto, y uno no podía enfrentar a un peligro por sí sólo, sin importar que tan fuerte fuera nuestro valor. Cuando Joanna regresó a la casa, subió a su habitación y de inmediato comenzó a hacer sus maletas. No tenía idea de adonde la llevaría el viaje, o cuánto tiempo tardaría. Ella sólo sabía que tenía muy poco tiempo, y esperaba que después de tantos años, él aceptara ayudarla. Ellos tenían una responsabilidad con este mundo, además, no eran sólo ellos, sino todos aquellos que quedaron atrapados de este lado del puente.

Joanna pensó en su larga vida aquí. Le dolía admitirlo, pero las Beauchamp, a pesar de su orgullo, su historia, y su magia, no tenían nada que mostrar por sí mismas, excepto un hogar roto, con un hijo en prisión. A parte de su buen gusto, estilo, y obsesión por las mejoras del hogar y "buena" joyería (ella estaba especialmente orgullosa de un par de pequeños pero raros pendientes de perla que usaba en ocasiones especiales), ella era un fracaso en las cosas que de verdad importaban. Ella le había fallado a su hijo, y le había fallado a su marido. Ella no pudo salvar a su hijo en aquel entonces cuando el mundo era joven, y criticó a su marido por haber hecho lo mismo con sus hijas. Era un asunto penoso, pero al menos ahora haría algo al respecto y tal vez solucionaría algo.

"¿Mamá? ¿Qué estás haciendo? ¿Te vas?" Ingrid parpadeó sin sus gafas. Vestía una bata blanca y su cabello rubio caía sobre sus hombros. Se veía años más joven, y Joanna deseó que su hija llevara el cabello suelto con más frecuencia; Ingrid se veía mucho más linda y delicada de esa forma.

"Sólo por poco tiempo", respondió ella, doblando un suéter y metiéndolo en su maleta.

"No has respondido a mi primera pregunta," le dijo Ingrid.

"Es más seguro para todos si no sabes a donde voy", respondió Joanna, deslizando su varita de marfil en el bolsillo de su gabardina. Ella esperaba evitarles a sus hijas el sufrimiento si fracasaba en su búsqueda. Era mejor si no sabían lo que trataba de hacer. Ella sabía lo mucho que ellas lo extrañaban y cuanto lo querían de vuelta. Por supuesto que lo sabía. Ella sabía lo que le había causado a su familia, la línea irreparable que había dibujado; ella los había partido en dos, pero no había tiempo para auto compasión en este momento. No había forma de cambiar el pasado. "¿Cómo estuvo la ópera ayer?" preguntó ella.

"Oh..." Ingrid se encogió de hombros. Joanna se dio cuenta de que su hija se veía desesperada, y terriblemente infeliz respecto a algo. Ella deseó haber sabido como consolarla, pero Joanna no era esa clase de madre ni Ingrid esa clase de hija. Su padre era el que era bueno con esas cosas. Conversar, escuchar, darles apoyo emocional: era a su padre a quien ellas recurrían cuando les rompían sus pequeños corazones o cuando tenían buenas noticias para compartir.

"Bueno... que tengas buen viaje, a donde sea que estés yendo," murmuró Ingrid.

"Cuídate, querida," dijo Joanna, dándole a su hija un abrazo. "Cuida de Tyler, ¿puedes?" Ella no podía soportar decirle adiós al niño, así que decidió actuar como una cobarde y escabullirse en medio de la noche, ya que le resultaba muy doloroso tener una larga y prolongada despedida. Pero no importaba; con suerte volvería pronto. Ella solamente dejaría el pueblo y todo el mundo estaría a salvo.

La familia de Dan Jerrods era dueña del único servicio de taxis de la ciudad, y él la estaba esperando enfrente de la casa con el coche, un viejo Buick con asientos de cubo que olía como una tienda de cigarrillos. Ella se sentó en el asiento delantero y puso su maleta maltrecha en su regazo y la jaula de Gilly en el suelo. "¿A dónde la llevo, señora Beauchamp?" preguntó él.

"A la estación de trenes, Dan, y por favor, date prisa."

"No hay problema"

"¿Cómo están las cosas?", preguntó ella. A ella le caía bien Dan, uno de los decentes jóvenes del pueblo que siempre estaba dispuesto a echarle una mano con las ventanas de su casa en todas las tormentas de invierno. Dan agarró el volante con fuerza hasta que sus nudillos se pusieron casi blancos. "En estos momentos no muy bien, señora Joanna. ¡Amanda está en el hospital!", dijo él. "Siento mucho molestarla con esto. Estoy muy preocupado por ella."

"No te preocupes. Lamento escuchar eso - ¿qué ha pasado? ¿Hay algo que yo pueda hacer para ayudar?"

"Es una especie de virus que no pudo expulsar," dijo él. "Los doctores dijeron que han visto este tipo de cosas antes: es algo que ha estado rondando por ahí, y ella podría mejorar pronto, pero en este momento se encuentra con un respirador."

"Iré a verla cuando regrese," prometió Joanna, dándole al brazo de Dan un apretón como muestra de simpatía. "Ella está en buenas manos, Dan. Los doctores no le fallarán."

North Hampton no tenía una parada en el Ferrocarril de Long Island, así que condujeron hasta la parada más cercana en Montauk. La estación estaba desierta ya que era casi la medianoche, Joanna tuvo que convencer a Dan de que estaría bien esperando en la plataforma por sí sola.

Finalmente, el expreso de Nueva York arribó. Ella lo abordó en su camino de regreso a la ciudad, donde se cambió al Metro-North para llegar a New Haven. Ella esperó a que toda la multitud se desembarcara, y notó a una joven pareja muy atractiva entre ellos. Estaban discutiendo. La chica estaba molesta y el chico trataba de calmarla. Pero no, ella estaba equivocada, Joanna se dio cuenta, por su conversación, de que no eran pareja, pensó, sólo amigos.

"Esto es una pérdida de tiempo," dijo la chica. "Mejor deberíamos volver al Cairo. Dudo

que siquiera encontremos ese pueblo - hay una especie de hechizo de protección alrededor de él."

"Tú misma dijiste que ellos, Los Antiguos, podrían saber algo que te sea de ayuda. Además, ya lo hemos intentado una vez y fallamos; no hay nada que podamos hacer en Egipto si no conseguimos esta información. Además, tengo la sensación de que tendremos suerte - las cosas nunca están tan perdidas como parecen," dijo el muchacho.

"¿Y tú qué estás viendo?", dijo la chica de repente, dirigiéndose a Joanna.

Joanna retrocedió - hasta ahora no se había dado cuenta de que había algo raro en esa chica. Ella no había estado en presencia de Los Caídos desde hacía un largo tiempo.

La chica la miró con desprecio, como si supiera que la vieja bruja sabía lo que era, y le mostró los colmillos.

Mocosa arrogante. Joanna frunció el ceño. De todas las cosas que eran un insulto de la restricción bajo la que ella vivía, era el hecho de que a los caídos se les permitió usar sus habilidades sobrenaturales, y eso dolía bastante. Ella se preguntaba qué era lo que había traído a la chica vampiro y a su compañero humano a North Hampton, porque por supuesto ese era el pueblo que estaban buscando. No parecía que estuvieran aquí para celebrar el fin de semana del cuatro de julio. La chica estaba equivocada: no era un hechizo de protección; esos eran demasiado fáciles de deshacer. En cambio, cuando se establecieron en North Hampton hace tantos años, ellas decidieron construir en uno de los pocos lugares desorientados que resultaron del colapso del puente. North Hampton se encuentra en un lugar del universo que no estaba ni aquí ni allá, exactamente, sólo un poco fuera del tiempo, era por eso que se encontraba tan cerca de la costura.

La chica siguió mirando a Joanna hasta que el chico la tomó por el brazo y la sacó a la calle. "¡Mimi, vamos!," dijo el chico. "Disculpe a mi amiga, no se siente muy bien," se disculpó él, y se alejaron.

Joanna suspiró y subió los escalones para subir al tren. Ella quería volar, pero tenía que tener más cuidado esta vez. No sería muy bueno tener otro avistamiento OVNI en la zona. Ella encontró un asiento en la parte de atrás, y guardó su maleta en el compartimiento de arriba. No había más nadie en el vagón, y se alegró de poder extenderse sobre varios asientos para estar más cómoda. Se preparó para un largo viaje en la oscuridad.

Después de siglos separados, Joanna Beauchamp iba a ver a su marido.

Desaparecida

El lunes después de las celebraciones del cuatro de julio fue como despertar de una resaca de tres días. Freya abrió el bar por la tarde, un poco asustada de ver como encontraría el lugar. Giró la llave en la cerradura y abrió la puerta, inhaló el dulce aroma familiar del bar: sudor y cigarrillo, y alcohol derramado. La noche del viernes fue una de las noches más salvajes que el North Inn había experimentado, tanto, que todos los presentes no hablaron de otra cosa que no fuera lo que pasó esa velada por los siguientes días y veranos: como el aire se sentía tan caliente como el fuego; como la música se filtraba directo en sus almas, y extremidades; como las bebidas eran deliciosas y adictivas; como todo el mundo parecía un poco fuera de control. La fiesta continuó de seguido el sábado y el domingo, sin descanso ni tregua; ella había mantenido el bar abierto todo el fin de semana, con la música haciéndose más alta con el pasar de los días, la multitud cada vez más ruidosa, tornándose desagradable. Había sido un carnaval, un circo, un carnaval y un circo, todo en uno.

Ella estaba emocional y físicamente exhausta, no sólo por la juerga y el trabajo, sino por pasar los tres días enteros en compañía de Killian Gardiner, ninguno de los dos descansó para comer o dormir, ni siquiera para tomar una siesta en la parte de atrás mientras el otro atendía a los clientes. No importaba que ellos dos estuvieran próximos a ser familia, que ella fuera a ser la esposa de su hermano, y que la boda se acercaba - nada de eso importaba, ahora sólo había deseo y calentura. Como si no hubiera un mañana. Sólo estaba Killian, y Freya era vulnerable a cada uno de sus deseos y comandos.

Él incluso se ofreció a ayudarla a limpiar el bar el lunes por la mañana, pero lo rechazó. Ella necesitaba un par de días para sí misma. Durante su camino al North Inn ella llamó a Bran, pero él no atendió su celular. Ella siguió marcando sólo para escuchar su contestador, queriendo escuchar su voz para que la trajera de vuelta a la tierra.

Ya no sabía lo que sentía. Ella sentía como si estuviera siendo jalada en dos direcciones, y si una vez estuvo segura de su amor por Bran, ahora estaba igualmente segura de que no podría vivir sin Killian. ¿Pero cuál era la novedad? Freya siempre había sido el tipo de chica a la que se llevaban a la cama a la menor invitación; en el pasado tuvo muchos amantes de ambos sexos, y siempre se encontraba en pleno proceso de enamoramiento. Pero el sexo era diferente, el sexo era fácil - una liberación física, un juego, un poco de diversión - un "revolcón", como dicen los británicos. No significaba nada. El amor ya era otra cosa, y era difícil. Ella no estaba preparada para sentirse de esta forma por dos hombres y no quería pensar en lo que eso significaba. Ella había estado tan segura respecto a sus sentimientos por Bran, pero ahora estaba Killian, quien se había convertido en alguien muy preciado para ella en poco tiempo.

Por fortuna, el bar no estaba tan destrozado. Freya empezó a recoger todos los sostenes del piso y los colocó en la caja de objetos perdidos. Sal había propuesto pegarlos todos en la pared como trofeos, pero Freya pensó que era de mal gusto y se lo hizo saber. Ella

barrió la parte de atrás de la barra, que era donde había más suciedad, encendió el lavavajillas, sacó la basura, y barrió todos los vidrios rotos, así que aparte de tener que arreglar una que otra silla, no tenía mucho que hacer, lo cual se agradecía. Ella comenzó a preparar los cócteles: cortó la menta, exprimió los limones y limas, preparó el agua azucarada, y colocó el vodka en el congelador. No importaba que fuera lunes, era seguro que el North Inn atraería una multitud.

Freya estaba agradecida de poder tener algo que hacer con sus manos; eso la mantenía ocupada y a Killian alejado de su mente. Él ya la había llamado varias veces a su celular, pero ella se negó a responder. Ella lo había dejado en su cama esa mañana, se deslizó bajo las sabanas y ni siquiera dejó una nota de explicación. Todo un cliché, la mañana después de la huida de la vergüenza.

"No hemos abierto todavía, lo siento," dijo Freya, al escuchar la puerta abrirse y golpear la campana cuando entró una clienta.

Una mujer de negro entró al bar. Era alta y llamativa, con su cabello rubio hecho una cola de caballo bien apretada. Tenía una cara sin edad y serena. "¿Eres Freya Beauchamp?".

"Sí, soy yo, ¿quién lo pregunta?", preguntó ella.

"Me dijeron que aquí encontraría a Killian Gardiner," dijo la mujer, sin responder a la pregunta, lo cual Freya encontró de mala educación.

"En este momento no está aquí," dijo Freya, y siguió limpiando la barra.

"¿Sabes dónde puedo encontrarlo?"

Freya vaciló, preguntándose si debía ser honesta, pero no había ningún motivo para no serlo. "Probablemente está en su barco. Está atracado en la isla Gardiner, en el extremo izquierdo de la casa. No puedes perderte."

"Gracias."

Freya recordó lo que le dijo Bran de la vida itinerante de Killian y como Ingrid se enteró del rastro de corazones rotos que dejó detrás. Sin embargo, esa desconocida no se veía como una ex novia agraviada; en cambio, tenía un ligero aire formal, como el de aquellos involucrados con la aplicación de la ley. ¿Estaba Killian metido en algún tipo de problema? Él no parecía estar ocultando algo. Cuando ella le preguntó sobre los rumores que rodeaban su pasado, él rió y le dijo que a la gente le gustaba contar historias, y que ninguna de ellas era cierta.

Unos cuantos minutos más tarde, la puerta se abrió de nuevo y entró una joven. "Está cerrado, lo siento. Regresa en una hora más o menos," dijo Freya, levantando la vista de su tabla de cortar.

"No quiero un trago," dijo la chica con el ceño fruncido.

"Muy bien, ya que no hemos abierto todavía." Freya sonrió. Ella la miró y tomó notas de

la historia sexual de la chica, ya que pasó ante de sus ojos: una virgen de veintidós años de edad. Unos cuantos besos inocentes y varios amores no correspondidos; le recordó un poco a Freya la limitada experiencia de su hermana en esa área.

"Estoy buscando a mi compañera de cuarto."

Freya miró con duda alrededor del bar vacío. "¿Y la estás buscando aquí?"

"Ella dijo que iba a estar aquí. El viernes por la noche," dijo la chica obstinadamente.

"Eso fue hace tres días."

"Sí. Lo sé." La chica suspiró. "Lo que quiero decir es que está desaparecida. Por cierto, soy Pam."

Pam le mostró una foto de la chica con el cabello castaño y grandes gafas. Era la pequeña de aquella noche, la misma que había tomado la poción *Irresistible* el viernes. Freya entrecerró los ojos y vio la imagen. "La recuerdo. Molly, ¿verdad?".

"Sí. Ella nunca regresó a casa el cuatro de julio. Ella es una adulta, por lo que la policía me dijo que tendría que esperar cuarenta y ocho horas antes de que ellos pudieran presentar un reporte. Ellos piensan que pasó la noche con algún chico. Pero te juro que eso no es así. Estoy muy preocupada. Ella nunca había hecho algo como esto antes."

Freya frunció el ceño, pero la experiencia le dijo que Pam sólo estaba saltando a conclusiones. Con esa poción, Molly definitivamente tuvo suerte la noche del viernes. Probablemente estaba teniendo un Bruch con su nuevo amor en este momento. Freya pensó en como ella misma había pasado ese fin de semana - bebidas, trabajo, y Killian. Los tres días pasaron tan rápido, y nadie sabía dónde había estado; no fue como si ella les hubiera dejado a Ingrid o a Joanna un mensaje (tampoco es como si fueran a entrar en pánico, ya que Freya siempre iba y venía a su antojo).

"Ella por lo general me llama para hacerme saber dónde está," dijo Pam, obstinadamente. "Estoy preocupada por ella."

Freya recordó a Molly esa noche, bailando sobre una mesa, cantando a todo pulmón la letra de "You Shook Me All Night Long", aplastando sus gafas con los pies, su cabello salvaje y suelto, meneando su cuerpo al ritmo de la música, mientras que un grupo de chicos universitarios, con las mejillas rojas y alegres, gritaban entre ellos, apreciando. Molly se veía como si estuviera teniendo el mejor momento de su vida. Más tarde, Freya vio a Molly besándose con uno de los chicos en la parte de atrás, los dos frotándose el uno con el otro con tanta fuerza que era difícil saber dónde acababa uno y empezaba el otro.

No había nada de qué preocuparse. Pam no podría entenderlo ya que ella nunca lo había experimentado: cómo el tiempo se acelera y ralentiza en los brazos de tu amante, como la vida diaria se desvanece y de repente todo gira en torno a estar con esa persona el mayor tiempo posible. El tiempo no existe en cuanto al amor y la lujuria concierne. Aun así, siempre es mejor tener cuidado.

Freya tomó la fotografía. "Preguntaré por ahí. Veré si alguien conoce a alguno de esos chicos con los que ella estuvo esa noche. Pero estoy segura de que Molly está bien. Probablemente aparecerá esta tarde."

Ángel de la Muerte

Cuando Ingrid llegó a su trabajo el lunes por la mañana, encontró en las bolsas de correo interno un memorando de la oficina del alcalde que le informaba qué debido a fondos limitados, el ayuntamiento había tenido que recortar el presupuesto de la biblioteca una vez más, lo que significaba que debían recortar más horas de la programación. El alcalde había incluido una nota personal pidiéndole su apoyo con el plan de vender la biblioteca durante la reunión del consejo al final del verano. Su petulancia y condescendencia eran exasperantes. Ella hizo de la nota una bola y la tiró al otro lado de la habitación.

Era una horrible forma de empezar el que ya era un horrible día; lo único que lo salvaba era el hecho de que Caitlin se reportó enferma, por lo que al menos no tendría que escuchar todos los insoportables detalles de su noche de amor con Matt. Aunque ella no tuviera el don de Freya para afectar su entorno, sus compañeros de trabajo la entendían lo suficiente como para mantenerse alejados de ella ese día. Ella tampoco estaba de humor para realizar sus deberes brujescos, y le dijo a Hudson que les dijera a todos que vinieran el día siguiente.

Ingrid decidió usar el deshumidificador y estudiar las impresiones de los Gardiner para luego comunicarse con su fuente, a quien le había enviado los escáneres de cada página para que los revisara. Ella examinó todo el conjunto y encontró docenas de esas claves; estaban por todas partes en el plano y sus significados eran todavía un misterio. Sólo para estar segura, ella consultó a uno de los arquitectos que frecuentaban la biblioteca para asegurarse de que no era una clave con diseños que habían usado en el pasado. Él le aseguró que nunca había visto algo como esto antes.

Ella enrolló el trozo de papel y lo puso a un lado por el momento. De la oficina de adelante, escuchó una clara, y fría voz femenina decir: "Lo siento, pero insisto en que me vea."

Minutos más tarde, cuando Hudson entró en la oficina, su rostro se veía ausente, con los ojos vidriosos. "Vas a tener que atenderla", dijo él con una voz plana. Él salió de la habitación y una hermosa chica rubia entró, caminando con una confianza y un porte que puso a Ingrid inmediatamente a la defensiva.

Su visitante tenía alrededor de unos dieciocho años, de ojos verdes y largo cabello rubio platino grueso que caía por su espalda. Olía a poder y parecía caprichosa, con un aire de riqueza que rodeaba a los que estaban acostumbrados a los privilegios más lujosos. Ingrid se dio cuenta de inmediato de que había algo más en esta chica. Ella era uno de los Caídos. Una Sangre Azul, un vampiro inmortal, uno de los niños perdidos del Todopoderoso.

"Tú no eres de por aquí," dijo Ingrid bruscamente. "Y no me gusta que jueguen con mis amigos como si fueran juguetes. Puede que a tu gente se le haya concedido la excepción de usar su rama de la hechicería, pero no lo permitiré en mi biblioteca, especialmente si

buscas ayuda con tu causa. Es inútil, si me lo preguntas."

"Relájate, Erda, no estoy aquí por redención," dijo la chica, tomando asiento frente a su escritorio y mirando con desprecio los andrajosos alrededores.

"Bien, porque ciertamente eso está fuera de nuestra jurisdicción." Ingrid frunció el ceño, furiosa por haber sido llamada por su verdadero nombre inmortal. Las Beauchamp difícilmente usaban sus nombres reales ahora; ya habían pasado de moda y llamarían demasiado la atención, algo que el Consejo les había advertido no hicieran. Por supuesto, la terca de Freya mantuvo su nombre todos estos largos años, ya que era igual de lindo que todo lo demás acerca de su hermana.

"Así que... ¿qué puedo hacer por ti, Madeleine Force?". Ingrid se negó a hacer lo mismo con la niña llamándola por su nombre vampiro dado en su pasado celestial. Ellas estaban en North Hampton ahora, en pleno siglo XXI. Nada de eso importaba ya.

La chica se acomodó en la silla y cruzó sus piernas bronceadas. "Tú sabes quién soy." Miró a su alrededor con una actitud petulante. "Interesante elección de ambiente, la axila de los Hamptons. Pero esto no es realmente los Hamptons, ¿verdad? Inteligente uso de un espacio desorientador. Por suerte tengo un amigo que de alguna forma puede olfatearlos. Nos costó algo de tiempo, pero al fin encontramos esta triste escusa de pueblo. Ese vulgar bar de nuestro hotel fue todo un espectáculo la noche del viernes. Deberías decirle a tu hermana que se relaje un poco. A mí no me importa que me derramen algo una vez, pero tres veces en una noche es demasiado, incluso para mi tintorería."

Ingrid se erizó. "¿Qué es lo que quieres, Mimi? Así es como te llaman estos días, ¿cierto? Yo leo los tabloides."

"Quiero lo mismo que le estás ofreciendo a esas legiones de indignos. Ayuda." Mimi perdió la calma y su fachada por un momento, su rostro se tornó serio, mientras tiraba el dobladillo de su falda sobre su rodilla.

"¿Qué te hace pensar que yo te ayudaría? El acuerdo entre nuestra especie no cubre ese tipo de cosas, y tú lo sabes. Además, estoy limitada por nuestra restricción, si es que conoces la historia." Ingrid se erizó.

"Oh, yo no necesito tu tonta magia. Incluso Oliver tuvo que convencerme de conocerte. Al parecer él conoció a tu hermana antes. No es como si ella lo hubiera recordado anoche, triste tonto. Estaba tan decepcionado." Ella se inclinó sobre el escritorio y tamborileó con sus uñas bien cuidadas en expectación.

Ingrid tuvo el deseo de aplastar su mano. "Entonces, si no necesitas mi magia, ¿por qué estás aquí?"

"Necesito sacar un alma del Inframundo. Está atrapada más allá del séptimo círculo por unas reglas. Ya lo intenté una vez antes y fracasé. No dejaré que eso pase otra vez."

"Conoces las reglas. Una vez que el alma se ha unido a Helda más allá del séptimo círculo,

es suya para siempre." Ingrid inhaló. "Estás perdiendo tu tiempo, es imposible. Esas son las leyes del universo."

"Pero debe haber alguna manera. Un trueque, un intercambio, algo," dijo Mimi, la desesperación se arrastraba en su voz. "Pensé que tu sabrías algo. Ustedes han estado alrededor por mucho más tiempo."

La bruja suspiró. Los Caídos y sus problemas no le concernían. Pero Ingrid sabía qué si no se deshacía de la molesta vampira, era muy probable que ella usara sus poderes en el Glom para causar disturbios y caos en el pueblo, si es que ya no lo había hecho. Ingrid tenía un personal del cual preocuparse, por no mencionar el resto de la comunidad. Claro que los Ángeles Caídos fueron expulsados del paraíso, pero prácticamente se les concedió el mundo medio; ellos se quedaron con todo el espectáculo aquí abajo, mientras que la gente de Ingrid fue desterrada a la periferia. Mimi Force no tendría ningún problema en jugar con el Mundo de los Muertos.

"Por favor, Erda. Te lo suplico," dijo Mimi, con lágrimas brotando repentinamente de sus ojos. "Lo amo. No puedo perder a Kingsley. Si tienes algo que puedas decirme, cualquier cosa que pueda ayudarme... te estaré en deuda para siempre."

Ingrid suspiró. "Está bien. Hay una forma de recuperar un alma más allá de las reglas. La Enmienda de Orfeo. ¿Lo sabías?"

"Creía que era sólo un mito," Mimi mofó.

"Cariño, tú eres un mito mismo," Ingrid espetó. "Helda hizo una excepción una vez, y desde entonces la Enmienda de Orfeo se mantuvo. Se aplican las mismas reglas. Una mirada atrás y se acabó."

"¿Eso es todo?"

"Eso es todo"

"Tomaré ese riesgo," dijo Mimi. Se levantó de la silla y estrechó la mano de Ingrid. "Gracias."

"Ah, y una cosa más que olvidé decirte. La Enmienda de Orfeo exige un sacrificio como pago por la liberación de un alma," dijo Ingrid.

"Un alma por un alma," Mimi asintió. "No te preocupes, ya sabía esa parte. Yo nunca descendería al Infierno sin estar preparada."

Ingrid esperaba no haber cometido un error al ayudar a la joven vampira. Los Caídos pueden ser enemigos peligrosos, y ella estaba aliviada de verla irse. Al final, Mimi quería de Ingrid lo mismo que los humanos deseaban: una solución a una situación imposible. Ingrid sólo podía apuntar en la dirección correcta. El resto dependía de ellos.

El Dedo Señalador

Aparte de la reciente muerte de la mujer de sociedad y el ataque a Bill Thatcher, no había otros asesinatos registrados en North Hampton desde su asentamiento. Freya nunca veía el noticiero a menos que alguien tuviera la televisión prendida en el canal de noticias, ni leía los periódicos, por lo que ella no supo que Molly Lancaster era oficialmente una persona desaparecida hasta que Sal le mencionó la semana siguiente que los chicos que estaban con Molly esa noche, fueron llevados a interrogación por el fiscal de distrito.

"Espera - ¿Me estás diciendo que ellos piensan que esos chicos tienen algo que ver con la desaparición de Molly?"

"¿Dónde has estado toda esta semana?, Sal burló, pasándole el periódico. Él ya estaba mejor después de su batalla contra lo que resultó ser sólo una gripe, pero sus mejillas todavía estaban rojas y tenía los ojos aguados. También parecía haber perdido una parte de su buen humor. Cuando regresó a trabajar estaba de mal humor y fácilmente irritable.

Freya no respondió y siguió mezclando la uña de caballo y la aquilegia para un nuevo brebaje. Bran estaba todavía lejos; ellos fueron capaces de hablar el uno con el otro brevemente la otra noche, pero la señal era mala y lo único que ella escuchó fueron gorjeos y silbidos del alambre. Él se sentía cada vez más lejos todos los días. Ella se había esforzado por evitar ver a Killian de nuevo, aunque él aparecía en sus sueños todas las noches. Si tan sólo ella pudiera ver a Bran de nuevo, pero él no volvería hasta dentro de un par de semanas más.

Ella leyó el titular: Derek Adam, Miles Ashleigh, Jock Pemberto, y Hollis Arthur fueron llevados para ser interrogados. Los testigos que estaban en el North Inn la noche antes del cuatro de julio, le dijeron a la policía que Molly había estado actuando un poco fuera de lugar esa noche, bailando salvajemente y "coqueteando con cada chico del lugar." Ella había dejado el bar con Derek en el auto de Jock, con Miles y Hollis en el asiento trasero. A través de su abogado, Derek declaró que él y Molly fueron a la playa a besarse, pero que él la dejó allí porque ella le dijo que se iba a encontrar con alguien más en ese lugar, una historia que nadie, incluido el reportero, que dio a entender que los chicos estaban mintiendo para salvarse el pellejo, iba a creer. Los chicos tenían edades entre diecinueve hasta veintitrés años, ricos jóvenes universitarios cuyas familias tenían profundas raíces en North Hampton. El investigador a cargo del caso, Matthew Noble, no hizo ningún comentario.

"Esos pobres muchachos," Freya murmuró.

"¿Pobres?" Sal resopló. "Están fritos. ¿Quién va a creer que ellos simplemente dejaron esa chica en esa playa? Por favor, tú sabes que ellos la mataron y ocultaron el cuerpo. Son culpables."

Freya levantó la vista. Ella no se dio cuenta de que había hablado en voz alta y se preguntó por qué sentía simpatía por los sospechosos. Entonces lo notó: ella les creyó. Molly había

tomado la poción *Irresistible*, un brebaje que nunca podría provocar ningún daño o violencia a su tomador. Freya se había encargado de eso cuando la hizo; fue construida con un poderoso hechizo de protección para asegurarse de que este tipo de cosas nunca ocurrieran. Lo que sea que haya pasado con Molly esa noche no tenía nada que ver con la poción de amor, lo que significa que no tenía nada que ver con los chicos que ella conoció en el bar.

Ella estaba segura de que los chicos decían la verdad, ellos no habían matado a Molly. ¿Pero cómo iba a probarlo?

Ella trató de recordar lo que había visto en el bar esa noche, cualquier señal de sufrimiento o intención, pero ella no era Ingrid, una vidente, alguien que podía mirar el futuro de una persona o su línea de vida. Si Ingrid hubiera estado allí, quizás habría visto que tipo de oscuridad estaba a punto de alcanzar a Molly. Pero, ¿quién sabía siquiera si Molly estaba en peligro? Ella era una adulta; ¿y si simplemente decidió escapar por su propia cuenta? Era posible. ¿Podría todo el mundo simplemente estar saltando a conclusiones?

"Creo que será mejor poner todo esto lejos, por ahora," dijo Sal, recogiendo los menús de pociones laminados. Él leyó el periódico por encima de su hombro y señaló la oración condenatoria en el medio del párrafo, y leyó en voz alta. "'Las chicas dijeron que debió haber algo en la bebida de Molly que la hizo tan salvaje. Alguna especie de poción loca.' ¿Oíste eso, Freya? Están diciendo que algún cóctel loco del North Inn hizo que ella actuara como una zorra. De seguro vendrán a por nosotros."

"No, no lo harán," Freya negó con la cabeza, horrorizada. ¿Cómo podía alguien creer eso? Además, ¿Cómo puede alguien pensar que un cóctel podría causar su desaparición? Era ridículo. ¿Cierto? Ella trató de recordar lo que sucedió esa noche - pudo ver cada momento claramente, vio a Killian entrar en el bar, acurrucarse junto a ella un poco de más en la parte de atrás del mostrador; se vio a sí misma hacer la poción, con Killian a su lado. ¿Sería posible que ella haya puesto demasiada raíz de vetiver? Y si lo hizo, ¿qué? No era una hierba nociva; sólo estaba allí para hacer más deseable a su tomador. Parecía casi improbable que pudiera causar algún daño. Por supuesto, la magia era impredecible, y aún estaba la posibilidad de que algo hubiera salido mal. Pero ella no había visto nada en los espíritus de esos chicos esa noche, excepto por el entusiasmo estridente causado por las delicias de la noche y la emoción colegial habitual provocada por la presencia de chicas guapas. Si uno de ellos era un asesino ella lo habría visto. Ella siempre lo hacía. Excepto por lo de Bill Thatcher. Nadie había resuelto ese asesinato en particular todavía, y la policía parecía seguir tan despistada como cuando ocurrió. Tampoco había esperanzas para su esposa. La familia de Maura ya estaba hablando de desenchufarla.

Muy bien. Ella tenía que esforzarse más para recordar. ¿Quién más había estado en el Bar la noche del viernes? Todo era borroso; había una bruma sobre su memoria, tal vez un efecto secundario de la culpa que sentía por engañar a Bran. Se sentía enferma, como si no fuera ella misma. Ella debió haber prestado más atención. Tal vez si no hubiera estado

tan ocupada besándose con Killian todo el fin de semana, se habría dado cuenta de algo. Ahora Molly estaba desaparecida y los chicos con los que había estado bromeando y coqueteando estaban ahora bajo sospecha.

"Ya verás. Debemos mantener la cabeza baja. Sólo es cuestión de tiempo."

Freya sintió una oscuridad asentarse en la habitación. "¿Crees que mi cóctel la mató, Sal?"

"Por supuesto que no," Sal suspiró. "No sé lo que pones en esas bebidas, pero son potentes. Mucha gente ha estado hablando de eso, sobre todo de lo bien que los hacen sentirse, de cómo conocieron al amor de sus vidas en nuestro pequeño bar. Pero creo que las personas van a querer una respuesta. Y esos son chicos ricos. Sus padres van a encontrar cada chivo expiatorio que puedan. Ten cuidado, quizás quieras tomarte un par de días de descanso."

Las Vueltas del Gusano

Una semana después de que Freya fue obligada a tomar un descanso no deseado, Ingrid contempló la idea de renunciar a su trabajo. Pero sin él, ¿qué le quedaría? Para Ingrid, si el trabajo era insoportable no había ninguna razón para seguir viviendo. Ella ya no tenía una vida familiar tampoco, y echaba mucho de menos la compañía chispeante de su hermana. Antes de que Freya conociera a Bran, Ingrid podía contar con su hermana para ir al cine por las noches o tener una ocasional cena o dos. Pero desde su compromiso, Freya difícilmente llegaba a la casa, incluso cuando Bran estaba lejos del pueblo o en algún viaje. A Ingrid le extrañaba eso; ella pensó que Freya lo extrañaría más, pero ella tenía las mismas mejillas rojas, expresión soñadora, y seguía llegando tarde todas las noches, estuviera él en el pueblo o no. Tal vez estaban teniendo un montón de... ¿cómo era qué lo llamaban? ¿Sexo telefónico? Ingrid se estremeció. Últimamente, Freya siempre parecía estar de mal humor o agitada, sin embargo, quizás la separación ya estaba empezando a pasar factura.

En cuanto a Joanna, Ingrid no podía siquiera adivinar a donde había ido. Su madre estaba en algún lugar en el que al parecer su servicio de telefonía celular no cogía la señal, ya que todas sus llamadas se iban directamente a buzón de voz. Ingrid siempre podría usar la capa inferior para encontrar su ubicación, o tal vez enviar a Oscar a buscarla, pero Ingrid tenía la sensación de que su madre quería tener privacidad.

Ingrid nunca se sentía sola, no cuando ella tenía tantos libros para leer y tan buenos amigos en la biblioteca y un trabajo al que ansiaba llegar todas las mañanas por los últimos siete años. Ella sabía que su madre creía que estaba desperdiciando su tiempo, sus habilidades, su inteligencia, su todo, trabajando en ese cuchitril, y Freya pensaba que todo eso era increíblemente aburrido. Pero para Ingrid, su biblioteca era su hogar; sin embargo, desde hace un par de semanas había estado yendo a trabajar con un peso en su corazón, y se preguntaba si tal vez su madre y su hermana tenían razón. Si tal vez ya era hora de renunciar. Practicar magia de nuevo le había regresado la emoción y dado un propósito a su vida, pero ella no tenía que hacerlo en la biblioteca. Ella podría abrir su propia clínica, con una oficina adecuada, un calendario, y una recepcionista. Había tantas cosas que ella podía hacer con su magia más allá de curar pesadillas y ayudar a mujeres a concebir.

Cambiando de tema, desde el cuatro de julio, Ingrid notó que había menos de esa oscuridad gris en los espíritus de la gente. Tal vez se estaba disipando del pueblo; incluso ese raro lodo tóxico en medio del océano había dejado de moverse y parecía como si estuviera empezando a reducirse. Aunque los últimos informes de prensa dijeron que una masa similar reapareció recientemente cerca de las costas de Alaska.

Ella estacionó su bicicleta y la encadenó a su puesto habitual. La bicicleta de Hudson ya estaba en su lugar. La puerta estaba abierta, las luces estaban encendidas, y todo estaba reluciente y ordenado. "Buenos días," dijo ella, tratando de verse alegre mientras

caminaba hacia su escritorio.

"Buenos días." Hudson bostezó.

"Hola, Ingrid." Tabitha Sonrió. Ella apenas estaba en su segundo mes de embarazo y estaba disfrutando cada minuto de ellos, a pesar de las náuseas mañaneras y la incapacidad de comer otra cosa que no fueran té y galletas y seguir viéndose hinchada.

Por parte de Caitlin no hubo más que un silencio sepulcral. Ingrid no le dio importancia, ya que a ella no le interesaba mucho saber cuál era el último drama de esa novela romántica en particular. Durante toda la semana pasada, Ingrid tuvo que soportar el parloteo de Caitlin acerca de cómo ella y Matt se iban a ir lejos a un fin de semana romántico al final de ese mes, a un desayuno en la cama en el Viñedo de Martha. Caitlin les dio a Hudson y a Tabitha todos los detalles de su ajuar - lencería, champán. Hudson se divertía modelando los cubre pezones, mientras que Tabitha le dio unas muy serias indicaciones sobre la importancia del lubricante y otros pertrechos eróticos, incluyendo una descripción demasiado detallada de varias esposas, aros de metal, y dispositivos electrónicos. Fue justo en ese momento que Ingrid comenzó a cuestionarse su compromiso con el trabajo. Ya sea que tuviera que despedir a Caitlin o renunciar ella misma. Pero ella ya no podía soportar otro día viendo a toda la oficina ofreciéndole condones antes de enviarla a un nirvana romántico.

Cuando Caitlin salió de la habitación, Ingrid le envió un mensaje a Hudson.

"¿Qué le pasa?"

Él volteó, con una sonrisa malévola en su rostro, y le hizo un gesto a Tabitha para que cerrara la puerta. "¿No te has enterado?" él susurró.

"¿Enterarme de qué?" Preguntó Ingrid.

"¡El fin de semana romántico en el Viñedo de Martha se ha cancelado!"

"¿Perdón?"

"Te fuiste demasiado temprano ayer."

"Obviamente."

Tabitha miró por encima de su hombro y la puso al tanto. "Matt vino ayer por la tarde, como de costumbre. Yo los vi peleando afuera. Después él se marchó sin ella. Yo le pregunté qué pasó y me dijo que se acabó. Él había cancelado todo el fin de semana porque tenía que trabajar en ese caso de la chica desaparecida, ya sabes, Molly Lancaster. Él le dijo que de todos modos no estaba funcionando. Él no sentía nada por ella. Que lo sentía."

"¡Oh, mi Dios!" Dijo Ingrid.

"Lo sé!"

"Pobre Caitlin," Dijo Ingrid, sintiendo un poco de pena por la chica. Sólo un poco. Ella sabía lo difícil que era cuando alguien que a ti te gustaba dejaba de sentir lo mismo por ti.

"De todos modos, Caitlin piensa que él es un mentiroso. Que hay alguien más. ¿Te acuerdas de que la noche del concierto se suponía que iba a ser su noche de suerte? Bueno, él le dijo que quería esperar hasta que fuera especial. Fue entonces que le pidió que fuera con él al viñedo, pero ahora eso también se acabó," dijo Tabitha.

"Así qué... ¿ellos no han...?" Ingrid se inclinó hacia delante.

"¡No!" Hudson interrumpió, viéndose decepcionado. "Parece que el único que está teniendo suerte por aquí soy yo, ya que Tab tiene miedo de 'lastimar al bebé'. Pero ahora mi Scott me está castigando desde que le dije que no se veía bien con pantalones capri."

"Si me lo preguntan, yo creo que ellos eran una pareja extraña, de todos modos," dijo Tabitha, frotando su vientre, el cual mostraba ya un pequeño bulto.

"¡Cállense que ahí viene!" Advirtió Hudson. Ingrid fingió estar ocupada con un dibujo y los otros dos regresaron a sus computadoras.

De repente, el día parecía mucho más brillante. A las mujeres que venían a visitar a Ingrid en su hora de almuerzo se les entregó sus encantamientos y hechizos que no sólo solucionaban sus dolores y molestias, sino que también estaban rociados con una luminosidad, una alegría, un algo especial que había estado ausente en su magia antes. Sus encantamientos de bolsas de dinero olían a madreselva, sus hechizos parecían emitir un brillo dorado, e incluso sus nudos eran hermosos y perfectos, cada uno una obra de arte.

"Vaya, estás hecha todo un rayito de sol," bromeó Hudson. "Esta mañana te veías como si estuvieras lista para beber cicuta."

"¡Calla!" le dijo Ingrid. "No tengo idea de lo que estás hablando." Trató de mantener una cara seria mientras regresaba a su escritorio. La pantalla de su ordenador marcó la llegada de un mensaje instantáneo.

<<***Creo que ya sé lo que esos planos están mostrando y lo que las claves significan.***

"Pero primero necesito que hagas algo por mí."

"¿Puedes ingresar a Fair Haven? ¿Al interior de la casa?">>

Ingrid vaciló antes de escribir una respuesta. Después de pensarlo por unos minutos, ella escribió, sí.

Enferma del Corazón

North Hampton seguía conmocionado por la noticia de la desaparición de Molly Lancaster cuando la oficina del alcalde anunció que éste no se presentó a trabajar ese lunes y tampoco pudo ser localizado. Él salió de su casa a la media noche sin decirle una palabra a su esposa o a su personal. Después del desastre del terremoto submarino y la misteriosa ausencia de Molly, una sensación de malestar comenzó a crecer alrededor del pueblo; algunos comenzaron a susurrar que North Hampton estaba maldito, que ya no era el pequeño pueblo bucólico que una vez fue.

En casa, viendo la triste historia pasar por los canales de noticias, Freya apagó la televisión y se sentó a pensar por unos minutos. Pronto tenía que recoger a Tyler del preescolar. Se puso el abrigo y buscó sus llaves. Primero Molly Lancaster, ahora el alcalde Hutchinson. ¿Qué estaba pasando? Cosas como estas nunca antes sucedieron en North Hampton, a menos que cuente lo que pasó con los Thatcher. Freya trató de recordar la última vez que había visto al alcalde; él solía pasar por el bar de vez en cuando, pero no había ido en un par de semanas, probablemente debido a ese nudo de fidelidad que lo ataba a su hogar - no es como si Todd fuera del tipo que coqueteaba con cualquier chica del North Inn. Él estaba demasiado preocupado por su carrera como para hacer algo tan estúpido.

Freya estaba cansada de estar lloriqueando en la casa, y las noticias de la desaparición del alcalde la deprimían. Ella había olvidado que tan aburrida podía ser la vida sin el bar para atender, sin algo que hacer, sin gente que ver, sin bebidas que preparar. Al menos Ingrid parecía más animada después de lo que sea que estuviera causando su mal humor durante las últimas semanas, lo cual era bueno ya que Oscar podía ser bastante irritable cada vez que su ama se encontraba de mal humor, y a Freya no le hacía mucha gracia ser pellizcada por su pico simplemente porque Ingrid se había olvidado de comprarle su paquete de Cheetos. Al grifo le gustaban tanto que un día de estos su pico se iba volver naranja.

La casa estaba más vacía que de costumbre ya que Joanna aún no regresaba de su viaje. Su madre se había ido apurada justo después del puente festivo. Ingrid la vio irse, pero explicó que Joanna no le dijo a donde se dirigía, sólo que les permitía utilizar sus varitas de nuevo; aunque Freya no le había encontrado mucho uso a la suya. Sin embargo, era agradable tenerla de vuelta; ella había olvidado lo suave que se sentía, y cómo se sentía más poderosa cuando la tenía en su mano.

Se dirigió a la escuela, y caminó hacia la pequeña cabaña que albergaba la clase del preescolar. Tyler estaba jugando con unos bloques cuando ella llegó, al verla, la fulminó con la mirada. "¿Dónde está Lala?", preguntó él, con los brazos cruzados.

"Venga ya, Ty, sabes bien que ella aún no ha regresado." El niño sentía la ausencia de Joanna profundamente. El día anterior armó una rabieta cuando ella pasó a recogerlo.

"No quiero ir contigo. ¡Quiero a Lala!"

"Oh, cariño, vamos," dijo ella, tratando de no perder la paciencia con el niño. Ella estaba igual de frustrada y aburrida, pero no quería desquitarse con él. Caminaron hasta la puerta, y ella puso a Tyler en su asiento del coche, asegurando las correas firmemente alrededor de su pecho.

"¿Qué puedes hacer tú?", preguntó él con suspicacia.

"¿A qué te refieres?"

"Lala puede hacer que mis aviones vuelen. De verdad," dijo él con un tono acusatorio.

Freya sabía que Joanna le estaba mostrando su magia al niño, pero aun así, era chocante escuchar que lo mencionara tan despreocupadamente. Su madre no parecía tener ninguna limitación cuando se trataba de consentirlo. Freya recordaba muy bien su infancia, y no incluía una plétora de postres horneados ni innumerables animales de peluche que hablaban. La mayoría de lo que ella recordaba era a su madre quejándose de lo difícil que era criar niños.

Ella miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los estaba viendo. "Bien, yo puedo hacer esto," dijo ella, convirtiéndose en un gato negro. Después, en un abrir y cerrar de ojos, volvió a ser Freya de nuevo.

Tyler rió, y luego tosió. Una pequeña flema del tamaño de una moneda quedó en su mano, y Freya pudo notar que tenía un color verdoso. Cuando llegaron a la casa, ella le preguntó a Gracella si se había dado cuenta de que Tyler estaba tosiendo de nuevo. La ama de llaves asintió. "Los médicos le están dando una nueva tanda de antibióticos. Dijeron que debería aliviarse en una semana o dos."

"Él se ve bien, pero es esa extraña tos...", dijo Freya, sintiendo el primer susurro de miedo. Joanna no era la única de la familia que amaba al niño. "Él va a estar bien," le dijo a Gracella, y se preguntó a quién trataba de convencer más, si a la madre del niño o a sí misma.

Bran llamó más tarde ese mismo día. Se disculpó por no haberse puesto en contacto antes; él había estado viajando por varios lugares y los constantes cambios de zona horaria hacían difícil su comunicación. "¿Cómo está mi chica?"

"Extrañándote," dijo ella, sintiendo una opresión en el pecho. "¿Cuándo regresarás a casa? ¿Cuándo regresarás a mí?"

"Pronto, te lo prometo." ¿Dónde estaba él ahora? ¿En qué ciudad? ¿En qué país? Ya ella no podía seguirle la pista. Él simplemente estaba "lejos". Hubo un largo silencio al final de la línea y Freya empezó a preocuparse. "Bran, ¿estás ahí?".

"Sí, lo siento, tuve que devolver un texto. Madame quiere saber qué piensas acerca de los planes para la boda que te envió la otra semana," dijo Bran.

Freya apenas le había dado un segundo pensamiento a ese evento, y se sorprendió al darse cuenta de lo que estaba pasando; ella casi lo había olvidado. Por supuesto que ellos tendrían una ceremonia apropiada, un vestido blanco, quinientos invitados, un banquete, y una orquesta. "Dile que puede hacer lo que ella quiera. Las flores, la comida, los invitados. Mientras invite a mi familia, a Sal y a Kristy, puede hacer lo que desee."

"¿No te importa?" preguntó él. "Eso es nuevo. Para una novia, me refiero."

Ella iba a ser una novia. La palabra la golpeó como un cuchillo en el pecho y retorcido brutalmente. Por un momento ella no pudo hablar.

"Oye, cariño, ¿qué pasa? ¿Estás llorando?"

"No... " Ella negó con la cabeza a pesar de que él no la podía ver. "No. No es nada."

"Dímelo... puedes decirme lo que sea, lo sabes."

Ella negó con la cabeza y no dijo nada. Las lágrimas comenzaron a correr silenciosamente por su rostro.

"Sabes que te amo, sin importar nada," dijo Bran, con la voz tensa y nerviosa. "Pase lo que pase, yo siempre te amaré, Freya. Para siempre."

"Lo sé," susurró ella. "Yo también te amo."

Ella colgó el teléfono, con el corazón palpitando en su pecho. ¿Bran la seguiría amando de verdad si supiera lo que ella estaba haciendo? ¿Él la amaría como ella era? ¿Podría ella serle fiel? La monogamia no estaba en su naturaleza, y se preguntó por qué había aceptado esta boda, este matrimonio.

El teléfono sonó de nuevo y ella lo cogió, pensando que era Bran otra vez para reiterarla de su amor.

"Freya." La voz de Killian era ronca y baja. No habían hablado desde que estuvieron juntos ese fin de semana salvaje. "¿Hice algo mal? No devuelves mis llamadas. Te echo de menos." El oír su voz era como un bálsamo para su corazón roto. Tal vez ella estaba destinada a estar con Killian, pero nunca lo sabría a menos que hiciera algo al respecto. La cosa era, que ella también lo echaba mucho de menos.

Freya secó sus lágrimas. "Está bien. Iré para allá."

Ella estaba cansada de sentirse culpable. Bran estaba muy lejos. Ella sabía que él tenía trabajo que hacer, pero ella no podía resistirse. Tal vez las cosas sucedían por una razón. Tal vez su relación ya estaba rota, incluso antes de que Killian entrara en escena.

Debido a todo lo que había pasado este verano con Bran y Killian, ella sentía como si fuera parte de una historia más grande, y el lado curioso e imprudente de Freya- el que bebía demasiado, jugaba con fósforos y rompía un millón de corazones antes del desayuno- quería ver cómo iba a resultar todo esto al final.

La Puerta Escondida

Ingrid miró alrededor del vacío salón de baile en Fair Haven y sacudió sus patas. Volar siempre le daba calambres, en especial cuando tomaba la forma de Oscar. Al igual que Freya con Siegfried y Joanna con Gilly, Oscar era una parte de ella, y por eso podía tomar su forma a voluntad. Ella no lo hacía muy a menudo, sólo en ocasiones que lo requerían. Durante la fiesta de compromiso de Freya, se dio cuenta de que las ventanas superiores del salón de baile siempre permanecían abiertas. Ahora Ingrid aprovechó para entrar por una de ellas antes de que amaneciera, cuando era seguro que todos en la casa estaban dormidos. Ella pudo haber tomado una escoba, pero como Joanna había sido vista el otro día, Ingrid pensó que sería más prudente si tomaba la forma de algo parecido a un animal. Había muchas formas en las que las brujas podían viajar, y al igual que el resto de su gente, a Ingrid le gustaba la más natural: levantarse en el aire y subir a los cielos mientras su magia disminuía la gravedad en su núcleo. Ellos utilizaban las escobas para centrarse a sí mismos, un ancla a la tierra que ya no los sostenía cuando volaban.

Ella le envió un mensaje a su fuente.

"Estoy dentro."

"Bien. ¿Tienes los planos contigo?"

"Sí"

"Excelente, ve al salón de baile. La etiqueta central, tiene algo diferente."

Él tenía razón. Había algo extraño en la etiqueta central en la planta del salón de baile en el plano; el pequeño diamante que apuntaba hacia las paredes del salón en el que ella estaba parada estaba rodeado de esa extraña caligrafía y símbolos. Y una de las puntas del diamante estaba ligeramente torcida. Pudo haber sido la mano descuidada del dibujante, pero toda la etiqueta parecía estar ligeramente elevada hacia la esquina derecha de la sala. La punta del diamante en esa esquina, era sólo un poco más larga que las demás, como si estuviera tratando de alcanzar esa esquina, casi enganchándose hacia esa parte de la habitación. Ella recorrió la habitación y encontró una esquina. Fue una sensación estimulante, comprender un dibujo abstracto de un espacio y su relación con el mundo real.

"Ok, encontré la pared," le escribió ella.

"Golpea, ¿cómo suena?"

Como se le indicó, ella golpeó en la pared, haciendo un ruido sordo.

"Pesado, como si hubiera algo detrás de ella." Ingrid sabía que una pared estándar tendría un sonido hueco, agudo, y redondo.

"¿Qué quieres que haga?"

"Mira lo que hay detrás."

Ingrid salió de la habitación y regresó unos minutos después con una palanca que encontró en el garaje. Ella tomó la punta y cavó en la esquina de la pared. La hoja se deslizó hacia delante, rompiendo la pintura y la pared en pedazos. Ingrid decidió que tendría que probar uno de los hechizos de restauración de Joanna para arreglarla después de que descubriera que había detrás. No había tiempo para pensar en los daños ahora. Ella estaba a punto de descubrir algo.

Ella empujó más profundo la hoja en la pared, pero paró después de media pulgada. Acuñó los extremos de la palanca y un trozo de la pared del tamaño de una pelota de béisbol cayó al suelo. Ella recogió el pedazo de yeso y lo examinó. Una casa renovada como Fair Haven debería tener paredes hechas de cemento con capas de yeso cubierto con una malla de alambre. El cemento debería ser grueso y arenoso, pero el pedazo de yeso que Ingrid sostenía era mucho más viejo. Lo tiró de vuelta al piso y se arrodilló delante del hueco que había hecho. A lo largo de la abertura vio la pintura astillada por la cuchilla de la palanca. La capa de pintura exterior era una gruesa, emulsión brillante. Tenía el rico brillo oscuro de las pinturas a base de plomo. Pero debajo de la pintura, donde la palanca había agrietado el acabado, había algo más. Ella siguió rompiendo la pintura astillada hasta que se fue por completo, y pudo ver lo que había detrás de la pared.

Era una puerta. No tenía bisagras ni perillas, pero Ingrid reconoció su forma de inmediato. La madera agrietada emanaba un tenue aroma a pino. Al inhalar su brillante y limpio olor, fue transportada a su pasado.

Ella pensó en un lugar olvidado hace mucho tiempo, uno que se había convertido en más mito y leyenda que cualquier verdad, un sueño. Recordó lo que le dijo a la joven vampira. *Tú eres un mito mismo*. Todos ellos lo eran, los que viven, y respiran, y caminan en mundo medio igual, pero al mismo tiempo diferente que los humanos que los rodean.

Ella tocó el pino con suavidad y volvió a ver el dibujo de la pared que había roto. Mostraba una puerta de madera que se extendía desde el suelo hasta el techo, con un elaborado diseño esbozado en la superficie. Había instrucciones para el artesano, quien sin duda tuvo que haber pasado varios años tallando esos paneles elaborados. Ahora ella pudo ver que los diseños tenían las mismas pequeñas volutas decorativas alrededor de cada una de las etiquetas de las claves.

Ella tomó varias fotografías con su celular y se las envió a su fuente.

"¿Acaso ves lo que yo veo?"

"Sí. Justo como lo sospechaba"

"¿Qué es?"

"Ahora no. Te lo diré más tarde. Sal de allí primero."

Ingrid agitó su varita y murmuró un hechizo que restauró la pared a su estado anterior.

Era un hechizo de mala calidad; ella no era tan buena como su madre con la restauración, pero tener la varita la ayudó. Ella estaba casi terminando cuando oyó unos pasos en el gran salón, acercándose cada vez más. Ingrid rápidamente tomó la forma de Oscar y voló por la ventana, al mismo tiempo que Killian Gardiner entró al salón de baile vacío.

"¿Hay alguien aquí? dijo él. "Escuché a alguien en la casa. ¡Muéstrate!"

Ingrid salió volando, su corazón latía en su pecho. Eso estuvo cerca. ¿Qué era esa puerta y a dónde llevaba? Ella salió de la isla, pensando en la condena que su familia había soportado por milenios. El puente roto, la pérdida de su hermano menor. ¿Qué había detrás de esa puerta? Su fuente lo sabía. Y ella lo iba a descubrir muy pronto.

Maridos y Esposas

La última vez que Joanna estuvo en esa gran universidad en el oeste de Connecticut, a tan sólo unas pocas horas de distancia de North Hampton, fue cuando asistió a la graduación de Ingrid. La escuela se veía particularmente bien ese día, con sus banderas azules sopladas por el viento, y los alumnos a punto de graduarse sonriendo en sus brillantes birretes y togas negras, balanceando bastones de caoba adornados con cintas con los colores de la escuela. ¡Vaya que ella había estado orgullosa ese día! Joanna estaba tan nerviosa, que pudo haber ido corriendo con su marido, pero por suerte, incluso en ese momento él mantuvo la distancia. Si alguna vez Ingrid descubría que su padre había dado clases en la misma universidad a la que ella asistió, era seguro que iba a odiar a su madre por ocultarle ese secreto. Así que Joanna tuvo que obligar al buen profesor a tomar un permiso de ausencia por cuatro años, mientras su hija estudiaba.

Joanna anduvo por los caminos rodeados de árboles, más allá de los edificios góticos. Se veían igual que siempre, de piedra caliza y cubiertos de hiedra. "Disculpa," le preguntó ella al joven más cercano. "¿Podrías ayudarme a encontrar al profesor Beauchamp?".

Sólo porque ella no había hablado con su marido durante la mayor parte de este siglo, no significa que no tuviera idea de lo que había pasado con él. A pesar de estar lejos, ella había mantenido un ojo sobre él desde su separación. No fue tan difícil. Ella sabía que él había pasado la mayor parte de su tiempo por la costa; pero cuando el trabajo escaseaba se mudaba directo a la playa, él había dejado el negocio de la pesca y se asentó en la tranquila vida de un profesor de universidad. Él ya llevaba muchos años enseñando; era un milagro que nadie haya notado que tan viejo era en realidad, pero probablemente sólo haya usado el mismo hechizo que utilizó Joanna para vivir todo ese tiempo en North Hampton.

Ella visitó su despacho, pero su asistente le dijo que él no había asistido a sus horas de oficina en toda la semana. Joanna fue capaz de encontrar su residencia, la cual no estaba muy lejos del campus. En pocos minutos ella encontró el pequeño, pero bien cuidado edificio. El superintendente la dejó entrar por la puerta principal cuando le dijo que ella era la esposa del profesor. Su apartamento estaba en la planta baja.

"¿Hola? ¿Hay alguien en casa?, es Jo." Llamó ella desde la puerta antes de entrar y darse cuenta de que estaba entreabierta. Era un pequeño apartamento, y Joanna no estaba preparada para lo que encontró. Una pequeña habitación, desocupada y monástica. Había un pequeño futón, con mantas dobladas, un refrigerador del tamaño de un pequeño gabinete, y un escritorio sin nada encima a excepción de unas fotografías. Había una foto de Ingrid tomada el día de su graduación en la universidad - probablemente él se había colado mientras nadie miraba - y una de Freya de cuando había estado en la portada de una revista, cuando vivía en Nueva York. Ella sintió una punzada de dolor y pesar.

Ellos fueron felices una vez, un matrimonio feliz como el de cualquier otro, imperfecto y luchando el uno contra el otro igual que todas las parejas. Hubo rabietas y peleas, y malos

ánimos. Él no era un hombre muy paciente y ella era bastante terca. Si no fuera por los juicios, probablemente todavía estuvieran juntos. Si tan sólo él hubiera hecho lo que ella le pidió, tal vez las cosas habrían resultado diferentes para ambos... ¿En qué estaba pensando ella? No había nada que él hubiera podido hacer, nada que ninguno de los dos pudiera haber hecho para detener los juicios. Eso quedó claro en el momento en que el puente fue destruido y ellos quedaron atrapados en mundo medio. Para permanecer aquí, tendrían que seguir las reglas de sus habitantes originales; ellos no tenían jurisdicción y no podían interferir en el reino humano.

Joanna se quitó el abrigo y se sentó en el futón, con Gilly posando en su hombro. Ella iba a esperar todo el tiempo que le tomara a su marido en regresar a casa.

Después de unas horas, se quedó dormida, cuando la puerta se abrió lentamente.

"¿Norman?" ella llamó. "¿Eres tú?"

La Primera Piedra

Al día siguiente, Ingrid seguía pensando en la puerta oculta que descubrió en Fair Haven. En el momento en que llegó al trabajo, lo primero que hizo fue enviar un mensaje instantáneo a la dirección que ya sabía de memoria. No hubo ningún tipo de conversación la noche anterior, lo cual encontraba un poco extraño, ella estaba ansiosa por saber que era lo que su fuente había descubierto. Por lo general él le respondía en cuestión de minutos, a veces hasta segundos, pero ya había pasado una hora y todavía nada.

"Hola, ¿cómo estás? ¿Qué averiguaste?"

Presionó enviar y esperó. La pantalla no mostró cambios, por lo que regresó a trabajar, decidida a preparar el resto de las impresiones de los planos Gardiner para enmarcarlos. El otro día ella había escogido un lindo marco de balsa, más barato que los que estaban acostumbrados en años pasados, pero ahora que cada pequeño centavo contaba, ella tenía que hacer recortes de algún lado.

Qué extraño, el cajón donde generalmente los mantenía estaba vacío. Ella recordaba claramente haber puesto el plano de la planta principal en su recipiente de almacenamiento con el resto de dibujos cuando regresó a la biblioteca ayer por la tarde. ¿Tal vez alguien los había movido a la mesa de conferencias? No. No había nada allí.

El corazón de Ingrid comenzó a latir con fuerza. Se acercó a la computadora y envió otro mensaje a la misma dirección.

"¿Hola, ya estás de vuelta?"

"hola??"

"Si estás allí por favor contesta"

Ella vio que sus mensajes se apilaban en la pantalla sin ninguna respuesta. Finalmente, ella escribió:

"Algo está mal, no puedo encontrar los planos."

"¿Acaso moviste mis impresiones?", le preguntó ella a Hudson tras presionar enviar. "Ya sabes, los planos Gardiner de Fair Haven para la muestra."

Hudson levantó la vista de su trabajo y se quitó los auriculares con cancelación de ruido. Aclaró su garganta. “No, yo no los he tocado. Tal vez Tabitha Sabe."

Tabitha no sabía nada de los planos, tampoco Caitlin, quien volvió a trabajar después de un combate con la gripe. Hudson había cerrado la noche anterior, y activó la alarma como de costumbre. No había nada fuera de lugar: la alarma no se había apagado, y aparte de los planos no faltaba nada más. Tampoco es como si hubiese algo particularmente valioso en la biblioteca en primer lugar.

Ingrid localizó al servicio de limpieza que usaban, pero dijeron no haber visto nada fuera de lo común la noche anterior. Ella volvió a la sala de almacenamiento y abrió el cajón de nuevo. Vacío. Revisó su computadora. No había respuesta todavía. Los planos se habían ido y su fuente era inalcanzable. Cogió su teléfono y le marcó a Killian Gardiner.

"Hola," respondió él, adormilado.

"Killian, hola, es Ingrid Beauchamp."

"Hola, Ingrid," dijo él, medio dormido. "¿Qué puedo hacer por ti?"

"Killian, ¿acaso te desperté? Lo siento, es que es medio día," ella no pudo evitar añadir eso último.

"¿Cuál es tu punto?", preguntó él, amablemente.

"Me disculpo, eso fue grosero de mi parte. Ha sido un día muy pesado. Te estaba llamando por esos planos de Fair Haven. ¿Por casualidad viniste y te los llevaste de nuevo?"

"¿Por qué me los iba a traer de nuevo?", preguntó él, sonando más alertado esta vez. "Yo te los di. ¿Por qué lo preguntas? ¿Les pasó algo?"

"No, no... No," Ingrid negó con la cabeza, a pesar de que Killian no podía verla. No serviría de nada hacer que alguien más entrara en pánico. "Creo que el personal los trasladó al otro armario. Perdón por haberte molestado."

"No te preocupes," dijo Killian.

Colgó el teléfono, con el corazón latiendo salvajemente. Los escáneres. Ella había escaneado todas las impresiones, pensó, empezando a buscar por toda su computadora. Ella había escaneado todas las hojas que contenían las extrañas etiquetas y elaborados símbolos. Pero justo como ella lo sospechaba, cada archivo relacionado con los planos había desaparecido.

Ingrid trató de no entrar en pánico. ¿Quién iba a robar los planos y borrar todos los registros de su equipo? ¿Y por qué? Luego Hudson irrumpió en la habitación. Su corbata estaba desajustada y se veía extrañamente agotado. "Creo que mejor vienes al frente - parece que Corky Hutchinson perdió la cabeza."

Ingrid siguió a Hudson hasta el área principal donde encontró a la presentadora de noticias de pie junto a la mesa de devoluciones, se veía histérica y alocada en su pijamas y pantalón holgado. Cuando vio a Ingrid, la señaló con su dedo con pintauñas rojo. "¡Todo esto es su culpa!" gritó ella.

"¿Perdón?, preguntó Ingrid. La biblioteca estaba llena de madres con sus hijos pequeños, adolescentes en las computadoras, y clientes regulares en los estantes de revistas. Matt Noble estaba regresando unos libros de bolsillo justo a su lado.

"¿Qué está pasando?", preguntó él, mirando a Corky y a Ingrid.

"¡Ella fue! ¡Ella lo hizo!", Chilló Corky. "Ella me hizo meterle a Todd este... este nudo debajo de su almohada. No podía dormir y ha estado actuando de manera extraña - ¡Ella le hizo algo!"

"Corky, cálmate, ¿de qué estás hablando?", Matt se acercó para frenar a Corky por los hombros ya que parecía como si fuera a golpear a Ingrid.

"¡Ella es una bruja! ¡Ella lo hizo! ¡Ella provocó esto! ¡Con su magia negra y esos estúpidos nudos!", gritó Corky.

"Lo siento mucho, pero eso no funciona de esa forma," dijo Ingrid, retrocediendo y sacudiendo la cabeza. Cada parte de su cuerpo estaba temblando, pero ella trató de proyectar una sensación de calma.

Matt miró inquisitivamente a Ingrid. "Espera... ¿Qué quieres decir? ¿Qué es todo esto de la magia?"

"¡Él se ahorcó! ¡Con un nudo! ¡Se veía igual que este!", la mujer gritó, sosteniendo el pequeño nudo marrón que Ingrid le había dado hace un mes.

"¿Qué está pasando?" Ingrid miró a Hudson en busca de ayuda. La gente había empezado a mirar y a congregarse, mirando a Ingrid con curiosidad y miedo. Ingrid tuvo una retrospectiva de su pasado, cuando la multitud se reunió a su alrededor en la plaza esa buena mañana. Ellos la habían rodeado, justo como los clientes de la biblioteca lo hacían ahora.

"¡Como si no lo supieras! ¡Encontraron su cuerpo esta mañana! ¡Todd se ahorcó! ¡En algún asqueroso motel en la ruta 27!" Gritó Corky.

Ingrid se quedó sin aliento. "¿Es eso cierto?" Le preguntó a Matt.

El detective asintió. "Hemos respondido a una llamada al 911 desde el motel esta mañana. La policía todavía está allí. Corky, cálmate. Vamos a llevarte a la estación." Él le dio a Ingrid una larga mirada y sacó a la reportera por la puerta.

"Cristo... ¡Pero que perra loca!" dijo Hudson, caminando fuera de la oficina. Ingrid se dio cuenta de que algunos la miraban con escepticismo y otros con abierta hostilidad. "¿Estás bien?"

Ingrid asintió, a pesar de que no lo estaba. Primero los planos habían desaparecido, y ya no recibía mensajes de texto o mensajes instantáneos por parte de su fuente, y ahora ella estaba siendo acusada de qué... ella ni siquiera estaba segura... pero no podía quitarse de encima las odiosas palabras y acusaciones de Corky.

Tabitha le dio a Ingrid una palmadita en la espalda. "No te preocupes, nadie va a escucharla. Tú no tuviste nada que ver con esto", dijo ella con firmeza. "Ella acaba de perder a su marido y no sabe de lo que está hablando."

Había sólo unas cuantas mujeres esperando ser atendidas por ella ese día, lo que hacía a

Ingrid sentirse peor aún. Trató de no pensar mucho en ello, pero no podía dejar de pensar que tenía que ver con todas esas cosas horribles que le dijo Corky esa mañana. ¿Qué fue lo que esa horrible mujer dijo? ¿Magia negra? Que era una bruja - una arpía - ¿una mujer de falsa medicina?

Ingrid pensó en lo que Freya estaba pasando: Sal le había dicho que tenía que dejar de hacer pociones y, de hecho, la despidió. A partir de ahora, el pueblo mantendría todos los ojos puestos sobre ellas. Ingrid sintió un escalofrío por su espalda. Ella había vivido esto antes; y ella sabía cómo terminaba la historia.

Érase una vez en Massachusetts, Ingrid tuvo una próspera práctica, una clínica igual que esta, pero entonces las murmuraciones empezaron, y las acusaciones comenzaron a volar. Pero esto no era como esa vez, trató Ingrid de decirse a sí misma. Tal vez nadie necesitaba su ayuda, todo era perfecto. Correcto. Y si Ingrid creía eso, ella podría vendérselo hasta creérselo. Puede que Gallows Hill ya haya pasado, pero su sombra aún perduraba, e Ingrid no era tan tonta como para pensar que lo que pasó una vez no podría volver a repetirse.

Y el día aún no terminaba. Antes de que la biblioteca cerrara, ella recibió otro visitante. Emily Foster entró, pálida y temblorosa. "Ingrid, ¿tienes un segundo? Tengo que hablar contigo."

Aislada

Freya observó a Killian poner el teléfono suavemente en su base, admirando su perfil y el arco de los músculos de su ancha espalda. Colocó la palma de su mano sobre su piel; ella nunca podría dejar de tocarlo. Ellos habían pasado toda la tarde complaciéndose el uno al otro, intentando nuevas y emocionantes variantes de una misma danza, por un momento le preocupó que él nunca se cansaría, parecía insaciable... Ella nunca había conocido a un hombre que pudiera seguirle el ritmo, pero había encontrado a su pareja ideal en él. Ellos acababan sólo para comenzar de nuevo unos minutos después, una mano inocente en una pierna, o un cepillo de dientes contra las mejillas conducían de vuelta a donde habían empezado, y Freya descubrió que se estaba excitando de sólo pensar en todas las cosas que él le había hecho sentir la noche anterior. Su piel era suave al tacto y como todo acerca de él, físicamente perfecta, sin sequedad ni cicatrices, y uniformemente bronceada.

Ellos estaban en el camarote del Dragón, y a través de los ojos del buey ella pudo ver que era de día, probablemente era poco después del mediodía, ya que el sol no proyectaba ninguna sombra. ¿Qué día era? Ella no estaba segura. ¿Adónde se iba el tiempo cada vez que estaba con él? Ella nunca lo sabía, era una cualidad elusiva, y nunca podía recordar que era lo que hacían —cuando no estaban en la cama, claro está— y parecía como si siempre estuvieran en la cama cada vez que estaban juntos. Era un lugar hermético, debería haber un olor a rancio en la habitación, ya que no habían salido de ahí en un par de días, y Freya había preparado todas sus comidas en la pequeña estufa de la cocina, con lo que fuera que encontrara en la nevera. Pero en lugar de oler a sexo y sudor, y aceite de cocina, la habitación era luminosa y limpia, cuando cerró los ojos, inhaló el fresco aroma a pino y flores. Ella se preguntó por qué él prefería vivir en el barco y no en Fair Haven, que sin duda tenía suficientes dormitorios, pero desde el principio, Killian había hecho del barco de pesca su hogar.

"¿Quién era ese en el teléfono?" preguntó ella, soltándolo.

"Tu hermana", dijo él, recostándose de nuevo sobre la almohada y cruzando los brazos detrás de la cabeza, con una mirada pensativa en su rostro. Sus oscuros flecos le cubrían un ojo, y él los quitó con impaciencia.

"¿Ingrid? ¿Qué quería?" Freya se apoyó sobre sus codos.

"Le presté unos planos de la casa hace un tiempo para su muestra de arte. Parece que se han perdido," explicó Killian. "Ella no lo dijo, pero me pude dar cuenta."

"¿Qué hay con esos planos? Bran preguntó por ellos el otro día," dijo ella, recogiendo las pelusas en las sábanas. "Ingrid le dijo que había encontrado algo genial en las claves de esos planos. Hay una especie de código que ya casi descifra, tiene algún tipo de significado histórico." Ella estaba balbuceando y trató de cambiar el tema, ya que estaba hablando de Bran en la cama de Killian.

Killian alzó las cejas. "¿Hablaste con Bran?"

"Ayer" Se echó para atrás y cubrió su rostro con la manta.

"Hey", dijo él, bajándole gentilmente las sábanas.

"No sé lo que estoy haciendo aquí," Ella negó con la cabeza, incapaz de mirarlo.

"Sí, sí sabes."

"Escucha, me tengo que ir," dijo Freya, alejándose para así poder ponerse su ropa de nuevo.

"No te vayas". Él comenzó a besarla en el cuello, suaves besos de mariposa que electrificaban todos los sentidos de su cuerpo. "Acabas de llegar."

Freya tuvo un sentimiento de deja vu - ¿no había estado en esta misma situación con Bran hace poco? Ahora ella estaba en una cama diferente, con un hermano diferente. "Killian, venga. Llegué aquí hace cuatro días." Ella empujó sus brazos lejos, suavemente.

"Te amo," susurró él. Estaba inclinado hacia delante, por lo que su cabeza descansaba sobre el hombro de ella y sus manos sostenían sus pechos suavemente, haciéndola sentir caliente por todas partes.

"No tienes permitido decir eso," dijo ella. "Te lo dije. Nada va a cambiar. Todavía me voy a casar con Bran en septiembre." Ella mordió su labio.

"No nos hagas esto," advirtió Killian, agarrándole el hombro con fuerza.

"No hay un nosotros, Killian. Nunca lo ha habido."

"No digas eso," dijo él, desesperadamente.

"Detente, me lastimas," dijo ella. Su corazón se estaba rompiendo, igual que el de él. Ella lo amaba tanto. Era amor lo que ella sentía por él, era profundo, permanente, y arraigado, un fuego blanco feroz, y, aun así, estaba mal. Ella sabía que estaba mal, que estar con él era un error. Si ella lo hubiera conocido a él primero. Si tan sólo... Pero ya era demasiado tarde. Ella y Bran se habían encontrado el uno al otro, y ella le había prometido a Bran que se casaría con él, y lo iba a hacer. Era lo correcto, era lo que ella estaba destinada a hacer. Y ella no podía cambiar su destino.

Killian se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación, pasándose las manos por el rostro, viéndose perdido, confundido, y ansioso. "Freya, por favor," fue todo lo que él dijo.

"Esto...esto es sólo un error," le dijo ella, cerrando la cremallera de sus vaqueros y poniéndose su camisa. Metió los pies de nuevo en sus zapatillas. "Lo siento mucho, Killian. De verdad lo siento. Pero te dije desde el principio que esto no era una buena idea."

Después de abandonar el barco, Freya tuvo que caminar por un tiempo para despejar su mente. Ella no quería seguir pensando en Killian, así que vagó por unas horas. Al rato, se dio cuenta de que estaba prácticamente en el centro del pueblo, cerca de la estación de

policía, un pequeño edificio cerca del ayuntamiento. Ya que estaba allí, pensó en pasar a preguntar sobre los progresos que habían hecho en la investigación de la desaparición de Molly Lancaster, y tal vez preguntar si podía hablar con alguno de esos chicos, para ver si podía sentir algo en ellos. Aunque ella seguía confiada de que no había manera de que su poción pudiese haber sido parte de lo que le pasó a Molly, ella estaba empezando a considerar la posibilidad de que quizás algo de su magia pudo haber salido mal, y quería ver si podía hacer algo para ayudar. Mientras que ella seguía sin creer que los chicos tenían algo que ver con la desaparición de Molly, ella sabía que era parte de la minoría. Mucha gente en el pueblo se había empezado a quejar de que los chicos habían recibido trato preferencial por parte del fiscal de distrito.

La estación de policía era un caos como de costumbre. "Hola, Freya." Jim Lewis, uno de los patrulleros, la saludó con una sonrisa. "¿Qué pasa?"

"Nada, sólo pensé en pasarme por aquí, y ver qué está pasando con el caso de Molly Lancaster."

"Verás, realmente no puedo hablar de eso ahora," dijo él, negando con la cabeza.

"¿No puedes o no quieres, Jim? Venga, que soy yo. ¿Recuerdas cómo te ayudé a atrapar al ladrón de bicicletas?", Freya engatusó.

"Lo sé, chica, pero esto es diferente."

"¿Qué está pasando?", preguntó ella, mientras notaba que todos los detectives rodeaban el cubículo de Matt Noble. "¿Esa es Corky Hutchinson? ¿Pasó algo con Todd?"

"No puedo decir. No puedo decir." Jim tamborileó sus dedos en el mostrador de la recepción. "Pero te contaré acerca del caso Lancaster. Uno de esos chicos universitarios parece que se va a quebrar. Habrá un arresto pronto, puedes contar con ello."

Cuando regresó a la casa, Gracella prácticamente se abalanzó sobre ella en el momento en que cruzó la puerta. "Lamento mucho molestar, señorita Freya, pero es Tyler."

"Por supuesto, no molestas en lo absoluto. ¿Qué está pasando?"

La ama de llaves retorció la gamuza que estaba sosteniendo. "Tiene la fiebre muy alta. Desde anoche. Creo que tal vez debo llevarlo al hospital, pero tengo miedo. Hector está lejos y... "

Freya siguió a la ama de llaves hasta la casa de atrás. El cuarto de Tyler estaba en el segundo piso, un lugar alegre, lleno de imágenes de dibujos animados en el empapelado de las paredes, y cuyas estanterías estaban repletas de juguetes de todo tipo y tamaño. Los soldados de juguete estaban amontonados en una pila, los títeres reposaban inmóviles en el baúl. El juego de trenes estaba silencioso y esperando. En una cama en forma de coche de carreras, estaba Tyler envuelto en un edredón, como una pequeña tortuga. Ella se sorprendió al encontrarlo tan distinto a hace un par de días. Había perdido mucho peso y no tenía color en sus mejillas.

"Hola, niño," dijo ella con delicadeza, poniendo una mano en su frente. Estaba ardiendo. "Sí, tenemos que llevarlo al hospital, ahora. No hay necesidad de esperar." Le dijo ella a Gracella. "Yo puedo conducir."

Ellas liaron al niño en el asiento trasero. "Él va a estar bien; llamaré a Joanna tan pronto como lo deje en el hospital," dijo Freya, mientras conducía a la madre y al hijo por las calles vacías de North Hampton rumbo al pequeño hospital del condado. "Te lo prometo," dijo ella, a pesar de que sabía que no tenía derecho a prometer nada. Freya sabía tan bien como su hermana el límite de los poderes de su madre, sobre todo cuando se trataba de los que ella amaba.

Ladrón en la Noche

Más tarde esa misma noche, Ingrid tuvo un sueño. Todo comenzó cuando se dio cuenta de que no estaba sola en la cama. Hubo un gran peso en su cuerpo, y después un tirón en los pantalones de su pijama. Ella despertó e intentó tirar de ellos para subirlos, pero se dio cuenta de que no podía, y luego su blusa se estaba desabrochando, sintió el aire frío en su piel, y no estaba segura de qué estaba pasando - ¿Dónde estaba su manta? - Luego una mano tapó su boca, y ella estaba despierta y asustada, pero no podía gritar. Ni siquiera podía abrir los ojos.

Había un hombre encima suyo; sus manos eran cálidas y suaves y su cuerpo yacía pesado sobre el de ella, con las manos sobre su pecho, y ella desnuda debajo de él; ella luchó contra su peso, pero no había nada que pudiera hacer, estaba inmóvil e impotente, y después, él comenzó a empujarse dentro de ella, ahora estaba adentro y moviéndose tan lentamente que quería gritar, pero no podía, porque él la estaba besando dulcemente, y su cuerpo estaba respondiendo a su toque, ella no lo podía evitar. Estaba excitada y él estaba duro y se sentía bien. Se sentía tan bien estar debajo de un hombre, y ser tomada y amada, aunque esto no era amor.

De repente, sus ojos se abrieron de golpe y ella pudo verlo.

El hermoso rostro de elfo, pelo negro como el carbón y ojos azul verdoso. Él era más fuerte ahora... Tenía las manos alrededor de su garganta, y la estaba asfixiando, apretando fuertemente su cuello, lo que la hizo jadear mientras él la empujaba sin descanso directo al orgasmo... Esto estaba sucediendo realmente... Killian estaba tratando de matarla... Podía sentir su espíritu debilitándose y cruzando al Glom... Ella iba a morir - ¡No! - Ella no iba a dejar que esto pasara... Con todas sus fuerzas, Ingrid dobló las rodillas y lo empujó por el pecho; eso bastó para desequilibrar a su intruso y hacer que quitara las manos de su cuello.

Ingrid abrió la boca para gritar...

Y despertó.

Esta vez, estaba despierta de verdad.

Fue sólo un sueño, después de todo. Ingrid se sentó en su cama, jadeando y temblando; ella estaba completamente vestida y sola, pero la parte de atrás de su blusa estaba empapada en sudor. Sin embargo, fue sólo un sueño. Una pesadilla. Había soñado que Killian la había violado e intentado matar, se sintió tan real, que se sintió enferma, excitada, confundida y violada, todo al mismo tiempo. Ella había pensado que iba a morir.

¿Qué fue lo que pasó?

¿Fue una visión? ¿Un mensaje?

Entonces lo comprendió.

Ahora todo tenía sentido. La extraña ansiedad de Freya, el nerviosismo en su fiesta de compromiso, las flores quemadas, el pelo alborotado, sus largos silencios y ausencias sin explicación, sus mejillas rojas y el rostro ruborizado. Ella se puso a pensar en la forma en que su hermana estuvo actuado todo el verano - soñando despierta, distraída y confundida, y después apurada y cortante. Esa no era para nada Freya. Algo había pasado, más concretamente, alguien había pasado. Justo igual que antes. Por supuesto, ahora todo tenía sentido.

Ingrid salió de la cama y se puso la bata. Miró el reloj. Eran sólo las doce y media. Freya había pasado toda la noche afuera, pero Ingrid creía saber dónde encontrarla. Las hermanas se habían visto brevemente cuando Freya regresó del hospital. Ingrid también estaba preocupada por el niño, y esperaba que su gripe no empeorara. Ella no podía imaginar otra cosa. A pesar de que a Freya ya no se le permitía trabajar en el North Inn, ella no pudo mantenerse alejada y ahora era una de sus mejores clientes. Ingrid no era una clienta habitual del North Inn, pero ella no tenía nada en contra de los bares, y comprendía los placeres que estos proporcionaban: compañía y convivencia, la comodidad de beber un trago bien hecho, y emocionarse con la buena música de la maquina tocadiscos. De vez en cuando, ella y el personal de la biblioteca iban allí las noches de los viernes, pero ahora que Tabitha estaba embarazada y Hudson estaba haciendo la última dieta de desintoxicación, no habían visitado ese lugar en un buen tiempo. Ella entró al lugar lleno de gente y asintió con la cabeza a algunas caras conocidas.

"¿Te ofrezco algo, cariño?" Preguntó Kristy. La cantinera desgarbada lanzó un trapo por encima de su hombro y esperó a que Ingrid ordenara.

"Nada esta noche, gracias. Sólo estoy buscando a mi..."

Hubo un enorme grito desde el otro lado de la barra y Kristy se encogió de hombros. "Hoy se ha portado bien. Le dije que si no se calmaba le cortaré los servicios en el bar," dijo ella, pasando la mano por su garganta. "Ella no me ha dicho que le pasa, pero le ha estado dando bastante duro al tequila."

Ingrid asintió. El tequila era la respuesta de Freya para cualquier problema emocional. Ella miró a donde estaba la conmoción y encontró a su hermana tomando shots y gritando en voz alta las repuestas a las preguntas de trivia a medida que chupaba las rodajas de lima cortadas a la mitad.

"¡Freya!"

"¡Inge! ¿Qué estás haciendo aquí?", preguntó Freya, viéndose sorprendida, pero feliz de verla. Le dio a Ingrid un abrazo de oso, e Ingrid olió el alcohol en su aliento.

Ingrid no perdió el tiempo. Se inclinó al oído de su hermana y susurró con enojo: "¿Estás teniendo una aventura con Killian Gardiner?"

Freya volvió a la sobriedad rápidamente después de eso.

"No lo niegues," advirtió Ingrid, mientras conducía a su hermana a casa. Freya rogó para que la dejara terminar sus bebidas, pero Ingrid se negó. Ahora las hermanas estaban sentadas en el auto, Freya miraba pensativamente por la ventana, mientras que Ingrid estaba enfurecida al volante.

"No lo hago," dijo Freya, un poco petulante. Por supuesto que Ingrid iba a descubrir lo de ella y Killian. Ella había estado esperando que esto sucediera; lo único sorprendente de este desarrollo fue el tiempo que le tomó a Ingrid llegar a esa conclusión. Por lo general, su hermana conocía todos sus secretos antes de que ella misma los supiera.

Ingrid miró de reojo. "Lo sentí."

"¡Que asco! ¡No me digas como! ¿Tuviste otro de esos espeluznantes sueños?"

"Espeluznante es poco." Ingrid se estremeció, recordando las frías manos alrededor de su cuello, y la forma en que su cuerpo se había sentido en el de ella. Ella sacudió su cabeza. "¿Qué estás haciendo? Pensé que estabas enamorada de Bran, que tu pensabas que él era 'el hombre de tu vida'."

"Lo sé. Le dije a Killian esta mañana que las cosas entre nosotros habían terminado. Yo le puse fin." Freya suspiró.

"Bien." Ingrid miró a su hermana con el rabillo del ojo, por lo que todavía podía mantener el otro puesto en la carretera. "Es lo mejor, Freya. Recuerda lo que pasó la última vez que te casaste."

Freya no contestó y condujeron en silencio por un tiempo, a lo largo de la carretera oscura y desierta. "Tengo miedo," dijo Ingrid finalmente. "Tuve un día horrible. Alguien me llamó bruja esta tarde, delante de todos en el trabajo."

Freya se estremeció. "Uff."

"Corky Hutchinson. Sabía que no debía darle ese estúpido nudo. Ella no lo iba a mantener a él en casa. ¡Maldita sea!" Ingrid nunca maldecía, pero estaba molesta y desconcertada. "Disculpa."

"No es tu culpa", Freya la tranquilizó. "Todos sabemos que la magia no funciona de esa forma. Tu nudo no mató a Todd. Él se suicidó, Ingrid. Y quien sabe por qué."

"No lo sé..." Ingrid se mordió el labio inferior. "Quiero pensar que no he podido hacerle algo, pero estaba tan molesta. Él va a derribar la biblioteca... ¿Qué pasa si yo no tuve la intención de hacerlo, pero aun así pasó? Ha pasado tanto tiempo desde que practiqué magia, podría estar oxidada. Yo pude haber usado mi magia de forma equivocada sin darme cuenta." Ingrid sintió un terror gélido en su estómago. ¿Y si ella no tuvo la intención de usar magia negra, pero aun así lo hizo? No había ninguna regla cuando se trataba de este tipo de cosas. Cualquier cosa puede pasar. Ella pudo haber matado a Todd. Y tal vez lo hizo.

"Estás siendo paranoica", Freya la calmó. "Tú no embrujarías ni a una mosca. No hay manera que sea tu culpa lo que pasó con él."

"Pero yo estaba tan molesta... Y Corky, ella lo gritó, delante de todo el mundo. ¡Me llamó bruja! Casi todos en el pueblo han venido a verme, Freya. Ellos creen que practico magia. Ellos la han visto funcionar."

"¿Y?" Freya se encogió de hombros.

"¿Y? ¿No te acuerdas de lo que pasó la última vez que practicamos magia abiertamente?"

Freya comenzó a garabatear en la condensación del aire acondicionado en la ventana. "¿En serio? ¿Eso es lo qué te preocupa? ¡Esto es North Hampton! Y la última vez que revisé el calendario, decía que estamos en el siglo XXI. Ellos pueden pensar que tú has curado sus dolores y molestias e hiciste que algunos problemas difíciles desaparecieran, ¿pero en el fondo? ¿Realmente crees que ellos creen en la magia? De ninguna jodida forma. Ya nadie cree en nosotras. Estamos a salvo," Freya enfatizó. "Mira a tu alrededor, este es un mundo de ciencia y tecnología, de computadoras y aparatos. Tienen iPads, GPS, y hornos microondas. ¡Ellos ni siquiera se preocupan por la muerte, ya que, según ellos, puedes vencer al cáncer con sólo comer tofu! Esto ya no es como antes."

"Espero que tengas razón."

Freya bajó la ventanilla para sentir la brisa del mar. "Estoy segura que la tengo."

Ingrid frenó el auto provocando un chirrido y haciendo que Freya golpeara su cabeza en el cuadro de mando. "¡Uy, lamento eso!," dijo Ingrid. "Hay algo más que he querido decirte. ¿Sabes el tipo ese que mamá salvó de la muerte? ¿Lionel Horning?"

"¿Sí? ¿Qué pasa con él?"

"Bueno, está perdido," dijo Ingrid. Ella no podía creer que había olvidado mencionarlo hasta ahora, pero ella había estado muy confundida por las acusaciones de Corky Hutchinson esa tarde y ese terrible sueño que se metió en su cabeza esa noche.

"¿Qué quieres decir con que está perdido?"

"Emily vino a la biblioteca, dijo que él ha estado actuando raro, hablando acerca de un camino en las montañas y cómo no pertenecía aquí, y cómo se estaba llevando a unas cuantas personas con él."

"¿Qué?"

"Lo sé. Suena como si él se estuviese convirtiendo en un zombi," Ingrid suspiró. Al igual que Freya, ella sabía que cuando un alma humana pasaba una considerable cantidad de tiempo en el Glom, estaba el riesgo de que el cuerpo físico no acepte su resurrección si el alma y el cuerpo se han separado demasiado el uno del otro. Rara vez sucedía, Joanna era demasiado buena en su trabajo, pero no era algo inaudito que los muertos volvieran a la vida sólo para sucumbir a un caso grave de zombititis.

Freya se quedó sin aliento. "¿Acaso crees que él tenga algo que ver con lo de Molly...?" dijo ella.

"No lo sé - quiero decir, Lionel no es violento. A no ser que Helda pusiera más de sí misma en él antes de que mamá lo sacara de *Villamuerte*."

"¿Desde cuándo está desaparecido?"

"Desde el fin de semana del 4 de julio." La misma noche que Molly Lancaster desapareció."

"Oh, ¡santo Dios!"

"Hay algo más," dijo Ingrid, jugueteando con sus pulgares. Acomodó las gafas en su nariz. En su prisa por encontrar a su hermana olvidó ponerse los lentes de contacto. Sus gafas de montura negra la hacían parecer mayor de lo que era; Ingrid odiaba ponérselas, ya que la hacían parecer la clásica bibliotecaria pueblerina.

Freya se volteó hacia su hermana. "¿Hay algo más que no sea un zombi suelto por North Hampton?"

Ingrid trató de no verse demasiado avergonzada. "Justo después del fin de semana..."

"¿Sí?"

"Alguien vino a visitarme. Uno de los Caídos."

Freya la fulminó con la mirada. "¿Un vampiro vino a visitarte y no me lo dijiste? ¿Por qué?"

"No pensé que fuera importante," Ingrid suspiró. "No lo sé. Estaba avergonzada. No podía librarme de ella, así que la ayudé. Conozco las reglas, se supone que no tengamos nada que ver con ellos. Pero ella pidió ayuda y se la di."

"¿Cuándo fue eso?"

"Ya te lo dije, justo después del cuatro de julio. Ella dijo que había estado en el pueblo todo el fin de semana, mencionó que te vio en el North Inn la noche del viernes."

Freya trató de recordar. ¿Acaso no hubiera notado a un vampiro en el bar? La última vez que ella estuvo en contacto con los vampiros fue a través del chico que curó en Nueva York el otoño pasado, justo antes de mudarse a North Hamptom, entonces se dio cuenta, ella había vislumbrado algo de él en alguna parte recientemente - ¿fue en el North Inn? ¿Cuál era su nombre otra vez - ¿Oliver? ¿Qué no estaba él con una rubia platinada? ¿Acaso era su nueva vampira? Todo estaba tan nublado, pero bueno, esa fue la noche en que las cosas con Killian comenzaron a suceder. No es de extrañar que ella no haya prestado atención. "¿Quién era? ¿La rubia?" Preguntó ella.

"Azrael."

"Interesante. Así que el puto Ángel de la Muerte aparece en el pueblo justo cuando una chica desaparece y nuestro alcalde aparece muerto."

"¿Pero por qué ella se interesaría en ellos?" Ingrid argumentó. "Tú sabes que los Caídos están obligados por ese código suyo. Se supone que no deben hacerles daño a los humanos, y no ha habido ninguna muerte humana atribuida a ellos en siglos. Simplemente no tiene sentido..." Entonces su rostro se puso pálido. "Espera un momento... Yo le conté sobre la Enmienda de Orfeo... Que necesitaría sacrificar un alma a Helda a cambio de una que ella quiere de regreso, y ella me dijo que ya sabía esa parte, que ya estaba preparada." Ingrid se veía horrorizada. "No crees que Azrael haya tomado a Molly, ¿verdad? ¿O a Todd?"

"Cualquier cosa pudo pasar," dijo Freya. "Y sobre todo con zombis y vampiros por ahí sueltos. Lo único que falta que me digas es que papá ha regresado."

"De hecho..." Ingrid mordió su labio. "Olvídalo". Freya no pareció darse cuenta así que Ingrid siguió adelante. "De todos modos, ¿qué crees que debamos hacer?" En momentos como estos, ella buscaba a su hermana menor por acción y liderazgo. En el fondo, Ingrid era una vidente, alguien que estudiaba y analizaba las situaciones; a ella le gustaba poner los hechos sobre la mesa y dejar que otra persona tomara las decisiones difíciles.

"Primero, vamos a hacerle una visita a Azrael," dijo Freya. "Después buscamos a Lionel."

Escondite

"Yo creí que mamá había destruido todos los túneles", dijo Ingrid. Ellas estaban de pie delante de la puerta del armario de Freya. Condujeron de vuelta a casa en lugar de ir a la ciudad, a petición de Freya. "¿De verdad todavía queda uno aquí?"

Freya puso las manos en sus caderas y sonrió. "Ella guardó las varitas, Ingrid. ¿No crees que haya guardado otras cosas, también?" Ella abrió las puertas, agitó su varita, y una luz emanó del fondo, guiando el camino. "De todos modos, es tan ridículo, ¿por qué tendría yo que vivir en alguna pocilga sin ascensor en Nueva York, cuando hemos tenido esto todo este tiempo?".

Toda morada de una bruja brotaba automáticamente vías mágicas, que las brujas podían usar para viajar largas distancias que de otro modo serían tediosas en escoba. Cuando la casa en North Hampton fue construida, el Consejo ordenó que las destruyeran como parte de la restricción. Freya siempre sospechó que Joanna había conservado una como medida de precaución, y hace unas cuantas décadas, descubrió que sus suposiciones eran correctas. Ella se abrió camino en el interior, más allá de los abrigos y pieles, y la señal que ella había hecho que decía: "*¿Buscando a Narnia? Estás en el universo equivocado*", hasta que se encontraron a sí mismas en el viejo apartamento de Freya en la ciudad.

Como estaba conectado a North Hampton, al igual que el pueblo, existía ligeramente fuera de tiempo; de modo que mientras en el mundo físico medía sólo unos cuantos cientos de metros cuadrados, al mismo tiempo era una enorme mansión con una chimenea, una hermosa cocina, y un lujoso mobiliario de campo inglés. "Bonito, ¿verdad?" Freya sonrió. "Hoy en día no se puede conseguir esto en el mercado por lo que pagué."

"Así que mientras nosotras vivíamos en la monotonía y ni siquiera podíamos usar magia para limpiar los platos, ¿tú has estado viviendo aquí todos estos años? No es de extrañar que nunca llegaras a la casa."

"Hey, yo fui la que encontró el túnel que conducía a este escondite. Madre debió haberlo conservado en caso de que alguna vez necesitáramos salir de North Hampton. Útil, ¿verdad?" Freya sonrió. "Dios, he extrañado mucho este lugar. He usado uno de sus viejos hechizos para redecorar. Pensé que la restricción sólo se aplicaba a la magia nueva."

"Muy bien, entonces. ¿Cómo hacemos para encontrar a un vampiro en esta ciudad?" Preguntó Ingrid, asintiendo con aprobación al lujoso ambiente. "No es como si ellos estuvieran listados en la guía telefónica."

"De hecho, lo están," dijo Freya, encendiendo su ordenador, y tomando asiento en su escritorio. "Los Caídos gobiernan Nueva York. Veamos que podemos encontrar." Ella escribió el nombre de Mimi en el buscador.

Ya que Mimi era la hermosa y siempre a la moda hija de uno de los hombres más ricos de

la ciudad, si no del mundo, había muchas entradas relacionadas con su frenética vida social, incluyendo numerosas menciones en tabloides y columnas de chismes. Había artículos que documentaban su rutina de belleza, sus hábitos alimenticios, y que clubes nocturnos frecuentaba. Sin embargo, la Internet no revelaba ningún detalle privado. Como muchos de los ricos y famosos que vivían en un capullo de privacidad raro para la gente común, la fortuna y propiedades de los Force estaban en su mayoría ocultas a través de una red de fideicomisos y abogados.

"Si quieres saber lo que llevó puesto la semana pasada a alguna fiesta, te lo puedo decir, pero no creo que vayamos a encontrar una dirección," dijo Freya, golpeando el teclado en frustración.

Ingrid se sentó en el apoyabrazos de la silla de Freya y miró la pantalla. "Bueno, si no la vamos a encontrar de esta forma, entonces nuestra mejor oportunidad sería emboscarla en alguna de estas fiestas."

"Eres un genio; sabía que por eso es que estamos relacionadas," Freya sonrió, entrando en una página que enumeraba los eventos sociales programados para esa semana. "Aquí vamos. El Comité del Banco de Sangre tiene algún tipo de fiesta mañana por la noche, lo cual es técnicamente esta noche, ya que ya es mañana. Es seguro que todos los Sangre Azul estarán allí, incluida Mimi. Es su pequeña caridad para mantener el suministro de sangre limpio." Ella bostezó. Ingrid la había ido a buscar al bar alrededor de la media noche, y ya eran las primeras horas de la mañana. "Durmamos un poco para así estar listas para la emboscada. Si Azrael tomó a Molly, no va a renunciar a ella con facilidad."

Freya durmió a ratos, dando vueltas en su cama. Ella podía oír los ronquidos de Ingrid desde el cuarto de invitados, pero esa no era la causa de su insomnio. Ella no podía dejar de pensar en el extraño sueño de Ingrid acerca de Killian - su hermana no divulgó más detalles, pero captó la esencia del sueño, y la molestaba. ¿Por qué Ingrid soñaría que Killian quería matarla? Por lo que Freya veía, a Killian le agradaba Ingrid; ella no podía imaginar como él podría desearle algún daño...excepto... pero eso ya había sucedido hace mucho tiempo, ¿podría él aún estar resentido con ella?

Cuando no estaba preocupada por eso, ella no podía dejar de pensar en la forma en que había terminado con él antes. ¿Realmente había acabado lo de ellos? Ella no podía imaginar no volver a verlo de nuevo, incluso si eso era probablemente lo mejor. Bran estaría en casa pronto; él prometió que después de que su gran proyecto de verano haya finalizado, él le dejaría la parte los viajes de su trabajo a otros. Ella ya no podía seguir con la fachada y la mentira. Estar enamorada de dos hombres no fue para lo que ella firmó cuando se lanzó a esta aventura. Ella debía dejar de actuar y comenzar a pensar; por mucho tiempo ella sólo se precipitaba a las cosas sin preocuparse por las consecuencias. Como cuando aceptó casarse con Bran después sólo un mes, o cuando tuvo relaciones sexuales con su hermano después de conocerlo por primera vez en una fiesta. Ella tenía que poner su vida en orden y comprometerse con la dirección que había escogido, lo que significa casarse con Bran en septiembre. Las cosas iban muy bien hasta que ella conoció

a Killian. Ella estaba feliz y enamorada, y después él entró en escena. Pero ella se lo permitió, se recordó a sí misma.

Ella finalmente se quedó dormida, justo cuando amaneció, y cuando despertó, ya eran las horas de la tarde. Ella podía oír a Ingrid en su vestidor, buscando a través de los percheros de ropa. "¿Qué Hora es?" le preguntó a su hermana.

"Cinco en punto. Dormiste todo el día. Vamos, levántate, la fiesta comienza a las seis. Quiero estar allí temprano."

Freya se frotó los ojos y salió lentamente de la cama. Se dirigió a la cocina y se sirvió una taza de café de una olla que Ingrid había hecho.

"¿No tienes algo que no sea transparente, corto o sin espalda?" Ingrid preguntó, mirando en vano a su alrededor por algo ella pudiera ponerse. Muchos de los vestidos de Freya se jactaban de esas tres cualidades. "Te das cuenta de que te vistes como una..."

"¿Puta?" dijo Freya alegremente, tomó un sorbo de su café y automáticamente se sintió despierta. Se unió a Ingrid en el vestidor y comenzó a rebuscar entre sus cosas. "No, no vas a encontrar nada aquí que no revele alguna parte de tu cuerpo, y no, nunca recibo ninguna queja acerca de mi armario. Por Dios, eres peor que mamá," dijo Freya, quitándose la bata de baño y poniéndose un pequeño vestido negro.

Ingrid dio un gemido escandalizado. "No digas "puta", se oye vulgar".

"¿Dama de la noche, entonces?" Freya rió, dejando a su hermana preocupándose por el vestido ella sola. Se sentó en su mesa de tocador y comenzó a aplicarse maquillaje.

"¿Cómo se ve esto?", preguntó Ingrid, saliendo para mostrarle lo que había encontrado. Llevaba un sencillo vestido oscuro con mangas largas y un dobladillo más largo. "Me siento afortunada de siquiera haberlo encontrado. No pensé que tuvieras algo que te cubriera los brazos."

"Te ves como una monja," Dijo Freya, mientras cubría sus mejillas con colorete. "Compré ese para una fiesta de disfraces. Esto es Nueva York, Ingrid, y la fiesta está en la azotea del Hotel Standard. No puedes ir como una pueblerina. Además, es agosto, vas a hervir en ese vestido."

"Me siento más cómoda con esto."

"Monja."

Ingrid vio el escote del vestido de Freya con una mirada escéptica. "¿Estás segura de que no tienes ese vestido al revés?"

"Que chistosa. Vámonos," dijo ella, limpiando su lápiz labial con un pañuelo. "Trata de no avergonzarme."

El Hotel Standard estaba ubicado en el extremo oeste de la ciudad, junto al río Hudson. Ingrid no era de las que asistía a eventos de moda, por lo que ver a dos descomunales guardias de seguridad y una barracuda en un vestido de cóctel negro empuñando un portapapeles en la entrada la hizo sentir un poco nerviosa. "¿Crees que entraremos? No es como si tuviéramos invitaciones precisamente," susurró Ingrid. "Y esa de ahí parece Fafnir con falda", dijo ella, refiriéndose al legendario dragón que guardaba celosamente un tesoro de oro.

"Relájate, es sólo la portera; vienen con el territorio. Ella no tiene ningún poder sobre nosotras", dijo Freya. Caminó con confianza hacia la puerta de terciopelo." Freya e Ingrid Beauchamp, estamos aquí para la fiesta del Banco de Sangre. No necesitas revisar la lista."

"¿Ves?" dijo Freya, mientras la cuerda de terciopelo se desenganchaba y ellas caminaron hasta los elevadores que las llevarían a la azotea. La fiesta ya se encontraba en pleno apogeo y el Jacuzzi interior estaba burbujeando. Ingrid trató de no mirar a las chicas humanas en la bañera, ya que algunas de ellas parecieron perder la parte de arriba de sus bikinis; era difícil saber con el agua burbujeando. Esta era una escena bastante diferente a las reuniones formales que acostumbran en North Hampton; los vampiros estaban increíblemente elegantes en lino blanco, con caras en blanco y aburridas, Ingrid se sintió un poco fuera de lugar con su vestido de manga larga.

"Vayamos por algo de tomar"; sugirió Freya, dirigiéndose a la larga barra negra y procurando rápidamente dos copas de Martini llenas.

Ingrid tomó un sorbo. "¿Qué es toda esta espuma salada?", preguntó ella, limpiándose los labios con una servilleta.

"Sólo bébelo"; dijo Freya, mirando a la multitud, pendiente de ver a la princesa vampiro. "¿La ves por algún lado?"

Ingrid negó con la cabeza. "Muchos Sangre Azul y sus familiares, pero nada de Azrael."

"Tiene que estar aquí en alguna parte," dijo Freya. "Se supone que es la anfitriona de esta fiesta." Aunque ella ya ha vivido en la ciudad y sabe bien que, aunque los nombres estén en negrita, no significa que ellos realmente asistirán a la fiesta - era uno de esos acuerdos sociales no escritos.

Por toda la azotea, pequeños grupos estaban reunidos encima de enormes hojas anaranjadas que estaban sobre el césped sintético que cubría el suelo. Unas cuantas personas estaban jugando con los telescopios que estaban instalados por el borde. La vista de la ciudad era impresionante, pero Freya estaba más fascinada por la visión de un rostro conocido que la hizo detenerse en sus tacones de aguja.

"¿Adónde vas?" preguntó Ingrid.

"Regreso enseguida," le dijo a su hermana, caminando hacia el hombre de cabello oscuro hablando intensamente con una morena alta en una de las mesas de cóctel. La mujer tenía una fría, belleza imponente, y a Freya le pareció un poco conocida, pero no podía ubicarla.

"¿Bran?"

Cuando oyó su nombre, levantó la vista, y su confusión pronto se fundió en una sonrisa. Llevaba puesta una chaqueta azul con costuras deshilachadas y una camisa de algodón a cuadros descolorida. "¡Freya! ¿Qué estás haciendo aquí?" Él se excusó con su compañera y se puso de pie, llevando a Freya a un lado.

"Yo podría preguntarte lo mismo." Ella no quería sentirse celosa y aun así los celos se filtraban por cada parte de su cuerpo. ¿Quién era esa mujer con la que estaba? ¿Por qué estaba hablando Bran con ella con tal intensidad? Se veían como si estuvieran discutiendo, y la mujer tenía un aire posesivo alrededor de Bran que a ella no le agradaba mucho. "¿Estás en Nueva York? Pensé que estabas en Asia."

"Acabamos de regresar; uno de los miembros de la junta no pudo llegar, así que decidimos volar aquí y hacer la reunión en las oficinas del Rockefeller Center. Me alegra verte," dijo él, sonriendo. "¿Qué te hizo venir aquí?"

"Ingrid tenía algunos asuntos aquí, y pensé en venir a acompañarla," dijo ella. Sería mucho que explicar, y por primera vez se sentía tímida alrededor de él. Después de estar separados por tanto tiempo, era extraño estar en su presencia de nuevo, como si él no fuera del todo real. Ella quería darle un beso, o tocar su mejilla, pero no pudo. Ella no podía soportar la idea de que él supiera lo que había hecho en su ausencia. Acostándose con su hermano, traicionando todas las promesas que le había hecho a él desde el principio.

"Se supone que debemos volver a Yakarta mañana para la presentación, pero les diré que se pueden ir sin mí", dijo él, como si pudiera leer su mente.

"No, no.... no hagas eso. Sólo estoy aquí por una noche y no quiero mantenerte alejado de tu trabajo." Ella se obligó a dejar de actuar al margen y lo besó intensamente. Él estaba sudado y nervioso, que adorable. "Ve, de verdad. Estarás de regreso en el pueblo la próxima semana. Nos vemos luego. Yo me tengo que ir de todos modos."

"¿Estás segura?" Bran parecía confundido y dolido. "¿Puedes esperar un momento? Tengo que hablar con Julia sobre el proyecto - ella es una de nuestras analistas - pero quiero pasar más tiempo contigo." La mujer con la que él estaba los miraba a los dos con impaciencia y comenzó a caminar hacia ellos. Él miró por encima de su hombro y levantó un dedo.

"Sí, no te preocupes por mí... te veré cuando vuelvas, ¿de acuerdo?" dijo Freya, aliviada porque no había nada de que estar celosa después de todo. Bran estaba atrapado en su trabajo como de costumbre. Ella le dio un último beso y se fue a buscar a Ingrid.

La encontró hablando con un grupo de vampiros Sangre Azul. "Bran está aquí," susurró ella. "Pero está bien, está con esa gente importante de la caridad. Le dije que lo vería cuando regrese a casa."

"¿Ustedes buscan a mi hija? Perdonen la interrupción." La Sangre Azul de sociedad que se dirigía a ellas era regia y elegante, con una forma majestuosa de hablar. "Soy Trinity Burden Force." Ella las miró a ambas fijamente. "Freya e Ingrid Beauchamp. Las Brujas de East End. ¿A qué debemos el placer?"

"Mimi visitó nuestro pueblo y se encontró con mi hermana. Tenemos que preguntarle algo", dijo Freya. "¿Sabe usted dónde podemos encontrarla?"

"Van a tener que viajar al Cairo para hacerlo. Ella salió de la ciudad el otro día, con su conducto humano. Dijo que tenía que terminar algo en Egipto, y que era más importante que graduarse de la secundaria. Y no, no sé cuándo regresará; mi hija opera en su propio horario sin informarme de cualquier cambio." Trinity sonrió levemente. "Cómo bien podría decirlo su propia madre, soy la última en enterarme."

"Genial," dijo Freya, cuando Trinity se despidió. "Si Mimi tomó a Molly, ya deben de estar a mitad de camino alrededor del mundo, o hasta ya pudo habérsela dado a Helda a cambio de quien sea que ella haya querido sacar de allí. ¿Cuánto tiempo crees que nos tomará llegar hasta El Cairo?".

Ingrid negó con la cabeza. "No tenemos tiempo para eso ahora. Nos ocuparemos de eso más tarde. Ahora tenemos que encontrar a Lionel. Emily me acaba de enviar un mensaje. Ella cree haberlo visto afuera de la granja.

"Eso es un alivio," dijo Freya.

"No, no lo entiendes - todos los animales de la granja han muerto, y ella piensa que Lionel pudo haberlos matado."

El Pacto de los Muertos

Lionel Horning y Emily Foster vivían en una antigua granja en un terreno que había sido parte de la granja lechera de los abuelos de él. Los dos artistas tenían una pequeña colección de animales salvajes, con pollos, cabras, y una vaca de ordeño. Lionel había convertido la casa en una especie de loft donde vivían y trabajaban. Cuando las hermanas llegaron, Emily las esperaba con té y bizcochos. "Gracias por venir tan pronto - ¿Cómo llegaron aquí tan rápido? ¿Me pareció que Ingrid dijo que estaban en la ciudad?" preguntó ella mientras le servía a cada una una taza de té.

"Ya estábamos de regreso cuando llamaste," dijo Freya sin ningún problema. No había necesidad de explicar cómo el armario de su habitación las hizo viajar de North Hampton a Nueva York tan fácil como cruzar por un pasillo.

"¿Cuándo descubriste a los animales?" preguntó Ingrid.

"Esta tarde. Cuando fui a rellenar el agua para los pollos." Las manos de Emily temblaban tanto que su taza de té vibraba en el platillo. "Yo iba a llamar a los servicios de animales, pero pensé que tal vez ustedes querrían darle un vistazo."

"No hay mejor momento que el ahora. Andando," dijo Freya, un poco impaciente, y poniéndose de pie. Era tan North Hampton de Emily Foster, ofrecerles té y mantener una charla amable cuando ellas estaban allí era para averiguar si su marido se había convertido en un zombi sediento de sangre. Emily las sacó por la puerta trasera hacia el granero.

"Espera... ¿Qué es eso? ¿Puedes oírlo?", preguntó Freya. "Como agua corriendo bajo la tierra". Ella se arrodilló para tocar el suelo; la tierra estaba húmeda y el ruido se hacía más fuerte.

"Suena como olas", Ingrid acordó.

"Es el río que corre directamente debajo del granero", dijo Emily. "En la década de 1850 fue construido un pozo en este sitio. No puedo creer que puedan escuchar el agua. Yo nunca he podido. Lionel decía que podía sentir la creciente cuando pintaba, pero de nuevo, Lionel ha dicho muchas cosas," dijo ella, caminando hacia la puerta del granero. Colocó sus dedos en una reluciente manija galvanizada y tiró. La gran puerta se soltó y comenzó a moverse hacia los lados en un riel de metal. Rodó por un momento y luego se detuvo. Emily hizo una mueca, "Es probable que deban contener la respiración. El olor es repugnante. Como sea, si entran y se mueven, a lo largo de la pared debe haber un interruptor de luz a su derecha. Solo estén preparadas. Iría con ustedes, pero no puedo ir allí de nuevo." Se dio la vuelta y rápidamente se alejó de la puerta, limpiándose las manos en la chaqueta dos veces y luego agitándolas en el aire mientras se alejaba. Freya la vio dar un suspiro mientras salía del granero.

El rostro de Ingrid se frunció. Un olor empalagoso salía del interior del granero, acre y

putrefacto. "Tú primero," le dijo a su hermana.

Freya sonrió mientras se deslizaba lentamente a través de la abertura. Adentro estaba oscuro. En la luz tenue, ella pudo ver que había una especie de montículo en el suelo, pero estaba demasiado oscuro como para saber algo más. Ella sintió que algo rozó su hombro izquierdo y se estremeció, pero sólo era Ingrid avanzando poco a poco en la habitación junto a ella.

"El interruptor," susurró Ingrid. Freya ya estaba tocando con su mano derecha, sintiendo arriba y abajo la pared en arcos amplios. Sus dedos arañaban la pared mientras buscaba la pequeña palanca.

"¿Qué es eso?", Ingrid preguntó. El montículo al otro lado de la habitación estaba claramente moviéndose, su superficie ondulaba, pero tal vez era una ilusión óptica. "¿¡Puedes ya prender las malditas luces!?", rogó Ingrid, pensando que debieron haber traído sus varitas.

El dedo de Freya finalmente alcanzó la palanca. El interruptor hizo clic, y hubo una pausa mientras el lastre zumbaba y se agrietaba antes de que se fueran encendiendo sucesivamente las viejas luces fosforescentes. La luz parpadeó y finalmente la habitación quedó inundada en un azul pálido.

El montículo en el otro extremo de la habitación resultó ser una pila de cadáveres de animales desgarrados y sangrientos, pieles y plumas mezcladas con sangre y vísceras en una sopa espesa de carne podrida. Las paredes y el suelo estaban salpicados de sangre y pequeños gusanos se arrastraban por encima de todo. Freya intentó no vomitar e Ingrid palideció al verlo.

"Esto es suficiente," dijo Ingrid, viéndose enferma. "Larguémonos de aquí."

Emily estaba esperando por ellas afuera y rodó la puerta del granero para cerrarlo. "Lamento mucho que hayan tenido que ver eso."

"Entonces, ¿qué te hace pensar que Lionel hizo eso?" Ingrid preguntó, mientras Emily las llevaba a un segundo, y más pequeño granero que albergaba los estudios de los artistas.

"Esta mañana estaba junto a la ventana, lavando los platos, cuando me pareció ver a un hombre afuera. Se veía como Lionel por detrás, así que lo llamé. Él no se volvió, pero ha estado actuando tan extraño desde que regresó del hospital, así que lo dejé tranquilo."

"¿Por cuánto tiempo ha estado Lionel perdido?"

Emily parecía avergonzada. "Unas cuantas semanas. Casi todo el mes. Desde la noche anterior al cuatro de julio, él dijo que no se había estado sintiendo bien. Después ese viernes llegué del mercado y encontré todo desordenado." Jalando de la puerta abierta, las llevó dentro de la acogedora casa de campo en la parte posterior, donde Lionel tenía su estudio. "Lamento no haber dicho nada antes, pero él hace esto de vez en cuando."

Clavados en la pared del fondo, había varios lienzos de gran escala que mostraban una puerta plateada, la montaña por encima de la colina, y caminos que llevaban por senderos desconocidos, extrañamente específicos para el Reino de los Muertos. Uno de los lienzos estaba roto, y había pintura salpicada sobre ellos en un movimiento irregular, en contraste con la calidad casi fotográfica de la obra debajo.

"Pero tú no viniste a verme sino hasta la siguiente semana," señaló Ingrid. "¿Por qué no antes?"

Emily se encogió de hombros y enderezó una silla. "Él es un poco distraído y nos permitimos muchas libertades. No necesitamos reportarnos el uno con el otro. Pensé que tal vez había ido a la ciudad - algunas veces se hospeda en el Hotel Chelsea - pero llamé y no estaba registrado y nadie en su galería lo había visto tampoco. Fue entonces cuando comencé a preocuparme. No ha habido ninguna actividad en sus cuentas, y no es propio de él irse por tanto tiempo. Estaba segura de que ya estaría en casa para ahora. Entonces esta mañana, pensé que había vuelto y quería revisar a los animales. En cierto modo lo olvidé... he estado trabajando, así que yo también he estado un poco distraída. Luego esta tarde, cuando vi lo que estaba allá atrás... Me asusté."

"¿Hay algún lugar al que puedas ir? Creo que es mejor si no te quedas aquí," dijo Ingrid.

"Puedo ir donde mi hermana, supongo. Ann, en Wainscott; no queda muy lejos. ¿Por qué? No creerán que él vendría a por mí ¿verdad? Ni siquiera estoy segura de que haya sido Lionel, pudo haber sido alguien más." Negó con la cabeza. "¿Creen que esto tenga algo que ver con lo que su madre le hizo a Lionel?"

"Emily..."

Emily empuñó sus manos. "Es todo culpa mía. Yo pedí la ayuda." Ella parecía tener una lucha interna consigo misma. "Iré con Ann." Miró a las hermanas lastimeramente. "¿Tratarán de encontrarlo? ¿Tal vez ayudarlo? No le hagan daño, ¿de acuerdo?"

Ellas trataron de asegurarle que todo estaría bien mientras se iban despidiendo. Cuando quedaron solas en el auto, Ingrid intercambió una mirada con su hermana. Las cabezas de todos los animales estaban arrancadas y sus entrañas cortadas. "Si algo salió mal con su resurrección, es posible que ahora esté atrapado entre la vida y la muerte," dijo ella. "Está vivo, pero su cuerpo se descompone y tendrá que..."

"Alimentarse, lo sé. Esos animales se veían medio comidos." Freya se quedó en silencio por un momento mientras trataba de pensar. "Ha pasado tanto tiempo desde que Mamá ha hecho algo como esto, es posible que algo saliera mal."

Ingrid pisó el acelerador y despegó por el camino de la graja. Todavía podían ver a Emily observándolas desde la ventana de la sala. "Zombis," Ingrid murmuró. "¿Qué sabemos acerca de ellos?"

"Aparte de que son descoordinados, no saben lo que hacen, ¿y son básicamente cadáveres

andantes con un gusto por la sangre?" Preguntó Freya.

"¿Así que Lionel Horning se volvió Zombi, mató a Molly Lancaster, escondió su cuerpo, y luego regresó a la casa y mató a sus animales?" Ingrid sugirió. "Si me preguntas, parece mucho para haberlo hecho un zombi. Ellos ni siquiera pueden caminar bien."

"A menos que..."

"¿A menos que qué?"

"¿Recuerdas el caso Fontainer?" Preguntó Freya. "Cuando vivíamos en Francia en el siglo XII?"

"¿Me recuerdas?" Preguntó Ingrid.

"Jean Fontainer era un granjero; se mató accidentalmente cuando su caballo se asustó y lo lanzó lejos. Su viuda fue donde Mamá, pero ella se negó a traerlo de vuelta ya que había estado muerto por más de veinticuatro horas, así que su viuda fue donde Lambert de Fois."

Ingrid asintió. Ya estaba empezando a recordar. Lambert de Fois era el líder de su aquelarre en aquel entonces. "Correcto."

"El estúpido hechicero lo resucitó de entre los muertos, pero no funcionó. Todos pensamos que Fontainer se volvió zombi, pero resultó que ese no era el problema."

Ingrid suspiró. Lo recordaba todo demasiado bien ahora. Al resucitar al granjero después de que su cuerpo había estado frío por un día, Lambert de Fois había quebrado el Pacto de los Muertos, y Helda no estaba muy complacida. "No. Ese no era el problema en lo absoluto."

"Jean Fontainer no era un zombi. Helda se aseguró de que regresara a la vida como algo más. Un demonio."

Secretos Familiares

Uno de los mayores placeres de la vida era regresar a casa después de un largo viaje, pensó Joanna mientras ponía su maleta en el pasillo y colgaba su sombrero en un gancho. Gilly voló a su percha habitual en el techo, al mismo tiempo que Joanna encendió las luces. Se sorprendió al encontrar la sala de estar hecha un desastre, almohadas en el suelo, botellas de agua y copas de vino en la mesa de café. La cocina estaba peor, con su pila habitual de platos sucios y ollas usadas en la estufa. Joanna ya se había acostumbrado a que los Alvarez se ocuparan de todo, y Gracella mantuviera la casa bien ordenada. Llamó a la cabaña, pero no hubo respuesta. Ya era demasiado tarde como para saludar a Tyler de todos modos, decidió ella. Escuchó un auto estacionarse y las voces de sus hijas viniendo de la entrada. Oh, bien, estaban en casa, tenía mucho que contarles.

"¡Chicas!," dijo ella, abriendo la puerta.

"¡Mama!", dijo Freya, sintiéndose culpable al ver a su madre, a pesar de que nada de lo que había sucedido era técnicamente su culpa, aunque sin duda, lo que hizo Joanna tenía algo que ver. Aun así, no le entusiasmaba decirle a su madre que, en su ausencia, Ingrid había ayudado a un vampiro que había visitado su pueblo y que el buen hombre que Joanna había traído de entre los muertos era ahora un zombi o, más probablemente, estaba poseído por un demonio.

"¿Dónde has estado?" Ingrid quería saber.

Joanna las hizo pasar y cerró la puerta. "He estado buscando a su padre," dijo ella, retorciendo sus manos. "Necesito de su ayuda. Escuchen, hay algo que necesitan saber sobre él."

"Yo sé dónde está," Interrumpió Ingrid.

"'¿A qué te refieres con eso? ¿Sabes dónde está papá?" preguntó Freya, mirando a su hermana. "¿Y no dijiste nada? ¿Cómo pudiste?".

"Lo siento. Él me escribió hace unos meses. Quería estar en contacto con todas nosotras, pero pensó en intentarlo conmigo primero. Él pensó que mamá estaría muy enfadada y que Freya simplemente quemaría todas sus cartas."

Freya se cruzó de brazos y se dejó caer en el sofá más cercano. "Tenía razón en eso. Él nos dejó, Ingrid. ¡Abandonó a nuestra familia! ¿No entiendes eso?"

"Lo siento, Madre. Freya. No quería decirles... Sabía que se molestarían, pero lo extrañaba tanto. Y él también nos extraña. Él sólo quiere que seamos una familia de nuevo."

"Sí, respecto a su padre," dijo Joanna, con arrugas formándose en su frente. "Tengo que decirles algo, chicas. Es muy difícil para mí decirlo y espero que en sus corazones puedan perdonarme."

"¿Por qué? ¿De qué estás hablando?", preguntó Freya.

Joanna las miró a ambas directo a los ojos, con la cabeza en alto, como si preparándose para la horca. "Su padre no las dejó. Yo lo eché. Le dije que tenía que dejarnos solas y que si intentaba ponerse en contacto con alguna de ustedes me aseguraría de que lo lamentara para siempre."

Por un momento, ninguna de las chicas habló, hubo un silencio pesado, cargado de siglos de pérdida, dolor, y resentimiento. Ingrid pensó en todo lo que habían perdido; años de los sabios consejos de su padre, su protección, su amor. Freya ni siquiera podía hablar. La traición era tan cruel que sintió una compresión en la boca del estómago. "¿Por qué, madre?", finalmente susurró.

"Lo lamento tanto, mis amores. No pude detenerme, yo estaba tan enojada por lo sucedido durante los juicios. Quería que él hiciera algo al respecto—Que las sacara de la cárcel, que utilizara su poder para influir al juez—pero no lo hizo. Debido a las leyes del mundo medio, por supuesto, pero yo no estaba pensando racionalmente."

Freya contuvo las lágrimas. "Nos mentiste. Nos dijiste que él nos dejó, que estaba avergonzado de nosotras. Que no quería tener nada que ver con nuestra familia."

"Eso no importa ahora," dijo Ingrid, sentándose en el sofá y poniendo los brazos alrededor de su hermana. "No podemos recuperar esos años. Pero hay algo más que necesitan saber. Papá ha estado ayudándome con algo importante. Y creo que algo pudo haberle pasado. No ha devuelto ninguno de mis mensajes en varios días."

"Algo le ha sucedido," dijo Joanna. Respiró profundamente de nuevo. Freya se preguntó si podría soportar otra revelación.

"Él ha ido a ver al Consejo Blanco," les contó su madre. "Fui a su apartamento y esperé por él. Un mensajero del Consejo vino, con una carta que le concedía permiso para hablar, pero, obviamente, él decidió no esperar por ella. Él fue a consultar al Oráculo. Y probablemente ya esté allí."

Freya quedó sin aliento. "¿Pero por qué haría eso?"

"No lo sé. A menos que nuestras acciones aquí hayan llegado a sus oídos de alguna forma; tal vez él les está informando sobre nuestras violaciones a la Restricción." Joanna se cruzó de brazos.

"Papá no haría eso," dijo Ingrid con lealtad. "Si él fue con el Oráculo debe haber una buena razón para ello."

"Como sea, ¿Qué era eso con lo que te estaba ayudando?" preguntó Freya.

"Los planos de Fair Haven, Encontré algo—Estas claves de diseño un poco extrañas. Papá las estaba decodificando para mí. Él dijo que había descubierto lo que eran, pero después desapareció."

"¿Quizás quería hablar de eso con ellos?" sugirió Freya.

Joanna se dio vuelta para hacer frente a Ingrid. "¿Fair Haven? ¿Tú y tu Padre estaban haciendo algo con Fair Haven?"

Ingrid describió las etiquetas de las claves con las volutas decorativas. "Creo que debería habértelo pedido a ti en primer lugar, madre, ya que tú podrías saber si hay algo inusual en Fair Haven que debamos saber."

Joanna negó con la cabeza. "Sólo lo que el Consejo nos dijo cuándo nos instalamos aquí en North Hampton, que la costura se encuentra allí, el límite donde los mundos vivos y los crepusculares se encuentran. Pero creo que podría haber algo más que eso. Antes de irme fui a Fair Haven, donde la oscuridad gris en el agua parece haberse concentrado."

"No es sólo aquí; es en el Pacífico Sur, y cerca de Alaska también," dijo Ingrid. "Y vi en la televisión el otro día que creen que pudieron encontrar uno en Reikiavik."

Joanna inhaló profundamente al escuchar la noticia. "Lo que sea que está en los océanos no es de este mundo, estoy segura de eso. Fui a buscar a su padre porque tenía la esperanza de que pudiera ayudarme a averiguar que era y de dónde venía para poder detenerlo. Ese hechizo que lancé no va a durar. Voy a necesitarlas a ustedes para fortalecerlo."

"Empezaremos de inmediato," asintió Freya.

"Muy bien. Con nosotras tres creo que podremos contenerlo un poco más hasta que sepamos cómo deshacernos de eso por completo." Joanna miró a sus niñas. "Una cosa más. ¿Qué pasó con la casa? ¿No ha venido Gracella a limpiarla? ¿Y cómo se encuentra Tyler?"

"Tyler está en el hospital," dijo Freya. "No te preocupes, Estuve pendiente de él. Tiene fiebre y una infección, pero los doctores dicen que lo tienen todo bajo control."

Joanna trató de mantener la calma. Si Tyler estaba enfermo, el hospital era el lugar más seguro donde podía estar. "Primero lo primero: la Isla Gardiner y luego el hospital."

Ellas se preparaban para irse cuando hubo un golpe seco en la puerta, las tres mujeres saltaron y se miraron con temor.

"El Consejo", aulló Ingrid.

"El Oráculo no toca a la puerta," burló Freya. Se asomó por la ventana y vio a varios coches de policía aparcados en la entrada, con sus luces intermitentes. "¿Pero qué rayos?"

"Abre la puerta," instruyó Joanna.

Ingrid se dirigió hacia la puerta principal y la abrió completamente. "¡Matt!", gritó ella, acomodándose las gafas. En todas las formas en que había imaginado a Matthew Noble visitando su casa, esta ciertamente no era una de ellas. El detective la miró disculpándose

mientras daba un paso dentro de la puerta, con dos policías detrás de él.

"Hola, Ingrid, en serio lamento molestarte, pero espero que tu familia tenga algo de tiempo esta noche para pasarse por la estación y responder algunas preguntas," dijo él, viéndose cansado y ansioso.

"¿Por qué?"

"¿Podemos hablar de ello cuando lleguemos a la estación?"

"¿Tenemos que hacerlo?" Exigió Freya. "¿No necesitas una orden o algo?"

"No, sólo queremos hacerles algunas preguntas," dijo severamente. "Es un procedimiento estándar."

"Matt, ¿Qué está ocurriendo?", preguntó Ingrid con miedo.

"¿Por qué necesitas hablar con las chicas?," preguntó Joanna, con un tono y manera imperiosa, como si el detective de la policía fuera un subordinado atreviéndose a dirigir a la reina.

Freya resopló. "¿Estamos siendo arrestadas, ¿verdad?"

"No, en lo absoluto, para nada. Miren, sólo queremos hacerles un par de preguntas," repitió Matt por tercera vez, sacudiendo ligeramente su cabeza a Ingrid, como diciéndole que no podía hablar libremente en ese momento.

"Bien," dijo Freya. "Ingrid, vamos. Veamos de que quieren hablar." Ambas hicieron un gesto hacia la puerta, pero el detective se interpuso y miró hacia atrás, disculpándose con su madre.

"Lo lamento, señora, pero nos gustaría hablar con usted también," dijo él.

"¿Yo? ¿Por qué?," la frente de Joanna se arrugó de la preocupación.

"Se lo haremos saber en la comisaría. ¿Señoritas?," preguntó Matt, guiándolas a las patrullas estacionadas en el camino de la entrada. Una a una, las mujeres de la familia Beauchamp fueron colocadas en el asiento trasero, y el coche de policía se alejó a toda velocidad, con sirenas y luces intermitentes sobre él. Puede que ellas no hayan sido arrestadas, pensó Freya, pero seguro se sentía como si estuvieran en problemas.

Parte III

Los Dioses Deben Estar Locos

Los Juicios de Salem

Freya hizo una mueca a su hermana, que estaba sentada estoicamente a su lado en el asiento trasero de la patrulla. Su madre estaba del otro lado, y ninguna de ellas había dicho una palabra desde que fueron detenidas. Cuando llegaron a la estación, las tres fueron separadas, y Freya fue dejada sola a reflexionar sobre su destino y el de su familia en una pequeña habitación. El patrullero, que era amigo suyo, no la miró a los ojos cuando la llevó, mala señal. Se preguntó que iba a pasar cuando la puerta se abrió, pero resultó ser sólo Ingrid, con el rostro desencajado.

"¿Qué está pasando? ¿Hablaste con Matt? ¿Qué ocurre?"

Ingrid negó con la cabeza. "No. Querían hablar con mamá primero. Debieron usar la sala para interrogar a alguien más, así que me trasladaron aquí. No tengo idea de que está pasando."

"Vaya amigo que tienes," murmuró Freya. Se echó hacia atrás en su silla y miro alrededor de la pequeña habitación con el espejo unidireccional. Se preguntó quién las estaba observando. "Vaya, esto me trae tantos recuerdos."

Su hermana cerró los ojos y mordió la punta de su dedo pulgar. "Lo sé."

Freya suspiró. En 1690, se habían instalado en el lindo pueblo de Salem, en Massachusetts. Sus vidas las trajeron al nuevo mundo como sanadoras. Su madre había sido una de las parteras más solicitadas, había ayudado a traer bebés sanos en una época en la que muchas mujeres morían en el parto y tantos recién nacidos morían de fiebre y viruela. Ingrid trabajaba en la comunidad de la misma forma que lo hacía ahora, repartiendo encantamientos y hechizos para el hogar. Su padre era un pescador, debido a su habilidad para maniobrar las aguas y traer buenas cosechas.

Entonces algo terrible sucedió. Bridget Bishop, quien ayudaba a Joanna con el lavado, se acercó a ella en busca de ayuda durante su embarazo y murió en el parto. Bridget era muy querida por la familia, y Joanna no pudo ser capaz de ayudarla. Entonces los rumores comenzaron: se decía que Freya mantenía un romance con un chico comprometido en matrimonio con Ann Putman, quien más tarde se convertiría en la líder del grupo de acusadoras. Ann y su amiga Mercy Lewis, declararon que habían visto a Freya e Ingrid "volando en el aire a través de la niebla de invierno." Los juicios eran una farsa, pero eficaces. La comunidad se volvió en contra de ellas, tildando a Freya de puta, a Ingrid de perra, y a Joanna un monstruo. Norman y Joanna se salvaron, pero se les dio un castigo aún más terrible, Tuvieron que ver como sus hijas eran colgadas en Gallows Hill en 1692.

Freya se estremeció. Aún recordaba la sensación de la soga en su cuello, la cuerda áspera que picaba su piel, La forma en la que la multitud la escupía y arrojaba comida podrida a su carreta, el odio y el miedo, y la histeria.

"No lo hagas," dijo Ingrid, sabiendo exactamente lo que pensaba Freya. "No sirve de nada."

Los juicios de Salem fueron el principio del fin de la práctica de magia en mundo medio. Cuando las chicas renacieron, encontraron un mundo nuevo y nuevas reglas esperándolas. La familia se había instalado en North Hampton, y Joanna les explicó que el Consejo Blanco les había hecho una visita justo después del entierro. El Consejo les dijo que para que cualquiera de ellos siguiera viviendo en mundo medio, cada uno de su especie ahora tendría que adherirse a una nueva condición: La Restricción de Poderes Mágicos. En efecto, eso significaba que ya no podían practicar el arte de la magia y la brujería sin castigo o recriminación por parte del Consejo. Debían vivir como humanos, con vidas tan ordinarias como fuera posible. No debía haber más atención indebida que pusiera en peligro el conocimiento de su existencia. Para continuar sobreviviendo en mundo medio tendrían que estar de acuerdo con vivir en las sombras. Aquellos que no cumplan las reglas estarían violando las leyes del Consejo y serían castigados severamente. Su madre también les dijo que Norman había dejado a la familia para siempre, y desde entonces nunca volvieron a ver a su padre.

Aquella vez en Salem, como en la actualidad en North Hampton, Freya entendía que no tenían permitido utilizar su magia para salvarse. Eso se había dejado claro desde el principio, cuando se encontraron atrapados del otro lado del puente, justo en los albores del mundo. A veces Freya se preguntaba cómo era posible que ella fuera tan vieja y al mismo tiempo tan joven como para encontrarse en el mismo lugar que estuvo siglos atrás. ¿Acaso nunca iba a aprender? Tal vez el Consejo tenía razón, tal vez la magia no tenía lugar en mundo medio. Cada vez que se practicaba abiertamente, esto sucedía: una multitud ansiosa, juicios apurados, y el resultado era siempre el mismo—brujas colgando de la horca o quemadas en la hoguera, con sus cenizas esparcidas a los cuatro vientos.

Se sentaron en la habitación por lo que pareció una eternidad, pero en realidad fueron sólo unas pocas horas. Los policías fueron amables y corteses, especialmente aquellos que habían trabajado con Freya antes, trajeron sándwiches y bebidas de la máquina expendedora. Pero no se les permitió salir. Matt Noble las vigilaba de vez en cuando, pero Freya fue capaz de entender por su ansiedad y las miradas tristes con Ingrid, que a pesar de que él no estaba contento con lo que estaba ocurriendo, no tenía poder para detenerlo, tampoco.

Finalmente, la puerta se abrió y le permitieron a su madre entrar a la habitación. "¿Qué está pasando?" Preguntó Freya, ayudando a Joanna a tomar asiento en la silla más cercana.

"Es lo más absurdo," dijo Joanna. Miró a sus hijas, completamente desconcertadas por la situación en la que se encontraban. Aquí estaban, aterradas de las recriminaciones del Consejo, preocupándose de rayos cayendo del cielo, y se habían olvidado de que el reino de los humanos ha sido históricamente la zona que más dolor les ha causado.

"Muy bien, ¿qué pasa? ¿De qué querían hablar contigo?"

Joanna miró a sus chicas con una expresión de incredulidad. "Maura Thatcher despertó del coma."

"Eso es bueno, ¿verdad?," preguntó Ingrid.

"Bueno, sí. Excepto que ella les dijo a los detectives que fui yo quien la atacó la noche que Bill murió, que me vio golpearlo en la parte posterior de la cabeza con una roca, y que después le hice lo mismo a ella. ¿Pueden creerlo? De acuerdo con ella, yo lo maté."

Una Buena Ofensa es Una Buena Defensa

Antes de que las chicas pudieran reaccionar, la puerta se abrió de nuevo. Matt Noble entró en la sala y se dirigió a las tres mujeres agrupadas alrededor de la mesa. "Lo siento mucho. Ya es bastante tarde, y vamos a tener que continuar con esto otro día." Él miró lastimeramente a Ingrid, pero ella se negó a reconocerlo.

"Así que, ¿ya podemos irnos?", preguntó Freya.

"¿Incluso yo?", preguntó Joanna, tentativamente.

"Sí, incluso usted, señora Beauchamp." Matt asintió. "Una vez más, pido disculpas por las molestias. Esperamos que puedan volver mañana y responder a nuestras preguntas entonces."

Freya asintió brevemente. "Vamos, Ingrid, Mamá," dijo ella, guiando a su hermana y a su madre fuera de la habitación. Ingrid parecía estar catatónica, y Joanna parecía agotada más allá de la razón.

"No vamos a volver mañana," dijo Ingrid, encontrando su voz y mirando directamente al detective. "No sin nuestro abogado."

Algo bueno de los abogados, pensaba Ingrid, era que siempre eran puntuales. Los abogados y sus facturas siempre llegaban justo a tiempo. Antonio Forseti era un abogado defensor con una excelente reputación. También era un hechicero y un viejo amigo de la familia. Al igual que las Beauchamp, él había sido incapaz de practicar la magia dado que La Restricción había sido impuesta a todos los de su especie. En su lugar, él utilizó sus talentos naturales en la negociación, la ley de la balanza, y el uso de la mediación para construir una de las más grandes y exitosas firmas de abogados en la ciudad de Nueva York. Él arribó la tarde siguiente, armado con noticias.

"He hablado con el fiscal de distrito de aquí," dijo él, tomando asiento en la cabecera del comedor formal. Forseti era un hombre grande, con un potente pecho de barril y una cabeza llena de cabello oscuro, y su apretón de manos había dejado a Ingrid sintiéndose un poco magullada.

"¿Qué dijo él?" Preguntó Joanna, alzando la voz un par de octavas. "¿Voy a ser arrestada?"

Las chicas habían pasado la tarde calmando a Joanna, que había estado al borde de la histeria toda la noche. Joanna había abogado por dejar el pueblo tan pronto como fuera posible, y sólo cuando Ingrid le recordó que irse para siempre significaba no volver a ver a Tyler, fue que dejó de presionarlas con huir.

"Todavía no. Por el momento, es sólo la palabra de Maura Thatcher contra la tuya, y acaba de salir del coma. No tienen nada para probar que es verdad, nada que puedan llevar a la corte, al menos. Por ahora."

"¿Qué hay de nosotras? ¿Qué quieren preguntarnos?", Freya quería saber.

Forseti las miró fijamente. "Ellos quieren preguntarte sobre tus pociones y a Ingrid sobre sus nudos." Tomó un largo sorbo de su café. "Encontraron el cuerpo de Molly Lancaster enterrado a unos pocos metros de la playa. Fue golpeada hasta morir. Confesó el chico de los Adams, dijo que fue él, que él la mató esa noche."

Freya se llevó las manos a la boca, pensando en el horrible destino que había abatido a la pobre chica, hasta que Forseti habló, ella había estado esperando que de alguna forma Molly haya salido del pueblo, que simplemente hubiera escapado.

"Así que, Derek confesó. ¿Pero qué pasa con Freya? ¿Qué tiene esto que ver con ella?" Ingrid demandó.

"Su abogado alega que Derek fue una víctima. Que no tenía control de sus acciones, que fueron una reacción a Molly por tomar una de las pociones de Freya," dijo él. "Si ellos demuestran que él fue víctima de tu brujería, entonces sus cargos serán bajados a tercer grado. Sin intención, sólo un delito menor; al ser su primera ofensa, él podría recibir un año."

"¿Y qué hay de mí? ¿Es eso lo que ellos piensan, también? ¿Qué yo maté al alcalde?", preguntó Ingrid.

El voluptuoso abogado asintió. "Sí, ellos piensan que pueden probar que tu encantamiento llevó al alcalde a tomar su propia vida."

"¡Todo esto es absurdo!", Freya rió. "¿Magia negra? ¿Acaso están locos? ¿Van a argumentar eso en un tribunal de justicia? ¿En qué siglo estamos viviendo?".

Él suspiró y levantó las manos para indicar que aún no había terminado. "El padre de Corky Hutchinson es un juez retirado con algo de poder en la oficina del fiscal, y los padres del chico Adams han contratado a un canalla realmente caro que usará una jurisprudencia que no ha sido invocada en siglos. Pero el hecho de que no haya sido usada, no significa que no pueda ser sostenida. Hay un montón de leyes anticuadas en los libros. Y no olviden, que en Salem colgaron a diecinueve de nosotros sin ninguna causa."

Por un momento, eso desanimó a Freya, mientras que Joanna comenzó a arrugar la nariz e Ingrid juntó sus manos. Esto era justo como antes. La única diferencia era que Forseti llevaba un traje más costoso. Esto era Salem de nuevo. Un pequeño pueblo en histeria. Acusaciones por parte de familias de alto rango en una comunidad muy unida. Brujas en juicio. La magia la raíz de todo mal. Aquello que los humanos no entendían siempre temían. Las Beauchamp habían creído que las personas de North Hampton podrían ser diferentes; estaban equivocadas.

"¿Qué es lo peor que nos pueden hacer?"

"Si ganan el caso, y no digo que vayan a ser capaces de hacerlo, ustedes dos podrían ser declaradas culpables como cómplices de asesinato, lo que es un delito grave, y,

dependiendo de lo que puedan probar, podrían darles una sentencia de por vida en prisión."

"¿Y qué hay de mamá? ¿El testimonio de Maura se puede sostener?"

"Posiblemente, si pueden encontrar más pruebas para construir su caso. En este momento podríamos argumentar que ella está confundida, que no es una testigo fiable. De acuerdo con la señora Thatcher, ellos se toparon con Joanna esa noche, y cuando se dieron la vuelta para alejarse, Joanna los atacó. Lo bueno es que no te están acusando de ser una bruja, por lo que tu caso es bastante sencillo. Todo lo que tienen es a Maura Thatcher, que no es mucho; así que, por ahora, no estoy demasiado preocupado."

"¡Pero yo ni siquiera estaba cerca de la playa esa noche! Era enero. ¡Yo estaba en la cama para entonces! ¿Y por qué habría yo de hacerles daño?", preguntó Joanna abanicándose.

"¿Puedes probarlo?"

"No estoy segura. Tendré que revisar mi calendario, ver donde estaban las chicas esa noche y lo que recuerdan."

Freya frunció el ceño. "Estoy bastante segura de que yo estaba trabajando esa noche."

"Y yo ya estaría dormida." Ingrid suspiró. "Esto es inútil."

"Está bien, está bien, así que piensan que mamá es una asesina que va por ahí golpeando a ancianos en la cabeza, y que Ingrid y yo somos brujas malvadas. ¿Qué hacemos ahora?" preguntó Freya.

Forseti le dio un gran sorbo a su taza de café. "¿Quieren mi consejo? Y sé que así es, de lo contrario Joanna no habría llamado a mi oficina a las dos de la mañana. Es una salida fácil. ¿Están listas?"

Las chicas asintieron.

"Ustedes responderán a sus preguntas, les dicen todo lo que saben, pero recalcando que la magia no existe. ¿Acaso están locos? Tus pociones no son más que lindos cócteles, e Ingrid es una chiflada, ya saben, una de esas mujeres de biblioteca que han leído demasiado zoroastrismo." Forseti se encogió de hombros. "Esto no es Salem. Son tiempos diferentes. Un tiempo secular."

"Eso suena bastante razonable," Joanna asintió. "¿Qué piensan ustedes, chicas?"

Freya se encogió de hombros. "Supongo, es decir, yo estoy con usted, señor Forseti, no veo como sus acusaciones podrían llegar más lejos en la corte, pero..."

"¿Pero?"

"Me preocupa"

"Por supuesto que estás preocupada, cariño. Ser interrogada por la policía no es algo que

se deba tomar a la ligera. Y no es que yo lo haga, pero créeme, tengo esto asegurado."

Ingrid frunció el ceño. Forseti ciertamente se veía diferente a la última vez que lo había visto, pero por lo demás, incluyendo su absurda confianza en que el sistema legal les daría un juicio justo, era exactamente el mismo. "Con el debido respeto, señor Forseti, la última vez que nos representó, también argumentó que la magia no era real y aun así fuimos colgadas."

"Entonces, ¿qué estás diciendo?" El abogado preguntó, viéndose ofendido.

Ingrid miró a su familia. Su madre había envejecido cien años en una noche, y Freya parecía como si estuviera a punto de desmayarse. "Les diremos la verdad esta vez. Que nuestra magia es real. Que somos brujas. Pero que no tenemos nada que ver con esto. No usamos magia negra y no tenemos nada que ver con el asesinato de Molly o el suicidio del alcalde."

Freya asintió lentamente y el color volvió a sus mejillas.

El Sr. Forseti negó con la cabeza. "Eso es muy arriesgado."

"¿Estás segura, Ingrid?" preguntó Joanna. "Espero que sepas lo que estás haciendo."

"Estoy segura," Ingrid asintió. Ella recordaba Salem demasiado bien, sentada en esa pequeña celda durante ocho meses, subsistiendo a base de pan duro y agua. Había visto a sus compañeras brujas ser acarreadas por la colina para no volver jamás. Ella se sentó en la sala del tribunal y escuchó como una sucesión de sus amigos más queridos la apodaban con nombres horribles, la culpaban de toda enfermedad y racha de mala suerte que experimentaban, habían convertido su ayuda en una retorcida historia de magia negra y brujería diabólica. Todos los días esperaba el sonido de los carruajes que la llevarían a su muerte. Ella no tenía miedo a la muerte, pero tenía un mortal miedo al dolor. Una ronda de interrogatorios era sólo el comienzo; pronto habría un arresto, un juicio, una condena si se descuidaban. Los árboles para colgarlas ya habían desaparecido, pero todavía podían vivir el resto de esta vida en una celda en prisión. La cadena perpetua significaba algo más para los inmortales.

Quizá su madre tenía razón: su única oportunidad era huir, esconderse en las sombras y desaparecer. Pero este era su hogar. Ella pensó en sus amigos, y en Matt, quien le había susurrado en el oído mientras se la llevaban: "Yo te creo."

Ella miró a su familia. "Es hora de contar la verdad. Cuando nos pregunten lo que hicimos, les diremos. Admitiremos quién y qué somos. ¿Freya?"

Su hermana asintió. "No veo otra solución. E Ingrid tiene razón. No quiero seguir viviendo una mentira. ¿Qué podemos perder?"

Todo, pensó Ingrid, pero estaba dispuesta a correr ese riesgo.

La Maravillosa Vida Breve de Tyler Álvarez

Ya que Forseti seguía negociando con el departamento de policía por una fecha que fuera más conveniente para que las mujeres se presentaran y respondieran a sus preguntas, Joanna tuvo la oportunidad de visitar a Tyler al día siguiente. El ala de los niños estaba pintada de un alegre azul y rosa, pero Joanna pensó que nunca había estado en un lugar tan deprimente. Tantas falsas esperanzas y promesas, cuando, en realidad, todo esto era el cetro de la muerte en la puerta, arrebatando las más preciosas vidas. A los niños no se les debería permitir morir o enfermarse; debería ser una regla, pensó Joanna, enfurecida. Uno no debería dejar mundo medio hasta haber tenido una vida plena... ¿al menos hasta los dieciocho? ¿Treinta? ¿Sesenta? El tiempo no significaba nada para aquellos que tienen demasiado, pero era aún más precioso una vez era limitado.

Ella se había prometido a sí misma que nunca volvería a amar a otro niño. Después de lo que le pasó a su hijo sabía que no sobreviviría si perdía otro. ¿Cómo pudo dejar que esto pasara? Y las chicas — ella ni siquiera podía pensar en la investigación y el interrogatorio próximo de las chicas. Ella esperaba que supieran lo que estaban haciendo, pero le preocupaba que fueran demasiado optimistas sobre sus posibilidades. El mundo no había cambiado; ella había estado en él el tiempo suficiente como para entender eso. Los niños mueren. Ya sea en la horca o en un hospital.

Joanna miró a la pequeña, y arrugada figura en la enorme cama, conectado a un laberinto de cables y goteos. Ella se puso de pie en el otro lado de la cama, mientras que sus padres mantenían vigilia a cada lado, su madre sostenía su mano. Tyler había sido trasladado a la unidad de cuidados intensivos hace unos días. Cuando Freya y Gracella lo trajeron, se recuperó, pero pronto volvió a enfermar, esta vez con una infección peor. Los médicos no podían explicarlo: no había infección bacteriana, y él no respondía al tratamiento viral, tampoco. Pero Tyler no era el único: había otros dos niños en el ala del hospital con los mismos síntomas; y en el hospital principal, había adultos con la misma flema, tos contundente, y la misma respiración entrecortada. Al igual que Tyler, las víctimas habían mostrado síntomas más leves al principio que podían ser atribuidos a las alergias o la gripe; pero uno por uno de ellos fue empeorando, con complicaciones que afectaban las funciones pulmonares y cerebrales. Freya estaba visitando a su jefe, Sal McLaughlin, que estaba abajo en el pasillo, y Joanna se topó con Dan Jerrods, cuya esposa, Amanda, estaba ahora en terapia intensiva.

Ella vio el pecho de Tyler subir y bajar, escuchó su respiración, se le dificultaba hacerlo. El doctor a cargo entró. "Dígame la verdad... ¿Qué tan grave es?," preguntó ella.

El joven residente agachó la mirada, su voz se tensó. "No hay nada que podamos hacer por él ahora, excepto hacerlo sentir cómodo. Lo siento."

Los Alvarez fueron con ella para traducir. ¿Qué dijo el doctor? ¿Qué quiso decir? Joanna negó con la cabeza y comenzó a llorar en silencio, y fue en ese momento que Gracella empezó a gritar. Hector trató de calmar a su mujer, y las enfermeras los rodearon. Fueron

llevados a otra habitación, donde a Gracella se le administró un sedante.

Joanna se puso de pie, firme en el lugar, todavía tratando de procesar las palabras del doctor. Hacerlo sentir cómodo. Nada que podamos hacer. ¿Era este realmente el final? ¿No había nada que se pudiera hacer por él? Ella apretó los puños y maldijo a los dioses que no podían oírla. Esto era igual que antes. Todavía podía recordar la voz que había condenado a su hijo para la eternidad, como su niño había sido envuelto por el humo que se elevaba desde el suelo y luego lo arrastró al limbo, a la nada, a cumplir su sentencia.

La puerta se abrió y apareció Ingrid, sosteniendo una cesta de frutas. "Es de parte de Tabitha y Hudson. Ellos se enteraron. ¿Cómo está?"

"Sigue igual. No, de hecho, no es así. Está peor."

"Lo siento tanto, Madre." Ingrid apretó su hombro, pero ella también estaba llorando.

"Lo sé, mi amor," Joanna palmeó la mano de su hija y contuvo un sollozo.

"Y no hay nada que... Quiero decir... Sé que no hay nada que tú puedas hacer... ¿pero...?"

Joanna negó con la cabeza. Maldijo a la magia dentro de ella. Su inútil, inútil magia. Esta era la mayor tragedia de su don: Joanna podía traer a cualquiera a la vida, curar cualquier enfermedad, traer salud y felicidad a la persona moribunda en la habitación contigua. Ella había salvado a Lionel Horning del Reino de los Muertos. Pero su magia era inmune a aquellos que amaba. Recordó a esa chica en Salem, Bridget Bishop, a quien ella amaba como si fuera su propia hija. Bridget había muerto en un charco de su propia sangre, mientras que Joanna estaba impactada e indefensa, incapaz de hacer algo para salvarla.

Por los próximos días, las Beauchamp trajeron la navidad en agosto al ala infantil, especialmente a la habitación de Tyler. Mientras los abogados negociaban, Freya hacía hermosas fiestas, enormes tartas chorreantes de glaseado de crema de vainilla, rollitos envueltos en salsa de chocolate, los más suculentos pasteles, y las más grandes galletas con chispas de chocolate. Ingrid hizo hechizos para mantener las almohadas de Tyler rellenas y esponjosas, encantamientos que permitían a sus sábanas permanecer secas, incluso cuando tenía sudores nocturnos. Y Joanna trajo las marionetas danzantes y los soldaditos de guerra.

Una noche, Tyler abrió los ojos. Vio a Joanna y sonrió.

"¿Qué quieres, cariño? ¿Mi dulce? ¿Mi querido?", preguntó ella, mientras le alisaba el cabello.

"Quiero volar," dijo él, mirando con anhelo por la ventana. "Afuera. Como tú."

Esa misma noche, Joanna conjuró una escoba - ella no la necesitaba, pero sería más fácil para Tyler, para que tuviera algo a lo que aferrarse.

Salieron volando de la cama del hospital hacia las estrellas, con la risa del niño escuchándose sobre los árboles.

Veinte Preguntas

Dado que Freya no tenía nada apropiado para llevar a la reunión con la policía, era su turno de pedir algo prestado del armario de Ingrid.

"Toma esto," dijo Ingrid. "Ahora te vez inocente."

"Somos inocentes," Freya torció los ojos. Se dio un vistazo en el espejo. Llevaba un conjunto de cachemira, una falda de cuadros que llegaba hasta la rodilla y zapatos de tacón bajo. "Todo el mundo piensa que lo somos." Ella le echó un vistazo a las cartas que llegaron una vez que se extendió la noticia de que la policía estaba interesada en hablar con las mujeres Beauchamp sobre su supuesta magia.

Ingrid asintió. Muchos de sus amigos en el pueblo habían enviado notas de aliento y amor. Había una dulce nota de parte de Tabitha, una divertida de Hudson, y aunque Sal aún estaba en el hospital, Kristy había dejado un mensaje en la máquina contestadora diciendo que, si iba a haber una cacería de brujas, las Beauchamp eran más que bienvenidas a esconderse en su casa hasta que el ajetreo pasara. Ellas no tenían nada que temer; el pueblo estaba con ellas, a diferencia de Salem, donde habían estado sin amigos y solas. Eso les dio coraje para enfrentar el día que tenían por delante.

Forseti las esperaba afuera con su auto. "¿Dónde está Joanna?" preguntó él, cuando vio que eran sólo Ingrid y Freya.

"Es mejor si no viene con nosotras," dijo Freya. Ella e Ingrid habían decidido la noche anterior si se enfrentaban al cuestionamiento por su propia cuenta. Joanna estaba demasiado sensible, y ellas no querían molestarla más; ella ya estaba inconsolable por la enfermedad de Tyler.

En la comisaría, fueron llevados a la misma pequeña sala de interrogación donde habían esperado antes.

"¿Dónde está Matt?" preguntó Ingrid al detective que las siguió a la habitación. "Creí que estábamos aquí para hablar con él."

"El detective Noble está ocupado con otro trabajo," respondió el detective con una sonrisa. "¿Empezamos?"

Ingrid palideció cuando tomó su asiento. Freya sintió su estómago encogerse. El detective era un hombre sin sentido del humor y con un feo copete. Él descartó el apretón de manos de Forseti y no miraba a ninguna de las chicas a los ojos. Freya le reconoció del bar. (Su secreta perversión sexual: observar a mujeres en tacón alto quitarles la vida a pequeños insectos aplastándolos. Enfermizo).

Freya fue primero.

"Señorita Beauchamp, tengo en mis manos un menú de cócteles del bar el North Inn. ¿Es

este el que usted hizo?", preguntó él, deslizando el menú laminado.

Freya miró a Forseti y éste asintió. Ya habían practicado esto varias veces antes y ahora ella estaba preparada. "Sí," respondió. Admitir la brujería, pero hacer hincapié en que su magia era inofensiva.

"Permítame leer esto del menú: 'Irresistible: Vodka, puré de cereza, totora en polvo, y jugo de lima. No es para los tímidos. Prepárate para perder tus inhibiciones.' ¿Puede decirnos lo que esto significa?"

"Es una poción de amor," dijo lentamente.

"Obviamente," el detective burló. "¿Y se supone que debe hacer al consumidor irresistible? ¿Exactamente cómo?"

"Los remedios herbarios en ella crean un resplandor en torno a una persona; aumenta sus feromonas - su cociente atractivo, por así decir."

"Como por arte de magia."

"Sí, si magia es la palabra que significa hacer posible lo imposible. Puedo sacar a flote la magia que está dentro de una persona y hacerla visible. La poción deja a cada quien ver las mejores partes de la persona, y por lo tanto hacerlos más atractivos," dijo ella, usando cuidadosamente las palabras ensayadas que su abogado había aprobado.

"Así que sí funciona."

"Sí."

"¿Hay peligros que podrían derivarse de ser tan atractivo? Por ejemplo, ¿podría una persona encontrar a alguien tan atractivo que podría llevarlo a perder completamente el control?", reflexionó el detective.

Forseti tosió. "Mi clienta no responderá a preguntas especulativas como esa."

"Discúlpeme. Permítame rehacer mi pregunta... ¿Cómo cuantifica su potencia? ¿Cómo puede estar segura de que no tendrá efectos adversos en el público desprevenido? Podría esta poción, por ejemplo... ¿llevar a un hombre a hacer algo que no haría de otra forma?"

El abogado defensor miró al detective y se volvió a Freya. "No tienes por qué responder a eso, tampoco."

"Lo sé," dijo Freya. "Pero lo haré. No, nunca lastimaría a la persona que la haya tomado. Estoy segura de ello."

"¿No puede explicarlo, pero está segura de que no podría llevar a la violencia?"

"No funciona de esa forma."

"Entonces, ¿cómo funciona?"

"Ya se lo dije, no lo sé. Es sólo..." Freya suspiro. "Magia."

El detective asintió, escribiendo sus notas. "Exactamente. Gracias, señorita Beauchamp."

Ingrid fue la siguiente. El apático detective le pidió que se acercara a la computadora que había sido puesta sobre el escritorio. En la pantalla había dos fotografías. Una de ellas era del nudo de fidelidad que ella le había dado a Corky Hutchinson, magnificado para que todos pudieran ver claramente cada verticilo. Del otro lado estaba el nudo corredizo que utilizó Todd Hutchinson para ahorcarse. El nudo de la soga era una réplica exacta del nudo al lado suyo.

"Hábleme de su magia," dijo él.

"En su mayoría, yo trabajo con pequeños amuletos, talismanes, hechizos. Una gran parte de la magia con la que trabajo son nudos. Es cómo los marineros solían adivinar los vientos."

"Usted le dio este nudo a la esposa del alcalde, ¿verdad?" preguntó él, señalando el primer nudo.

"Sí."

"¿Con qué propósito?"

"Ella sospechaba que su marido la estaba engañando. Así que le hice un nudo y le dije que lo pusiera debajo de su almohada. Eso impediría que él se extraviara; lo mantendría en casa, pero sólo si ella estaba ahí también."

"¿Usted admite que el nudo de la soga es casi idéntico al del nudo que usted hizo?"

"Sí, pero... los nudos no funcionan así," protestó Ingrid. "Ellos jamás llevarían a nadie a cometer suicidio, a lo sumo, se desatarían."

"Así que está diciendo que este pequeño talismán, como lo llamó, no hizo nada para provocar la muerte del alcalde. Es sólo una coincidencia que su nudo se parezca al que él usó para ahorcarse."

"Sí."

"Que el nudo que usted hizo no causó su insomnio, o cambió su personalidad, o creó distanciamiento de su esposa. ¿Entonces, qué es lo que hace?"

"No lo sé, pero sí sé que mantiene unidos a quienes quieren estarlo. Hace más visible algo que no está allí."

"¿Y no hay manera posible de que algo pueda salir mal?"

"Bueno, yo no he dicho eso -"

"¡Entonces sí!"

"No lo sé," dijo Ingrid, desplomándose en la silla. "Esto nunca ha sucedido antes. Nosotras practicamos la magia blanca. Nosotras no -"

"¡Magia Blanca!", el detective burló. Cerró de golpe su libreta de apuntes en la mesa. "Creo que hemos terminado aquí."

Mientras salían de la estación de policía, Ingrid se volvió a Forseti, que estaba secándose la frente con un pañuelo. "No puedo creer que Matt no estuviera ahí para ayudarnos. ¿Crees que hicimos lo correcto al admitir que somos brujas?" preguntó ella.

Freya suspiró. Su hermana era tan obtusa a veces. "Si no lo fue, ya es demasiado tarde como para cambiar las cosas."

"¿De verdad crees que nos arrestarán?" Ingrid preguntó, horrorizada, ya que su abogado se había vuelto mudo.

Los hombros de Freya se desplomaron. "¿Tú qué crees?"

Ingrid tuvo que admitir que tal vez habían calculado mal su estrategia.

El Árbol Envenenado

Agosto había llegado a su fin, húmedo y pegajoso, pero ningún arresto fue hecho. Joanna, Freya, e Ingrid, cada una se retiró a su propia esquina para hacer frente a su ansiedad y frustraciones en privado. Freya regresó al bar, ayudando subrepticiamente con las bebidas, mientras que Joanna pasó la mayor parte de su tiempo visitando a Tyler en el hospital, e Ingrid trabajando en la biblioteca.

Ya era tarde y la biblioteca estaba fantasmagóricamente silenciosa y solitaria, pero Ingrid encontró confort en los familiares y muy queridos entornos. Tomó asiento en su escritorio y pensó en todo lo que había acontecido en North Hampton ese verano. Los tumores de plata que había encontrado en las mujeres; la erupción de enfermedades inexplicables que afectaron a la gente del pueblo; los animales muertos en el granero de Lionel Horning; la explosión submarina que había lanzado una toxina venenosa, una muy similar a otras encontradas en varias partes del mundo - ¿Era posible que todo estuviera conectado? Había algo aquí que ella pasaba por alto, algo que le permitiría atar todos los cabos sueltos.

Todo estaba atado a Fair Haven y los planos faltantes, estaba segura de eso. Madre dijo que Fair Haven mantenía la costura, pero tenía que haber algo más. Había algo ahí que alguien no quería que vieran, que no quería que se descubriera - y con un destello, Ingrid recordó la imagen que había tomado con su teléfono a principios del verano. Ella no sólo había sacado una foto de la puerta, también tomó una de la planta del salón de baile, y ambas se las envió a su padre. Ella ajustó la lámpara del escritorio para aumentar la iluminación, y sacó el teléfono de su bolso. Sus dedos rápidamente deslizaron las imágenes en la pantalla táctil hasta que una pequeña imagen del plano apareció. ¡Sí! La envió a una terminal de ordenador y unos minutos más tarde la página de los planos arquitectónicos desaparecidos comenzaron a rodar fuera de la antigua impresora de la biblioteca.

Ingrid examinó el papel. La impresora había dimensionado automáticamente la foto pequeña para que ocupara toda una hoja tamaño carta, y la imagen estaba granulosa, ya que había sido ampliada varias veces su tamaño real. Ella encontró las volutas en la pequeña clave del dibujo arquitectónico, un remolino de líneas oscuras y caracteres crípticos. A medida que examinaba los arabescos curvilíneos vio otra imagen tenue, y las líneas de texto posicionadas en un ángulo extraño a través de la página. Estos caracteres eran más pequeños y ligeros que el resto del texto, y algunos de estos caracteres parecían diferentes a aquellos en la clave.

Ingrid trajo el dibujo a la vieja copiadora, lo colocó sobre el cristal y estableció la ampliación a doscientos por ciento y el brillo a la potencia mínima. Una gran imagen ennegrecida apareció en el extremo de la máquina, y cuando la miró de cerca se dio cuenta de que el segundo conjunto de textos estaba escrito al revés, como si se vieran a través de un espejo. Ingrid quedó desconcertada por un momento hasta que se dio cuenta

de que el flash brillante de su pequeño teléfono pudo haber brillado a través del papel delgado, revelando líneas que habían sido escritas en el reverso de la hoja. Ella trató de pensar si alguna vez había revisado las partes traseras de los planos y no pudo recordar haberlo hecho. Los planos eran de varios pies de largo y ancho y cuando una persona los leía, tendía a sólo abrir la página a la mitad para mirar alguna parte del dibujo. Para voltear las páginas completamente habría requerido de una mesa de ocho pies de largo.

Ingrid agarró la hoja de papel y corrió al cuarto de baño, emocionada por su nueva idea. Lo sostuvo al espejo y tomó otra foto con una cámara real, una con una resolución mucho más alta. Usar el espejo le permitiría invertir el texto de manera que se pueda leer. Llevó la cámara de vuelta a su escritorio e imprimió la nueva foto.

Ahora lo entendía. El texto estaba separado en dos bandas; la parte superior estaba escrita en nórdico, el idioma que su padre le enseñó cuando era una niña. La segunda línea contenía las mismas letras que rodeaban las etiquetas de diseño, en un idioma que ella no podía comprender. Los caracteres correspondían entre sí, como una piedra de Rosetta. Dado que ella entendía la primera lengua, eso era todo lo que necesitaba para descifrar las claves.

Ingrid trabajó rápidamente en la traducción. Las letras estaban borrosas y había partes en las que las palabras y los caracteres se corrían, pero, aun así, podía deducir una comprensión básica. La primera frase, una especie de título, decía: "Yggdrasil."

Yggdrasil.

Ingrid saltó de su escritorio y se precipitó a la parte posterior de la biblioteca, donde guardaban los libros reservados que nadie tenía permitido tomar prestados. Allí había un libro, uno que ella había heredado de su padre hace muchos años, y que había donado a la biblioteca cuando empezó a trabajar allí. Un libro que contenía su historia. La portada estaba casi arrancada del libro cuando lo sacó de la estantería, aunque parecía haber pasado la mayor parte de las últimas décadas completamente inalterado.

Yggdrasil.

La palabra resonaba con poder. Ingrid se sentó en el suelo delante de la estantería, descansando el pesado libro sobre sus piernas dobladas. Pasó a través de las páginas, pasándolas hacia atrás y adelante hasta que encontró la sección que buscaba.

Yggdrasil: El Árbol de la Vida que Sostiene los Nueve Mundos del Universo Conocido.

Había una imagen de un gran árbol creciendo en el vacío del espacio. Libre de la tierra, su figura formaba un perfecto reloj de arena, con un círculo de ramas en un extremo y una bola de raíces en el otro. El árbol flotaba, sus ramas densamente tejidas que formaban una forma de espiral le recordaron el plano de Fair Haven. Ella comparó la imagen en el libro con la imagen en el dibujo del arquitecto y de repente, todo tenía sentido.

Fair Haven era de alguna forma parte de este enorme y antiguo árbol; albergaba una

entrada al esqueleto del universo. Ella comenzó a traducir las etiquetas de diseño, buscando su significado correspondiente en nórdico. Ingrid estudió los términos uno por uno, anotando las traducciones mientras trabajaba con diligencia durante la mayor parte de una hora. Le dolía un poco la cabeza y sus ojos se sentían resecos por forzarlos a ver los símbolos borrosos. Ingrid escribió el último carácter y luego se echó hacia atrás, su columna vertebral le dolía por haberse sentado doblada en esa posición demasiado tiempo, pero ella había encontrado lo que se había propuesto descubrir.

Ella leyó la traducción de nuevo, y su mente comenzó a recordar el viaje clandestino que hizo a Fair Haven cuando descubrió la puerta oculta. En ese momento, ella pensó que la casa había sido construida para crear una entrada mística. Pero ahora comprendía a partir de la lectura de los símbolos que la casa no era una entrada al árbol, sino que había sido creada como una fortaleza para protegerlo. La casa era una barrera, no una puerta.

Ingrid se quedó sin aliento. Todo era tan claro ahora. Ahora ella sabía lo que estaba causando todos los problemas - la oscuridad plateada, la explosión submarina, las mujeres estériles, los animales muertos, la toxina en el agua y en el aire. Todo apuntaba en la misma dirección, al hombre que le había dado los planos del lugar desde el principio.

Killian Gardiner. Él era un Guardián, un inmortal que estaba, históricamente, destinado a proteger Fair Haven y el árbol. Pero ¿y si en lugar de proteger el árbol, él lo había puesto en peligro de alguna forma?

Él había regresado a Fair Haven después de haber viajado por todo el mundo. Él había trabajado en las costas de Australia y en un carguero de Alaska - lugares en los que la toxina había sido hallada. Ella no sabía si él había estado cerca de Reikiavik, pero apostaría que sí. Él había viajado por todo el mundo esparciendo la toxina.

Al leer las palabras de nuevo notó que apenas podía respirar. "El tiempo del Ragnarok está a la mano, cuando la tierra esté sumergida en agua envenenada. De este modo iniciará la era del lobo, cuando el hermano se vuelva contra el hermano, y el mundo llegue a su fin. Para que el veneno de los Nueve se disperse, los vivos no pasarán el camino del Yggdrasil."

El Ocaso de los Dioses

Hace miles de años, por allá cuando la tierra era nueva, Asgard y Midgard estaban conectados por el puente Bofrir, un puente hecho de los huesos de los dragones que vinieron antes. Un terrible día el puente fue destruido. El daño al puente fue permanente, y la causa de su destrucción fue una sorpresa para todos. Los culpables resultaron ser Fryr de los Vanir y su gran amigo Loki de los Aesir, dos dioses jóvenes atrevidos cuya travesura infantil trajo una terrible consecuencia. El puente era la raíz del poder de los dioses, y Loki y Fryr fueron acusados de intentar tomar todo el poder para sí mismos.

Como castigo por sus acciones, Loki fue desterrado a las profundidades congeladas por cinco mil años, mientras que Fryr fue consignado al limbo por tiempo indefinido ya que su crimen había sido el más grave. Fue su tridente el que había enviado el puente al limbo.

Con el puente destruido, los dioses se separaron. Los Vanir, los dioses y diosas del hogar y de la tierra, quedaron atrapados en Midgard; mientras que, de los Aesir, los dioses guerreros del cielo y la luz, solo el poderoso Odín y su esposa, Frigg, permanecieron en Asgard, ambos de sus hijos fueron separados por miles de años. Sus hijos: Balder y Loki. Branford y Killian Gardiner.

Killian Gardiner. Loki. Killian. Loki.

Su amante. Freya sabía lo que tenía que hacer una vez Ingrid le contó sobre la brecha del Yggdrasil. La toxina era la savia del árbol envenenado, y sólo había un hombre en todo el universo que podría encontrar divertido destruir la base misma de su mundo y desencadenar el Ragnarok. El fin de los tiempos. El destino de los dioses. Freya se dio cuenta de que los gigantes de arena eran los Gigantes de Nieve de Loki, sus guardias. Ellos habían vuelto y rodeado la casa en Fair Haven, para estar cerca de su amo. Ella corrió lo más rápido que pudo hacia Fair Haven y encontró a Killian en su lugar habitual, a bordo de su querido bote.

Ella subió a bordo y se enfrentó a él. "Ya lo sé." dijo ella. "Sé quién eres y lo que has estado haciendo." La verdad estaba saliendo a flote lentamente. Ella lo negó, nunca se había atrevido a admitirlo a sí misma, incluso en privado, pero ahora no había manera de negarlo.

Killian la tomó en sus manos. "Estoy tan contento. He estado esperando esto por tanto tiempo... cinco mil años, con sólo el recuerdo de tu beso para sostenerme..." La tomó en sus brazos y la besó en la frente. "Te extrañé tanto. Más de lo que nunca sabrás," dijo él.

Incluso si ella ardía de odio, le permitió que la besara y la llevara a la cabina de al lado. Ella tenía que mantenerlo allí hasta que Ingrid pudiera encontrar la manera de reparar lo que él había destrozado; tenía que mantenerlo distraído y hacerle compañía. Había la misma urgencia en sus besos que hubo aquella noche en el bosque, la misma intensidad apasionada.

Y entonces, Freya se dio cuenta de que no estaban solos.

"Madame me dijo que los encontraría aquí, pero no le creí al principio." Bran Gardiner estaba de pie en la puerta de la cabina sosteniendo un arma. Sus ojos marrones brillaban con una desesperación profunda. "Así que, ya tienes todo lo que querías después de todo, hermano." Freya lo había olvidado: ella debía encontrarse con él en el North Inn hace una hora, y por supuesto que él había ido a buscarla. Esta se suponía que sería su gran y alegre reunión.

Bran Gardiner. Balder. El dios de la Alegría y de la Paz, de la Belleza y de la Luz, quien personificaba todo lo que era bueno y verdadero en el mundo. El mejor de todos ellos. Su amable y gentil compañero. Ellos estaban hechos para estar juntos. Su madre, la diosa Frigg, había decretado que nada en la tierra podría hacerle daño. Sin embargo, ella había olvidado protegerlo de lo más peligroso de todo. El muérdago. Su beso. Su amor.

Érase una vez en Asgard, la diosa Freya tenía dos pretendientes, dos atractivos hermanos que reclamaban su mano. Ella había escogido a Balder como su amor inmortal. Enfurecido y celoso, Loki juró vengarse; y en la víspera de su boda, su flecha con la punta envenenada se reunió con el blanco. La flecha atravesó el corazón de Balder y lo envió al Reino de los Muertos.

Freya sucumbió al dolor y a la locura hasta que su hermana, Erda (Ingrid), que podía ver el futuro, le dio un rayo de esperanza. Ella consoló a Freya, diciéndole qué en su línea de vida, vio que algún día, en un universo diferente, en un tiempo y lugar diferente, ella y Balder se encontrarían otra vez.

Miles de años después, ella conoció a Bran Gardiner, y supo que él era al que había estado esperando. Su propio amado Balder. Se habían encontrado el uno al otro, sólo para ser destruidos por Loki una vez más. Esta vez, ella había dejado a la serpiente dormir en su cama.

Freya se levantó de la cama y comenzó a hablar, pero Bran negó con la cabeza. "No," le dijo a Freya. "Ni siquiera puedo mirarte."

"Bran, baja esa arma, se acabó," dijo Killian con voz ronca, mientras se movía lentamente de la cama hacia su hermano. Los dos hombres estaban a la par, y Killian pareció más grande de lo que era hace un momento, y se cernió sobre Bran con una fuerza inesperada.

Bran comenzó a vacilar y su arma se inclinó. Killian aprovechó la oportunidad y golpeó el arma de las manos de su hermano. El arma se retorció violentamente alrededor, y los dedos de Killian envolvieron y apretaron el gatillo. El sonido fue atronador, como una grieta en los cielos. Esta no era un arma ordinaria. Freya gritó. La bala voló justo por encima del hombro de Bran, rozando el borde de su cuello y sacando sangre. Espesa sangre roja se filtraba desde el corte, extendiéndose hacia el exterior en un círculo carmesí que envolvió rápidamente su hombro.

Freya escuchó un chasquido, como huesos rompiéndose, los dos hombres estaban

presionados pecho a pecho; cuatro manos envolvían la pistola, mientras forcejeaban violentamente por controlar el gatillo del arma y apuntar el cañón al otro. Killian gritó y empujó con fuerza, lanzándolos hacia delante con ambas piernas. La fuerza de su golpe envió a ambos contra el suelo, con Killian cayendo encima.

El arma se disparó dos veces más y ambos tiros cortaron a través de una cortina y rompieron el cristal de una ventana. Ella no podía saber que dedo había disparado el tiro, ya que sus cuerpos ocultaban la pistola. Cualquiera pudo haber tenido el control. Bran liberó su mano izquierda del arma; echándose rápidamente hacia atrás, golpeó a Killian duro en la mandíbula con un puño. Sin detenerse, lo golpeó dos veces más, dándole fuertes puñetazos a la cara de Killian. Dos tiros más fueron disparados, Un trozo de yeso cayó hacia abajo desde el techo de la cabina.

¿Quién había disparado el arma? Freya se preguntó. ¿Quién iba ganando? Ella se lanzó hacia los dos hombres, con sus manos luchando por el arma, pero ya era demasiado tarde. El revólver contenía seis balas. El último disparo sonó, pero esta vez no hubo ventanas rotas o cráteres en el techo. La bala se había hospedado en uno de los hermanos.

Con una fuerza feroz, Freya desprendió a Killian de Bran, que yacía inmóvil en el suelo, y Killian se desplomó lejos, sus piernas estaban cubiertas en sangre. Un agujero se rasgó a través de la pernera de su pantalón y la sangre comenzó a verter de la herida abierta. Sin pensarlo, ella presionó su mano en la herida, deteniendo el flujo por un momento.

Killian gimió, y todo el color de su rostro desapareció; pero él vivirá, pensó Freya despectivamente. Ella se levantó para atender a Bran, pero se sorprendió al ver que había desaparecido.

No había nadie más en la habitación.

La Maldición de Freya y Balder

"¡Loki! ¡Qué has hecho! ¡¿Dónde está?!" gritó ella. ¿Dónde estaba su amado? ¿La había dejado para siempre?

Killian abrió los ojos y miró a Freya. "¿Loki? ¿Se escapó? Tienes que atraparlo... Síguelo..." Tosió. "Antes de que él..."

"¡Ya basta! Deja de mentir. ¿Qué quieres decir con que Loki ha escapado?" dijo ella, sintiendo como si estuviera a punto de perder la cabeza, justo cuando todo empezaba a tener sentido.

Killian sacudió su cabeza, se veía tan herido que fue como si una luz comenzara a prenderse fuego en su mente. Todo lo que antes había sido vago, confuso y retorcido comenzó a disiparse en la fría y clara luz de la verdad. Cuando ella dijo su nombre, fue como si hubiese despertado del sueño más profundo. "Balder, ¿realmente eres tú?"

"Sí. Sí, por supuesto." La cara de Killian, ensangrentada y cansada, se rompió en una sonrisa hermosa. La sonrisa del chico que había ganado su corazón en Asgard. La sonrisa de su amado. Se veía igual que la primera vez que lo vio, un hermoso chico tocando su lira en el borde del bosque. Con esos preciosos ojos azul verdoso, alegres, juguetones y ligeros.

Entonces Freya se dio cuenta - ella lo había reconocido, desde el principio, en la fiesta de compromiso. Fue por eso que se sintió atraída por él desde el principio, en el momento en que lo vio, por qué su amor por Bran había sido confuso y conflictivo, y cargado de culpa y tristeza. Ahora ella comprendía por qué había estado tan agitada esa noche.

Bran Gardiner era Loki. El Dios de la Travesura y el Caos. El Embaucador. El Cambiaformas. El Astuto. El Estafador. El Mentiroso. El Ladrón. Loki había tejido una red de mentiras desde el principio, la había engañado para enamorarla, había ligado un poderoso hechizo de amor alrededor de su corazón, un poderoso encantamiento que la había ligado a él. Esa primera noche que lo conoció, cuando su vestido se deslizó, ahora todo tenía sentido para ella, era su hacer, para así tener una excusa para tocarla. Entonces todas esas noches en el bar, siete en total, dónde él la había mirado; todo ese tiempo la estaba hipnotizando para asegurarse de que ella fuera la que diera el primer paso, para completar el hechizo.

"No hay palabras..." Freya inclinó la cabeza en dolor.

"No esperé cinco mil años por una disculpa," dijo él en voz baja.

"No soy digna de ti."

"No lo entiendes. Pertenecemos el uno al otro. Siempre," dijo Killian. "Yo no podía decir nada. Estaba obligado por la profecía y no podía revelar quién soy hasta que me reconocieras por quién era. Sólo podía esperar, aunque traté de advertirles a todas ustedes

sobre el peligro a mi manera."

"Las aves muertas que Joanna encontró al comienzo del verano. Ese fuiste tú, ¿cierto?"

Killian asintió.

"¿Cómo sabías que yo estaba aquí? ¿Cómo me encontraste?"

"Bran me localizó y me envió una invitación a la fiesta de compromiso. Creo que él no pudo evitarlo. Quería que yo viera que había ganado, que él te había encontrado primero. Para que así yo supiera que él tenía lo que yo más quería en este mundo. Él siempre me ha culpado por su encarcelamiento en Helheim."

Freya se dio cuenta de que el plan de Bran hubiera funcionado si él no hubiera estado tan confiado de su victoria. Pero su orgullo se convirtió en su perdición; al tentar al destino e invitando a Killian para presenciar su triunfo, el hechizo que había lanzado sobre su corazón había comenzado a desvanecerse en el minuto en que ella vio a Killian. Ella incluso había intentado casarse con él esa noche en el bosque. Ella sabía quién era él, en verdad; parte de ella siempre lo había sabido.

"Cuando llegué él me dijo que su sentencia había terminado, que había sido liberado por Helda. Pero empecé a sospechar. Aquí, abre la puerta del armario, hay una bolsa en el suelo."

Freya hizo lo que le dijo y sacó una bolsa de papel marrón. Dentro de ella había un gorro de lana, salpicado con sangre seca. "Esto es de Bill Thatcher," dijo él.

"Lo encontré en el sótano cuando llegué aquí y lo escondí hasta que pude averiguar de quién era y de dónde había venido."

"Él fue quien mató a Bill. Bill y Maura siempre caminaban por esa cresta, al otro lado de Fair Haven."

Killian asintió. "Bran llegó a Fair Haven a mediados de agosto, en la víspera de la luna llena. Debió haberle preocupado que lo vieran en su verdadera forma cuando llegó a la casa, por lo que los atacó."

Ahora ella comprendía por qué no podía ver quien había matado a Bill; la magia de Loki le había impedido hacerlo. "Él se disfrazó de mi madre." Freya le dijo a Killian lo que había sucedido - que Maura Thatcher había despertado de su coma y señaló a Joanna como la asesina de Bill.

"Yo me quedé para averiguar lo que él estaba planeando, y porque no podía mantenerme alejado de ti, por supuesto. Yo sospechaba que él estaba mintiendo, que no había sido liberado y en su lugar había escapado de su prisión, y al hacerlo dejó entrar la oscuridad en este mundo. Todavía no sé cómo lo hizo - debe tener algún arma poderosa a su disposición, algo que le ha permitido viajar entre los reinos."

"Su anillo. Él lleva un anillo consigo," dijo Freya. Es de mi padre, le había dicho Bran. Es

muy preciado para mí; es todo lo que me queda de él. "El anillo de Odín. Hecho de hueso de dragón, puede llevar a su portador a través de los Nueve Mundos", le dijo a Killian.

"Entonces fue de esa forma que escapó de su confinamiento. Yo pensé que tendría algo que ver con Fair Haven, donde él estaba viviendo, y en una corazonada le envié a Ingrid los planos, pensando que ella sería capaz de desbloquear el código."

"Ella lo hizo. Ella sabe que hay en Fair Haven. La casa sostiene una rama del Yggdrasil."

"Así que ese era su secreto," dijo Killian. "Él había utilizado el camino a través del árbol para llegar a Fair Haven, pues él conocía la leyenda de los Guardianes, y como uno de nosotros la casa lo aceptaría."

"Yo le dije que le habías dado los planos a Ingrid y que estaba cerca de descifrarlos - él debió haberlos robado, y fue por eso que la atacó, utilizando tu forma. Oh, Killian, he sido tan - "

"Detente. Él siempre ha estado engañándonos. Es lo que él hace. Él sabía lo que estaba haciendo cuando abrió la brecha en el árbol y liberó la salvia envenenada en Midgard."

"Entonces estamos perdidos," susurró Freya. La felicidad de encontrar a su verdadero amor había sido atenuada por el conocimiento de la oscuridad que Loki había desatado sobre el mundo."

Ingrid apareció en la puerta. "Lamento interrumpir. Pero, Freya..."

"¿Qué pasa?" Su hermana parecía tensa.

"Es Tyler. Falleció hace unos minutos."

El Laberinto

"Entonces no tenemos mucho tiempo," dijo Killian. "Es el veneno. Es más fuerte ahora. Y los niños son los más vulnerables, pero habrá más víctimas, más muertes, si no detenemos esto."

"Ingrid... Killian es - "

"Lo sé," dijo Ingrid con una breve inclinación de cabeza. "Ya me lo imaginaba. ¿Recuerdas lo que te dije del Ragnarok? ¿Qué primero morirían los océanos? ¿Y cómo la toxina que hay en North Hampton es similar a las que se encontraron cerca de Sidney, Groenlandia, y Reikiavik? Acaban de encontrar una cerca de Vietnam. Bran la ha estado esparciendo por todo el mundo desde que llegó a Fair Haven en enero." Ella explicó como al principio había tratado de rastrear los viajes de Killian, pero no pudo encontrar el carguero en Alaska donde supuestamente había servido, ni el complejo turístico de Sidney, donde se suponía él había trabajado como un instructor de buceo. Por lo que ella podía ver, Killian nunca había estado en ninguno de esos lugares, y de repente recordó que la persona que les había dicho que Killian había estado viajando por el mundo fue Bran.

Ella comenzó a investigar el pasado de Bran y sus viajes, y se dio cuenta de su error en la identificación de los hermanos en cuanto juntó los recortes de la prensa acerca de las ubicaciones de las toxinas con una copia del itinerario de Bran de la Fundación Gardiner, que fue publicado en su sitio Web. Las fechas y los lugares coincidían exactamente. Bajo la fachada de obras de caridad, Bran había viajado a todos y cada uno de los lugares en el mapa donde la toxina había sido encontrada. La explosión a mediados del verano significaba que el árbol estaba empezando a colapsar en el interior. Sus sospechas fueron confirmadas, ella había indagado un poco más en la fundación y descubrió que su obra parecía estar atada a interminables reuniones burocráticas; la fundación apenas y le había dado algo de dinero a cualquiera de las causas que apoyaba. Era un frente de impuestos, un fraude, una forma de ocultar la fortuna Gardiner.

Ella le contó todo esto a Freya y a Killian. Ahora ella entendía que Bran había sido Loki todo el tiempo. Al igual que su hermana y su madre, ella había sido engañada; debido a la restricción, todos ellos habían estado ciegos y oxidados y perdidos sin su magia, y no pudieron percibir su uso de un poderoso hechizo. Ella se sonrojó al pensar en su sueño con Killian la otra noche. Otro de los trucos de Loki, por supuesto, para despistarlas.

“Yo sé a dónde se dirige,” dijo Ingrid. “A la puerta secreta en Fair Haven. En el salón de baile. Vamos.”

“Ve,” le dijo Killian a Freya. “Él tiene el anillo de Odín; puede estar en cualquier lugar del universo en este momento.”

“No puedo dejarte aquí,” dijo Freya.

“Mi pierna está rota, pero puedo controlar el sangrado; no te preocupes por mí, sólo las

retrasaré.”

Freya besó a Killian una vez más y se unió a su hermana. “Vamos. Ya es tiempo de acabar con esto.”

Ingrid se abrió camino al salón de baile. Lanzó un hechizo que rompió el yeso y reveló la puerta fantasma que había encontrado debajo.

“Muy bien, entonces, ¿cómo la abres?” Preguntó Freya.

“Observa.” Ingrid había leído acerca del árbol en el libro de su padre. El lenguaje que ella había sido incapaz de descifrar, ahora lo entendía, era el lenguaje de los dragones y los gigantes que habían venido antes que los dioses. Colocó sus manos en la puerta y murmuró algunas palabras.

La puerta se abrió para revelar nada más que oscuridad. Ingrid tomó la mano de Freya y juntas de deslizaron a través del portal. A medida que sus ojos se ajustaban lentamente a la oscuridad, ella vio que una luz azul pálida iluminaba la espesura gruesa que las rodeaba. El espacio, si se le podía llamar así, olía a tierra mojada y madera. Había un camino que llevaba hacia adelante, adentrándose en la espesura.

Sin embargo, antes de que pudieran caminar más lejos, se encontraron con Lionel Horning. Estaba cubierto de sangre, y pudieron ver que se estaba pudriendo desde adentro hacia afuera; la mitad de su rostro había desaparecido y las miró de soslayo con su ojo bueno. “Deténganse,” dijo él con voz ronca, levantando una mano a la que le faltaban dos dedos. “Ustedes no pueden entrar.” Su amigo se había convertido en un perro guardián, un obstáculo para bloquearles el camino.

“Oh, Lionel…” Ingrid suspiró. “La toxina. Debió haber estado en su sangre, en su sistema, cuando se tragó toda esa agua de mar, es por eso que la resurrección no funcionó.”

“Así que yo estaba equivocada. Él no es un demonio”, dijo Freya.

“No, definitivamente zombi,” dijo Ingrid. “El río debajo de su granja… lleva al océano. La toxina debió haber sido fuerte allí. Él ha estado respirándola. Se tragó el agua y después pasó a vivir en un espacio envenenado. Con razón.

“Lionel, lo siento mucho, pero tengo que hacer esto,” dijo Ingrid, levantando su varita. Una cuerda blanca apareció desde la punta de la varita y se envolvió apretadamente alrededor de Lionel, creando una camisa de fuerza. “Eso lo retendrá. No creo que podamos traerlo de vuelta, su cuerpo está muy demacrado. Pero si detenemos a Loki eso restaurará el espíritu de Lionel y lo enviará con Helda como se suponía.”

Hubo un grito desde el más allá, del otro lado del camino que llevaba lejos del árbol. “Es Tyler. Ingrid – Tú ve por el niño. Tenemos veinticuatro horas antes de que la Muerte lo reclame para siempre.”

“¿Y tú qué?,” preguntó Ingrid, ya dándose vuelta al sonido de los gritos del niño.



“Yo me encargo de Loki,” dijo Freya, adentrándose más en la oscuridad.

La Reina del Engaño

Freya pasó la mano por lo que parecía al principio ser una densa jaula de vides, pero a medida que la oscuridad daba paso lentamente a la luz de las estrellas, vio que estaba de pie en medio de un vasto laberinto, ahuecados de las raíces de un árbol que parecía más grande que el cielo mismo. Las enormes raíces se estiraban tan lejos hasta donde ella podía ver, en todas las direcciones. Por encima de ella había un manto de estrellas. Las pequeñas luces azules no parpadeaban; su luz era fuerte y constante.

Freya les dio un vistazo a las estrellas desconocidas. Ella ya no estaba en Midgard, o incluso en el mundo del glom, de eso estaba segura. Ella estaba en otro lugar, en algún lugar más allá del universo mismo.

Encontró una línea oscura que atravesaba el cielo como una versión ennegrecida de la Vía Láctea, y sabía que tenía que ser el tronco del árbol. A medida que hacía su camino hacia el centro, el campo nudoso de las raíces se abría y le permitía continuar - sólo para llevarla a un callejón sin salida, donde tuvo que abrirse paso hasta el otro lado. La madera era dura y desgarraba su piel; sus brazos estaban cubiertos de suciedad mientras ella seguía su camino.

En la distancia, oyó una voz débil lanzar un hechizo, y un pasaje se abrió en frente suyo. Libre por un momento de la espesura, corrió hacia adelante a través de la oscuridad. Un vozarrón emanó desde el final del pasaje.

“Freya, mi amor, ¿vienes a unirte a mí?” Bran emergió de la oscuridad, sus ojos brillaban con malicia. El resplandor de bondad a su alrededor, Freya ahora veía, era parte del encantamiento que había lanzado. Su torpeza y nerviosismo eran un signo de lo difícil que había sido para él mantener el hechizo intacto.

“No, en absoluto,” dijo Freya, sosteniendo su varita en alto. El hueso de marfil brillaba en la luz.

“Desperdicias tu magia en mí.” Él burló. El hombre que ella conocía como Bran Gardiner había desaparecido. Cada vez que lo miraba comprendía algo nuevo. Madame Grobadan era la giganta Angrboda, la eterna amante de Loki. Con razón no le importaba Freya.

“Para nada, creo que has estado ausente durante tanto tiempo que has olvidado quien soy,” dijo Freya, irguiéndose en toda su estatura. Como su amante, él estaba subordinado a ella para siempre; ese era el poder que ella tenía sobre los hombres, de esa forma había sido hecha desde el principio. “Dame el anillo, Bran,” dijo en voz baja. “No te puedes negar.”

Bran se paró frente a ella en su verdadera forma como Loki, sus rasgos eran extrañamente alargados, casi grotescos. Se acercó a la sombra para ocultarse mientras hablaba. “Puedes tener el anillo, pero no tiene sentido tener una vida con tu amado Balder si el mundo en el que viven está envenenado. Déjame conservarlo y podré detener el derrame.” Él miró a

Freya, pero su mirada era inflexible.

“Dame el anillo.” Era la orden de una diosa.

Bran no podía resistirse. Freya sintió un aire caliente y pútrido abrazarla, y cuando se disipó, el anillo de Odín residía en la palma de su mano. Vio que no estaba hecho de oro en absoluto; su superficie era de un blanco opaco y poroso, un anillo de hueso tallado a partir de los últimos vestigios del puente. Un último simbolismo del poder más antiguo que los dioses mismos, había sido extraviado por Odín durante la última batalla de Asgard. No pertenecía a este mundo o a ningún otro. Su tiempo había pasado. Ella lo sostuvo entre sus dedos y comenzó a aplastar la frágil forma. Astillas diminutas llovieron de su mano. El anillo era tan suave, como si forjado de una pluma, que podría ser polvorizada al más ligero toque.

“No le hagas daño. Regrésamelo y te daré lo que desees,” susurró Loki. “Si los que me enviaron al abismo me encuentran aquí, no me dejarán volver otra vez, simplemente seré borrado de la existencia. Y espero que aún tengas un poco de amor por mí.”

Cada palabra suya era una mentira, pensó ella: él no hará nada para ayudarla. Freya lo miró una vez más, pero no vio nada del Bran que ella conocía. Sostuvo el pequeño anillo entre sus dedos y lentamente lo redujo a polvo. “No seguirás haciendo una tonta de mí, Loki.”

“¡Idiota!” gritó él, agachándose hacia adelante para atrapar las cenizas que pudo a medida que caían al suelo. Loki se recompuso de la tierra y se enfrentó a ella. “Entonces harás de pasar el resto de tu existencia en un mundo moribundo.”

“No, Loki, no lo haré. Vas a salir como entraste a Midgard, a través del agujero que hiciste en el tronco, y a tu partida se cerrará detrás de ti. El Árbol de la Vida estará entero una vez más.” Esto fue idea de Ingrid, y ella esperaba que su hermana tuviera razón – que una vez él cruzara el Yggdrasil una vez más, la herida se cerraría y la toxina desaparecería.

Loki dudó.

“Es tú única forma de salir de aquí ahora que el anillo no está,” dijo Freya. “Sin el anillo, es el único camino que queda abierto para ti. Sólo tienes un lugar a donde ir. No creo que quieras esperar para ver lo que sucederá una vez que Balder venga por ti.” El Dios de la Luz y la Furia sería un temible enemigo ahora que estaba restaurado a su fuerza completa y ya no estaba vinculado a los límites de la maldición.

Loki no respondió por un tiempo. Él simplemente se quedó quieto, con su mente dando vueltas, y luego sonrió. “Te pareces más a mí de lo que crees, querida Freya.” Con eso se dio vuelta y encaró el gran tronco del árbol. Pronunció unas palabras confusas en un idioma que Freya no entendió.

Las estrellas de arriba se atenuaron al mismo tiempo que los caminos a través de la gran maraña de raíces parecían moverse y cambiar en la oscuridad, dejando al descubierto una

lágrima negra con cicatrices en la cara del árbol. La apertura se parecía más a una herida, un rasgar majestuoso, y una poderosa fuerza emanó de él, soplando un nocivo viento huracanado del eje. Loki puso una mano sobre la corteza rasgada, por un momento se detuvo como si para dar la vuelta y decir adiós, pero no lo hizo. En su lugar, se mordió el labio y se arrojó al vacío. La furia negra se elevó una vez más desde el agujero, como si consumir al dios oscuro de la travesura sólo aumentara su poder.

Freya fue arrojada al suelo a medida que la tierra se elevaba. Los cielos se oscurecieron y la negrura se extendió a su alrededor. "¡Loki!" ella llamó. No hubo respuesta. Cerró los ojos y se dirigió hacia la tormenta que la envolvió como un tornado, girando en todas direcciones. Finalmente, el huracán se detuvo, y cuando abrió los ojos él árbol estaba entero una vez más.

Ella se levantó y sacudió sus rodillas. "¡Ingrid! ¿Están tú y Tyler bien?"

"¡Estamos aquí!"

Freya corrió hacia el sonido de sus voces.

Ingrid estaba sin aliento. "Lo encontré en el camino. Pero no había ido más allá de la primera puerta todavía. Date prisa, es casi de día. ¡El Pacto!"

"¿Qué pasa con Lionel?" preguntó Freya.

"No lo pude encontrar. Pero si Loki se ha ido de aquí, entonces Lionel debe estar de camino a Helda como debía ser. Y sin corrupción en su alma."

"¿Ahora iremos a casa?" preguntó Tyler.

"Sí. Toma mi mano y no me sueltes."

El pequeño parecía asustado, y Freya recordó que a él no le gustaba ser tocado; pero después de una lucha interna tomó la mano de Freya, y con la otra, sostuvo la de Ingrid.

Así caminaron, con el niño en medio de ellas, hasta que estuvieron de vuelta en la casa.

El Juicio del Consejo

Joanna los vio salir de la puerta principal de Fair Haven. Ella corrió hacia Tyler, envolviéndolo en un abrazo de oso. “Lo lograron,” le dijo impresionada a sus hijas. Ella había olvidado lo fuertes que eran, había olvidado en estos años viviendo en silencio que sus hijas fueron una vez formidables y feroces. “Lo lograron.”

“Sí”, dijo Freya, caminando hacia Killian y tomando su mano. Su pierna todavía estaba envuelta en un torniquete que ella había hecho. “Pero quién sabe dónde estará Loki ahora.”

“Está bien, no va a estar libre por mucho tiempo,” dijo una voz nueva.

Ingrid alzó la vista. “¿Papá?”

Un hombre se mantuvo de pie en silencio entre las sombras. Era alto, de cabello gris, y guapo, pero su cara estaba cansada y su barba algo descuidada. Llevaba puesto una chaqueta gastada y pantalones grises, el uniforme de un académico. Freya se abstuvo por un momento, pero al final corrió hacia él como lo hizo Ingrid.

“Mis niñas,” fue todo lo que Norman Beauchamp pudo decir al momento de abrazarlas, e incluso Joanna tuvo que contener sus lágrimas.

“Skadi, estás llorando,” bromeó Norman.

“Oh, Norjd, detente,” suspiró.

El dios de los mares liberó a sus hijas y las miró con seriedad. “Su madre me dijo que fueron tras Loki por su propia cuenta. Estaba preocupado, pero ambas han logrado más de lo que esperaba. Midgard está a salvo una vez más.”

“¿A dónde fuiste, papá? ¿De verdad tuviste una audiencia con el Consejo Blanco?”

“Sí. Fui con el Oráculo y hablé con el mismo Odín. Una vez que descifré el código en los planos que Erda me envió, vi que las raíces del árbol estaban en Fair Haven, y cuando vi esos reportes de la perturbación oceánica, comencé a pensar que tal vez la toxina del Ragnarok había sido encontrada en nuestro mundo, lo que sólo podía significar una cosa. Loki había escapado de sus cadenas y vino a dar rienda suelta a su venganza contra nosotros.”

“Las grandes mentes piensan igual,” dijo Freya, dándole un empujón a Ingrid.

Norman suspiró. “Traigo otras noticias también. El Consejo ha sido consciente de su flagrante y repetidas violaciones de la restricción mágica que ha estado en vigor desde los juicios de Salem.”

“Oh, genial.”

“¿Qué piensan hacernos?” Preguntó Ingrid con miedo.

“Es muy sencillo, de verdad,” dijo Norman. “Para vivir en este mundo, deberán seguir acatando sus reglas y las leyes de sus ciudadanos, tal y como lo hemos hecho siempre. Si no se presentan cargos en su contra, se levantará la restricción y podrán seguir practicando la magia siempre y cuando no llamen más la atención hacia sus habilidades sobrenaturales. Esto se aplicará a todos los de nuestra especie que todavía estén en este lado del puente Bofrir.”

Freya intercambió una sonrisa con Ingrid y Joanna. ¡Podrán practicar la magia de nuevo! Antes de que pudieran celebrar, Norman levantó una mano. “Pero si son arrestadas, juzgadas, y encontradas culpables en un tribunal de justicia, estarán incumpliendo la restricción y ambas serán enviadas al Reino de los Muertos durante diez mil años para servir a Helda.”

“Así que, si no pasa nada, seremos libres. Podremos ser brujas otra vez, todos nosotros.” Freya sonrió, pensando en todo lo que se les había negado durante cientos de años. Ella tendría que sacar su escoba del almacenamiento y encontrar un caldero decente que pudiera soportar las pociones que estaba ansiosa por crear.

Su padre asintió. “Sí.”

Ingrid sacudió su cabeza. “¿Pero si presentan cargos contra nosotras y somos condenadas, nos enviarán a ser esclavas de Helda?”

“Correcto.”

“Pero, ¿qué pasa con Loki? Él todavía anda por ahí.”

“La Valquiria lo encontrará.”

Freya pensó en la mujer que había visitado el bar buscando a Killian justo después de las vacaciones, y se dio cuenta de que era de la misma tribu que la mujer que vio hablando con Bran en Nueva York. Ella recordó lo nervioso que había estado Bran esa noche, lo ansioso que estaba de alejarse de la Valquiria. Ella no se sentía tan mal ahora que sabía que Loki había sido capaz de engañar a la feroz doncella guerrera también.

Killian le apretó la mano, pero ella no estaba pensando en él o en su amor en ese momento. Nada estaba decidido todavía. Su destino, una vez más, estaba en manos del reino de los humanos.

La Ley y el Orden

La recaudación de fondos anual de la biblioteca se celebró en el jardín trasero del edificio principal, en frente de la vista que casi había condenado la existencia de la biblioteca. Sin embargo, no había más riesgos de que eso ocurriera, ya que el nuevo alcalde estaba más interesado en la preservación de North Hampton que en la creación de nuevos proyectos. Blake Aland ahora estaba construyendo sus nuevos condominios al otro lado del pueblo.

Ingrid caminó por la fiesta, sonriendo a sus invitados, sintiéndose contenta y feliz. La exposición había sido elogiada por historiadores del arte y la arquitectura como una aportación significativa de la obra arquitectónica. Todas las casas y proyectos principales fueron elegantemente enmarcados y puestos en las paredes. Freya la había convencido de ponerse un vestido de color rojo brillante con un escote bajo, y llevaba el pelo suelto esa vez. Se sentía mareada sin su estricto moño y se sorprendió al descubrir lo largo que se había vuelto su cabello.

Saludó a su hermana al otro lado del salón. Freya estaba pegada a los labios de Killian; los dos estaban planeando casarse en algún momento del próximo verano. Y en verdad necesitaban conseguir un cuarto. Las bibliotecas no eran hoteles.

Sus padres estaban de pie cortésmente el uno al lado del otro por la ponchera. Al menos estaban siendo civilizados. Ingrid se preguntó qué tan vieja sería antes de que dejara de desear que volvieran a estar juntos.

Sus amigos estaban allí. Hudson vagaba por la fiesta ofreciendo champán, mientras que Tabitha se atragantaba en la mesa de postres con una sonrisa radiante.

“¿Ingrid?” Matt Noble se veía relajado y guapo con un traje de color caqui, mucho más elegante que su habitual vestimenta desgastada y arrugada. “Yo casi ni te reconozco.”

Ella no se sonrojó y en cambio tomó su mano. “Es un gusto verte.”

“Lo mismo digo.”

“Yo solo quería decir –“

“No, por favor,” dijo él. “No tienes por qué seguir dándome las gracias cada vez que me vez. Yo no hice nada en realidad.”

Hace apenas unas semanas, los homicidios fueron resueltos. Primero, Maura Thatcher se recuperó por completo y se retractó de su declaración. Ella no tenía idea de por qué había dicho que Joanna Beauchamp los había atacado. Killian entregó la gorra con sangre de Bill Thatcher, hizo lo mismo con una ropa ensangrentada que encontró cerca del incinerador en el sótano de Fair Haven. La chaqueta y los pantalones eran inequívocamente de Bran, y estaban salpicados con la misma sangre de Bill y Maura.

Molly Lancaster había sido abusada sexualmente y golpeada, justo como Derek lo había

confesado. Sin embargo, los intrépidos detectives descubrieron que los registros del teléfono celular mostraban que el último número marcado por Molly pertenecía a la cuenta de Todd Hutchinson. Y cuando las pruebas de ADN regresaron, fue su ADN el que se encontró en el cuerpo, no el de Derek. El pobre chico se quebró y propinó una confesión falsa como parte del plan de su abogado para echarle la culpa a Freya.

Entonces todo salió a flote: Molly Lancaster y Todd Hutchinson tenían una aventura. Cuando Freya vio al alcalde masturbándose con pornografía en línea, en realidad él estaba viendo a Molly en la pantalla. Después de acosarla sexualmente durante todo el verano, mantuvo una relación sexual abusiva con la joven interna. Los archivos recuperados de su ordenador lo confirmaron, al igual que los correos de Molly que decían que ella había terminado con él justo antes de las vacaciones del cuatro de julio. Su diario, que estaba guardado con un código en línea, documentó todo el sórdido romance. Ella había escrito que iba a ir al North Inn esa noche para conocer a alguien nuevo, a alguien de su misma edad.

Su teléfono mostró una serie de mensajes por parte del alcalde exigiendo su paradero y ordenándole que lo esperara en la playa. Cuando él llegó allí, la mató en un ataque de celos, después de haberla visto besando a otra persona.

Freya no había sido capaz de leer los deseos del alcalde; ellos habían sido bloqueados por el nudo de fidelidad de Ingrid: la magia de las hermanas había anulado la de la otra. Una semana más tarde él escapó y se escondió. Le dijo a su esposa que lo viera en el motel. Cuando Corky llegó lo encontró colgando del techo, con una nota donde confesaba todo el sórdido asunto. Ella lo liberó, y ató un nudo alrededor de su cuello similar al que había recibido de la bruja. Nadie sabe por qué Corky Hutchinson quiso acuñar la muerte de su marido a Ingrid, pero su abogado estaba declarando locura debido a la conmoción y el dolor.

El asesinato de Molly y el suicidio del alcalde no tenían nada que ver con la magia. O un vampiro. O un zombi. Si Azrael había tomado un rehén humano, no fue uno de North Hampton, y fuera de su jurisdicción. Pero Ingrid estaba triste por Emily y Lionel. El cuerpo de Lionel apareció en un prado y lo despidieron con una pequeña ceremonia en el cementerio local. Emily se estaba mudando del pueblo, después de la muerte de sus animales y su pareja, North Hampton ya no era lo mismo para ella. Ingrid la echaría de menos, pero no había nada que ella pudiera hacer ahora. Ella trató de encontrar consuelo en el hecho de que Lionel estaba ahora descansando en paz, embarcándose en un nuevo viaje propio y no condenado para toda la eternidad.

Sólo después de que todo terminó, Ingrid descubrió que no estuvieron solas a su suerte, fue Matt quien había presionado a la policía en busca de más evidencia y para que terminaran el interrogatorio. Él había estado trabajando todo el tiempo para ayudarlas. Y ahora él estaba de pie ante ella con una copa de vino y una sonrisa.

"¡Matt!" Caitlin se interpuso entre ellos. Se veía deslumbrante en un vestido rojo y tacones altos. "Con que aquí estas. Yo quería..."

Ingrid sintió su corazón latir un poco más rápido, pero mantuvo la sonrisa en su rostro. Así que ellos se reconciliaron después de todo. Quizás el fin de semana romántico en el Viñedo de Martha volverá a ocurrir pronto. Ella se disculpó y se alejó.

Unos minutos más tarde, Matt apareció a su lado otra vez. “Hey.”

“Oh, hola.”

“Escucha…. Caitlin y yo…”

“No tienes que decir nada, en serio. Estoy feliz de que tú y Cailtin estén juntos de nuevo.”

“¿En serio? Porque desearía que no lo estuvieras,” dijo él con el ceño fruncido.

“¿Disculpa?”

“Si me dejaras terminar una frase de vez en cuando,” dijo él, mirándola a los ojos, “lo sabrías.”

“¿Saber qué?”

“Caitlin y yo no estamos juntos. Ella quiere, pero…” Matt se encogió de hombros.

Ingrid podía sentir un rayo de esperanza comenzando a florecer en su corazón. “¿Pero?”

“Pero yo no,” dijo Matt, bajando la bebida y metiendo sus manos en los bolsillos de su abrigo, como un niño pequeño. “Mira, ¿recuerdas esa vez… cuando te pregunté… si podrías ayudarme a invitar a salir a alguien?”

Por supuesto que ella recordaba.

“No sé qué me pasó, pero tú te veías tan enojada y atareada que acabé diciendo el primer nombre que vino a mi mente. Y entonces no pareció molestarte que yo estuviera saliendo con Caitlin, pero…”

“¿Pero?”

“Debí haber sido honesto desde el principio. Sobre con quien quería salir realmente. Es sólo que… yo nunca parecía agradarte. Durante un tiempo pensé que te molestaba.

Ingrid estaba avergonzada por sus acciones. Ella había tratado mal a Matt, y por ninguna otra razón más que porque le gustaba; y porque nunca se había sentido de esa manera por nadie, la ponía nerviosa.

“Pero entonces, Hudson dijo…”

“¿Qué dijo Hudson?” Ingrid preguntó con impaciencia.

“Él dijo que estabas feliz de escuchar que Caitlin y yo rompimos, así que pensé que yo podría tener una razón para, ya sabes, tener esperanza de nuevo.”

“Ah-ha.”

“Somos terribles, ¿verdad?” Matt colocó su mano debajo de su barbilla e Ingrid pudo sentir todo su cuerpo temblar por su toque. Él la había ayudado. Él había presionado a la policía para encontrar algo – había abogado por una prueba concreta. Él le creía, él creía en ella. “Quiero decir… Me gustas desde hace mucho tiempo, Ingrid. He leído todos esos horribles libros que me seguías haciendo leer. “¿No crees que tal vez…?”

Entonces fue el turno de Ingrid, y puso su mano sobre su rostro. Y en medio de la fiesta, delante de todos en la gala, lo besó.

Matt sonrió.

Ingrid se sonrojó. “No sé qué me ha pasado,” dijo ella.

Él agarró su mano y la sostuvo. “No sé lo que eres, Ingrid Beauchamp, si eres una bruja o no, pero espero que salgas conmigo algún día.”

Luego él la besó, y en medio de sus besos, ella murmuró, “Sí.”

Ingrid no sabía lo que el futuro depararía. Ella nunca había estado enamorada antes, y con un humano ni menos. Pero por primera vez ella no quería saberlo. Ella simplemente lo dejaría suceder, como a Freya le gustaba decir, disfrutar del paseo.

Epilogo

Su turno terminó a la medianoche, y Freya salió al estacionamiento. Justo cuando buscaba las llaves en su bolso, una mano salió de las sombras y agarró su muñeca. Ella quería gritar, pero cuando vio quien la sostenía no pudo hablar. Ella no lo podía creer.

El chico en la sombra puso una mano en sus labios. Tenía el cabello dorado y hermoso como el sol. Verlo a él no era muy diferente a verse en un espejo.

“¿Fryr?” ella suspiró. “¿Realmente eres tú?” Su hermano gemelo. “¡Estás de vuelta! ¡Madre estará tan emocionada!” Ella se acercó para abrazarlo, pero algo en la expresión de su rostro le dijo que no era una buena idea.

“¡No!” el advirtió. “Nadie puede saber que estoy aquí. De lo contrario no seré capaz de conseguir mi venganza.”

“¿Venganza? ¿De qué estás hablando?”

“Me tendieron una trampa. El día que el puente cayó, cuando fui allí, ya estaba roto. Alguien más había tomado su poder.” Su rostro se oscureció. “Freya, si me amas me ayudarás a encontrar a la persona que tiene la culpa de todo. El que destruyó el Bofrir y me dejó a pudrir en el Limbo para toda la eternidad.”

“Si te refieres a Loki, se ha ido y las Valquirias lo encontrarán.”

“No, Loki no es más que un tonto. No tengo nada en contra de él. Yo busco a Balder. En este mundo se hace llamar Killian Gardiner. Él fue quien tomó el poder del Bofrir para sí mismo y me tendió una trampa para ser culpado por su caída. Ayúdame a matarlo, Freya. Si me amas, me ayudarás a destruirlo.”